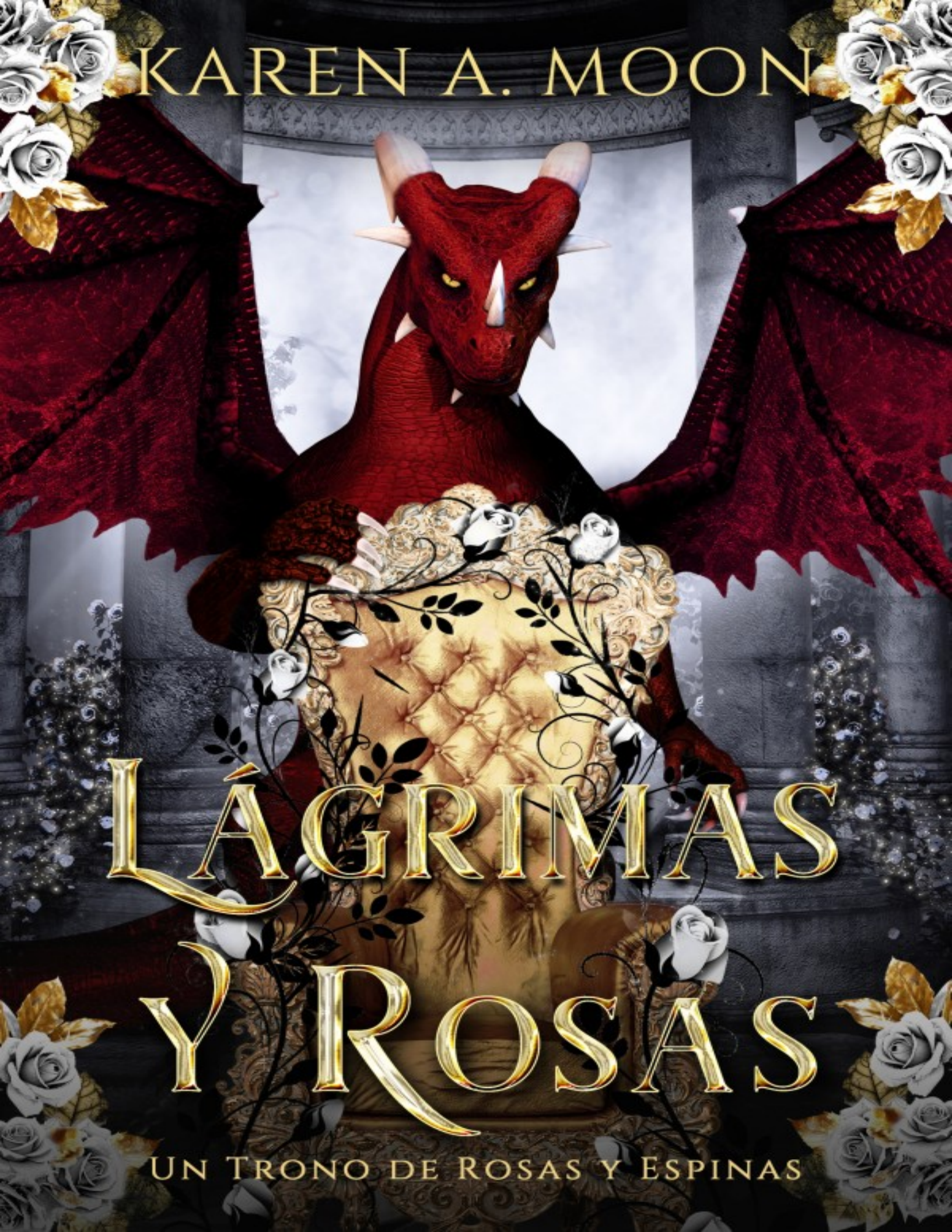

KAREN A. MOON
LÁGRIMAS Y ROSAS
UN TRONO DE ROSAS Y ESPINAS

LÁGRIMAS Y ROSAS

UN TRONO DE ROSAS Y ESPINAS, VOLUMEN 3

KAREN A. MOON

Copyright © 2026 by Karen A. Moon
All rights reserved.
No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

Primera edición en alemán julio de 2025
© Karen A. Moon
Diseño de portada: © Lara Wynter Books
Edición: Nina Krönes, Lektorat Zeilenkleid
Traducción: Monica Lopez

Todos los derechos reservados, incluidos los de reimpresión total o parcial en cualquier formato.
La trama y todos los personajes son ficticios. Cualquier parecido con personas vivas o reales es pura coincidencia y no es intencionado.

Karen A. Moon
c/o WirFinden.Es
Naß und Hellie GbR
Kirchgasse 19
65817 Eppstein

Página web: www.karenamoon.com
Tienda: www.karenamoon.shop
Instagram: karenamoon.author
Facebook: Karen A. Moon Autora
Boletín: www.karenamoon.com/MONDSCHEINPOST/

Diseño interior del libro:
© Karen A. Moon con Inkarnate, Creative Fabrica y Canva

ÍNDICE

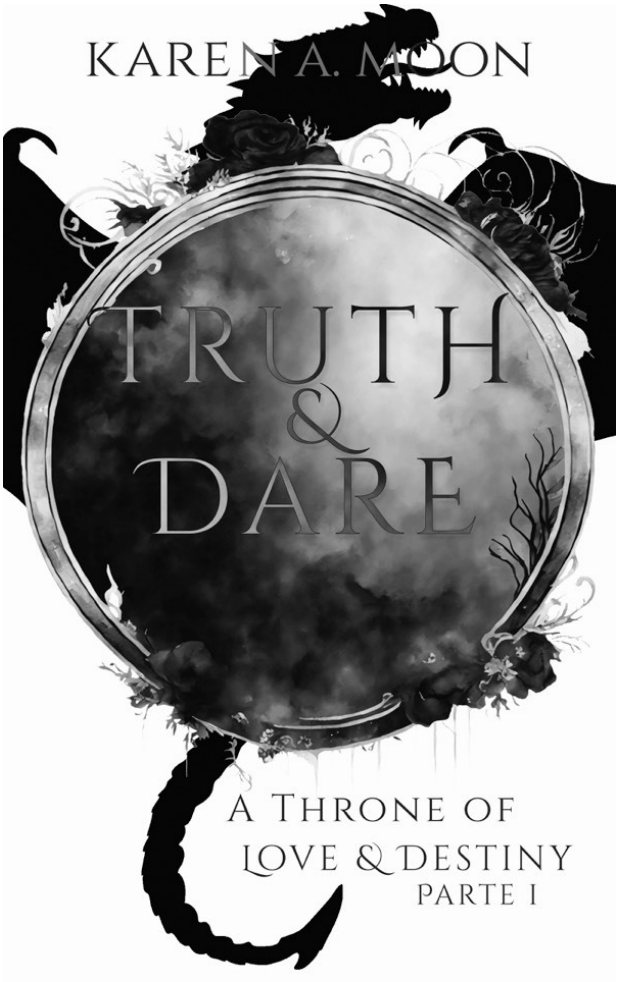
Nota importante sobre la historia
la profecía

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Epílogo

MUESTRA DE LECTURA DEL VOLUMEN 4
Precuela gratuita
Aquí me encontrarás:

Nota importante sobre la historia



Para comprender mejor algunas de las referencias de este volumen, es recomendable haber leído la primera parte de la precuela.

ANTES DE QUE LA MALDICIÓN CAYERA SOBRE ECLARIA, UN REY Y UNA REINA GOBERNABAN EL IMPERIO UNIDO.

DÉJATE HECHIZAR POR SU HISTORIA DE AMOR Y DESCUBRE PIEZA A PIEZA EL SECRETO QUE SE ESCONDE TRAS LA MALDICIÓN.

Puedes empezar aquí...

https://dl.bookfunnel.com/t8mj51rmbt

LA PROFECÍA



Una cazadora nacida bajo la luna llena de sangre.
Besada por las estrellas.
Dotada de un don que puede salvar a su pueblo.
Unida en matrimonio con un jinete,
que lleva la herencia del rey en su sangre.
Guiará a su gente hacia la paz,
y destruirá al enemigo.

Última profecía de los pueblos unidos de Eclaria,
interpretado y traducido por los ancianos Vulas y Tanil

PRÓLOGO



Al principio, creía que entre nosotros podía surgir algo más que amor.
Un vínculo entre almas gemelas.
Pero entonces él buscó un poder
al que no estaba destinado.
Esto afectó a su personalidad
y a nuestra relación.
Ni siquiera el nacimiento de nuestro hijo, Kayden,
pudo detener su cambio.
Solo puedo esperar que mi hijo encuentre el amor
que a mí me fue negado.
Amor y más que amor.

Del diario de Elzira,
asesora de la pareja real

No —susurró Hakon, mirando fijamente el espejo que tenía en la mano. La palabra debía sonar contundente, pero en cambio salió de sus labios y pareció extenderse ante él como una alfombra. Como un mal presagio. Apretó con más fuerza el cristal

reflectante, lo único que le quedaba en esta lucha. Sus nudillos se pusieron blancos.

Esto no podía estar pasando. Sus planes, sus esperanzas, todo por lo que había luchado durante el último siglo se le escapaba de las manos. La impotencia le atravesó el corazón.

Miró a Jadina. Su magia era fuerte y poderosa. Resistió con fuerza todos los ataques de magia de fuego. Pero él sabía que nunca sería suficiente. Ella aún no estaba lo suficiente familiarizada con el poder que llevaba dentro. No todavía.

El fuego hacía que el suelo de mármol brillara con un color rojo, y las llamas proyectaban sombras danzantes sobre los muebles del dormitorio de la reina Adayla. Era casi como si aún hubiera vida allí, a pesar de que la muerte reinaba en ese lugar desde hacía mucho tiempo.

Adayla. Hakon recordaba exáctamente la última vez que vio a su amiga. Ella estaba preocupada y él intentó tranquilizarla. Le mintió para que no le hiciera más preguntas. ¿Debería haberle contado la verdad entonces?

Su reflejo sonriente interrumpió su línea de pensamiento. Tenía que actuar ahora, de lo contrario sus esfuerzos habrían sido en vano y lo perdería todo.

En lo más profundo de su ser, activó su magia. Era tan poderosa como la de su oponente. Durante mucho tiempo, creyó que no era así. Pero la edad le enseñó todo lo contrario.

Hakon sabía, sin embargo, que esta era su única oportunidad. Este único momento.

Se sumergió aún más en sí mismo, más profundo que nunca. Necesitaría toda la magia que yacía dormida en su interior para este momento.

Los ojos en el espejo le miraban con burla, con sorna. Sus ojos, que contenían una frialdad aterradora.

—No —repitió, con un temblor en la voz. Todo dependía de él.

La comisura de la boca de su reflejo se crispó, y Hakon supo que había llegado el momento. Con todas las fuerzas que pudo reunir, lo lanzó en su dirección. Y dio en el blanco. Una luz azul brotó. Tan deslumbrante que tuvo que entrecerrar los ojos.

Al momento siguiente, desapareció y Jadina se desplomó inmóvil a sus pies. Sin aliento, sonrió mientras miraba a la joven.

Una sensación de triunfo recorrió sus venas. Lo consiguió.

CAPÍTULO 1



Es conocida por su belleza, elegancia y peligro,
pero no es solo una: tres tienen nombre.
Encuéntralas a todas, pero ten cuidado,
porque el doble mundo las protege.
El tiempo se acaba,
así que date prisa.
Cuando los encuentres a todos,
amárralas a la tierra.
Con el poder combinado,
encenderás tu magia.
Así se destruirá la maldición,
solo entonces renunciaré a la chica.

Acertijo de la sirena de las aguas negras
de la tierra maldita ante el Palacio de Eclarian

K*ayden*

—¡Jadina! —grité, con el estómago apretado y la magia bullendo en mi interior. Tenía que llegar hasta ella. ¡YA!

Me desplacé por los interminables pasillos del Palacio de Eclarian. La luz de mi antorcha se reflejaba en las paredes de mármol blanco y las sombras que proyectaba se burlaban de mí.

—¿Qué pasa? —preguntó Nayda preocupada, pisándome los talones. Jadina era su amiga y yo quería tranquilizarla tanto como quería tranquilizarme a mí mismo. Decirle que todo iba bien. Pero no era así. Lo sentía en lo más profundo de mi ser, en el vínculo que unía a mi alma gemela y a mí. Que hacía que nuestras dos almas fueran una sola. ¡Mi alma gemela, mi esposa, mi reina! Por los dioses, tenía que llegar a ella a tiempo.

Por fin, una tenue luz emergió de la oscuridad frente mí. Corrí hacia ella aún más rápido que antes y me di cuenta de que provenía de una puerta abierta. Me detuve de golpe en el umbral y la respiración se me cortó en la garganta, con su nombre atascado en la punta de la lengua. *Sí…*

En la alcoba de la reina anterior, me encontré con mi sueño de antes. Una pesadilla que se había convertido en una cruel realidad. Una que parecía poner fin a mi propia vida. En medio de un gran charco de sangre yacía la única persona que había dado un mínimo de sentido a mi existencia.

Silenciosa. Inmóvil. *Muerta*.

Un grito de dolor, como el de un animal moribundo, sacudió mi ser y se me clavó en los huesos. *Mi grito.* Presa del pánico, me llevé una mano al pecho, como para evitar que mi corazón estallara, y caí de rodillas.

Jadeando en busca de aire, mi mirada se deslizó sobre su cuerpo en busca de algún indicio de vida. Nada.

Estaba muerta. Mi gran amor, mi alma gemela. Ya no estaba conmigo y solo volvería a estarlo en el reino de los muertos. A gatas, me arrastré hasta Jadina, solo para encontrarme con unos ojos muy abiertos y vacíos en los que el verde se desvanecía lentamente. Con cuidado, tomé su mano entre las mías, pero también estaba fría y flácida.

Un sollozo sacudió mi cuerpo y luché por mantenerme en pie. Quería tumbarme a su lado, acurrucarme junto a ella, cerrar los ojos y seguirla. Dondequiera que hubiera ido.

El dolor se volvió insoportable y me devoraba por dentro.

¡*Jadina*! gritó todo mi ser con desesperación. Mi corazón, mi alma y mi magia. Una vez más, miré dentro de mí, buscando nuestro vínculo. Ese vínculo, que antes latía con vida, ahora flotaba flácido y sin conexión entre nosotros. Sin embargo, me aferré a él, negándome a soltarlo.

Temblando, me incliné hacia ella, la besé suavemente en la sien, como había hecho tantas veces antes, y apoyé mi frente contra la suya. Mis lágrimas cayeron sobre su rostro y corrieron por sus mejillas, como si ella también estuviera lamentando este final, esta inevitable despedida.

—No puedo perderte —le susurré con voz temblorosa, mirándola a los ojos. Suplicándole. ¿Podía escucharme?

—Vuelve —le supliqué, acercando su mano a mi pecho—. ¿Puedes sentir mi corazón? Solo late por ti y gracias a ti. No me dejes solo. Por favor.

Una vez más, un sollozo me sacudió y cerré los ojos. Su aroma a flores primaverales y a sol intenso me envolvió, rodeándome como un abrazo.

No podía perderla. No cuando acabábamos de encontrarnos. Eso no podía suceder. Sería mi propia muerte.

Ella, la chica del desierto que había vivido sola en la naturaleza durante más de una década, me había salvado a mí, el rey de los jinetes de dragones. De mi soledad y mi parálisis. Una parálisis causada por mi padre, el gobernante de los jinetes de dragón.

En todos esos años de opresión, le había dejado salirse con la suya, y solo gracias a Jadina encontré el valor para enfrentarme a él y a mis miedos.

Porque decidí que no perdería a Jadina por culpa de Gronus. Por eso luché por ella, por su amor, y me encargué de estar ahí cuando me necesitó.

Por eso estaba agradecido con la vida, con mi esposa, por haberme perdonado mis errores, por haberme recibido cuando le juré mi amor eterno y creído el no haber pasado la noche con Cilia.

«Mi pequeña y testaruda gata salvaje».

Un amor eterno me inundó como una ola y me arrastró a un torbellino de recuerdos.

Una mano se posó en mi hombro y abrí los ojos.

—¿Qué? —espeté.

—¿Kayden? —La voz de Nayda temblaba y estaba inusualmente tranquila. Me arrepentí en el instante de mi arrebato anterior. Ella también estaba conmocionada por la muerte de Jadina.

«¿Muerte? ¡No, ni siquiera podía pensar en esa palabra!».

Miré a mi alrededor y vi a una Nayda que me resultaba desconocida. Tenía los ojos muy abiertos, los labios temblorosos y las lágrimas corrían por sus pálidas mejillas.

—¿Jadina? —susurró, con la mirada fija entre mi alma gemela y yo.

¿Qué debía decirle? No podía decirlo. Cualquier palabra solo haría que esto fuera más real. Lo convertiría en una verdad que no podría soportar.

Mi silencio fue suficiente, porque al momento siguiente, Nayda cayó de rodillas al otro lado de mi esposa, agarró su mano libre y la apretó contra su mejilla.

—No —susurró y cerró los ojos mientras las lágrimas seguían corriendo por su rostro y sus labios temblorosos—. No, no, no —repitió una y otra vez, rompiendo mi ya destrozado corazón en mil pedazos una vez más. Con su amabilidad, calidez y mente abierta, Jadina se había ganado incluso el corazón más insuperable y difícil de convencer. El de Nayda.

Se oyeron pasos rápidos y un grito de sorpresa detrás de mí. No necesitaba mirar atrás para saber que eran Dex y Felycitia. Poco después, la sanadora se sentó junto a la cabeza de Jadina. Con dedos temblorosos y labios apretados, rebuscó nerviosa en una bolsa que llevaba consigo. Su búsqueda cada vez más impaciente entre el contenido de su bolsa, se difuminó tras nuevas lágrimas que no pude contener.

—Haz algo —le supliqué, con cada palabra acompañada de un sollozo.

Ella levantó la vista por un momento y yo busqué en sus ojos la esperanza que no podía abandonar, pero, para mi horror, solo vi

dolor y su propia desesperación.

Rápidamente bajó la mirada, agarró la bolsa del suelo y vació su contenido a su lado. Sin vacilar, eligió una pequeña botella con un contenido verdoso. «El color de la magia de Jadina», pensé para mis adentros.

Felycitia la descorchó, abrió los labios de Jadina y dejó que el líquido cayera en su boca hasta que la botella quedó vacía.

—No puedo hacer nada más —dijo, mirándome con aire de disculpa. Una lágrima rodó por su mejilla y sus hermosas alas colgaban flácidas en el suelo—. Lo siento mucho. —Su voz se quebró y cerró los ojos mientras respiraba hondo.

Un rugido fuerte y desesperado sacudió los cimientos del palacio. Jarok. El dragón de Jadina tenía un vínculo con ella, igual que yo. Aunque no era comparable al vínculo entre almas gemelas, también estaban conectados mentalmente.

—*¿Kayden?* —oí la voz preocupada de Elara en mi mente. Mi dragona no solo se había convertido en la compañera de Jarok, sino también en amiga de Jadina—. *¿Es cierto?* —Su horror y su dolor fluyeron a través de mí, penetrando mis huesos. Todo mi ser vaciló por un momento antes de que pudiera enviarle un seco «*sí*».

Ese pequeño pensamiento me oprimía aún más la garganta, mientras un puño invisible se cerraba alrededor de lo que quedaba de mi corazón. El dolor me hizo rebelarme y sentí que mi magia se agitaba dentro de mí. Quería destruirlo todo. Por ella. Para estar con ella. Porque sin Jadina, nada tenía sentido ya. Ni para mí, ni para nuestro país, ni para nuestro futuro. Sin ella, no quedaba ninguna profecía ni esperanza. Una vez más, me incliné hacia ella, acurruqué mi rostro contra el suyo y cerré los ojos.

El viento azotaba salvaje en mis venas, queriendo llenarme por completo, abrumarme. Mi magia buscaba su contraparte, el poder de mi esposa. Cuanto menos encontraba, más desenfrenada se volvía. Solo era vagamente consciente del viento tirando de mi ropa. Del cabello de Jadina rozando mi rostro. No me costó ningún esfuerzo rendirme a mi magia.

—¡No, Kayden! —oí la voz de Dex en el fondo—. Tienes que recomponerte ahora. Por ella.

¿Por ella?

¿Quizás aún quedaba una pequeña chispa de esperanza a la que aferrarme? ¿Que me impediría seguir a Jadina en ese mismo instante?

—¿Por ella? —Las palabras salieron de mi boca como miel, que solía comer a menudo en mi infancia. Cuando el comercio con el continente de Brysalian aún era floreciente. Dulce y pegajosa al mismo tiempo.

—¡Sí! —gritó Dex contra la tormenta—. Por ella y por Eclaria.

Mi magia del aire se detuvo, como si también hubiera sentido la esperanza que resonaba en las palabras de Dex.

Una calma temporal volvió a mi cuerpo como un escudo protector, y le di un tierno beso en los labios a Jadina antes de volverme hacia Dex.

—¿Qué podemos hacer? —le pregunté, cada palabra como un disparo de cañón. Aguda, certera y aterradoramente fría.

CAPÍTULO 2



Nuestra inmortalidad nos garantiza una larga vida.
Sin embargo, eso no significa
que los seres mágicos no puedan morir.
La muerte solo se produce en caso de lesiones tan graves
que no pueden ser curadas por nuestra magia.
A menudo, la magia se agota durante el intento de supervivencia.
En casos excepcionales, se produce un bucle temporal
en los momentos finales antes de la muerte.
Esto solo puede suceder
si el cuerpo y el alma se separan poco antes de la muerte.
No sabemos la razón de porqué esto sucede.

Extracto de la antología
Los seres mágicos de Brysalia, de Horacio

K*ayden*

—Estaba persiguiendo a Dorian, pero ese maldito jinete… —Lenn apareció en la puerta, jadeando. Confundido, su mirada se desplazó de mí a Jadina, y su postura, antes tensa, se desplomó. Era como si de repente le hubieran succionado el alma. Con los ojos muy

abiertos, se deslizó por el marco de la puerta hasta quedar sentado en el suelo de mármol blanco.

Las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas y vi que sus labios formaban silenciosamente el nombre de ella. Mi propia alma volvió a gritar al ver a mi amigo, y la oscuridad amenazó con envolverme una vez más.

Lenn se llevó las rodillas al pecho y apoyó la frente sobre ellas mientras su cuerpo se sacudía con los sollozos.

Dex corrió hacia nuestro amigo, se sentó a su lado y lo consoló, con las mejillas también mojadas por el llanto.

Nayda, frente a mí, apartó un mechón de cabello de la cara de Jadina y cerró su mano sobre esos hermosos ojos verdes que me habían mirado de tantas maneras. Al principio con odio y rabia, luego con amor y ternura infinitos. Con el deseo tormentoso que igualaba al mío.

Con todas mis fuerzas, intenté evocar la frialdad que acababa de protegerme de esos recuerdos, esos sentimientos y ese dolor.

«No puedo derrumbarme ahora. No ahora. Este no puede ser el final para Jadina. Debo luchar. Tengo que luchar por ella. La traeré de vuelta. A mí. A mi lado, a donde pertenece».

Como un mantra, repetí estas frases una y otra vez en mi cabeza. Hasta que las lágrimas se secaron y una nueva fuerza fluyó en mí. La fuerza de la determinación. Nunca renunciaría a Jadina. Nunca.

Aunque tuviera que buscarla en el reino de los muertos, luchar para llegar hasta ella y traerla de vuelta por la fuerza. Incluso iría a la guerra contra Hades si fuera necesario. No me importaba.

—Gran Madre, que nos creaste a nosotros y al mundo. Gran Madre, que despertaste la vida y abrazaste la muerte —susurró Nayda, con la voz quebrada en las últimas palabras.

—¡No! —le espeté—. ¡No digas ni una palabra más! —Fue casi un gruñido lo que salió de mi garganta mientras miraba a mi amiga con ira. Jadina no podía estar muerta. No lo permitiría.

Nayda levantó la vista. Vi compasión en sus ojos. Pero permaneció en silencio, sin terminar esa maldita oración por los muertos.

—No está muerta —dije, apretando los dientes—. ¿Entendido?

Una lágrima le recorrió la mejilla mientras asentía y me miraba con preocupación, y luego miró a Felycitia, que nos observaba.

Sabía lo que todos estaban pensando. Lo que creían. Que estaba perdiendo la cabeza. Pero no era así. Estaba seguro de ello.

—Felycitia, ¿tu remedio ya ha surtido efecto? —le pregunté a la Vile.

—No, todavía no —susurró, pero puso una mano en la mejilla de Jadina. Como si se hubiera quemado, la retiró, solo para volver a colocarla con determinación. Frunció el ceño, cerró los ojos y yo contuve la respiración, en suspenso. Rápidamente, palpó desde la cara de Jadina hasta su cuello y a lo largo de su pecho. Entonces se quedó paralizada—. Su cuerpo no respira y no tiene pulso. Su magia se ha agotado por completo. Sin embargo… —Inclinó la cabeza.

—Continúa —la insté, sabiendo que sonaba como una orden real.

En ese momento, los ojos de la Vile se abrieron de par en par y el asombro se reflejó en sus iris azules y acuosos.

—Sin embargo, el cuerpo de Jadina no está pasando por las etapas típicas de la muerte. —Me miró fijamente—. Es casi como si estuviera atrapado en el bucle temporal de la inmortalidad. La inmortalidad que reside en todos los seres mágicos.

La mano de Jadina, que aún estaba en la mía, estaba más fría de lo habitual, pero no tan fría como debería estar tras la pérdida de sangre. Además, su piel seguía siendo suave y flexible. Me incliné con cuidado para levantar uno de sus párpados con el dedo índice. Sus ojos verdes estaban más apagados de lo habitual, pero no se parecían a las miradas vacías de los numerosos muertos que había visto durante el último siglo.

«¿Dónde estás, Jadina?»

—¿Puedes sentir el alma de Jadina? —quise saber, y el dolor de tener que hacerle esta pregunta a otra persona en lugar de a mí mismo casi me volvió loco.

—Ya sabes la respuesta —respondió ella, y yo asentí con la cabeza, buscando de nuevo nuestra cinta. Seguía flotando flácida y sin vida en un vacío que me había mantenido en su despiadado agarre desde el momento en que la encontré aquí.

—¿Cómo puede un cuerpo quedarse atrapado en un bucle temporal después de la muerte? —preguntó Dex, acercándose.

—No lo sé exactamente. Es la primera vez que veo algo así, solo había oído hablar de esta posibilidad —admitió Felycitia. Lenn, que se levantaba mientras tanto, se acercó y, al mirar a mis amigos uno tras otro, vi confusión, pero también esperanza en sus rostros. Sus lágrimas se secaron y sus miradas se posaron con cariño en mi esposa. La pura desesperación que todos estábamos sintiendo, fue desapareciendo.

—Primero tumbemos a Jadina en la cama —sugirió Nayda.

—Es una buena idea —asintió Felycitia.

Antes de que nadie más pudiera pensar en tocarla, deslicé mis brazos bajo su cuello y sus rodillas, la atraje hacia mi pecho y me levanté con ella. Posesivo, la apreté contra mí y me detuve. Nuestro vínculo espiritual me hacía querer tenerla conmigo todo el tiempo y protegerla, poniéndome celoso tan pronto como hablaba con otro hombre. ¿Por qué esos sentimientos, que no tenían nada que ver con mi amor por ella, sino que estaban relacionados con nuestra conexión espiritual, no desaparecían ahora que nuestro vínculo estaba roto?

Con la mayor delicadeza posible, di unos pasos hasta la cama y acosté a Jadina con suavidad. Le coloqué una almohada bajo la cabeza y le subí la manta hasta la barbilla. Al fin y al cabo, estaba acostumbrada al calor del desierto y no quería que pasara frío.

—Te encontraré —le susurré, y luego la besé en los labios con delicadeza.

En ese momento, un profundo gruñido retumbó a través de mi conexión con Elara.

—*¡Vienen hacia aquí!* —me informó mi dragona, interrumpiendo mis pensamientos.

—*¿Quiénes?* —respondí, un poco molesto. Nada podía ser tan importante como Jadina.

—*Una escuadra de jinetes de dragón* —respondió con mal humor.

En estado de alerta, interrumpí el beso con mi alma gemela.

—*Escóndanse* —le ordené, y al mirar alrededor de la habitación, me di cuenta de que los miembros de mi escuadrón estaban

teniendo la misma conversación interna con sus dragones.

—*Ya nos han detectado.* —Eso no era bueno.

—*Pide a los dragones que se acercan que oculten tu ubicación a sus jinetes* —exigí. Los dragones eran leales entre sí, y si un dragón quería volar en otra dirección, ningún jinete del mundo podía cambiarlo.

—*Esos dragones han sido enviados y llevan mucho tiempo esperando el momento adecuado para derrocar al Señor de los Dragones y a su hijo. Para acabar con ese linaje y elegir un nuevo señor.*

¡Mierda! El horror puro fluyó por mis venas y mi cuerpo se tensó como la cuerda de un arco. ¡Un ataque! ¡Ahora mismo!

Para entonces, cada palabra de mi dragona se había convertido en un gruñido o un rugido. Si no supiera que no es así, pensaría que nuestra conexión ardía con fuerza gracias al fuego de su dragón.

—*¿Por qué no he oído nada sobre esta tensa situación entre ustedes?* —la acusé—. *Al fin y al cabo, soy el rey.*

En cuanto lo dije, supe que fue un error decirlo.

—*Porque no es asunto tuyo*, *jinete* —siseó, y cada palabra me golpeó como el chasquido de un látigo—. *Son asuntos nuestros.*

Gimiendo, me pasé la mano por la cara. Tenía sangre de Jadina, pero no me importaba.

—*¡Prepárense para luchar!* —le espeté. La conversación aún no terminaba. Si queríamos sobrevivir a esta misión, teníamos que trabajar todos juntos. Tanto los dragones como los jinetes. Los secretos podían significar la muerte.

—*Siempre estamos preparados para luchar* —respondió Elara con altivez, pero yo estaba mirando hacia los demás. No era el momento de pensar en Jadina ni en el sentimiento de muerte que me invadía.

Mi mirada recorrió a mis amigos, que se habían reunido alrededor de ella. Me habría encantado ahorrarles otro problema. Una batalla contra los nuestros.

—Como ya oyeron, nos han encontrado y un escuadrón de jinetes se dirige hacia nosotros. —Vi la tensión y la determinación en los rostros de mis amigos. Comprobé el ajuste de mis armas en mi cuerpo y me sumergí profundamente en mi magia. Todavía estaba

confusa y llena de dolor por la pérdida de Jadina, pero también llevaba consigo una rabia que ahora podía canalizar.

—Si es posible, no maten a nadie. —Los demás también revisaron sus armas. Todos intentaron concentrarse en los pasos que habían aprendido. No pensar en contra de quién iban a luchar. Mi mirada se posó en Felycitia.

—Quédate con Jadina. —Ahora que luchábamos juntos por la vida o la muerte, los días de tratarnos con formalidad en nuestro grupo habían terminado—. Protégela.

Sabía que le estaba pidiendo mucho. Después de todo, no sabíamos cómo estaba Jadina. Pero con su muerte estaba en juego mucho más que nuestro dolor. La profecía, Eclaria, nuestra libertad. Por muy escasas que fueran nuestras esperanzas de devolverla a la vida, teníamos que protegerla.

Sin dudarlo, la sanadora asintió, desenvainó sus armas y se colocó frente a la cama. Era una guerrera de pies a cabeza. Una vez más, me pregunté cuántas batallas habría librado ya en su vida.

—¿Alguien sabe dónde está Limycu? —preguntó Nayda, más nerviosa de lo que jamás la había visto. A la pequeña águila le resultaría difícil sobrellevar la pérdida de Jadina. Especialmente después de haber estado a punto de perder a Eline.

—El pequeño estaba tan agotado por el vuelo que seguía durmiendo cuando salimos de la biblioteca —respondió Felycitia, y el alivio inundó mis sentidos. Tendría que ocuparme de Limycu más tarde.

Tras echar una última mirada a Jadina, cogí una de las antorchas que iluminaban la sala y salí corriendo por la puerta. Nayda, Dex y Lenn me siguieron. Nos llevó un rato encontrar la salida del laberinto de pasillos y escaleras, pero finalmente llegamos a la puerta donde nos esperaban nuestros dragones. Jarok y Troas también estaban allí. Me pregunté si el hijo del Señor de los Dragones aún podía sentir a su jinete o si su conexión también se había roto igual que conmigo. Se lo preguntaría a Elara más tarde.

Trepé por su pata delantera y me subí a la silla de montar. Había realizado este movimiento muchas veces antes, pero esta vez era

diferente. Esta vez volábamos hacia la batalla contra nuestros propios compañeros.

—¿Cuántos son? —pregunté mientras abrochaba las correas. Me temblaban las manos.

—Una docena de dragones y sus jinetes —respondió. Reprimí el pánico que empezaba a crecer en mi interior. Solo éramos seis dragones y cuatro jinetes. Nos superaban en número.

—Entonces necesitamos táctica y habilidad. ¿Alguna sugerencia? —le pregunté.

—Jarok conoce muy bien a estos dragones. Ha participado en muchas batallas contra ellos. Son despiadados y están dispuestos a matarnos a todos. No debemos contenernos si queremos llegar a mañana.

Ahí se acabaron mis instrucciones de no matar a nadie. Al parecer, al menos en lo que respecta a los dragones, esa no era una opción. Se me revolvió el estómago y mi alma se rebeló ante la idea de quitar más vidas. Un temblor recorrió el poderoso cuerpo de Elara. Ella también estaba agitada. Le acaricié el cuello y ella se inclinó agradecida hacia mi caricia. Sabía lo mucho que Jadina significaba para ella.

—Podemos hacerlo. Todos juntos. Por favor, comunica la situación a los otros dragones y a sus jinetes.

Elara extendió sus alas, clavó sus garras en el suelo negro y luego se impulsó. Movió sus alas con fuerza mientras ganábamos altitud.

El sol acababa de salir detrás de las montañas de mi tierra natal, tiñendo de rojo las cimas. Tan rojo como la sangre que estaba a punto de derramarse. Y en la que yacía mi compañera.

Gran Madre, acompáñanos.

CAPÍTULO 3



Horacio es mucho más que un simple consejero de la familia real.
Se ha convertido en un amigo para mí,
al que no querría perder de mi lado.
Si le pidieras que se describiera a sí mismo,
probablemente diría que es solo un viejo tonto.
Pero no puedo estar de acuerdo con eso,
porque Horacio es una enciclopedia andante.
Y un excelente bailarín.

Extracto del diario de Thalie,
reina de Aranga

J*adina*

LAS IMÁGENES de mi vida se arremolinaban erráticas ante mi ojo interno mientras caía en una oscuridad sin fondo. El miedo era un sentimiento que ya no existía. No, era más bien una calma ineludible que se apoderó de mí.

Las imágenes se hicieron más nítidas y me mostraron mis recuerdos más preciados. Mis padres en nuestro campamento, rodeados de dunas de arena. Mi padre enseñándome a cazar. Su

tierna sonrisa cuando me acurrucaba junto a él. Mi madre leyéndome cuentos de hadas y su risa espontánea cuando me envolvía en una manta e imitaba al villano de la historia.

El día en que no regresaron de la caza y los años de soledad y lucha por la supervivencia que siguieron, que siempre me habían oprimido el pecho. Ahora por fin podía volver a ver a mis padres. En el reino de los muertos, donde nuestras almas podían encontrarse. Solo tenía que dejarme llevar, dejarme caer por completo.

¿O no? ¿Estaba preparada para eso? Aparté esa parte de mi vida y las preguntas para centrar mi mirada en los siguientes acontecimientos que se manifestaban en imágenes.

El día en que todo cambió, cuando Kayden me encontró medio muerta en el desierto y me llevó con él. Su primer contacto cuando quiso curarme las heridas de las manos. El fuego de Elara que convirtió mi querido libro en cenizas. El dolor que acompañó al golpe de Nayda. La mueca de Gronus cuando amenazó con destruirme. Incluso ahora, la ira hacia ese tirano seguía ardiendo en mi interior.

El odio hacia todos ellos me dominaba entonces, pero qué rápido se había convertido en amistad y amor. Las caras de Eline, Nayda, Lenn y Dex aparecieron en mi mente. Eline, cuando me puso un maldito vestido por primera vez. Dex, que siempre estaba absorto en un libro, y Lenn, mostrándome la galería de arte del castillo de Dragonfall. Nayda, a quien enseñé a disparar con arco.

Los echaría mucho de menos en el lugar al que me dirigía ahora. Sentí las suaves plumas de Limycu en mi mejilla, vi a Fenja sumergirse en las profundidades durante la primera prueba y oí el grito de muerte de Auris en el laberinto. Las últimas y rencorosas palabras de Cilia llegaron a mis oídos, y su traición, junto con la de mis amigos, me hirió profundamente.

Fue una lucha interna que casi me destrozó. Que me costó el tiempo que bien pude haber compartido con la persona más importante de mi vida. Tiempo con Kayden. Con mi esposo. Mi alma gemela.

Nuestro vínculo, que me había hecho sentir tan cerca de él, ahora era solo un hilo sin vida. Su magia, que se acurrucaba contra la mía, ahora no existía. La calma que prevalecía en mi interior se

desvaneció en el aire y fue reemplazada por el dolor. Un dolor peor que el que sentí cuando nos separamos por primera vez.

Anhelaba a Kayden. Todo mi ser, mi alma, mi magia, todo de mí. Incluso ahora. ¿Cómo podría existir en el reino de los muertos sin él? ¿Cuándo volvería a verlo?

Agarré nuestro vínculo con ambas manos, tiré de él y me juré a mí misma no soltarlo. «No puedo soltarlo».

¡Volver! ¡Quiero volver a la vida! Regresar con él.

Una nueva energía fluyó a través de mí y me dio la fuerza para no dejar que este vínculo se me escapara de las manos. No estaba lista para rendirme. Todavía había mucho que quería experimentar. Mucho que tenía que hacer.

¡La profecía! Sin mí, Eclaria no podría salvarse, la guerra entre los jinetes de dragones y los cazadores no terminaría. ¡Tenía que detener a Hakon y encontrar las rosas que mencionó la sirena! No se podía permitir que Gronus enviara a sus jinetes a otra guerra contra mi pueblo. Tenía que romper la maldición a tiempo.

Poco a poco, me arrastré por la cinta. Me asustaba lo flácida y sin vida que estaba. Sin pulso, sin brillo. Parecía tan muerta como yo.

Sin embargo, sabía que no podía soltarla. Así que seguí aferrándome a ella. Utilicé la energía que me quedaba para no perder la última conexión entre mi alma gemela y yo.

«¡Kayden! ¡Estoy aquí, Kayden!».

¿Podía sentirme aún? ¿O era lo mismo para él que para mí?

De repente, sentí un extraño tirón. Al principio, solo fue un ligero tirón, tratando de alejarme de nuestro vínculo. Pero antes de que pudiera averiguar de dónde venía, se hizo tan fuerte que luché por no soltar la cinta.

Cuanto más me resistía a ceder, más salvaje y exigente se volvía. ¿Era el reino de los muertos llamándome?

¡No! Nunca me soltaría.

Mis manos resbalaron por la cinta y supe que no podría aguantar mucho más. Mis fuerzas se estaban desvaneciendo y, por mucho que me aferrara a ella, la fuerza me alejaba cada vez más.

Un estruendo ensordecedor me hizo zumbar los oídos, el dolor hizo que mi ser se rebelara y una luz deslumbrante explotó tan

enceguecedora ante mis ojos que, al instante siguiente, volví a caer en la oscuridad.

—Es impresionante que hayas sido capaz de manejar esta magia, amigo mío —oí una voz masculina, ligeramente temblorosa, como si viniera a través de algodón.

—Solo espero haberlo conseguido realmente. Aún no se ha despertado. Estoy preocupado. —La segunda voz también era masculina, y sabía que la había escuchado antes en alguna parte. Pero ¿dónde?

¿Estaba muerta? ¿Fui traía al reino de los muertos? ¿Era eso lo que me atrajo tan abruptamente?

Escuché mi voz interior. Mi magia seguía dentro de mí, pero faltaba algo esencial. El vínculo del alma y el jinete de dragón al que me conectaba. Su ausencia se sentía como si alguien me hubiera arrancado el corazón del cuerpo con un cuchillo. El dolor inundó todos mis sentidos y jadeé de agonía.

—¿Jadina? —oí una voz familiar cerca de mi oído—. ¿Cómo estás?

Temblando, intenté articular palabras, pero lo único que salió de mi boca fue un gemido. *¡Kayden!* ¡Tenía que volver con mi alma gemela!

—No te preocupes, aquí estás a salvo —intentó tranquilizarme el hombre. Su voz me resultaba familiar y los recuerdos de mi infancia pasaron por mi mente. Un fragmento en la arena, un consejo bienintencionado y un rostro amistoso en el pequeño espejo. Las imágenes me dieron una sensación de seguridad, pero el sonido de esa voz tuvo el efecto contrario. Un miedo intangible se apoderó de mí y me dejó sin aliento. «Algo no estaba bien». Con manos temblorosas, pasé los dedos por la suave superficie sobre la que yacía.

—¿Jadina? —el hombre volvió a decir mi nombre, y todo mi ser se contrajo al oír esa voz.

Los recuerdos de los últimos momentos antes de mi muerte volvieron a mí sin que yo lo deseara. La reina Adayla, que apareció

de repente en la biblioteca y a la que seguí hasta su dormitorio. A la que le contesté todas y cada una de sus preguntas con relación a la profecía, solo para que se transformase en Dorian tan pronto como le conté lo que habíamos descubierto.

Pero no fue Dorian quien me disparó bolas de fuego, ni quien me lanzó el fragmento de espejo, que terminó por herirme en el pecho. Justo en el centro de mi magia. Justo donde un mago ató mi poder durante años. Ese hombre que también terminó por ser mi oponente en dicha batalla.

«Contigo, la profecía también muere», sus últimas palabras resonaban en mi memoria.

¡Hakon!

Sobresaltada, abrí los ojos y miré a los tormentosos ojos grises del hombre que había traicionado tanto a mis padres como a mí. Esta revelación me dejó un sabor amargo en la boca y, al mismo tiempo, todo en mí me impulsaba a huir.

Me dolía el cuerpo con cada pequeño movimiento, pero lo obligué a sentarse y arrastrarse lo más lejos posible en la cama. Con la espalda apoyada contra una superficie dura, miré a mi enemigo.

—¡Hakon! —grité. Mi gruñido iba acompañado de un temblor que no podía reprimir—. ¿Qué haces aquí? ¿Me estás siguiendo hasta mi muerte?

La mirada de Hakon era suave y llena de compasión. Era un buen actor. Después de todo, también se apoderó del cuerpo de Dorian sin que nadie se diera cuenta. Interpretó muy bien su papel. Solo Julze había notado un cambio en su amiga. La jinete que quedó atrapada en las garras de la sirena hasta que rompieras la maldición. Tampoco a ella pude salvarla.

La tristeza me atravesó el corazón y me distrajo por un momento del mago, que se colocó justo a mi lado con las manos en alto.

—Jadina, soy yo, Hakon. No tienes por qué tener miedo —dijo, levantando las manos aún más en un gesto conciliador.

—¡Detente! No te acerques más —espeté, subiéndome la manta bajo la que estaba tumbada hasta la barbilla. Como un escudo protector. Mientras tanto, profundicé en mi magia de luz y la invoqué para que me ayudara. Brotó a la superficie con fuerza y me picó

impaciente bajo la piel. ¿Se podía usar la magia en el reino de los muertos?

—¡No volveré a caer en tus trucos! ¡Tú me mataste! ¡Monstruo!

En un instante, le disparé un rayo de luz, pero se desvaneció en un destello al chocar contra el escudo protector que Hakon levantó. En lugar de atacarme de vuelta, o al menos volver a esbozar esa sonrisa cruel que me mostró justo momento antes de asesinarme, sus ojos grises se llenaron de tristeza.

—Jadina —susurró.

—¡Vete! —grité, con la voz quebrada mientras las primeras lágrimas comenzaban a caer. Una vez más, disparé otro rayo de luz justo a su lado. Si ya estaba muerto, probablemente no podría matarlo.

—¿Cómo moriste? ¿Te mató Kayden? ¿O fue Jarok? —le pregunté, enderezando los hombros. No debía notar que le tenía miedo.

Jarok, mi dragón, el hijo del Señor de los Dragones. Había podido advertirle, pero ya era demasiado tarde. Esperaba que no se culpara a sí mismo.

—¿Muerto? Aquí nadie está muerto —respondió Hakon con calma y dio unos pasos hacia atrás.

«¿No estoy muerta?». Confundida, miré a mi alrededor. Si este no era el reino de los muertos, ¿dónde estaba?

—¿Debería hablar con ella? —Un anciano jorobado empujó a Hakon y se acercó a mí con más determinación de la que cabría esperar por su aspecto. Sus pies se arrastraban por el suelo y el bastón en el que se apoyaba golpeaba la madera con cada paso. Llevaba gafas de pasta con cristales gruesos, y los ojos que me miraban tenían un brillo juvenil.

En cuanto se colocó junto a la cama, se apoyó en el bastón con ambas manos y pareció necesitar recuperar el aliento.

—Reina Jadina —dijo, silbando mientras llenaba sus pulmones de aire—. Mi nombre es Horacio. Soy uno de los consejeros de la familia real y le doy una cálida bienvenida a Aranga.

«¿Aranga?». ¿Cómo podía ser? Aranga era uno de los reinos mágicos del continente de Brysalia. Eso lo aprendí en uno de los

libros de mi padre. A menudo habíamos estudiado juntos los mapas que tenía y él me había contado todo lo que sabía sobre los diferentes reinos.

—Sí, Alteza. Se encuentra en la Ciudad Dorada, la capital de Aranga. —La sonrisa de Horacio era amistosa. Sin embargo, decidí no confiar en él; al fin y al cabo, parecía ser amigo de Hakon.

—¿Cómo es que llegué aquí? ¿Y por qué? —Mi mirada se desplazó del anciano a Hakon. Lo miré con los ojos entrecerrados. ¿Cómo se atrevía a separarme de mi alma gemela?

—¿Qué estás tramando? ¿Y por qué me trajiste aquí? ¡Quiero volver a Eclaria ahora mismo!

Hakon puso cara de disculpa, pero fue Horacio quien me respondió.

—Mi amigo Hakon te trajo a Aranga a través del espejo utilizando un hechizo muy sofisticado —dijo. Inclinó la cabeza y me miró a través de sus gruesas gafas, estudiando cada uno de mis movimientos—. Para salvarte la vida.

«¿Por qué querría salvarme la vida si fue él quien intentó matarme?». Miré a los dos hombres con los dientes apretados. Nada de esto tenía sentido.

Hakon dio un paso adelante e inmediatamente levanté la mano, con mi magia de luz lista para lanzársela. El mago se estremeció ante mi movimiento, como si le hubiera golpeado. El dolor se reflejaba en su rostro y apenas podía mirarme a los ojos.

—Jadina, no intentaba matarte —susurró, y luego bajó la cabeza —. Fue mi hermano gemelo, Attilus.

CAPÍTULO 4



Yo, el rey Ryland, nombro por la presente a Hakon mi consejero personal.
Yo, la reina Adayla, nombro por la presente a Attilus mi consejero personal.
Que ambos nos sirvan fielmente y nos apoyen con amistad.

Extracto de las transcripciones
de la coronación de Lady Adayla

Jadina

¿Hermano gemelo? Confundida, parpadeé e intenté ordenar mis pensamientos. ¿Estaba diciendo la verdad? ¿De verdad tenía un hermano?

Lentamente, bajé la mano, pero sin retirar mi magia, y volví a mirar a Hakon. Esta vez, reprimí mi odio y mi desconfianza, aunque me resultaba difícil.

Una nueva imagen surgió ante mí, liberándose de mis recuerdos del mago que quería matarme. Ante mí se encontraba un hombre destrozado. Su postura, con los brazos colgando y los hombros encorvados hacia delante, delataba su agotamiento. Desde que

desperté, no había intentado atacarme de nuevo ni me había dedicado esa sonrisa odiosa. Sin embargo, no le costaría nada matarme en mi estado. Al fin y al cabo, yo sabía de lo que era capaz.

El dolor visible seguía presente en sus ojos mientras me miraba con aire de disculpa. Noté eso antes, durante nuestra conversación y sus explicaciones.

¿Por qué me habría protegido todos estos años solo para matarme ahora que era capaz de lo que él siempre había esperado?

—Deseo la paz y una Eclaria unida. Sin maldiciones y sin guerras. Mi interés radica en encontrar la causa y eliminarla —le oí decir en mi mente cuando le pregunté por su deseo a través del espejo.

En ese momento parecía decidido y sincero. Además, sus ojos grises estaban llenos de calidez, mientras que los del otro Hakon parecían de acero frío.

Sin embargo, yo quería algo que me quitara la incertidumbre, que me liberara de la desconfianza que me perseguía desde siempre.

—¿Tienes pruebas de lo que dices? —le pregunté con la mayor seguridad posible, incorporándome en la cama y cruzando los brazos delante del pecho, aunque hubiera preferido envolverme con ellos para protegerme. Me sentía perdida, sola y desgarrada. Pero al menos esa postura ocultaba mi temblor interno. Me mantenía entera.

—Tenías razón. Ella es muy sospechosa —resopló el anciano—. Por suerte, traje los documentos y las fotos que se tomaron durante tu visita a Aranga. ¿Me los pasarías, por favor?

Impaciente, extendió la mano hacia Hakon, quien se dirigió hacia una mesa y regresó con una pequeña pila de papeles. Sin acercarse a mí, los colocó en los dedos ahora temblorosos del anciano.

—Gracias, amigo mío.

Horacio se acercó arrastrando los pies a mi cama y apoyó su bastón contra la mesita de noche. Luego miró el borde de la cama.

—¿Me permites? —me preguntó, y yo asentí con la cabeza, pero me moví un poco en la otra dirección.

Suspirando, el anciano se sentó y extendió los papeles delante de mí. Me incliné un poco hacia delante para ver mejor, pero sin perder de vista a Hakon, que seguía de pie en medio de la habitación.

Mi mirada se posó primero en un cuadro que mostraba a Hakon con otro hombre que también podría haber sido Hakon. Junto a ellos había una mujer con una corona en la cabeza, enmarcada por su largo cabello negro. Parecía amable y cordial. Sonreía sincera a los dos hombres. Horacio también aparecía en la imagen. Se apoyaba en el mismo bastón que el que estaba junto a la cama.

—Esa es la reina Thalie —explicó Horacio, señalando con su largo y huesudo dedo índice a la mujer de cabello negro—. Es la gobernante de Aranga. Tú también la conocerás. Está deseando conocerte.

Thalie era una auténtica reina. Su postura reflejaba determinación y espíritu luchador, así como elegancia y gentileza. Tuve que tragar saliva. Seguramente creía que se encontraría con un gobernante igual a ella cuando me conociera. Pero yo era más apariencia que sustancia. Solo una cara que nunca había gobernado.

—Este es Hakon —interrumpió Horacio mi línea de pensamiento, señalando con el dedo a uno de los otros dos hombres. Él también sonreía abiertamente, con la mano apoyada en el hombro de Horacio—. Y aquí tenemos a Attilus, su hermano gemelo. —Continuó con el último hombre de la foto, y un escalofrío me recorrió la espalda. Se parecía mucho a Hakon y, sin embargo, no se parecía en nada.

Exteriormente, se parecían tanto que era imposible distinguirlos. Pero si se observaba más de cerca su postura y sus rasgos, se notaba de inmediato que Hakon irradiaba amabilidad y bondad con su sonrisa, sus ojos brillantes y sus hombros relajados. Attilus, por su parte, tenía los labios apretados en una fina línea, la frente arrugada y los ojos, que miraban con tanta frialdad que me estremecí, entrecerrados. Se mantenía un poco detrás del grupo, con los brazos cruzados delante del pecho.

—¿Cuándo fue eso? —pregunté, mirando al anciano.

—Fue unas semanas antes de que Eclaria fuera golpeada por la maldición —respondió, con la tristeza haciendo que su voz sonara

débil.

—¿Por qué estabas aquí? —Mi mirada se posó en Hakon, que me miró con sorpresa. Dio un paso cauteloso hacia mí y carraspeó antes de hablar.

—El rey Ryland y la reina Adayla nos enviaron como sus asesores personales para firmar un nuevo acuerdo comercial con Aranga.

Hakon me pasó otro documento. Lo ojeé. Era el acuerdo, y al final había tres firmas. Las de la reina Thalie, Hakon y Attilus. Los sellos de ambos reinos daban fe de la autenticidad del documento. Reconocí de inmediato el de Eclaria, ya que lo vi en uno de los libros de mi padre.

Con un suspiro, me recosté contra la pared detrás de mí y me froté la cara con ambas manos. Hakon tenía un gemelo.

—¿Por qué me haces esto? —le pregunté al mago, a quien en ese momento creía que era Hakon. No me respondió, ya que para él era irrelevante. No me conocía y su *motivo* no era personal.

—¿Cuánto tiempo hace que sabes que tu hermano está detrás de la maldición? ¿Detrás de la destrucción de nuestros pueblos? —solté, mirando a Hakon.

—Me llevó mucho tiempo comprenderlo. Permitirme pensarlo. Debes saber que él no siempre fue así. Esta imagen no lo muestra tal y como lo conocí durante siglos. Muestra al hombre en el que se ha convertido, y no sé qué causó este cambio.

Acercó una silla que estaba delante de la mesa y se sentó. Se inclinó hacia delante, apoyó los brazos en las piernas y se cubrió el rostro con las manos. Le di el tiempo que necesitaba para recomponerse. Estaba claro que le resultaba difícil hablar de ello.

Horacio tampoco dijo nada, solo miró a su amigo. La tristeza en sus ojos me mostró cuánto podía empatizar con su tormento.

—Al principio, pensé que Attilus también había huido a Aranga, pero cuando llegué aquí y horas después él aún no había aparecido, perdí toda esperanza. La sospecha de que aún pudiera estar en Eclaria o incluso muerto me volvió casi loco. Durante días, intenté encontrar una forma de contactar con él, de localizarlo. Pero se había esfumado. Como muchos eclarianos en aquella época. Quería volver a mi tierra natal, pero no se podía llegar a Eclaria por

portales, por agua o por aire. —Hizo una breve pausa y bajó la cabeza.

»Quería hacer algo, así que empecé a descifrar la profecía que la sirena nos había dado minutos antes de que se rompiera la maldición, que en ese momento no tenía mucho sentido. Con un trabajo meticuloso y la ayuda de Horacio, hice todo lo posible por descifrar su significado. Cuanto más la estudiaba, más inconsistencias notaba en la traducción. La reina Thalie me ayudó entonces a ponerme en contacto con una sirena. Ella escuchó mi historia y me ayudó a interpretar la profecía tal y cómo era. Además de eso… —Tragó saliva y evitó mi mirada—. Además de eso, ella sabía quién era el responsable de la maldición.

—Tu hermano Attilus —completé su explicación, y él asintió en silencio—. ¿Cómo lo sabía?

—Su hermana, la sirena que cantó la profecía en Eclaria, pudo anunciársela a su pueblo al otro lado del agua antes de que la maldición se apoderara de ella. Reconoció su magia.

¿Cuán pesada era esta carga sobre sus hombros? Debía de ser un conocimiento agotador.

—Al principio no quería creerla, pero cuando lo pensé, tantas piezas del rompecabezas encajaron con esta información que ya no pude negarlo. Sospechaba que Attilus estaba experimentando con magia negra, pero no sabía que ya era tan hábil en su uso.

Recordé la franja de tierra negra que dividía mi tierra natal en dos, extendiéndose a lo largo del río hasta el lago, alrededor del Palacio Eclariano y luego hacia el norte hasta el océano. ¿Fue creada por magia negra? ¿Y por qué mi magia reaccionaba de esa manera tan violenta ante ella? No podía quitarme de la cabeza el momento en que mis pies tocaron la tierra oscura. Tampoco podía olvidar la sensación que había surgido en mi interior en ese momento. Mi magia había surgido con fuerza dentro de mí como olas, tirando de su núcleo, casi como si quisiera liberarse. Involuntariamente, presioné una mano sobre el lugar de mi pecho donde se escondía mi magia.

—¿Estás bien, Jadina? —preguntó Hakon con preocupación, y Horacio también me miró con el ceño fruncido.

—Sí, estoy bien —respondí, incapaz de reprimir el temblor de mi voz—. Es solo que… estoy muy cansada.

—Lo entiendo. Te estamos pidiendo mucho después de esta experiencia traumática.

Miró pensativo a su amigo, que se levantó pesadamente del colchón y cogió su bastón.

—Deberíamos dejarte dormir. Descansa un poco. Hablaremos de todo lo demás cuando te hayas recuperado.

—No hay mucho que discutir —dije, y los dos hombres me miraron sorprendidos—. Mi tarea está en Eclaria. Tengo que volver lo antes posible.

Los miré expectante, esperando que uno de ellos diera un paso al frente y me enviara de vuelta.

—Jadina, no es tan sencillo. —La incertidumbre y la lástima en la voz de Hakon me hicieron moverme inquieta en mi asiento—. No podemos enviarte de vuelta.

—Entonces, ¿quién? Llévenme ante quien me trajo aquí. Esa persona podrá regresarme. —Para entonces ya había alzado la voz, porque no podía aceptar sus respuestas. *¡Tengo que ir a casa! Pase lo que pase.*

—Te traje aquí desde Eclaria usando la magia del Espejo de la Visión. Pero no puedo revertir el hechizo.

—¿Por qué? —La ira creció dentro de mí. ¿Quiénes se creían que eran estos dos? No podían secuestrarme y llevarme a Aranga y luego decirme que no había forma de volver.

—Porque significaría tu muerte —explicó Horacio con calma, sin apartar los ojos de mí.

—¿Mi muerte? Creía que eso era precisamente de lo que me salvaron.

—El asunto es algo más complicado que eso. Sí, te salvamos de la muerte, pero para hacerlo, tuvimos que separarte de tu cuerpo medio muerto. —Hakon me miró con contrición.

CAPÍTULO 5



He enviado a los jinetes más fuertes y brutales que tengo.
Aquellos cuyos dragones quieren derrocar al Señor de los Dragones.
Algo que sería totalmente de mi agrado.
Espero que encuentren a mi hijo y a la rata del desierto
antes de que sea demasiado tarde.

Extracto del diario de Gronus

Kayden

Divisé un grupo de dragones con sus jinetes en el horizonte. Tuve que entrecerrar los ojos un poco porque el sol naciente me deslumbraba.

—*¿Puedes decirme exactamente con quién estamos lidiando?* —le pregunté a Elara.

—*El tercer, cuarto y quinto escuadrón* —resumió, y un doloroso remordimiento me atravesó el pecho. En esos escuadrones había jinetes muy buenos, algunos juraron lealtad a mi padre y siempre se habían mostrado desdeñosos, incluso hostiles, hacia mí.

Especialmente Berok, que intentó matarme durante mi prueba y epresó públicamente su aversión hacia mí. Me lo hizo sentir varias

veces en la pista de combate. Me sentí aliviado cuando lo asignaron al tercer escuadrón y a mí al primero.

—*¿Berok?* —pregunté, aunque ya sabía la respuesta. Su dragón, Dankin, era una criatura dominante que se comportaba de forma más agresiva que los dragones de nuestro escuadrón. Que la mayoría de los dragones en general. Era él quien quería derrocar al Señor de los Dragones y destruir Jarok.

—*Berok y Dankin, sí* —confirmó Elara lo que yo ya sabía.

—*¿Cómo debemos proceder? Nos superan en número.*

—*Lo único que estos jinetes y esos dragones quieren es matarnos.* —Elara hizo una breve pausa antes de continuar—. *Jarok sugiere rodearlos y atacar desde esa posición. Él se encargaría de Dankin.*

No era de extrañar que el hijo del Señor de los Dragones se enfrentara al renegado que amenazaba la posición de su padre.

—*Dile a Jarok que ataque el flanco izquierdo de Berok. Siempre lo descuida.*

Tuve que tragar saliva mientras hablaba. Cuando Jadina aún estaba… No podía ni pensarlo, pero antes de que nos separáramos, yo también había oído la voz de Jarok dentro de mí.

Era mucho más oscura que la de Elara, pero tenía cierta calidez. Desde el principio, pensé que era una buena pareja para Jadina. Sobre todo, por su sentido del humor.

—*¡Concéntrate, chico!* —me gritó Elara y cambió de rumbo. Ya no volábamos hacia el grupo, sino que nos acercamos a ellos junto con Dex por el lado derecho—*. Tendrás que guardar tu dolor para más tarde.*

Escuché un temblor en su reprimenda. Ella también estaba afligida.

—Felycitia cree que el cuerpo de Jadina está atrapado en un bucle temporal —le dije de todos modos—. Quizás…

«Quizás aún hay esperanza», quise decir, pero no me atreví a expresarlo en voz alta.

El suspiro de alivio que se agitó en mi mente fue respuesta suficiente.

—Es fuerte y luchadora. Si alguien puede burlar a la muerte, es Jadina. —Su afirmación estaba acompañada de determinación y confianza—. Razón de más para no fallar hoy.

Tenía razón. Teníamos que enfrentarnos a este grupo, que se había acercado tanto que incluso podía ver a Berok al frente. También estaban Montak, Edile, Sortan, Lerila y varios otros que no me habían facilitado la vida en el último siglo. Tenían una cosa en común: eran los seguidores más leales de mi padre y no ocultaban su odio hacia los cazadores.

Rápidamente tejí un escudo protector alrededor de Elara y de mí mismo, y luego miré a mi alrededor en busca de mis compañeros. Lenn y Nayda estaban posicionados hacia la izquierda, y Troas volaba por debajo de nosotros entre las nubes para atacar por detrás a los jinetes que nos atacaran. De vez en cuando, se podían ver sus escamas azules brillando entre los jirones de nubes. Jarok era el único que volaba directo hacia los otros dragones.

¿Podríamos derrotarlos? No nos enfrentábamos a novatos, sino a guerreros experimentados que habían luchado ferozmente en varias batallas contra los cazadores.

Era inútil atormentarnos con dudas que no nos ayudarían. Lo único que podíamos hacer era luchar.

Por Jadina. Por mi alma gemela. Por Eclaria.

Como un mantra, repetí estas palabras en mi cabeza, cerré los ojos y convoqué mi magia.

Burbujeando como la lava de un volcán, brotó a la superficie y crepitó bajo mi piel. Caliente, furiosa e indomable. Sabía que tenía que tener cuidado de no perderme en ella y en mis emociones. Aunque me hubiera encantado destrozar el mundo entero en ese mismo instante.

Me arrebataron a mi alma gemela, retumbaba en lo más profundo de mi ser, y la bilis me subía por el esófago. Apreté las correas con tanta fuerza que sentí cómo se tensaban mis articulaciones y amenazaban con romperse.

—No lo olvides, todavía hay esperanza. —La voz de Elara era suave cuando me lo recordó, y aunque casi susurraba, ahogó el estruendo, la ira desenfrenada que bullía dentro de mí.

Mi dragona tenía razón, y tenía que recomponerme.

Cuando volví a abrir los ojos, Sortan y Lerila se acercaban a nosotros. El rugido de Jarok, tan fuerte como el trueno de una tormenta, resonó en mis oídos, y me di cuenta de que algunos de los dragones estaban reduciendo la velocidad. Era casi como si no estuvieran seguros de sí mismos.

La respuesta de Dankin no fue menos fuerte y aterradora.

Cada uno de nuestros dragones tendría que enfrentarse a dos de ellos. Incluso Troas, que no tenía ninguna experiencia en combate. El novato salió disparado sin miedo de entre las nubes y se dirigió hacia la retaguardia del grupo enemigo. Jadina nunca me perdonaría si no lo cuidaba. Tampoco su madre.

Elara extendió sus alas y se lanzó hacia nuestros dos atacantes a una velocidad impresionante, solo para sumergirse en las profundidades en el último momento.

—*Tenemos que separarlos del grupo* —explicó, y al mirar hacia arriba vi que mis amigos también estaban realizando maniobras similares, y la tropa de jinetes enemigos, antes cerrada, se dispersó como un enjambre de abejas. El plan funcionó, y Sortan y Lerila nos persiguieron, aferrándose a la punta de la cola de Elara. Sus dragones eran más pequeños que mi dragona y, por lo que yo recordaba, menos poderosos. Sin embargo, eran dos.

Al momento siguiente, nos sumergimos en las nubes y desaparecimos de su vista. Nuestro plan funcionó. Nuestros perseguidores nos siguieron, sumergiéndose en la alfombra blanca, sin saber que acababan de caer en una trampa.

Ellos ya no podían vernos, pero nosotros sabíamos exactamente dónde estaban. Elara tenía el don de ver el calor, que también podía transferirme a mí. Los cuerpos de nuestros atacantes bailaban detrás de nosotros como luciérnagas en la oscuridad.

Mi dragona aceleró, solo para luego girar a la derecha en el último momento, enviándonos volando de lado hacia los desprevenidos jinetes. Desabroché mis correas, apreté mis muslos con fuerza contra el cuerpo de Elara y dejé que mi magia fluyera lenta pero constante a través de mis manos, donde se acumuló en remolinos de aire.

Tuve que concentrarme al máximo para no invocar todo el potencial de mi poder y evitar traicionarnos. Mis músculos temblaban por el esfuerzo y mi magia se volvía cada vez más caliente y demandante. Sentía cómo me hervía la sangre en las venas. Sin embargo, aguanté, ignorando el dolor y el sudor que me corría por la espalda.

Elara se abalanzó sobre ellos a la velocidad del rayo. Los dos dragones percibieron nuestro ataque e intentaron evadirlo lanzándose en picado. Pero no les di oportunidad. En cambio, liberé las cadenas de mi impaciente magia y la dejé libre. Brotó de mí de forma explosiva y se abrió paso. La fuerza de este poder me empujó hacia atrás en mi silla de montar, y una vez más me sorprendió lo que mi magia era capaz de hacer. Luego la liberé en un torbellino que envolvió a los dos dragones y a sus jinetes. Ni sus escudos protectores ni sus lamentables intentos de repeler la tormenta con magia pudieron salvarlos.

—*Troas* —la voz sin aliento de Elara se deslizó por mi mente.

¡Mierda! El novato estaba en peligro. Con suerte, el tornado mantendría a estos dos ocupados durante un poco más de tiempo.

Elara desplegó sus alas y, al instante siguiente, salimos disparados de las nubes hacia la batalla que se libraba arriba. Mientras tanto, el sol ya estaba en lo alto, lo que iluminaba la situación con una luz intensa.

Miré a mi alrededor. Dex, a mi lado, luchaba contra Montak y un jinete que le lanzaba una lanza de hielo con Sunny. Sunny se giró y derritió el arma fría con su fuego, mientras Dex aflojaba sus correas y se transformaba en águila.

Con los ojos entrecerrados, observé a Nayda y Lenn, que se enfrentaban juntos a los cuatro oponentes de su lado. Nayda tenía extendida sus garras y había dejado que Molgar volara tan cerca de las criaturas enemigas que pudiera clavarlas en la carne del dragón. Se deslizaban sin esfuerzo a través de la gruesa piel escamosa que protegía el cuerpo del dragón de los ataques, dejando profundas heridas. Incluso le había arrancado uno de los ojos.

Lenn también se liberó de sus correas como Dex y se aferraba a ellas mientras permanecía de pie. Trihar volaba cerca de los

enemigos cada vez. Lenn tenía desenvainados sus cuchillos y seguía desapareciendo durante una fracción de segundo, lo que provocó que uno de los jinetes gritara de dolor. Ellos también luchaban con múltiples heridas y apenas podían parar los ataques. Ni con sus armas ni con magia.

Entonces, por fin vi a Troas.

El joven tenía una herida abierta en el vientre y una de sus alas temblaba con cada aleteo. Los dos jinetes que lo habían atacado se reían sin piedad mientras se acercaban a él amenazantes. Sin dudarlo, Elara voló en su dirección y anunció nuestra llegada con un rugido que pude sentir en mis entrañas.

El calor que mi dragona acumulaba en su garganta penetraba a través de sus escamas y mi uniforme de cuero. Era una madre protegiendo a su hijo, y no había nada más peligroso que eso.

El fuego golpeó al primer jinete de forma inesperada y con tal fuerza que lo único que quedó de él fue el eco de su grito ahogado. Su dragón rugió de dolor, pero Elara no le mostró piedad. Mientras ella le clavaba las garras en el estómago, yo me concentré en el otro jinete que intentaba huir.

Esta vez, liberé mi magia de aire tan rápido que me dejó sin aliento y los bordes de mi campo de visión se volvieron negros por un breve instante. Aspiré aire con avidez hacia mis pulmones y, con cada respiración, el tornado que se precipitaba hacia el jinete se hacía más grande y más fuerte.

Con los ojos muy abiertos, miró la tormenta imparable que se le acercaba y, cuando se dio cuenta de que lo envolvería, instó a su dragón a volar más rápido. Pero yo no estaba de humor para piedad. Hoy no. No sin Jadina a mi lado.

El desgarro de un ala fue un sonido cruel. La compasión brotó dentro de mí, pero la reprimí de inmediato. Estábamos en una batalla. Era una cuestión de vida o muerte. Con sentimientos encontrados, vi cómo el dragón y su jinete caían al abismo. Mi magia zumbaba satisfecha. Derrotamos a ese.

—*¡Cuidado!* —oí gritar a Elara—. *¡Por la derecha!*

Demasiado tarde. Un dolor ardiente me atravesó el brazo derecho. La hoja de un cuchillo se me clavó en la carne hasta la

empuñadura, y luché por reprimir un grito.

Apretando los dientes, miré hacia arriba y vi a Sortan, que había volado cerca de nosotros, sosteniendo una segunda arma lista para lanzar.

Elara giró una vez y lo esquivó con destreza. Con el cuchillo clavado en el brazo, no podía seguir luchando, así que lo saqué con un sonido seco. Las lágrimas me quemaban los ojos, pero las aparté parpadeando, arranqué un trozo de mi manga y lo envolví alrededor de la herida con determinación.

Por el rabillo del ojo, vi al dragón enemigo volando hacia Elara con las garras extendidas. Ella intentó esquivarlo hacia atrás hasta que algo más pequeño y azul se interpuso entre nosotros.

El grito agudo de Elara me atravesó el alma y una oleada de dolor que no era mío me invadió, dejándome paralizado por un momento. Entonces mi mirada se posó en Troas, colgando flácido en las garras del dragón enemigo, atravesado por sus garras.

Una lágrima silenciosa rodó por mi mejilla, y el rugido de Jarok al otro lado del campo de batalla sacudió mi ser hasta que un cruel silencio se extendió dentro de mí.

CAPÍTULO 6



El rey Gronus me ha encargado enseñar a su hijo la magia del aire.
Sin embargo, me ordenó que suprimiera el potencial mágico del príncipe
y que no permitiera que se desarrollara por completo.
Por supuesto, seguí las instrucciones del rey.

Registros de Tasran,
tutor del príncipe Kayden

K*ayden*

La realidad se derramó sobre mí como una lluvia de verano, silenciosa y discreta, y tras un momento de impotencia, una sacudida recorrió a mi dragona. Su gruñido fue solo una advertencia de lo que le esperaba al otro dragón y a su jinete.

Más rápida de lo que jamás la había visto, se lanzó hacia adelante e hincó los dientes en el cuello de su oponente. Él se retorció como una anguila en su mortífero abrazo mientras su sangre teñía de rojo las nubes que teníamos debajo.

Sortan se irguió en su silla de montar, pateó el hocico de Elara con sus botas y lanzó una lluvia de bolas de fuego sobre ella, todas

las cuales se evaporaron al contacto.

Yo todavía sostenía su cuchillo en la mano y, sin pensarlo dos veces, se lo lancé al jinete. Mi puntería era casi del cien por cien, independientemente de la distancia que tuviera que cubrir. Esta vez no fue diferente. Sortan ni siquiera tuvo tiempo de dar un último suspiro antes de desplomarse en su silla de montar. Muerto. Su propio cuchillo estaba clavado hasta la empuñadura en su pecho. Le había atravesado el corazón.

En ese momento, su dragón también se quedó sin fuerzas. Sus ojos vacíos y muertos miraban con fijeza a lo lejos, y cuando Elara lo soltó, cayó entre las nubes. Troas yacía a salvo en las garras de mi criatura. No se movía, y la prisa con la que Elara se volvió hacia el otro jinete me dio una idea de lo grave que era su estado.

Antes de que pudiera exponer a su hijo a más peligro, tomé una decisión. Estas atrocidades tenían que acabar. Quería volver con mi alma gemela. Sentarme junto a su cama y esperar el momento en que despertara.

Nada más me interesaba. Nada más me motivaba.

Siempre había mantenido mi magia bajo control, dejándola salir solo en ráfagas. Nunca había liberado todo su potencial.

Hoy sería diferente. Desaté todo lo que había dentro de mí, liberé mi poder de sus cadenas y le pedí que hiciera lo necesario. Sin importar lo que eso pudiera significar para nuestros oponentes, nuestros antiguos compañeros.

Mi don se filtró desde su prisión, donde llevaba mucho tiempo recluido, hasta que brotó de mí tan irrevocable que se me escapó un grito, uniéndose a la fuerza desatada de la naturaleza. Eché la cabeza hacia atrás para liberar el dolor que recorría todo mi cuerpo. Mi cuerpo se irguió, negándose a aceptar esta avalancha de poder. Mis dedos se aferraron a las correas de mi silla de montar y miré con los ojos muy abiertos al cielo que nos cubría. Mi magia, sin embargo, parecía dar un suspiro de alivio, liberada de sus eternas cadenas. Bailaba por mis venas, posándose caliente como el fuego sobre mi piel y acariciando mi alma al mismo tiempo.

Calmante y familiar, se acurrucó contra mí. Entonces, el dolor cedió. Mi cuerpo se rindió al nuevo poder, dejando espacio para su

enorme magnitud, y un temblor recorrió mi cuerpo.

Como pequeños destellos de relámpagos, mi magia crepitó dentro de mí y me sentí más vivo, más libre que nunca. Mi mirada se desplazó hacia nuestros atacantes y cualquier sentimiento de conexión con ellos, desapareció. Se desmoronaron hasta convertirse en polvo bajo el calor de mi poder.

Satisfecho, observé cómo mi magia del aire se intensificaba y una sonrisa se dibujó en mis labios. Me enseñaron a reprimir mis dones y me castigaban cuando no lo hacía. Sin embargo, ahora me daba cuenta de que mi arrebato actual no fue un error. Más bien al contrario. No solo solo liberé mi magia; me liberé a mí mismo. ¿Por qué no lo hice antes?

Observé mis habilidades con deleite. Una tormenta, más poderosa que cualquier otra que hubiera creado antes, se cernió fiera sobre nuestros enemigos. Sobre todos ellos.

Ni siquiera tuve que guiarla. Ella me conocía y sabía lo que yo esperaba. Tan salvaje como los latidos de mi corazón, se desató con furia sobre el cielo, antes tranquilo. El huracán los barrió a todos. Dragones y jinetes. Implacable e infalible. Como un guerrero.

Su aullido solo se vio interrumpido por gritos, que pronto se desvanecieron. La duda se apoderó de mí por un instante. ¿Era libre? ¿Era ese el precio que tenía que pagar por ella? ¿Muerte y destrucción? ¿Sangre en mis manos? Aparté ese pensamiento, enterrándolo en lo más profundo de mi ser, donde antes mantenía atado mi poder. Una increíble satisfacción se apoderó de mi alma. Por fin era libre.

No miré atrás mientras nos acercábamos al palacio. Mi plan de no matar a ninguno de ellos se agolpaba en mi mente. Sin embargo, no sentía culpa ni remordimiento, y una frialdad que se extendía por mi interior congelaba cualquier conciencia que tuviera.

—*Sigue vivo* —oí la voz temblorosa de Elara, como a través de algodón—. *Quizás tu sanadora pueda hacer algo por él.*

Enorme pero no amenazante, un dragón rojo se abrió paso junto a nosotros. Jarok. Los demás miembros de nuestro grupo también se unieron a nosotros. Todos habían sufrido heridas, pero estaban

vivos. Sin embargo, lo que más me dolía, más que sus heridas, eran las miradas que me dirigían.

Preocupadas. Asustadas. Ansiosas.

No me tenían miedo, eso lo sabía. Tenían miedo *por* mí.

No podía culparlos por sus sentimientos. Nunca antes mi magia había sido tan poderosa y destructiva al mismo tiempo. Pero no quería pensar en eso ahora. El frío que sentía en mi interior era demasiado agradable. Fluía por mis venas y envolvía mi corazón de forma protectora.

Aterrizamos justo delante de la puerta del palacio. El suelo negro crujía bajo mis pies al bajar de Elara.

—¡Lenn! —llamé a mi amigo—. Asume la guardia junto al lecho de Jadina hasta que te releve y, por favor, pide a Felycitia que venga aquí. Que traiga su equipo de curación.

Lenn asintió, miró a Troas, a quien Elara estaba acostando con delicadeza, con su sangre empapando la tierra oscura. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció.

Mi mirada se posó en mis otros dos amigos, y el alivio aflojó el nudo que tenía en el pecho cuando nos encontramos con la docena de dragones y jinetes.

Todos sobrevivimos, me repetí a mí mismo. Se lo debíamos a nuestros extraordinarios poderes mágicos, que finalmente nos habían llevado al primer escuadrón.

Nayda se acercó a mí. Cojeaba, pero por lo demás parecía ilesa.

—¿Estás bien? —me preguntó, recorriendo mi cuerpo con la mirada, deteniéndose un momento en la puñalada de mi brazo y fijándose luego en mi rostro. No podía ocultarle nada. Me conocía demasiado bien.

—Sí —respondí escueto, y ella ladeó la cabeza como un ave rapaz que observa a su presa.

—¿Qué demonios fue eso que hiciste? —preguntó con su habitual franqueza.

Suspirando, me limpié las manos manchadas de sangre en los pantalones. Estaba claro que no iba a dejarme escapar, así como así. A pesar de eso, sabía que hice lo correcto.

—Nada —respondí distante y me alejé de ella para ir hacia Elara. Pero Nayda me detuvo agarrándome del brazo. Molesto, intenté zafarme. ¿Cómo se atrevía a cuestionar la decisión de su rey?

—No eras tú el que estaba ahí arriba. —Su voz era suave, pero insistente. Si supiera lo equivocada que estaba… Me sentía más yo mismo que nunca—. Tu maldito poder estaba fuera de control y no lo controlaste, Kayden. ¿No fue tu orden: intenten no matar a nadie? —Mis propias instrucciones ardían como ácido en mis venas, pero el frío las lavó como una ola en la playa.

Me volví hacia ella, con una mirada fría que parecía atravesarla.

—Si no hubiera actuado, varios de nosotros podríamos estar ahora ante las puertas del Hades —siseé—. Así que de nada.

Me miró conmocionada antes de fruncir el ceño y dar un paso hacia mí.

—¡No eres tu maldito padre, Kayden! —me escupió en la cara—. Este ataque podría haber venido muy bien de Gronus.

El hielo se formó alrededor de mi corazón, embotando la espada que deberían haber sido las palabras de Nayda. Quitando el significado que de otro modo me habría sacudido. Nayda me miró un momento, luego sus rasgos se suavizaron.

—Sé que bajo el mando de Jadina…

—No lo digas —gruñí cortándola, sintiendo que mi magia comenzaba a hervir dentro de mí otra vez. Una ráfaga de viento hizo que el cabello de Nayda se arremolinara. Ella lo notó, pero no reaccionó. En cambio, puso una mano sobre mi brazo ileso.

—Que estás sufriendo por *la situación* de Jadina —terminó su frase—. Pero ten cuidado de que tu dolor no te consuma. Todos estamos sufriendo, pero no debemos perdernos en ello. Jadina no querría eso.

Quería gritarle, sacudirla y preguntarle cómo sabía lo que Jadina querría. En cambio, asentí en silencio, dejando que el frío dentro de mí me entumeciera, y al fin ella cedió.

—*La jinete de dragones tiene razón* —oí la voz de Elara dentro de mí, lamiendo con cariño el cuerpo inerte de su hijo con su larga lengua.

—*Tú tampoco* —respondí desafiante—. *No tenía otra opción.*

«Siempre tienes elección», oí la voz de Jadina en mi mente. Sonaba como una dulce melodía de un recuerdo lejano, y quería aferrarme a ella, no volver a dejarla escapar nunca más. Mi corazón se apretó y, por un instante, no supe cómo respirar. Las lágrimas me quemaban los ojos y aparté la mirada para que Elara no las notara. Pero poco después, la nueva frescura que adormecía mis sentidos me calmó.

—Jarok ha informado a su padre sobre su estado. No debemos perder la esperanza todavía.

Giré la cabeza en su dirección y aspiré aire en mis pulmones.

—¿Sabe qué le pasa? ¿Qué significa este bucle temporal? —pregunté, con las palabras saliendo de mi boca tan rápido que casi se tropezaban entre sí.

—No. Pero quiere investigarlo. Dice que es importante que no cambiemos nada en ella. No hasta que sepamos más.

No me atreví a sacar el fragmento de espejo clavado en su pecho, por miedo a que se desangrara más rápido.

Sin querer, una cálida ola de esperanza me invadió.

—Por favor, Jarok, manténme informado.

—Lo haré.

Solo entonces me di cuenta de lo cansada que sonaba su voz. Era mucho más tranquila de lo habitual en mi cabeza y carecía de la energía que siempre la caracterizaba en otras ocasiones. Preocupado, miré de ella a Troas.

—Felycitia lo curará —intenté tranquilizarla, aunque no estaba seguro de si el novato podría salvarse.

En ese momento, se oyeron pasos rápidos en el vestíbulo de entrada del palacio y la sanadora apareció en la puerta. Estaba completamente sin aliento. Todavía llevaba su espada a la espalda y sostenía en la mano la gran bolsa que se había llevado consigo en el viaje.

Primero, su mirada recorrió a Nayda, Dex y a mí, como si estuviera evaluando nuestro estado de salud. Noté cómo registraba cada una de nuestras heridas, pero luego se volvió hacia Troas. Elara dio un gran paso atrás.

—Puedes quedarte —dijo Felycitia mientras se acercaba al crío y examinaba cada una de sus heridas—. No te tengo miedo.

El suspiro de alivio de Elara hizo que el pelo de la Vile se echara hacia atrás y un temblor ondulante recorrió sus extraordinarias alas.

No era la primera Vile que conocía en mi vida. Recordé los días en que muchos seres de los distintos reinos de Brysalia abarrotaban nuestros mercados y puertos. En aquel entonces. Antes de la maldición. De niño, siempre los admiraba con los ojos muy abiertos, y mi madre me contaba historias sobre sus costumbres y culturas.

Felycitia dejó su bolso en el suelo negro y se agachó junto a él para rebuscar en su interior. Sacó una pequeña botella y un frasco.

—La magia de Troas está tratando de curar las heridas, pero se está agotando porque aún es muy joven. Tiene suerte de que las garras no le hayan alcanzado ningún órgano. Pero ahora tenemos que apoyar su magia en el proceso de curación —le explicó a Elara, sosteniendo la medicina.

Mi dragona la miró con una mirada cálida, y la Vile lo entendió como una petición para hacer lo necesario. Felycitia acarició la boca del joven dragón y luego la abrió con la ayuda de Nayda. Sin miedo, se inclinó entre sus enormes dientes sobre su lengua, abrió la botella y dejó que el líquido que había dentro fluyera hacia su garganta.

La observé con admiración mientras extendía el ungüento del frasco por los bordes de la herida y, una vez más, me pregunté por lo que ya había pasado.

Elara se tumbó junto a su hijo y Jarok hizo lo mismo.

—Por desgracia, no hay nada más que pueda hacer por él. Todo lo demás está en manos de la Gran Madre y depende de lo fuertes que sean Troas y su magia.

—Por favor, dile a la sanadora que le estamos muy agradecidos —me dijo Elara, y yo le transmití el mensaje a Felycitia, que ya se acercaba a mí.

—Ha sido un placer —respondió con una sonrisa a Elara y Jarok. Luego quiso examinar mi brazo herido.

—Por favor, ocúpate primero de los demás —le dije, apartando el codo que ella ya tenía levantado.

Me miró confundida, y solo entonces me di cuenta de lo brusco que fui. Así que me obligué a sonreír.

—Soy el líder del escuadrón y tengo una responsabilidad con mi equipo —intenté explicar—. Aliviaré a Lenn en la habitación de Jadina y lo enviaré contigo.

Ella se limitó a asentir, pero aún podía ver cierta incertidumbre en sus ojos. Sin esperar más, le di la espalda y corrí hacia el palacio. Esta vez, encontré las antiguas habitaciones de la reina Adayla sin perderme. Sentí como si estuviera entrando en otro mundo, incluso en otra época, tan pronto como crucé el umbral y entré en la habitación amueblada. Además de la biblioteca, esta era la única habitación que no tenía las paredes desnudas.

Un escalofrío me recorrió la espalda al ver esos muebles y objetos intactos que habían sobrevivido al paso del tiempo sin envejecer. ¿Qué tipo de magia hizo algo como esto posible?

Lenn estaba sentado en una silla junto a la cama, con la mirada fija en Jadina, pensativo. Ahora que ya no yacía en su propia sangre, se podría pensar que solo estaba dormida. Sus mejillas no estaban tan sonrosadas como antes y su pecho no subía y bajaba, pero había una cierta paz en ella.

«Es tan hermosa y tan fuerte», pensé, y la mirada de Lenn me pareció ahora demasiado intensa. Los celos y mi lado posesivo tomaron el control.

—Deberías regresar. Felycitia quiere examinarte y curarte las heridas —dije mientras me dirigía hacia la cama. Mi voz podría haber cortado el acero.

Lenn se levantó de un salto y me miró como si fuera un extraño.

Luego se aclaró la garganta y se apartó de la silla.

—Por supuesto —dijo y pasó junto a mí hacia la puerta. Allí se volvió a mirarme—.

Avísame si necesitas algo.

Tragué saliva y asentí. Entonces se marchó. Como si me hubieran cortado los hilos de un títere, caí de rodillas junto a la cama. Mis fuerzas se habían agotado y lo único que deseaba era tumbarme junto a Jadina y seguirla al reino de los muertos, o dondequiera que estuviera.

Temblando, tomé su mano entre las mías.
—Lo único que necesito eres tú.

Capítulo 7



Además de Brysalia, hay innumerables mundos en la infinita inmensidad del universo.
Innumerables mundos.
Algunos habitantes de estos mundos también poseen magia, pero es diferente a la de Brysalia.
Hay portales que conducen a estos otros mundos, pero solo yo puedo abrirlos y cerrarlos.

Extracto del capítulo *Otros mundos mágicos*
escrito por Caronte

Jadina

—¿Qué? —exclamé sorprendida, rodeándome el torso con los brazos como si fueran un escudo protector. ¿Lo entendí bien? ¿Me separó de mi cuerpo? ¿Lo que veía de mí misma no era mi cuerpo real?

«¡No! No puede ser». A regañadientes, solté mi propio abrazo y miré mis dedos temblorosos. Atónita, los miré estupefacta y solo entonces me di cuenta.

Pude ver la colcha roja sobre la que yacían a través de mis manos.

Unas náuseas irrefrenables me inundaron y un sollozo se escapó de mi garganta.

—Pero… —balbuceé, incapaz de encontrar las palabras al principio. Tenía que ser una pesadilla. Parpadeé varias veces, pero mis manos seguían siendo transparentes—. ¿Pero qué parte de mí está realmente aquí ahora?

—Tu alma, tu magia, todo tu ser —resumió Horacio de forma concisa, y le agradecí que no eludiera mi pregunta ni me diera una explicación prolija.

—Todo excepto tu envoltura exterior. Para ser precisos, esa parte de ti que te habría acompañado al reino de los muertos si no te hubiera separado de tu cuerpo a tiempo.

¿Mi cuerpo se había quedado atrás como si estuviera muerto? Un pensamiento cruel surgió en mí, y apenas me atreví a pronunciarlo. Un escalofrío recorrió mi ser. ¿Y si creían que estaba muerta y ofrecieron mi cuerpo a la Gran Madre en un fuego?

—¿Así que todos en Eclaria creen que estoy muerta? ¿O yo, es decir, mi cuerpo, todavía tengo pulso y respiro? —Mi voz se convirtió en un susurro.

—No, tu cuerpo parece sin vida para los demás. Como si estuvieras muerta.

Un puño invisible se cerró alrededor de mi corazón, que esperaba que aún estuviera en algún lugar lejano del Palacio de Eclaria, y sentí un dolor ardiente. Kayden creía que estaba muerta.

—¿Por qué ya no puedo sentir a mi alma gemela a través de nuestro vínculo? —quise saber, tanteando una vez más la conexión débil y sin vida entre Kayden y yo.

Horacio me miró con curiosidad y luego se rascó detrás de la oreja.

—Es una pregunta interesante. Hum.

Caminó de un lado a otro frente a mi cama con su bastón, murmurando para sí mismo de una manera que no podía entender. Aunque esperaba impaciente una respuesta, no interrumpí su línea de pensamiento. Tampoco lo hizo Hakon, que seguía mirándome por encima del hombro del anciano.

Su mirada era pensativa y, al mismo tiempo, estaba llena de tanta compasión que automáticamente levanté la barbilla. Yo era una cazadora. Era una jinete de dragón. Era una reina. Era fuerte y lucharía si fuera necesario. No había lugar para la compasión.

De repente, Horacio se detuvo de golpe y se acercó a mí con las piernas temblorosas. —Tengo una teoría —dijo, con los ojos brillantes como los de un niño detrás de sus gruesas gafas de pasta. Me dedicó una pequeña sonrisa y vi que tenía más huecos que dientes. ¿Qué edad podía tener este hombre?

—Lo que interrumpe tu conexión con el vínculo del alma es la magia de la cúpula que se cierne sobre Eclaria.

Hakon se acercó con interés.

—¿Crees que eso es posible?

—Como he dicho, solo es una teoría, pero volveré a revisar mis libros en casa y veré qué puedo encontrar —dijo, volviéndose hacia su amigo.

—¿Por qué mi magia fue capaz de superar la cúpula? —preguntó Hakon, y yo también me senté más erguida. La pregunta del mago estaba justificada; después de todo, me dijeron que nada ni nadie podía salir o entrar en Eclaria.

—También tengo una teoría sobre eso —dijo el anciano, riéndose entre dientes y apoyándose con más fuerza en su bastón—. Pudiste sacar a la reina Jadina de Eclaria con tu magia; en primer lugar, porque solo eran su alma y su magia, como ocurre con todos los que mueren, y en segundo lugar porque utilizaste la magia del Espejo de la Visión.

Hakon abrió mucho los ojos. Parecía comprender el significado del espejo.

La mirada del mago se posó en mí, y o bien vio mi pregunta en mi expresión o bien sintió una especie de responsabilidad hacia mí como mi maestro. Igual que en los viejos tiempos, cuando vivía en el desierto con mis padres.

—El Espejo de la Vista no proviene de nuestro mundo —me explicó—. Es un objeto imbuido de magia diferente a la nuestra.

—Es inmune a la cúpula mágica que cubre Eclaria —continuó Horacio con su explicación—. Mientras que tu vínculo espiritual con

el rey Kayden se basa en tu magia. Por lo tanto, no puede superar la barrera mágica.

—¿Y cómo regreso a Eclaria? ¿A través de la magia del espejo? —quise saber, y la emoción se apoderó de mí. Había una forma de volver a casa. De volver con Kayden y mi tarea.

—Lo más probables es que necesitaras la magia del espejo para eso, pero no puede hacerlo solo —dijo Hakon, y los dos hombres intercambiaron una mirada que me pareció un duelo. Era como si estuvieran discutiendo en silencio sobre quién debía darme la mala noticia. Porque ahora estaba segura de ello.

Jugueteé con los dedos y, de repente, me di cuenta del pesado silencio que se apoderó de la habitación. Carraspeé. Fuera lo que fuera lo que no querían decirme, necesitaba saberlo.

—¿Qué más necesito para poder volver? —insistí, levantando la barbilla. «¡No importa lo que tengan que decirme, lo superaré!».

Hakon se acercó a mi cama, pero no se sentó en el colchón. Miró con incertidumbre a su amigo por última vez, quien le indicó con un gesto que continuara.

—Jadina, lo que puede llevarte de vuelta a Eclaria junto con la magia del espejo… —Miró brevemente sus zapatos, como si buscara allí la respuesta—… eres tú misma.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Despertando el tercer don que hay en ti.

Exhalé el aire de mis pulmones como un cañonazo y miré a Horacio con incredulidad. ¿De verdad acababa de hablar de otra magia que se suponía que llevaba dentro?

—¿Tengo otro don? —susurré, como si mi voz pudiera ahuyentarlo.

—Sí. —Hakon me sonrió conciliador—. Solo unos pocos seres poseen más de dos dones. Pero tú eres la cazadora de la profecía. Alguien especial.

Todo mi interior se tensó. Durante tanto tiempo creí que no tenía ningún don, y ahora, de repente, se suponía que era uno de los seres más poderosos de mi reino. Esa idea era incompatible con los años sencillos y de privaciones que transite en el desierto.

—¿Qué don es? —pregunté, aunque ya adivinaba la respuesta.

—Sabes que no puedo decírtelo. —Así que Hakon lo sabía. No debería sorprenderme; después de todo, era capaz de ver la magia en otros seres.

—¿Cómo puedo activarlo? —«Y lo más rápido posible». La paciencia nunca había sido mi fuerte en este asunto. Tras echar una última mirada a los dos hombres, cerré los ojos y me aislé de este nuevo mundo que me rodeaba.

Sabía dónde estaba mi magia. Ya me había sumergido en ella lo suficiente. Entonces, ¿por qué no iba a ser capaz de encontrar mi tercer don esta vez?

«¿Dónde estás?»

Respiré hondo y me adentré en lo más profundo de mi ser. Cada vez que recurría al centro de mi poder, era capaz de localizarlo más rápido. Esta vez, descubrí la luz de inmediato. Hilos verdes de magia se enredaban alrededor de una brillante maraña esférica de magia.

Acaricié con cariño las distintas ramas. Mi magia de luz y mi visión se aferraban a mí mientras cada hebra brillaba con un color verde.

Pero, ¿dónde estaba el tercer don? ¿El poder que me faltaba para volver a casa?

¡Tenía que encontrarlo! Así que me sumergí aún más en mi magia, rompiendo todas las barreras que habían existido entre ella y yo.

Aquí, en lo más profundo de mi ser, donde la luz se debilitaba, los hilos eran más oscuros y menos vivos.

¿Contenían el regalo que buscaba? Con nostalgia, las acaricié también, pero en lugar de acurrucarse contra mí, se retorcieron nerviosas y una luz brillante salió disparada de ellas como un impulso. Me sentí mareada y de repente sentí dolor. En un instante, fui empujada fuera de mi ser y abrí los ojos.

Sin aliento, me senté en la cama y vi a Hakon y Horacio mirándome con lástima.

«¡Maldición!» No había funcionado como esperaba. ¿Eran esos mechones oscuros el tercer don? Se parecían más a mi magia de luz.

—Sabes que no puedes forzar esto —dijo el mago con paciencia —. Pero puedo ayudarte a encontrarlo y despertarlo.

Quizá tenía razón otra vez. Fue lo mismo con mi luz. Ese don solo había aparecido cuando más lo necesitaba.

—¿Eso significa que tengo que quedarme aquí un tiempo? —Era más una afirmación que una pregunta.

—Hasta que puedas usar el don para regresar a tu hogar.

—También puede contar con mi ayuda, reina Jadina —añadió Horacio, y me obligué a sonreír con gratitud.

—Pero primero debes descansar. Tu ser aún tiene que acostumbrarse a funcionar sin su cuerpo. —Hakon se volvió hacia Horacio y lo empujó hacia la puerta—. Duerme un poco. Hablaremos más tarde.

Solo entonces me di cuenta de lo cansada que estaba.

Los dos hombres se volvieron hacia mí por última vez.

—Buscaré en mis libros cómo puedes acelerar el proceso —prometió Horacio, y me pregunté cuán grande debía de ser su colección de libros para poder encontrar temas así en ella.

—Volveremos en unas horas y te enseñaremos la Ciudad Dorada. Te gustará. —Hakon levantó la mano para despedirse, pero luego la bajó de nuevo, abrió la puerta y desapareció en el pasillo con Horacio. En cuanto cerraron la puerta tras ellos, oí sus murmullos amortiguados a través de la madera.

Suspirando, cerré los ojos. Menudo lío. Pero no había nada que pudiera hacer al respecto, excepto… Se me escapó otro suspiro. Excepto encontrar rápidamente mi tercer don. ¿Nunca terminaría? Siempre era mi magia la que se interponía entre yo y lo que quería conseguir.

Como si leyera mis pensamientos, se rebeló en mi interior y subió con fuerza a la superficie de mi ser.

«No, no te culpo en absoluto», intenté apaciguarla. «De cualquier manera, al final me vería obligada a buscar mi regalo».

Hubiera sido mejor si no tuviera que volver a hacerlo con tanta presión de tiempo. Cuanto más tiempo permaneciera aquí, menores serían nuestras posibilidades de cumplir la profecía y romper la maldición.

Como si pudiera sacudirme esos pensamientos oscuros, me froté las manos por la cara y abrí los ojos. Hacía un momento, estaba tan

concentrada en Hakon y Horacio que no presté atención a lo que me rodeaba.

Curiosa, dejé que mi mirada vagara y me sorprendió el lujo que desprendían la habitación y los muebles. Mi cama era grande y cómoda, tenía un dosel de tela blanca translúcida y la colcha roja era muy suave al pasar la mano por ella. ¿Por qué podía sentir estas texturas, aunque no tuviera cuerpo? Todo era muy extraño. Pero antes de que pudiera sumergirme en esos pensamientos, centré mi atención en el resto del mobiliario.

Junto a la ventana había un gran escritorio con una silla, también tapizada en tela roja. A su lado, vi un tocador con varios frascos y botes. Frente a la chimenea, donde crepitaba un pequeño fuego, una zona de descanso con un sofá y dos sillones me invitaba a quedarme. Por supuesto, la tapicería de estas sillas también combinaba con la combinación de colores de la habitación. Frente al escritorio había otra puerta que, como pude ver a través de la rendija abierta, daba a un cuarto de baño, y junto a ella un gran armario ocupaba todo el espacio. Era de madera oscura y tenía flores rojas pintadas en las puertas. El armario resaltaba la calidez que reinaba en toda la habitación.

Una cómoda y varias alfombras, cubrían la mayor parte del suelo de madera. Había candelabros repartidos por toda la habitación, que proporcionaban una luz cálida. Las cortinas de las ventanas, también rojas, estaban corridas.

¿Qué hora era? La tela de las cortinas era tan gruesa que no dejaba pasar la luz.

Aparté con dificultad la colcha y miré mis piernas, que solo estaban cubiertas hasta las rodillas por un camisón. La tela del camisón no era transparente, lo que sugería que no pertenecía a mi forma transparente. Pero incluso mis piernas desnudas me permitían vislumbrar la sábana que tenía debajo.

«No pienses demasiado en ello», me dije a mí misma, y balanceé las piernas sobre el colchón hasta que mis pies tocaron la alfombra del suelo. Era gruesa y suave.

Me incliné hacia delante y hundí los dedos de los pies en la mullida tela. Todo mi cuerpo temblaba por el esfuerzo. ¿Por qué era

tan difícil moverse sin cuerpo? Esperaba que fuera mucho más fácil, como si estuviera flotando.

Respiré hondo y me impulsé hacia arriba. Descoordinada y sin sentido del equilibrio, me tambaleé y volví a sentarme en el colchón justo a tiempo antes de caerme hacia delante.

Entonces, de forma inesperada, mi magia surgió dentro de mí, se acurrucó y luego me atravesó como una explosión. Una ráfaga de viento me despeinó y, un latido después, terminó tan de repente como llegó.

Respirando con dificultad, me puse la mano en el pecho. Confundida, escuché mi interior.

¿Kayden? ¿Era la magia de Kayden la que acababa de recorrer mis venas?

No podía ser. Nuestra conexión se rompió. Probablemente mi magia solo había querido ayudarme, nada más.

La poca energía que aún me quedaba desapareció por completo tras ese estallido.

Con mis últimas fuerzas, me tumbé en la cama, me cubrí con la manta y caí en un sueño profundo. Esperando volver a Eclaria cuando despertara y escapar de esta pesadilla.

Capítulo 8



Miré hacia abajo, hacia un valle del que se alzaba una ciudad dorada,
que brillaba bajo el sol e irradiaba una pureza tal
que me parecía estar contemplando el paraíso mismo.

Extracto del diario de Elena Borgia

Jadina

«Jadina», susurró una voz que me resultaba familiar. Pero cada vez que creía haberla oído correctamente, se desvanecía como una hoja al viento.

¿Quién era? Miré a mi alrededor con cautela y escuché el silencio opresivo que reinaba allí. Ya no estaba en la acogedora habitación con muebles rojos. Pero tampoco estaba en ningún otro lugar que conociera.

Solo había vacío a mi alrededor. Una nada blanca y brillante me envolvía como la niebla. Me di cuenta de que no estaba en Eclaria y la decepción atravesó mi alma. La esperanza que sentí al principio estalló como una burbuja de jabón. Me sacudí el espiral de emociones que me envolvía y me concentré en mi entorno.

«¡Jadina!», volvió a resonar la voz, y esta vez la reconocí de inmediato.

—¡Kargon! —grité, esperando ver los ojos dorados del señor de los dragones en algún lugar al momento siguiente. La emoción brotó dentro de mí. Me encontró. Ahora todo iría bien, sin duda.

«¡Gracias a Dios! Puedes oírme». ¿Era alivio lo que escuchaba en su voz grave?

—Kargon, no estoy muerta —dije, sin dejar de buscarlo con la mirada. No sabía cuánto tiempo nos quedaba y esperaba que él pudiera transmitir esta información a Kayden y a mis amigos.

—Lo sé. De lo contrario, no habría podido localizarte en tu sueño. Hubo un breve silencio y temí que hubiera desaparecido para siempre. Pero, por suerte, oí un resoplido—. ¿Dónde estás?

—Hasta hace un momento, estaba tumbada en una cama en Aranga —le informé—. ¿Por qué no puedo verte?

—Porque mi magia no llega tan lejos —respondió paciente—. ¿Cómo llegaste a Aranga?

Sin esperar más tiempo, le conté cómo Hakon me llevó al continente de Brysalia justo a tiempo utilizando el Espejo de la Vista.

—Un momento más y me habría enfrentado a Hades —concluí mi informe.

—¿Podrá traerte de vuelta? —preguntó el Señor de los Dragones.

—No, eso no está dentro de sus poderes. Pero cree que yo puedo hacerlo con mi tercer don y la ayuda del espejo. Sin embargo, no me dice cuál es ese don. —Casi pongo los ojos en blanco, pero luego lo pensé mejor.

—¿Tu tercer don? —Sus palabras sonaban pensativas—. Podría tener razón. Sospecho que este don debería ser suficiente para permitirte regresar.

—¿Sabes qué más yace dormido dentro de mí? —pregunté, sin poder ocultar la indignación en mi voz. ¿Por qué ambos lo sabían todo, pero se negaban a contármelo?

—Por supuesto, Jadina. Pero…

—Pero no puedes decírmelo. Como siempre. —Incluso yo podía oír que sonaba como una niña rebelde. ¡Esta regla era una mierda! No tenía tiempo para estas tonterías.

—Kargon, ¿no puedes hacer una excepción? Al fin y al cabo, la profecía y el futuro de Eclaria dependen de ello —hice todo lo posible por persuadirlo, aunque ya sospechaba que se mantendría firme en este punto.

—No, Jadina. Por desgracia, eso no es posible, y tú lo sabes. —Sentí que sus palabras no contenían ningún reproche, porque sabía que no había otra manera que descubrir por mí misma lo que aún estaba en lo más profundo de mi interior. Aun así, habría agradecido algo de ayuda en este sentido. ¿No había luchado ya lo suficiente?

—Por desgracia, no puedo quedarme más tiempo. Me cuesta demasiada magia mantener nuestra conexión. Pero te visitaré de nuevo en uno de tus sueños. Te lo prometo.

«¡No, no te puedes ir!», quise gritar. Él era lo único familiar, un pedazo de mi hogar, que había podido experimentar en las últimas horas. ¿O habían pasado días desde que me trajeron a Aranga? Estaba confundida, me sentía dividida, terriblemente sola y anhelaba que alguien me consolara.

—No olvides decirle a Kayden que sigo viva —le pedí en su lugar, tratando de que mi voz sonara fuerte—, y dile que… —«Que lo amo, lo extraño, lo anhelo». Pero no podía decirle eso al Señor Dragón—. Que volveré a Eclaria tan pronto como sea posible —continué.

—Se lo diré a Jarok y él se asegurará de que Kayden también lo sepa. Mantente fuerte, Jadina, y deja que Hakon te ayude. Es un mago y maestro poderoso. Con él estás en buenas manos.

JADEANDO, me senté en la cama. Con los ojos muy abiertos, miré a mi alrededor. Estaba de vuelta en la cómoda habitación. Me llevé la mano al pecho y parpadeé varias veces. La habitación seguía allí.

¡Un sueño! Solo fue un sueño.

Un golpe tentativo en la puerta no me dio tiempo a pensar en mi encuentro con Kargon. En cambio, me recompuse y grité:

—¡Adelante!

Mis manos aún temblaban mientras me subía la manta hasta la barbilla.

—¿Jadina? —Hakon asomó la cabeza por la rendija de la puerta y, en cuanto vio que estaba sentada en la cama, entró. Vacilante, cerró la puerta tras de sí.

Al principio, mi instinto fue huir, y mi magia se acumuló bajo mi piel, ardiendo. Su rostro era el de mi enemigo, mi *asesino*, si Hakon no me hubiera salvado. «Él te salvó. Él es el bueno», me tranquilicé a mí misma y a mi magia.

Hakon pareció percibir mi confusión interior, porque se quedó en medio de la habitación y se mordió una uña. Un hombre tan poderoso y, sin embargo, tan inseguro de cómo comportarse conmigo.

—¿Cómo estás ahora? ¿Has dormido bien? —preguntó, acercándose un poco más.

Escuché mi voz interior. El sueño me sentó bien. Ya no me sentía tan agotada como antes.

—Mejor.

—Has descansado mucho tiempo. He estado aquí antes, pero no quería despertarte. —Con cierta torpeza, acercó la silla al escritorio y se sentó. Tenía profundas ojeras y parecía cansado.

—¿Cuánto tiempo he estado dormida? —pregunté.

—Un poco más de veinticuatro horas.

¿Qué? ¿Tanto? Eso no era bueno. Había mucho que hacer.

Inquieta, me incorporé aún más y me pregunté si debía contarle mi encuentro con el Señor de los Dragones. Kargon confiaba en Hakon. Quizás por fin pudiera empezar.

—El Señor Dragón me visitó en un sueño —dije, y vi cómo Hakon levantaba las cejas con sorpresa—. Él cree que tienes razón y que mi magia puede llevarme de vuelta a Eclaria.

—Eso está bien. Pero… —Se acarició el cuello pensativo—. Pero, ¿cómo pudo llegar hasta ti aquí, detrás de la cúpula mágica?

Aún no pensaba en eso.

—Deberíamos hablarlo con Horacio —decidió Hakon, y una nueva energía se apoderó de sus rasgos.

—¿Dónde está? —pregunté. Habían dicho que ambos volverían a mi habitación, pero el anciano jorobado no estaba aquí.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Hakon.

—Oh, lleva enterrado en sus libros desde que estuvo aquí contigo y no hay quien lo separe de ellos. Pero podemos ir a visitarlo y te enseñaré la Ciudad Dorada. —De repente, la incertidumbre se apoderó de su rostro y la sonrisa se desvaneció—. Solo si tú quieres, claro.

¿La Ciudad Dorada? Mi padre me habló mucho de ella, de sus habitantes con nácar en las mejillas y su hermoso palacio. Siempre pensé que se había inventado esa ciudad, igual que a veces inventaba historias sobre princesas y príncipes para mí. Una sensación de cosquilleo se extendió por mi cuerpo y me sorprendió darme cuenta de que era expectación.

—Me encantaría —respondí, y me pareció que Hakon exhaló un suspiro de alivio.

Como hice antes de irme a dormir, aparté la manta y dejé caer las piernas al borde de la cama. ¿Sería capaz ahora de reunir las fuerzas para dar unos pasos?

Mis pies tocaron la suave alfombra y me deslice hacia adelante. Hakon se levantó de un salto, pero no se acercó. Tenía la mano extendida en mi dirección, como si quisiera agarrarme. Su mirada se deslizó inquieta por mi cuerpo. Le agradecí que mantuviera una distancia respetuosa. Al fin y al cabo, yo era una luchadora y tendría que afrontar este problema por mí misma.

Así que reuní todo mi valor con mi nueva energía y me puse de pie. Al principio, pensé que esta vez podría hacerlo, pero entonces mis piernas comenzaron a temblar de nuevo, me tambaleé y volví a caer sobre la cama de forma poco elegante.

«¡Maldita sea!». Pero no quería rendirme tan rápido. Así que lo intenté de nuevo y, una vez más, pude caer sobre el colchón justo a tiempo.

—¿Por qué no funciona? —exclamé desesperada, golpeando la manta con los puños para dar rienda suelta a mi frustración.

—Creo que sé por qué —dijo Hakon, y lo miré sorprendida—. Crees que todavía tienes un cuerpo. Con órganos, huesos y músculos. Pero no es así. Eso significa que tampoco puedes caminar con la ayuda de un sistema musculoesquelético físico.

Sus palabras tenían sentido.

—Entonces, ¿cómo se supone que debo caminar? —le pregunté, mirando mis piernas translúcidas.

—Con el poder de tu mente.

Lo miré sorprendida. ¿A qué se refería?

—Mira, lo que estás intentando hacer es mover músculos que no están ahí. Por eso te resulta tan difícil. Tienes que separarte de tu cuerpo y abordar cada movimiento como un deseo mental, una imagen mental.

—Ya veo. —Reflexioné sobre sus palabras—. ¿Eso significa que doy un paso en mi imaginación y mi yo transparente me sigue?

—Exacto. Inténtalo. Cierra los ojos e imagínate corriendo desde la cama hasta la ventana de allí. —Señaló la ventana más cercana. Estaba a unos diez pasos de mí.

Así que hice lo que me dijo. Me senté derecho, cerré los ojos y bloqueé todo lo que me rodeaba. Lo único en lo que pensaba era en caminar hacia la ventana.

Cómo daba un paso tras otro lentamente. Podía sentir la alfombra bajo mis pies. Sentía la ligera resistencia del aire y un rayo de sol que se abría paso a través de la cortina cerrada y me calentaba la cara.

—Ahora abre los ojos —oí decir a Hakon, y, confundida, hice lo que me dijo.

Delante de mí vi una pesada tela roja. Asombrada, miré a mi alrededor. La cama en la que acababa de estar sentada estaba a diez pasos de distancia, y yo estaba justo delante de la ventana en la que había estado pensando.

Un sonido de sorpresa se escapó de mi garganta y miré mis piernas, que no temblaban ni me hacían tambalearme.

—Mantén tus pensamientos —me recordó Hakon—. Y ahora abre las cortinas.

No hizo falta que me lo repitiera. Las agarré con valentía y las aparté de un tirón.

Al principio, el sol me deslumbró tanto que tuve que entrecerrar los ojos. Pero entonces vi lo que había debajo de mi ventana. La Ciudad Dorada.

Una lágrima rodó por mi mejilla cuando me di cuenta de que era tan mágica como en las historias de mi padre.

Capítulo 9



Si mi hijo alguna vez pierde el control de su magia,
lo perseguiré antes de que despliegue todo su poder.

Del diario de Gronus,
Rey de los Jinetes Dragontinos

Kayden

Alguien me sacudió suavemente por el hombro. Tenía los párpados pesados y apenas podía abrirlos. La luz que entraba por la ventana me cegaba, y solo entonces me di cuenta de que tenía la cabeza apoyada en el colchón de la cama de Jadina. Seguía agarrándole la mano como si fuera un salvavidas.

—¿Kayden? —oí preguntar a Felycitia.

Solo pude responder con un gemido lastimero.

—Kayden, quiero ver tu herida —insistió la Vile, tocándome el hombro de nuevo.

Levanté la cabeza y me froté el cuello tenso con la presión necesaria. De verdad no había sido la mejor posición para dormir.

—¿Qué? —murmuré, todavía un poco aturdido. El sol estaba tan bajo que brillaba directo en la habitación, tiñendo el mármol de un

rosa aterciopelado.

—Tu herida —repitió Felycitia, sin intentar ocultar su impaciencia.

—Estoy bien —dije con un tono un poco más brusco de lo necesario, pero aun así me quité el vendaje improvisado con la tela de mi manga de la zona herida—. Mira. Ni siquiera es un rasguño.

La sanadora me tomó del brazo y apartó el enorme agujero que el cuchillo de Sortan dejó en mi uniforme. Sortan. Lo maté. Sin pestañear. Sin sentir ningún remordimiento.

—¿Cómo es posible? —Felycitia me miró con asombro, solo para volver a examinar la piel debajo de la abertura—. Una herida como esta no debería curarse tan rápido. Dex me dijo que vio cómo el cuchillo se hundió en tu brazo.

—Probablemente sea porque utilicé todas mis reservas de magia al final de la pelea. Eso puede haber acelerado el proceso de curación —aventuré una explicación plausible y retiré mi brazo de ella—. ¿Cómo están los demás? —desvié la conversación de mí mismo.

—He podido tratar todas las heridas —informó, sin dejar de mirar mi brazo, pero sin volver a sacar el tema—. Por fortuna, ninguna de las lesiones era grave, y si todos descansan ahora, la magia los curará más rápido. Solo Troas me preocupa. No sé si pasará de esta noche.

Bajó la mirada con tristeza y pude sentir cómo su tristeza se cernía sobre la habitación.

—¿No hay nada más que puedas hacer por él?

—No, por desgracia, mis conocimientos sobre medicina dragontina son limitados.

Esperaba que no perdiéramos al joven dragón. Eso desestabilizaría por completo a Elara, y no podíamos permitírnoslo. ¿Quién sabía cuándo aparecería aquí el próximo escuadrón de dragones y jinetes hostiles?

Me levanté con dificultad y sacudí las piernas. Estaban entumecidas por la incómoda postura en la que dormí.

—¿Dónde están los demás?

—En la biblioteca. Están revisando los libros en busca de pistas proporcionadas por el acertijo de la sirena. —Echó un último vistazo

a mi físico y luego cogió su bolso—. ¿Vienes? Hemos reunido nuestras provisiones y Dex ha encontrado una fuente de agua pura en el palacio. Deberías comer algo para mantener tus fuerzas.

Sin mirarla, asentí y murmuré:

—Sí, ahora voy. —Pero mi atención había vuelto a mi alma gemela. Felycitia respiró temblorosa.

—Espero que tengamos razón y que se despierte pronto.

—Sí, yo también. —Mi voz sonaba débil, apagada e infinitamente cansada. Aparté con cuidado un mechón de pelo de la cara de Jadina y la besé en la mejilla con ternura—. ¿Crees que puede oírme?

—En el mundo humano, a un sueño tan profundo lo llaman coma. Se aconseja a la familia que hable con la persona que duerme. Que le cuente algo o le lea. Así que también es posible que Jadina pueda oírte cuando le hablas. Pero no puedo asegurarlo.

Ahora me volví hacia la sanadora. ¿Había estado en el mundo humano? ¿Qué más había experimentado? Me habría gustado preguntárselo, pero su expresión cerrada dejaba claro que no quería hablar de ello ahora.

—Gracias, Felycitia.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—No hay problema. —Luego salió de la habitación, dejándome sola con el cuerpo de Jadina. Y con la soledad que amenazaba con destrozarme sin nuestro vínculo espiritual.

Suspirando, acerqué una silla a la cama y me dejé caer en ella. Luego volví a tomar su mano entre las mías y acaricié su suave piel con ternura con mi pulgar. A juzgar por la posición del sol, dormí más de medio día, y sin embargo, el cuerpo de Jadina no mostraba signos avanzados de descomposición.

Era como si la muerte se hubiese detenido ante ella. Como si hubiera retenido su guadaña justo antes del golpe fatal. Sin embargo, sentía esa misma guadaña colgando sobre nosotros como la espada de Damocles. Sobre Jadina.

—¿Jadina? —le susurré al oído—. Espero que puedas oírme desde donde estás. Te echo mucho de menos y te quiero hasta el infinito. La nostalgia por ti me está matando. La idea de no volver a

verte, oírte, sentirte o saborearte nunca más me está volviendo loco. ¿Dónde estás, mi gata salvaje?

Casi esperaba que abriera los ojos y me regañara por el apodo. Pero no se movió. Tragué las lágrimas que se me acumulaban en los ojos y obligué a mi magia a calmarse.

—Vuelve conmigo. Te necesito. Te necesitamos. La tierra te necesita.

Mi súplica fue solo un susurro y, una vez más, busqué nuestro vínculo. Sin vida y sin su pulsación habitual, flotaba en algún lugar del vacío. La desesperación se apoderó de mí y mi magia se rebeló. Quería salir de mí, pero una voz que penetró en mis pensamientos la detuvo justo a tiempo.

De repente, un espasmo recorrió el cuerpo de Jadina. «¿Qué fue eso? ¿Me escuchó?».

Salté de inmediato, con todo mi ser tenso y acaricié cuidadosamente su cuerpo con ambas manos, buscando cualquier signo de movimiento.

«¡Vamos, Jadina! ¡Despierta!».

Quería sacudirla, pero ahora estaba inmóvil de nuevo. ¿Me imaginé el espasmo? ¿Me estaba jugando una mala pasada mi esperanza? Tenía que ser eso. Agotado por ese momento agonizante en el que creí que volvería a tener a mi alma gemela en mis brazos, me desplomé en el suelo.

—¡Kayden! ¡Hay noticias! —gritó Elara, y me sorprendió el alivio en su voz.

—¿Troas está mejor? —pregunté.

—No. Por desgracia, no. Pero Kargon se ha puesto en contacto con Jarok. Ha podido hablar con Jadina.

Me puse de pie de un salto. Mi mirada se posó en mi esposa, que yacía inmóvil en la cama frente a mí. ¿Cómo era posible? La esperanza, la felicidad y el amor fluían ardientes por mis venas.

—La vio en un sueño.

—¿Está viva?

—Está viva.

Mi corazón latió con fuerza por la emoción y parecía tropezar de vez en cuando, tan rápido latía.

—Está en Aranga. En el continente de Brysalia—continuó Elara, y un suspiro de alivio escapó de mi garganta. Estaba viva y a salvo.

—Hakon la llevó allí a tiempo con la ayuda del Espejo de la Visión. De lo contrario, la habríamos perdido. Así que no está muerta, Kayden.

—¿Cuándo volverá?

—Por desgracia, no es tan sencillo. El mago no puede traerla de vuelta.

La esperanza se desvaneció como la lluvia en tierra fértil. «Está viva, y eso es lo único que importa», me dije a mí mismo, sabiendo que destruiría el mundo para llegar hasta ella.

—Kargon dijo que solo el tercer don de Jadina es capaz de traerla de vuelta a Eclaria —informó Elara.

—¿Su tercer don? —El orgullo brotó dentro de mí. Mi alma gemela era tan poderosa que poseía tres dones. Una sonrisa se dibujó en mis labios—. *¿Ya ha despertado en ella este nuevo poder?*

—Según Kargon, todavía no. Pero quiere buscarlo con la ayuda de Hakon.

—Gracias, Elara, por esta fantástica noticia. Debo contárselo a los demás ya. —Me incliné hacia mi esposa y le acaricié la mejilla—. Volverás conmigo.

Antes de correr a la biblioteca, la besé en sus labios, que sabían tan dulces como antes de este desastroso giro de los acontecimientos.

—Elara, por favor, pídele a Trihar que envíe a Lenn al dormitorio. No quiero que el cuerpo de Jadina quede sin vigilancia.

—Lo haré. —El alivio inicial en su voz había desaparecido y ahora solo sonaba apagada y muy cansada.

—Elara, rezo a la Gran Madre para que Troas se recupere.

—Gracias, Kayden.

Salí corriendo por la puerta con una de las antorchas en la mano cuando Lenn se detuvo frente a mí.

—¿Qué pasa? —preguntó, y a pesar de haber corrido desde la biblioteca hasta aquí, no estaba nada sin aliento. Su don era realmente impresionante.

—¡He recibido una gran noticia de Elara! —Emocionado, le conté lo que mi dragona acababa de decirme y, cuando terminé, Lenn me rodeó con fuerza con ambos brazos.

—¡Oh, por los dioses, qué alivio! —susurró, casi como si ese sentimiento fuera tan preciado que quisiera mantenerlo en secreto, y yo le di una palmada comprensiva en la espalda. Sabía que Jadina ocupaba un lugar especial en su corazón. Más como una hermana pequeña que como una amante. Aun así, me costaba reprimir mis celos y mi posesividad.

¿Podría dejarlo solo con ella? ¿Era de fiar?

Sacudí esos pensamientos absurdos y le hice la siguiente pregunta antes de que pudiera cambiar de opinión.

—¿Podrías hacer guardia con Jadina mientras se lo cuento a los demás?

—Sí, por supuesto. Y, por favor, ve a comer y beber algo. Estás pálida como un fantasma.

Me separé de su abrazo, pero él siguió sujetándome por los brazos y mirándome con fijeza.

—Kayden. Estamos preocupados por ti. Tu reacción durante la pelea… ese estallido de magia…

—Ya estoy mejor. Solo estaba preocupado por Jadina. Lo siento. No volverá a pasar —dije, adelantándome a él con esta promesa a medias, que él aceptó con un gesto de asentimiento.

Luego me giré hacia el pasillo y estaba a punto de salir corriendo cuando Lenn me detuvo de nuevo. Molesto, miré su mano, que esta vez me sujetaba el antebrazo.

Se dio cuenta de mi reacción y me soltó con el ceño fruncido.

—Solo quería decirte que he vuelto a buscar a Dorian en el palacio, pero parece que se ha esfumado. Dex salió volando en forma de águila y registró la zona, pero tampoco encontró nada. No se veía ni a Dorian ni ninguna huella que pudiera indicar su paradero.

—Qué raro. No puede haberse esfumado, así como así. Me pregunto cómo logró derrotar a Jadina. Era muy inferior a ella con su magia —reflexioné, y Lenn también parecía pensativo.

—Quizás tenía otro don que nosotros desconocíamos —intervino segundos después—. No obstante, seguiremos buscándolo —prometió y entró en la habitación para sentarse en la silla en la que yo había estado sentado hacía un momento. Demasiado cerca de Jadina.

Tuve que reprimir el gruñido que se me escapaba de la garganta con la misma vehemencia con la que la magia quería hacer pedazos a Lenn.

«Es mi amigo y quiere a mi esposa como a una hermana», me repetí una y otra vez mientras apretaba los puños hasta sentir la sangre caliente humedeciéndome las palmas.

Antes de que pudiera hacer alguna estupidez, me di la vuelta y corrí hasta la biblioteca. Todo el tiempo sentí como si una fuerza oscura me estuviera acechando.

Capítulo 10



En cuanto vi a esa belleza desconocida en el mercado,
me sentí perdido.
A pesar del próximo baile real, tenía que conocerla.
Algo dentro de mí me impulsaba a hacerlo.
Llevaba un vestido sencillo
y me presenté ante ella como un mozo de cuadra.
Supe de inmediato que era mi alma gemela.
¿Cómo podía ser tan cruel el destino conmigo?

De las notas del rey Ryland

Kayden

En cuanto anuncié la buena noticia en la biblioteca, todos se abrazaron entre risas. Nayda y Felycitia tenían lágrimas de alegría en los ojos, y Dex, que rara vez sonreía, me miró feliz.

Todos aquí querían a mi alma gemela a su manera, y eso debería hacerme sentir orgulloso. Pero, al igual que con Lenn, me invadió la envidia y la sensación de que tenía que reclamarla como mía. Sin embargo,, sabía perfectamente que nunca había poseído a Jadina y que nunca lo haría.

Nayda me puso en la mano una corteza de pan y un trozo de queso, que yo había limpiado previamente en mis pantalones, y colocó una botella de agua sobre la larga mesa. Me sorprendió ver que sobre ella, una infinidad de libros se apilaban y, aún así, seguía sin derrumbarse.

—¡Come! —dijo con voz que no admitía réplica. Así que me senté con un suspiro y mordisqueé el pan sin ganas.

Señalé con la barbilla los gruesos tomos.

—¿Han encontrado algo ya?

—Todavía nada que nos ayude a resolver el misterio. Sin embargo, este tesoro de conocimiento es abrumador. Hay innumerables registros que describen Eclaria antes de la maldición, y también hemos encontrado mucho material de lectura sobre los otros reinos del continente —dijo Dex, volviendo a sentarse donde estaba cuando entré en la biblioteca.

—¿También sobre Aranga? —pregunté con curiosidad, dando un sorbo a la botella. El agua sabía tan clara y pura como la nuestra de las montañas.

—Sí, por supuesto. Espera un momento. —Dex se levantó y rodeó la mesa.

Recorrió con el dedo los lomos de los libros hasta que finalmente se detuvo en uno y sacó la obra seleccionada del medio.

Con los ojos muy abiertos, observé cómo tiraba de él y la torre se balanceaba amenzante. Me olvidé por completo del pan y el queso. Estaba seguro de que los libros se caerían, así que me deslicé un poco hacia un lado para que no me golpearan.

—Toma —dijo, levantando el libro triunfante y entregándomelo. El título estaba escrito en letras doradas en la portada, cuya pintura ya se estaba descascarillando. *Aranga y la ciudad dorada: el imperio y su historia. Un resumen de Horacio.*

—Gracias —respondí y lo abrí. Mientras comía el queso, empecé a leer.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí sentado, absorto en mi lectura, pero después de devorar el pan y el queso, de repente oí un chillido lastimero. Limycu estaba despierto. El pequeño estuvo tan

agotado por sus vuelos de reconocimiento hasta aquí en el palacio, que durmió durate todo el día.

Así que aún no sabía nada de la situación de Jadina y ahora volaba emocionado entre nosotros, buscándola.

—Limycu —dijo Felycitia con suavidad mientras él se posaba en su hombro, confundido. —Tengo algo que contarte. —Él ladeó la cabeza y la miró expectante con sus grandes ojos redondos. Desde que Jadina lo encontró, no había crecido ni perdido su plumón de cría. Esta constatación me hizo detenerme y apenas escuché cuando la Vile le explicó al águila bebé que Jadina estaba dormida y que podría tardar un rato en despertarse. Le prometió que podría visitarla.

¿Acaso Limycu no era un águila, aunque lo pareciera? ¿O estaba confundido? ¿Por qué no seguía desarrollándose?

—¡Kayden! —exclamó Dex de repente, sacándome de mis pensamientos—. He encontrado algo aquí. —Se levantó y se acercó a mí con un pequeño cuaderno—. Es el diario de la reina Adayla, y menciona estas rosas azules. Mira.

Dejó las páginas escritas a mano delante de mí y las leí.

Mientras paseaba por el mercado de Ascradia aquella tarde, descubrí un puesto con flores de colores, y una rosa azul oscuro me llamó la atención. Al acercarme, vi que sus pétalos brillaban como el cielo estrellado. Me quedé delante de ella, admirándola.

«No dude en coger una y olerla. Huelen de maravilla», dijo el vendedor con una sonrisa.

Extendí la mano con cautela para coger la rosa, pero en ese momento, otra mano se adelantó y me arrebató la flor de delante de las narices.

«¿Cómo te atreves?», gruñí. «Estaba a punto de coger la rosa».

Un joven, que por su piel clara era claramente un jinete, me sonrió con encanto. «Solo quería evitar que te pinchases con las espinas», dijo con voz melosa, tendiéndome la flor.

Por supuesto, no me dejé seducir por su encanto.

«¿Acaso parezco alguien que le teme a unas cuantas espinas?».

Pero él se limitó a mirarme de arriba abajo, y temí que mi tapadera se descubriera.

«No», dijo el jinete, sonriendo de nuevo. «Desde luego, no lo parece». Me volvió a ofrecer la rosa. «¿No quieres olerla? Huele maravilloso».

Lo miré con recelo.

«Solo si me dices tu nombre y dejas de dirigirme de forma tan formal».

«Me llamo Ry, soy mozo de cuadra en el palacio y solo quería ser educado». Me miró con curiosidad. «¿Y cómo te llamas? Nunca te había visto por aquí. ¿De dónde eres?».

Sin pensarlo, le respondí.

«Me llamo Ada», dije, sin saber por qué revelé mi apodo, que solo Attilus conocía. «Estoy visitando a mi tío», mentí.

«Encantado de conocerte, Ada. Aún no has olido la rosa. Por lo que sé, solo crecen aquí, alrededor del Palacio de Eclaria». Ry le entregó unas monedas al vendedor antes de volverse hacia mí. «Es tuya».

Al principio no quise aceptarla, pero el jinete me convenció, solo para luego llevarme a una colina a las afueras de la ciudad y mostrarme la vista más hermosa que había visto en mi vida. Ante nosotros se extendían docenas de campos de rosas azul oscuro, cuyos pétalos brillaban bajo la luz del sol. Yacían a nuestros pies como un cielo nocturno, y me pregunté cuán hermosa sería la vista por la noche, cuando todas las rosas estuvieran iluminadas por la luna.

Detrás de los campos se extendían bosques con coloridas copas de hojas, interrumpidos aquí y allá por pequeños claros. Cómo me gustaría ir a cazar allí.

¿Volveré a ver a Ry alguna vez? Espero que sí, porque me siento atraída por él. Mi magia se estremece bajo mi piel cuando me toca, y parece como si lo conociera desde siempre.

—Si no me falla la memoria, ese fue el día del baile real en el que le presentaron al rey Ryland —explicó Dex.

—¿El rey Ryland? El rey Ryland. Ry. ¿Podría ser eso posible? ¿El rey al que ya había conocido como Ry? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Supongo que sí. Seguro que encontraremos más pistas en las próximas páginas.

Dex quería quitarme el libro, pero yo había notado algo más en el texto. Volví a leer las últimas líneas, que me resultaban muy familiares. *Mi magia se estremece bajo mi piel cuando él me toca, y parece como si lo conociera desde siempre.*

—¿El rey era su alma gemela? —pregunté mirando expectante a Dex, y él asintió.

—Sin embargo, lo más importante para nosotros es la parte de la entrada del diario que menciona las rosas azules brillantes que también aparecen en el retrato. Según el rey Ryland, solo crecían en esta zona, y la reina Adayla siempre las asoció con su amor por el rey Ryland. No es de extrañar que fueran tan importantes para ella —continuó Dex.

De niño, nunca me había fijado en las flores. Solo el vestido, que parecía inspirado en estas rosas y que Lady Adayla usó en el baile, se me había quedado grabado en la mente. Sobre todo porque a ella también le gustaba llevar este vestido en ocasiones importantes como reina.

Solía pensar que lo hacía porque brillaba maravillosamente. Pero ahora me daba cuenta de que eso no era más que un pensamiento ingenuo de niño. Había mucho más que eso.

Este vestido debía de ser muy querido para ella porque le recordaba a las flores azules.

—¿Quizás sea lo mismo con las tres rosas del acertijo de la sirena? —me pregunté en voz alta, trazando con el dedo las líneas que acababa de leer.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber mi amigo mientras se sentaba en la silla junto a mí.

—Bueno, al parecer, la maldición tiene algo que ver con estas rosas, que eran importantes para la reina Adayla. Del mismo modo, solo las cosas que ella amaba están presentes aquí, en el castillo. Como los libros y sus aposentos. Quizás podamos concluir de esto que también encontraremos las rosas en lugares que significaban algo para ella.

Dex frunció el ceño y acarició la cubierta de un libro que tenía delante.

—Puede que tengas razón. Eso significa que deberíamos centrar nuestra búsqueda principalmente en los escritos sobre la vida de la reina Adayla y sus diarios.

Nayda, que también estaba de pie junto a la mesa y había estado hojeando un grueso tomo hasta hacía un momento, se acercó.

—Pero ¿qué hay del mundo doble del que hablaba la sirena?

—¿Te refieres a Eclaria antes de la maldición? —preguntó Felycitia, que todavía tenía a Limycu posado en su hombro, acariciándole la mejilla de vez en cuando con el pico.

—Es posible —respondió Dex—. Pero no puedo asegurarlo.

Miró la pila de libros apilados sobre la mesa frente a nosotros.

—Sugiero que dividamos el trabajo. Nayda y yo seguiremos buscando pistas sobre el mundo doble, y Felycitia y Kayden, intenten averiguar más sobre los lugares favoritos de la reina Adayla —dijo, levantándose y volviendo a su asiento, donde sacó un nuevo libro de la pila. Al instante siguiente se sumergió en él con la máxima concentración.

—Es una buena sugerencia. Felycitia, a ver si encuentras más diarios de la reina. Yo seguiré leyendo este. —Señalé el libro abierto que tenía delante.

—Lo haré. —Al momento siguiente, desapareció detrás de una de las muchas estanterías.

—¿Cómo te sientes ahora? —quiso saber Nayda. Me miró con los ojos entrecerrados, como un águila que acecha a su presa.

—Bien —respondí a secas, tratando de parecer relajado y tranquilo. Mi interior estaba tan tenso que me resultó más difícil de lo que esperaba.

—¿Has comido lo suficiente?

Discretamente, apreté los puños.

—Sí, estoy al cien. Ve y no te preocupes por mí.

Su mirada permaneció fija en mí, pero asintió con la cabeza y centró su atención en un nuevo libro.

¿Me estaba vigilando? Tenía que tener más cuidado.

CAPÍTULO II



Nuestro imperio no siempre gozó de paz.
Conocemos el horror de las guerras y los gobernantes oscuros,
ya que hemos experimentado sus efectos de primera mano.
Por lo tanto, era natural
nombrar a Hakon de Eclaria como mi consejero.
Él también ocupó este cargo en la corte del rey Ryland y la reina Adayla.
Espero que esto le permita hacer todo lo posible
para ayudar a su país desde la distancia.

Extracto del diario de Thalie,
reina de Aranga

Jadina

LLEVABA mucho tiempo mirando por la ventana, observando el ajetreo y el bullicio de las callejuelas de esta animada ciudad. Lo único que había visto antes era el desierto, el enorme castillo de Dragonfall y el vacío palacio de Eclaria. Me fascinaba la energía que parecía impregnar todo lo que había aquí.

Como una colmena, los habitantes se afanaban ocupados. Algunos llevaban cestas con fruta, verdura y pan, otros llevaban libros bajo el brazo y otros simplemente paseaban por las calles. Lo que todos tenían en común era un carácter afable, reflejado en sus sonrisas y sus ojos brillantes. La vida latía en esta ciudad y un velo amarillo cubría todas sus cabezas. Alegría y satisfacción.

Como una niña, me incliné hacia delante con curiosidad hasta que mi nariz casi tocó el cristal de la ventana. Me hubiera encantado quedarme allí todo el día observando este lugar. Pero en algún momento, Hakon carraspeó y me volví hacia él a regañadientes.

—Si quieres, puedes seguir observando la ciudad y sus habitantes de camino a Horacio. Pero de cerca —dijo con una sonrisa, y yo no pude evitar sonreír también—. Encontrarás algo que ponerte en el armario. ¿Llamo a una criada para que te ayude a bañarte y vestirte?

Aún un poco incómoda, pero ya mucho más segura que antes, di unos pasos hacia él. ¿Quería tener a un extraño a mi alrededor en ese momento?

—No, gracias. Puedo arreglármelas sola. —Si fuera necesario, siempre podría pedirle a alguien que me ayudara a atarme el vestido.

—De acuerdo. Volveré a por ti dentro de media hora. —Entonces salió de la habitación y me quedé sola. Sola con mis pensamientos. Sin la presencia de Hakon, mis pensamientos volvieron a mi difícil situación. Y a Kayden. Mi corazón se contrajo dolorosamente y volví a envolverme el torso con los brazos de forma protectora. Las de dolor me quemaban los ojos y tragué un sollozo desesperadamente. Lo echaba tanto de menos que apenas podía respirar.

«¡No! ¡No puedes ahogarte en tu dolor ahora!». Me ordené a mí misma. Ya no era solo el alma gemela de Kayden, sino también su esposa y la reina a su lado. Como tal, tenía que recomponerme, por difícil que fuera.

Temblando, respiré hondo y aparté todos los pensamientos sobre Kayden hasta liberarme de su control. Tenía que funcionar. Solo así podría encontrar el camino de vuelta a él.

Después de recuperar la compostura, fui al armario, donde, para mi sorpresa, había algunas prendas colgadas. Elegí un vestido turqués menos elegante y unas botas a media pantorrilla a juego. Encontré ropa interior a juego en la cómoda. Me pregunté de quién serían esas prendas. Deslicé el dedo sobre la tela, que parecía aún más lujosa que cualquiera de los vestidos que había tenido en Dragonfall.

Luego entré en el baño y, una vez más, me quedé sin palabras. La habitación en sí no era muy grande, pero en el centro el lavado me recordó al baño de mis aposentos con los jinetes de dragón. Solo que aquí se alimentaba de una cascada que emergía de la pared opuesta y dejaba que el agua cayera suavemente en el lavabo.

Fascinada, observé el agua que fluía. Ojalá Kayden pudiera ver esto. Mis pensamientos volvieron a mi alma gemela, me quité el camisón, lo doblé y lo coloqué en uno de los taburetes al borde de la bañera, y metí el dedo del pie en el agua. La temperatura era perfecta y pronto me recosté en la reconfortante calidez, lo que me permitió relajarme un poco.

Debía aprovechar mi tiempo aquí no solo para explorar mi tercer don, sino también para adquirir nuevas experiencias y ver algo de nuestro mundo. Al fin y al cabo, solo sabía lo que había leído en los libros. Ahora me daba cuenta cada vez más de lo insuficiente que era eso. Como niña del desierto, no me habría importado, pero ahora, como reina de un imperio, se esperaba más de mí. La experiencia no se adquiría leyendo libros, sino a través de la experiencia personal.

Esto no fue posible durante las dos primeras décadas de mi vida, pero ahora se me presentaba esta oportunidad en una situación inesperada. Podría descubrir el mundo más allá de nuestro devastado país con mis propios ojos.

La alegría y la emoción me invadieron al pensar que pronto podría pasear yo misma por esos callejones que se veían desde mi ventana. Eso me distraería del dolor de estar separada de Kayden. Y cualquier distracción era buena, porque me permitiría concentrarme mejor en mi tarea aquí.

Aún perdida en mis pensamientos, tomé los jabones que estaban en una cesta al borde de la palangana y me enjaboné bien el pelo y el cuerpo. Un agradable aroma me envolvió, pero por desgracia no pude identificarlo.

Aquí, en el agua, me resultaba aún más fácil moverme utilizando solo mi poder mental. Era casi como si el agua me llevara. No entendía muy bien cómo era posible, a pesar de que mi cuerpo estaba tan lejos.

Luego me sumergí hasta que el jabón se eliminó de mi largo cabello. Me hubiera gustado quedarme en el agua caliente un poco más, pero Hakon volvería pronto a recogerme.

Así que salí de la bañera y me sequé con una de las toallas que encontré en un armario del cuarto de baño. Junto a ella colgaba un albornoz de seda, que me puse.

Frente al espejo del tocador, me sequé el cabello con otra toalla y luego me hice una trenza. El vestido que elegí me quedaba como un guante y estaba confeccionado de tal manera que no necesitaba ayuda para vestirme. Los cierres estaban en el lateral, en lugar de en la espalda, como es habitual.

La tela turquesa fluía suavemente por mi cuerpo, recordándome la cascada de mi cuarto de baño. Por último, me puse las botas.

Ahora todo mi cuerpo estaba cubierto, excepto parte de mis brazos, y mis extremidades translúcidas ya no se notaban tanto.

Abrí una de las ventanas y, cuando entró una cálida brisa veraniega, decidí no ponerme la chaqueta que miré en mi armario.

En el castillo de Dragonfall hacía un frio terrible, algo que mi cuerpo, acostumbrado a las temperaturas del desierto, siempre detestó. El agradable calor de Aranga revitalizó mi ser con nueva energía. Aunque era un misterio para mí por qué podía sentir estas sensaciones físicas cuando solo mi alma y mi magia estaban presentes.

En ese momento, llamaron a la puerta y crucé la habitación para abrirla. Caminar ya no me resultaba difícil y, por un breve instante, olvidé que no tenía piernas reales que me sostuvieran.

Hakon estaba en el pasillo y me sonrió al verme.

—Sabía que te gustaría el vestido —dijo, y yo, alisé la tela, sintiéndome avergonzada.

—¿Quién lo diseñó? —pregunté, queriendo desviar la atención de mi aspecto.

—Lo encargué a la modista del pueblo. Mañana te entregarán uno de baile.

—¿Un vestido de baile? ¿Para qué?

«¡No! ¡Que no sea para lo que creo que es!»

—La reina Thalie ha decidido celebrar un baile en tu honor. Su hijo, el príncipe Lucian, y su esposa, la princesa Elena, también estarán presentes. Así como otros señores y damas de varios reinos.

¡Por la Gran Madre! ¿Otro baile?

El recuerdo del que se celebró en Dragonfall me bastaba para el resto de mi vida. Gronus nos obligó a Kayden y a mí a casarnos esa noche torturando a mi doncella y amiga Eline. Me preguntaba si Eline estaría mejor ahora. Lo último que supe es que todavía se estaba recuperando de sus crueles heridas en la cabaña de Fely, escondida al pie de una montaña.

Todavía me atormentaba la culpa cuando pensaba en todo lo que tuvo que soportar. Todo por culpa de *mi* vestido de baile, que ella me confeccionó en aquel entonces. Ese vestido que se parecía tanto al de la reina Adayla. Un vestido de tela azul oscuro cubierto de purpurina. Igual que las rosas que teníamos que encontrar, según el acertijo de la sirena, para romper la maldición.

Los recuerdos me inundaron como una ola de lava ardiente. Tenía que salir de allí. Volver a Eclaria. Volver con Kayden, sin el cual nunca me sentiría completa.

—Pero no pienses todavía en el baile ni en tus obligaciones reales —Hakon interrumpió mi tren de pensamientos—. Hoy te enseñaré primero la ciudad. Y Horacio está deseando enseñarte su colección de libros. ¿Te apetece comer algo primero?

¿Comer? Desde que desperté aquí, no había sentido hambre, lo cual no era de extrañar sin un cuerpo. Sin embargo, en el momento en que Hakon me lo preguntó, me pareció oír un rugido en mi estómago.

—¿Por qué sigo teniendo necesidades físicas? —pregunté, colocando mi mano sobre mi estómago. En realidad, tenía hambre.

—Esas necesidades están ancladas en tu ser. Pero no te preocupes, conozco el lugar perfecto para saciar tu hambre. Ven conmigo.

Con renovado vigor, se dirigió hacia una escalera que conducía a un salón de recepción. Era sorprendentemente lujoso. El suelo estaba cubierto de gruesas alfombras, en las esquinas había grandes jarrones con magníficas flores, en las paredes colgaban coloridos cuadros y una lámpara de araña formaba un glamuroso centro de mesa.

—¿Esta es tu casa? —pregunté.

—En realidad es una de las casas de invitados de la reina, pero llevo tanto tiempo viviendo aquí que me la ha cedido. Por mis servicios a la corona. Después de huir de Eclaria, la reina Thalie me ofreció un puesto como consejero, que he ocupado desde entonces. —Sus palabras daban testimonio del poder y la influencia que gozaba en Aranga, pero hablaba con tal humildad y modestia que cualquiera habría pensado que se refería a sus compras semanales en el mercado—. Cuando volvamos, te enseñaré el resto de las habitaciones. Te interesará la biblioteca de la casa. No contiene tantos libros científicos como la de Horacio, pero tiene algunas obras interesantes.

Sus ojos brillaron mientras se inclinaba hacia mí.

—Entre otras cosas, libros del mundo humano, el lugar donde creció la nuera de la reina Thalie, la princesa Elena. El interés de la monarca por este otro mundo ha sido tan grande desde entonces que nunca deja de pedirle a la princesa Elena que le traiga un libro nuevo antes de cada visita a su antiguo hogar. Me ha dejado algunos de ellos para que los estudie.

El mundo humano. Fely también había estado allí. Me lo contó en un momento de confianza. Me hubiera encantado correr directo a la biblioteca para ver los libros, pero Hakon ya me empujaba por la puerta principal hacia la calle, donde apenas pude esquivar a unos niños que corrían por allí. Sus mejillas brillaban con los colores más hermosos, que me recordaban al nácar.

Fascinada, los vi correr hacia la siguiente esquina sin mirar atrás.

Hakon me llevó por muchos callejones estrechos y no podía dejar de maravillarme con lo que veía. Pequeñas casas, en parte torcidas, se alineaban en las calles. Las puertas principales y las contraventanas estaban pintadas de diversos colores. Magníficas flores en macetas se alzaban junto a las entradas y en los alféizares de las ventanas. En algunos callejones se habían tendido tendederos con prendas de todos los tamaños ondeando al viento.

Una y otra vez, vislumbraba el palacio, que se elevaba por encima de todo lo demás y brillaba dorado bajo el sol.

Pero lo que más me fascinaba eran los residentes. Hakon era recibido calurosamente por todos los que nos encontrábamos, que le preguntaban por su bienestar. Todo el mundo estaba relajado y alegre, y una sensación de paz se cernía sobre la ciudad.

Al igual que los niños, tenían mejillas sonrosadas, aunque los colores eran más intensos en unos que en otros.

Cada vez que se nos acercaban, Hakon me presentaba como la reina Jadina. La primera vez, quería hundirme en el suelo y decirle a la persona que me llamara simplemente Jadina, pero a nadie aquí parecía molestarle el título. La gente me saludaba con sonrisas amistosas y me aseguraba que estaban felices por mi visita. Sin reverencias, sin incertidumbre, sin formas innecesarias de dirigirse a mí basadas en mi título. Yo era la reina Jadina y, sin embargo, a sus ojos era como cualquier otra persona de allí. Nadie miraba mi piel translúcida con sospecha o aversión. La gente de allí parecía conocer y aceptar a los seres que eran diferentes.

Me encantaba esta ciudad, sus habitantes y el ambiente que reinaba en ella. Cuanto más avanzábamos, más me relajaba, y cuando llegamos a un lugar donde había mesas y sillas delante de una de las casas, respiré el hermoso aire veraniego y quise gritar de felicidad.

Solía haber pueblos como este en Eclaria. Mis padres me habían hablado de ellos. Pero siempre eran solo historias de un mundo muy alejado del mío. Solo ahora comprendía lo que de verdad significaba.

Esta coexistencia pacífica, la alegría en los rostros de los habitantes, los niños jugando despreocupados.

Eso era lo que quería para Eclaria. Esto, y no desiertos áridos y mortíferos ni montañas altas y peligrosas. Sin guerras, sin soldados, sin muertes.

Una vida sin maldiciones, sin miedo y sin odio. Ojalá Kayden pudiera ver lo que yo veía. Mi añoranza por él me abrumaba, pero esta vez no dejé que me dominara. Volvería con él y le hablaría de Aranga.

Volví a mirar a mi alrededor y mi determinación creció con cada sonrisa que encontré.

Cualquiera que fuera el precio, liberaría a Eclaria de toda esta miseria y construiría un mundo en el que sus habitantes pudieran volver a sonreír sin preocupaciones.

Capítulo 12



Me inunda. Este sentimiento de pasión por los viajes.
El palacio se siente cada vez más
como una jaula dorada.

Del diario de la reina Adayla

Jadina

—Ven, Jadina. Sentémonos aquí —dijo Hakon, señalando una mesa situada de tal manera que desde allí se podía observar el ajetreo de la plaza.

Me senté y el mago me sonrió con complicidad.

—La Ciudad Dorada debe de impresionarte. Es como un mundo extraño.

—Sí, no se parece en nada a nuestro desierto y nuestras montañas. Nunca había visto a tanta gente feliz y despreocupada. Debe de ser maravilloso vivir aquí.

Esa idea me produjo una punzada de dolor. Aunque me sentía cómoda aquí, echaba de menos a alguien a mi lado que me hiciera verdaderamente feliz.

—Eclaria no era diferente antes de la maldición. Teníamos magníficas ciudades con mercados y puertos en todo el país, donde los habitantes comerciaban con sus productos durante el día y luego comían en restaurantes o celebraban festivales allí al anochecer.

La mirada de Hakon se nubló y pude ver que estaba sumido en sus recuerdos. Él también parecía seguir echando de menos su tierra natal.

—Mis padres me lo contaron. Pero es diferente estar en este mundo y verlo con tus propios ojos.

Hakon asintió con la cabeza y, aunque no dijo nada, pude sentir su tristeza. Él también había perdido a muchos seres queridos.

—¿Qué ciudad de Eclaria era la más bonita para ti? —quise saber.

—Sin duda, Ascradia, la capital de los cazadores. La vida allí era tan colorida como aquí. El mercado era magnífico y en el puerto atracaban enormes barcos que transportaban mercancías exóticas de los otros reinos de Brysalia. Esa ciudad era muy animada. —Una sonrisa nostálgica se dibujó en sus ojos—. Por cierto, es la ciudad natal de la reina Adayla. Ella creció allí y, aunque estaba deseando marcharse de su ciudad natal antes de su coronación, cada vez la echaba más de menos. Era demasiado salvaje y libre de espíritu para estar encerrada en el palacio. Quería ver el mundo y, al mismo tiempo, echaba de menos las suaves y extensas colinas con pastos y campos que rodeaban la casa de sus padres.

—Entonces, ¿por qué se quedó en el palacio? —pregunté, recordando el retrato de la mujer que se parecía tanto a mí.

—¿Podrías dejar al rey Kayden? —me preguntó Hakon a su vez, y ni siquiera tuve que responder—. Los dos eran almas gemelas, igual que tú con tu esposo —continuó—. Y el rey Ryland se sentía demasiado comprometido con su cargo como para renunciar a él.

Me miró pensativo.

—Creo que si hubiera habido un sucesor adecuado en ese momento…

Yo entendía al rey Ryland. Yo tampoco podía escapar de mi deber para con el pueblo de Eclaria, que me había sido conferido a través de mi matrimonio con Kayden y mi coronación como reina. Era una promesa que hice y era muy importante para mí.

—¡Hola, Hakon! —oí de repente decir a una voz femenina al acercarse a nuestra mesa—. ¿Cómo estás? Hace tiempo que no te veo.

Junto a nosotros se encontraba una mujer alegre y risueña, con mejillas que brillaban en una variedad de colores y ojos azules que centelleaban como un lago de montaña bajo el sol. Vestía con sencillez y llevaba un delantal atado a la cintura. De inmediato me gustó y su cálido carisma.

—Sí, he estado muy ocupado. Pero he echado de menos tu buena comida, Isess. —Su mirada se posó en mí—. ¿Puedo presentarte a la reina Jadina? Está de visita.

—Encantada de conocerte, hija. Espero que hayas traído contigo un buen apetito. —Distribuyó con destreza platos, cubiertos y tazas sobre la mesa—. Por cierto, Hakon, Thalie también quería venir a cenar hoy. Ha preguntado por ti.

¿Thalie? ¿Se refería a la reina Thalie? ¿Y de verdad me llamó «hija», a pesar de que Hakon me presentó con mi título real? No sabía si sentirme sorprendida o aliviada.

—Estaría bien que Thalie se pasara por aquí, así podría presentársela a Jadina ahora y no tendría que esperar hasta el baile.

—Mi marido y yo estamos deseando que llegue el baile. He oído que Elena y Lucian también vendrán —continuó charlando la mujer.

¿Isess y su marido también asistirían al baile? Qué raro. En el castillo de Dragonfall, solo los residentes de mayor rango fueron invitados al baile.

—Sí, yo también estoy deseando volver a ver al príncipe y a su esposa. Y a sus hijos, por supuesto. —Hakon sonrió, e Isess no pudo evitar sonreír también. Eran muy amigos.

—Tengo curiosidad por ver qué se le ocurre al pequeño granuja esta vez. Desde que le salieron las alas, Elena no ha parado de estar pendiente de él. Igual que yo con mis invitados. Les traeré la comida en un momento. —Sin perder su alegre disposición, corrió de vuelta a la casa, que, al observarla más de cerca, resultó ser un restaurante.

—¿Es habitual aquí dirigirse a la familia real sin título? —le pregunté a Hakon.

—Thalie es una monarca que se siente muy conectada con su pueblo. Ella es uno con ellos y, por lo tanto, no insiste en su título —me explicó el mago.

—¿Es así en toda Brysalia?

—No, Thalie es una excepción, aunque su hijo y su esposa piensan lo mismo. Sin duda, actuarán de la misma manera tan pronto como asciendan al trono.

—¿Entiendo bien que Isess también asistirá al baile? —Mi asombro debió reflejarse en mi rostro, porque Hakon soltó una carcajada.

—Veo que tu idea de un baile en el palacio no coincide con esta afirmación.

Negué con la cabeza en silencio y tragué saliva mientras mis pensamientos volvían al horrible baile del castillo Dragonfall.

—Los bailes en la corte de Thalie son informales, acogedores y divertidos. Toda la ciudad está invitada —explicó Hakon con una sonrisa.

—¿Toda la ciudad?

—Los quiero a todos y no excluiría a nadie —oí decir a una voz extraña detrás de mí. Sorprendida, me di la vuelta. Ante mí se encontraba la mujer que había visto en la foto que me mostró Hakon y Horacio. Era la dama de largo cabello negro, piel de mármol y mejillas que ahora, a la luz del día, estaban cubiertas de un fino brillo. Sus ojos azules me miraban divertidos.

—¡Reina Thalie! —sobresaltada, me levanté e hice una reverencia, como vi hacer a menudo a las damas del castillo Dragonfall cuando Gronus estaba presente.

—Por favor, levántate —dijo con voz cálida—. Las dos somos reinas, así que no tienes por qué inclinarte ante mí. Además, nadie en mi país lo hace, y yo tampoco lo espero. —Se rio entre dientes y, a pesar de su mediana edad, en ese momento me recordó más a una joven.

Insegura, me levanté de mi reverencia, sin saber al principio qué hacer con mis manos, y mucho menos con el resto de mi cuerpo.

—¡Hola, querida! —dijo Hakon, que ahora también se había levantado—. Ven a sentarte con nosotros. —Galante, apartó uno de

los asientos y Thalie se sentó en la silla de madera, que parecía un poco desvencijada.

—¡Oh, Thalie! ¡Ahí estás! —exclamó Isess, que se dirigía hacia nuestra mesa cargada con jarras y cuencos—. Te traeré un plato, cubiertos y una taza.

—Gracias, Isess.

Escuché la conversación con la boca abierta y solo entonces me di cuenta de que Hakon se estaba sentando de nuevo. Me deslice de nuevo en mi silla.

La dueña del local colocó agua y vino en nuestra mesa, así como cuencos de estofado, pan y verduras. El aire se llenó del maravilloso aroma de la carne especiada, el pan recién hecho y el vino intenso.

Hakon empezó a llenar mi plato, mientras Isess nos servía vino. Luego corrió de vuelta a la casa y regresó poco después con la vajilla de Thalie.

—Probablemente te preguntas por qué, como reina, no insisto en que se dirijan a mí por mis títulos y con el respeto que estos conllevan —dijo Thalie tan pronto como nos sirvieron la comida y la bebida.

—Sí, no estoy acostumbrado a eso.

—Lo entiendo. Yo tampoco fui educada así, pero cuando tomé el trono de mi padre, quise hacer las cosas de otra manera. Todos los que viven en esta ciudad tienen su trabajo. Isess nos proporciona comida, el herrero cuida las pezuñas de nuestros caballos, el panadero hace nuestro pan y la costurera cose nuestra ropa. Necesitamos a todos y cada uno de ellos en la ciudad. Todos son importantes. ¿Por qué debería ser yo mejor o más importante solo por representar al país? —Pensativa, dejé el tenedor sobre la mesa.

—Pero tú tomas todas las decisiones importantes, ¿no?

—Tomo esas decisiones junto con mis consejeros, y cuando no nos ponemos de acuerdo en algo, consultamos al pueblo.

Yo solo conocía el gobierno tiránico de Gronus. Esto era muy diferente y, sin embargo, muy acertado. Hasta ahora, siempre había temido ser la reina de los jinetes de dragón, pero cuando lo veías como Thalie, era un trabajo, una tarea como la que tenían todos los demás miembros de la comunidad.

—Me gusta este concepto —admití con sinceridad y me prometí observar de cerca a esta mujer. Podía aprender mucho de ella.

—Jadina, ¿te gustaría visitarme en el palacio? Así podré enseñarte todo y responder a todas tus preguntas sobre nuestro país. Si lo deseas, también puedo compartir contigo mis experiencias como gobernante. Quizás te ayude a encontrar tu propio camino. He sido reina durante mucho tiempo y creo que puedo decir que ya he experimentado todo lo que hay que experimentar.

—¿Incluso la guerra? —pregunté, mirando a mi alrededor. No podía imaginar que la guerra pudiera haber asolado alguna vez esta pacífica ciudad.

El rostro de Thalie se entristeció y la actitud despreocupada que irradiaba antes desapareció.

—Sí, por desgracia, también la guerra. La última no fue hace mucho tiempo y le costó muy caro a nuestro país. Muchas vidas y su antigua gloria. —Aunque intentaba mantener la compostura, pude ver el horror que los recuerdos aparecía en sus ojos.

—Señoras, comamos antes de que se enfríe —dijo Hakon, levantando su copa—. Por un futuro de paz y felicidad para *todos* los reinos de Brysalia.

—Me alegro de brindar por eso —dijo Thalie, recuperando la sonrisa.

—Por la paz y la felicidad en *todos* los reinos —repetí las palabras de Hakon mientras chocábamos las copas.

Una cálida sensación se apoderó de mí, y supe que no era el delicioso vino con sabor a prados verdes, sol y mucho más.

No, era la sensación de esperanza. Si había habido guerra y miseria en un lugar como este, entonces también era posible que Eclaria recuperara sus tiempos gloriosos y pacíficos. También habría una manera de liberarnos de la maldición y encontrar una nueva felicidad.

Con esta idea en mi corazón, tomé la primera cucharada del guiso y creí poder saborear en él un nuevo y mejor futuro. En esta ciudad, la comida, como la vida misma, era picante, irresistible y preparada con amor. Lucharía por eso.

En silencio, deseé que Kayden pudiera ser testigo de todo esto, o al menos sentirlo a través de nuestro vínculo. Pero Kayden estaba lejos de aquí, en otro mundo. Un mundo de guerra, peligro y tiranía.

Me dolía el corazón y mi magia se inquietaba. Esperaba que él estuviera bien.

Capítulo 13



Casi todos los días visito en secreto mi lugar favorito,
el colorido mercado de Ascradia.
Aquí puedo sumergirme en otro mundo sin que nadie se dé cuenta.
Me mezclo con la gente común, como fruta jugosa de los numerosos puestos
y veo cómo los barcos pesqueros descargan sus cargas.

Del diario de Lady Adayla

Kayden

Habían pasado varios días y, con cada nueva mañana, me sentía más inquieto y menos yo mismo. Toda esta espera me estaba volviendo loco. No había noticias nuevas sobre Jadina por parte del Señor de los Dragones, seguíamos sin encontrar ninguna información decisiva en la biblioteca y podían atacarnos de nuevo en cualquier momento.

La mayor parte del tiempo, daba vueltas por la habitación de mi esposa. Quería hacer algo, pero no podía. Me dolía verla allí tumbada, inmóvil, sin poder hablar o reír con ella, abrazarla y amarla. Este dolor se clavaba cada vez más profundo en mi corazón y, a veces, me perdía por completo en él.

En cuanto Nayda se dio cuenta de esto, nos dividió en turnos fijos para que yo no fuera el único que estuviera con ella todo el tiempo. Nos turnábamos para vigilar su cuerpo, que seguía en el mismo estado, y el resto del tiempo leíamos los numerosos libros de la biblioteca.

Después de dos días, nos vimos obligados a cazar en las montañas vecinas. Ninguno de nosotros se atrevía a aventurarse en el desierto sin la experiencia y los consejos de Jadina a nuestro lado. Al fin y al cabo, estábamos en la frontera entre las dos zonas.

Esas distracciones me hicieron bien y me ayudaron a no perderme. El momento más bonito de los últimos días fue cuando Troas despertó y se puso en pie tambaleándose. El alivio de Elara fluyó sin obstáculos a través de mí y me dio la sensación de que no estaba solo.

Hoy, Dex, Nayda, Felycitia y yo nos sentamos juntos en la mesa de lectura, mientras Lenn, que siempre se ponía muy inquieto cuando leía, vigilaba a Jadina.

Perdí la cuenta de cuántos diarios de la reina Adayla había tenido ya en mis manos. Ella había descrito cada momento de su vida con tanto detalle como sus sueños y deseos. La pila que saqué de una de las estanterías contenía sus primeros diarios. Los de la época en que aún vivía con sus padres en Ascradia, la capital de los cazadores.

Me costó mucho leer las palabras de una adolescente típica. Odiaba la etiqueta y prefería pasar el tiempo al aire libre con su mejor amigo, Attilus.

Hablaba con entusiasmo, casi poético, de las verdes colinas y los bosques que rodeaban la casa de sus padres, del colorido bullicio del mercado de la ciudad y de los exóticos olores del puerto local que le hacían añorar lugares lejanos. Amaba su tierra natal, pero anhelaba descubrir el mundo, subir al próximo barco hacia el continente y explorar los reinos que allí se encontraban.

—Creo que he encontrado un lugar que la reina Adayla amaba por encima de todo —dijo Felycitia en ese momento. Tenía tantos diarios apilados delante de ella como yo, aunque estos cubrían el

período posterior a la coronación—. Ya he revisado cinco de sus libros y hay un lugar que aparece una y otra vez. Su tierra natal.

Asentí con la cabeza, ya que acababa de leer un pasaje en el que describía una vez más los diferentes matices de color del paisaje montañoso al atardecer.

—Puede que tengas razón. Incluso en los libros anteriores a su coronación, su amor por Ascradia es un tema recurrente. Aunque no se lleva bien con sus padres, sobre todo con su madre, y sufre mucho por las expectativas que se le imponen como dama».

—En mis libros, ella anhela volver a recorrer los bosques, correr por las colinas, admirar los productos del mercado y ver los barcos que van y vienen por el puerto. Escribe poemas enteros sobre este tema y, a pesar de una breve visita a sus padres, su anhelo se hace cada vez más fuerte.

—Interesante —dijo Dex pensativo—. La capital de los cazadores.

Sacó un mapa que mostraba Eclaria antes de la maldición y trazó con el dedo hacia el suroeste, donde se encontraba Ascradia.

—La ciudad está muy cerca de la costa. Me pregunto si podremos llegar a lo que queda de ella. Después de todo, hemos tenido muy malas experiencias con las zonas costeras. Hasta ahora, las tormentas mágicas siempre nos han obligado a dar media vuelta.

Me acerqué a él y también estudié el mapa. Una vez más, me invadió la tristeza al ver el antiguo esplendor de nuestro país extendido ante mí. Tantas zonas fértiles, ciudades grandes y ricas, y los palacios y edificios más hermosos. ¿Sería posible reconstruir todo esto una vez que derrotáramos la maldición?

—Mira, aquí está Ascradia.

Dex señaló la enorme ciudad, que estaba muy cerca de la costa y, por lo tanto, había sido un punto central para el comercio con los otros reinos de Brysalia. El océano se extendía justo detrás de la ciudad.

—Tienes razón. Está cerca de la costa. Probablemente encontraremos la casa de sus padres a las afueras de la ciudad. Quizás tengamos suerte y no esté en la zona a la que no podemos entrar. Aunque imagino que el mercado la atrajo aún más que su antigua casa. Porque allí es donde vio a su madre.

—Es posible. No lo sabremos hasta que lleguemos allí —Dex volvió a enrollar el mapa—. Pero al menos ahora tenemos un lugar donde buscar tan pronto como Jadina… —Todo mi interior se tensó al oír sus palabras y sentí la mirada incierta de mi amigo sobre mí.

—¿Has encontrado alguna pista sobre el mundo doble? —pregunté en su lugar, queriendo cambiar de tema.

La decepción se reflejó en el rostro de Dex, y lo vi pasar el dedo por el borde de la cubierta de un libro con nerviosismo.

—No. Hasta ahora, no tenemos nada. Es frustrante. Este mundo doble podría ser muchas cosas, y sin embargo no tenemos ninguna información. Ojalá la sirena hubiera sido un poco más específica en sus detalles. —Suspiró, y Nayda, que estaba sentada a su lado, le acarició el brazo para tranquilizarlo.

—Encontraremos algo en estos malditos tomos. Estoy segura —dijo con confianza, pero la desesperanza en su rostro desmentía sus palabras. Sin embargo, Dex asintió y aceptó esa falsedad.

No podía seguir sentado allí, luchando con los textos, así que me estiré y me dirigí a la puerta.

—Voy a relevar a Lenn —dije con indiferencia, tratando de llamar la menor atención posible. Pero Nayda no se dejó engañar como quería.

—En primer lugar, Lenn no lleva tanto tiempo trabajando y, en segundo lugar, después le toca a Dex. No a ti. —Me miró severa y puso los puños en las caderas. Era como un perro guardián cuando se trataba de mi tiempo al lado de la cama de Jadina.

—Dex es necesario aquí para seguir buscando el mundo doble, y se nos está acabando el suministro de agua. Lenn puede encargarse de los suministros. —Señalé las jarras y botellas que encontamos en la biblioteca y en la alcoba de la reina Adayla y que habíamos llenado hasta el borde con agua del manantial. Excepto una jarra, todas las demás ya estaban vacías.

Nayda exhaló frustrada. Sabía que tenía razón y se estaba quedando sin argumentos.

—Pero en cuanto Lenn termine, volverá a relevarte —dijo con severidad.

Sabía que tenía buenas intenciones. Me había visto paseándome de un lado a otro frente a la cama de Jadina, murmurando para mí mismo, y estaba preocupada por mí. Temía que estuviera perdiendo la cabeza. Pero cuando no estaba cerca de Jadina, me sentía cada vez más… sí, ¿qué me estaba pasando? Yo tampoco lo sabía, pero me sentía menos yo mismo. Era como si, sin mi alma gemela y nuestro vínculo, me estuviese convirtiendo en un hombre diferente.

Asentí en silencio, cogí una de las antorchas de las paredes y desaparecí por el pasillo. A esas alturas, podía encontrar el camino desde la biblioteca hasta los aposentos de la reina Adayla con los ojos cerrados. Cada grano de las paredes de mármol estaba grabado en mi memoria.

Las sombras de las llamas de mi antorcha bailaban a mi lado, como burlándose de mí y de mi necesidad de estar cerca de mi esposa. El resto del pasillo estaba sumido en una oscuridad total. Solo se oían mis pasos, que resonaban en las paredes hasta que también eran engullidos por la oscuridad.

Un escalofrío me recorrió el cuello y tuve que detenerme, darme la vuelta y apuntar con la antorcha al pasillo detrás de mí. No había nada allí. Me detuve para escuchar, pero lo único que oí fue mi respiración acelerada y los latidos galopantes de mi corazón.

Se me puso la piel de gallina y me sacudí una vez para librarme de esa sensación constante de que me seguían. ¿Sentían los demás lo mismo cuando deambulaban por estos pasillos? Nadie había dicho nada, así que yo también me lo guardaba para mí.

«Creo que me estoy volviendo loco poco a poco», pensé, pellizcándome el puente de la nariz entre el pulgar y el índice.

«No, no te estás volviendo loco», dijo una voz tranquila dentro de mí.

«Pero entonces, ¿por qué lo siento así?», me pregunté.

«Es solo el proceso de separarte de tu alma gemela», respondió la voz. ¿Era cierto? ¿Era esa la causa? «Lo conseguirás. Volverás a ser tú mismo», continuó con firmeza.

«¿Cuánto tiempo lleva algo así?», pregunté, cuestionándome al mismo tiempo cuánto tiempo llevaba teniendo estas conversaciones

con mi subconsciente. ¿Comenzaron cuando Jadina se marchó de repente? ¿O fue unos días después? No lo recordaba.

«No te preocupes. Ya casi ha terminado», me aseguró la voz, y gracias a sus palabras me sentí ligero y despreocupado. La carga de la soledad que surgió sin Jadina a mi lado pesaba mucho, y mi magia, que estaba constantemente tensa como la cuerda de un arco, me impedía encontrar la paz. No era de extrañar que me estuviera tranquilizando a mí mismo.

Suspirando, volví al pasillo y continué caminando hacia el dormitorio donde Jadina llevaba días yacía sin vida. Aunque sabía que estaba bien y que se encontraba en Aranga, el continente de Brysalia, eso no podía quitarme la preocupación. ¿Y si no encontraba su tercer don? ¿Y si no regresaba?

El pánico volvió a apoderarse de mí.

«Puedes hacerlo sin ella». La voz acarició mi alma con estas palabras hasta que se rindió a la idea. Podía hacerlo sin Jadina. Después de todo, había logrado vivir sin ella durante más de un siglo antes de unirme a ella. Podría aguantar unos días, ¿no?

«Sí, por supuesto», asintió mi subconsciente. «Eres un jinete de dragón. Un rey. Un guerrero. No lo olvides».

Soy un jinete de dragones. Un rey. Un guerrero, repetí, e inmediatamente me sentí más fuerte. Decidido, reanudé mi viaje.

Poco después, llegué al dormitorio. Me sentí aliviado al ver que Lenn no estaba sentado junto a la cama de Jadina esta vez, sino en un sillón junto a la chimenea, con los ojos cerrados, dormitando un poco.

Aclaré la garganta una vez y Lenn abrió los ojos de golpe. Cuando me vio, una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Has venido a relevarme otra vez antes de tiempo? ¿Lo sabe Nayda?

—Sí, lo sabe y está de acuerdo —respondí con un poco más de frialdad de la necesaria—. Tienes que ir a buscar agua fresca al manantial.

—Ah, ya veo. Bueno, si es así, me pondré manos a la obra enseguida. Sin duda me vendrá bien después de estar tanto tiempo sentado. —Se levantó y se estiró, bostezando al mismo tiempo.

Luego cogió la botella de agua que había traído consigo, que también parecía estar vacía. Se acercó a mí y me dio una palmada en el hombro de manera amistosa.

—No deberías torturarte demasiado —dijo, mirándome con seriedad—. Jadina volverá. Estoy seguro.

Pero ¿y si no lo hacía? ¿Qué sería de mí entonces?

«Eres fuerte y no la necesitas para seguir viviendo», volvió a decir la voz dentro de mí. Mi subconsciente, que parecía estar haciendo todo lo posible para mantener vivo mi instinto de supervivencia.

—¿Estás bien? —preguntó Lenn, mirándome con los ojos entrecerrados.

—Sí, sí, todo va bien. Tienes razón. Seguro que lo conseguirá. —Las últimas palabras no sonaron tan convincentes como esperaba, pero Lenn me dio otra palmada en el hombro y se dio la vuelta para marcharse.

—Volveré lo antes posible —dijo, y un momento después se marchó.

Mi mirada se posó en Jadina y estaba a punto de sentarme de nuevo en la silla junto a su cama cuando mi subconsciente me susurró: «Quizás deberías mantener un poco más de distancia para que el dolor sea más fácil de soportar si ella no vuelve contigo».

Así que me hundí en el sillón donde antes estuvo Lenn y cerré los ojos. Quizás debería escuchar más mi voz interior. Ella sabía mejor que nadie lo que necesitaba en ese momento.

«Exacto. Déjame las decisiones a mí. Juntos podemos hacer cualquier cosa».

CAPÍTULO 14



Nuestra magia tiene voluntad propia.
No puedes ordenarle que se manifieste,
ni obligarla a hacer lo que tú quieres que haga.
La magia tiene su propio camino.
No conoce atajos.

Extracto de la antología
Los seres mágicos de Brysalia, de Horacio

Jadina

ADMIRABA el vestido de baile que colgaba de un gancho en el exterior de mi armario. En cuanto llegó, me enamoré de él porque era precioso y Hakon lo eligió teniendo en cuenta mis gustos. Cuando me lo probé, realzaba mi figura con elegancia, pero era cómodo, y la tela de seda verde complementaba mis ojos. El color me recordaba a los exuberantes prados que rodeaban la ciudad y que Thalie me mostró a caballo en los últimos días.

Nunca antes había montado a caballo, pero al parecer me ayudó el hecho de haber volado en dragón en mi tierra natal, porque aprendí demasiado rápido a galopar por los campos. Aunque pensar

en Jarok me dolía, lo disfruté. Pero nada ni nadie podía sustituir a mi divertido y gigantesco dragón. No en vano se había unido a mí. Estábamos hechos el uno para el otro.

El paisaje era impresionantemente hermoso. Los árboles con copas coloridas, los extensos prados floridos y el sonido de la cascada que se precipitaba al océano detrás de la Ciudad Dorada me cautivaron y me llevaron a hacer cada vez más excursiones a la naturaleza.

Allí disfrutaba de la paz y la tranquilidad que me rodeaban. Aproveché esos momentos varias veces para mirar dentro de mí y buscar mi tercer don. Pero fue en vano. ¿Era culpa mía? ¿No me estaba esforzando lo suficiente?

Me hubiera gustado volver a buscar mi magia, pero esa noche era el baile y, como le prometí a Horacio que pasaría por su casa antes, no me quedaba tiempo para dar un paseo.

A estas alturas, cualquier temor por la celebración en el palacio dio paso a una alegre emoción.

Durante los últimos días, Hakon me mostró la ciudad y había conocido a muchos de sus habitantes. Todos los días visitábamos la pequeña y torcida casa de Horacio, tomábamos té y comíamos deliciosas galletas que su vecino siempre le horneaba. Su casa estaba repleta de libros y, cada vez que la visitaba, me sorprendía que no estallara por las costuras.

Pasé el dedo por la tela del vestido de baile por última vez, cogí mi bolso con un libro que me prestó el anciano y salí de la casa. Hakon no tenía tiempo para acompañarme ese día porque quería ayudar con los preparativos del baile, pero yo ya conocía tan bien los callejones que encontré la casa de Horacio sin dificultad.

Todos los que me encontré me saludaron con calidez, algunos se detuvieron y me dijeron lo mucho que esperaban el baile en el palacio y lo que aún tenían que hacer ese día. Me habían aceptado de inmediato y me dieron la bienvenida a la comunidad.

Mientras cruzaba la gran plaza, Isess me saludó con la mano mientras llevaba platos a algunos invitados. Hakon y yo cenamos allí con Thalie todos los días, y a veces Horacio también salía de debajo

de sus libros y se había dejado convencer para disfrutar de una buena comida.

Saludé a la anfitriona y pensé con nostalgia en su delicioso postre llamado Devia, que al principio me desconcertó por su color azul, pero después de la primera cucharada, me enganchó. Nunca había comido nada tan delicioso. Era azucarado como un pudín, pero no demasiado dulce, con un toque de vainilla, pero no pude descifrar los demás ingredientes, ni Isess me los reveló.

Poco después, me encontré frente a la cabaña de Horacio, que carecía de la elegancia que cabría esperar de la residencia de un consejero de la reina. Cuando le pregunté al respecto, el anciano se limitó a restarle importancia con una sonrisa y dijo que era la casa de sus padres y que nunca querría vivir en otro lugar, ni siquiera, aunque fuera el propio rey.

Sonreí al recordar esta conversación y me di cuenta de que aquí, en este mundo tan lejano del mío, casi siempre estaba sonriendo o riendo. La alegría de los habitantes y de mis nuevos amigos era contagiosa. Además, estaba rodeada de tanta belleza y despreocupación que nunca en mi vida me sentí tan protegida, segura y libre como aquí.

Solo en los momentos de tranquilidad y por las noches, cuando un silencio desconocido descendía sobre la ciudad y yo yacía en mi cama perdida en mis pensamientos, sentía el profundo dolor causado por la partida de Kayden. En esos momentos, anhelaba volver a mi tierra natal, un país sumido en el peligro, el cautiverio y sin futuro. Volver con mi alma gemela.

Entonces veía el hermoso rostro de Kayden en mi mente. Reconocía el amor en su mirada, sentía el suave roce de sus dedos en mi piel y saboreaba sus apasionados besos en mis labios. A menudo, después de eso, no podía dormir, y dejaba que las lágrimas fluyeran sin vergüenzas y me acurrucaba en mi cama. La soledad que entonces me invadía amenazaba con quebrarme. Solo el vínculo del alma podía mantenerme entera.

Rápidamente aparté ese pensamiento y llamé a la puerta de Horario. No quería dejar que la tristeza me abatiera. No en un lugar tan tranquilo y hermoso como Aranga.

Esperé, escuchando los pasos del anciano, pero no pasó nada. La segunda vez, llamé con todas mis fuerzas y grité su nombre. La edad le había hecho un poco sordo.

Esta vez, al cabo de un rato, oí el típico arrastrar de sus pasos y pronto se abrió la puerta.

—¡Jadina! ¡Qué amable por venir a visitarme! —dijo complacido, y me pregunté si volvió a olvidar que teníamos una cita. Al menos no olvidó que le pedí que dejara de llamarme «reina» y que no se dirigiera a mí de forma tan formal. No encajaba con este pueblo, donde incluso a Thalie se le llamaba sin título.

—Saludos, Horacio, tú me invitaste a venir —le expliqué el motivo de mi visita, y una expresión pensativa cruzó el rostro arrugado del anciano.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? —preguntó con una sonrisa pícara, dejando al descubierto los huecos entre sus dientes. Sus ojos brillaban detrás de sus gruesas gafas de pasta, como los de un niño pequeño que consiguió gastarle una broma a alguien—. Entonces pasa. Da la casualidad de que acabo de preparar té y galletas para dos.

Riendo, lo seguí al interior de la pequeña casa hasta llegar a la sala de estar. Allí me indicó un asiento libre y se sentó en un sillón orejero junto a una pequeña estufa. El té y las galletas ya estaban dispuestos en una mesita entre nosotros.

—Si fueras tan amable, muchacha —me pidió, señalando la tetera. Vertí el té humeante en nuestras tazas y coloqué una de las deliciosas galletas aromáticas junto a cada uno de nosotros—. Mi vecino acaba de traerlas, recién salidas del horno.

Hubo un breve silencio mientras disfrutábamos de nuestras galletas y enseguida cogíamos una segunda. Durante ese tiempo, miré a mi alrededor y admiré las numerosas estanterías que Horacio había apretujado en cada rincón de la habitación, tan repletas de libros que parecían a punto de estallar en cualquier momento. Había pilas de libros hasta la altura de las rodillas esparcidas por nuestra zona de estar, y sobre una mesa se encontraba una caja de música como la que Jordane trajo a nuestras clases de baile.

Thalie me dijo que siempre se bailaba mucho en sus bailes, y yo estaba deseando que llegara ese momento, aunque echaría de menos a Kayden. Cómo me hubiera gustado bailar un vals con él. Nuestros cuerpos se apretujaban mientras la melodía nos llevaba por el salón. Luché por reprimir un suspiro nostálgico.

Hakon y Horacio se ofrecieron a ser mis parejas de baile. Me preguntaba cómo pensaba hacerlo el viejo hombrecillo.

—Tengo buenas noticias —soltó Horacio de improviso, sacándome de mi ensoñación sobre Kayden y yo bailando el vals—. He encontrado algo que podría ayudarnos.

—¿Qué es? —Me obligué a sonreír y me deslicé con curiosidad hacia el borde de la silla mientras dejaba la taza sobre la mesa.

—Ahora sé por qué el Espejo de la Visión y los dragones pueden superar la barrera mágica que rodea Eclaria. —Con calma, sopló sobre su té y tomó un sorbo.

—¿Cómo? —pregunté impaciente, y Horacio levantó la vista sorprendido, como si ya hubiera olvidado lo que iba a decir.

—Mi sospecha se ha confirmado. Ambos provienen de un mundo fuera de Brysalia, y su magia es diferente a la nuestra. Imagina que estás tejiendo una bufanda y, a mitad del proceso, decides hacer el resto a ganchillo. Ambas técnicas pueden utilizarse para hacer una bufanda, pero son demasiado diferentes como para utilizarlas juntas. Lo mismo ocurre con la magia del espejo, los dragones y la maldición.

—Pero yo creía que los dragones procedían del continente. De Aughurn —respondí, perpleja—. Eso es lo que me dijeron el Señor de los Dragones y su hijo.

—Sí, se establecieron aquí en Aughurn hace tanto tiempo que nuestra historia ni siquiera se remonta tan atrás. Pero originalmente venían de otro mundo. Llegaron a nosotros a través de una de las puertas del mundo.

—¿Las puertas del mundo son como portales? —pregunté, cuestionándome por qué no teníamos esa información en la biblioteca del castillo de Dragonfall.

—Sí, se podrían comparar con eso. La única diferencia es que solo las puede abrir Caronte. Es el dios que también custodia las

puertas del reino de los muertos. No estoy seguro de si también asistirá al baile. Si es así, puedes preguntárselo. Quizás sea más comunicativo contigo que conmigo. —Las últimas palabras se convirtieron en un gruñido ofendido.

—¿Un dios asistirá al baile? —Mi emoción volvió a hervir.

—Quizás sí, quizás no. Con Caronte nunca se sabe. Es amigo de la princesa Elena, al igual que Hades y su esposa Perséfone. Es una larga historia y tiene que ver con la guerra que se libró aquí en su día. Pero volviendo al tema que nos ocupa… —Dio otro sorbo a su taza—. El espejo y los dragones son capaces de superar la magia de la cúpula que cubre Eclaria, pero no su forma física, solo su propia magia. Al igual que la magia onírica del Señor de los Dragones. Tu conexión espiritual, por otro lado, se formó a partir de tu propia magia, como ya se ha mencionado, y por lo tanto es incapaz de romper la barrera. Pero… —Me miró fijamente y yo me deslice aún más hacia el borde de mi silla—. Pero tampoco está rota. El vínculo sigue intacto, solo que está paralizado, por lo que no pueden sentirse el uno al otro.

¡No está roto! La esperanza brotó dentro de mí y, llena de confianza, busqué el vínculo del alma que aún me conectaba con Kayden. No estaba muerto, y él estaba esperando al otro lado. Aunque sabía que él no podía sentirlo en ese momento, le envié todo mi amor a través de nuestra conexión.

Una lágrima de alivio me quemaba los ojos. Quería levantarme de un salto y abrazar al anciano por su mensaje. Pero él continuó sin interrupción.

—Pero eso no es todo. También he estado investigando el misterio de la sirena de la que me hablaste.

Horacio era increíble. Podía parecer tan despistado y, al mismo tiempo, ser como una enciclopedia andante.

—¿Qué descubriste? —le pregunté mientras me secaba la lágrima que se me escapó del ojo.

—Es conocida por su belleza, elegancia y peligro —citó el acertijo —. Tenías toda la razón sobre las rosas. Pero también creo que *la belleza, la elegancia* y *el peligro* podrían referirse a los lugares donde se esconden.

—No había pensado en eso —dije con asombro, incapaz de contener mi admiración por este hombre tan inteligente—. Pero, ¿qué significa el mundo doble?

—Me devané los sesos durante mucho tiempo, pero logré encontré una pista en uno de mis libros sobre el pueblo del mar. Los reflejos suelen denominarse «el mundo doble» por su pueblo. Así que podría referirse a un espejo real o quizás a un reflejo en el agua.

En el instante pensé en el gran lago del territorio de los jinetes sobre el que había volado con Elara por la noche. La superficie del agua era realmente como un espejo, reflejando el cielo nocturno y sus estrellas.

—Puede que tengas razón —respondí y le hablé del lago—. La pregunta es: ¿cómo averiguamos a qué lugares se refieren? A pesar de la maldición, todavía hay muchas zonas de gran belleza, al igual que los edificios de los jinetes irradian elegancia y el peligro reina en casi todo Eclaria. Se necesitarían años para encontrar todos esos lugares y buscar allí el mundo doble. No disponemos de tanto tiempo.

—Lo sé. Quizás averigüe más. Todavía tengo algunas crónicas antiguas de Eclaria por ahí. —Miró alrededor de la sala de estar, que estaba repleta de libros—. Primero tendré que encontrarlas.

Me sonrió para tranquilizarme.

—Encontraremos una respuesta, estoy seguro. —Se levantó del sillón y cogió el cuenco de galletas para ofrecerme una. No pude decir que no—. Hablando de *encontrar* cosas —dijo Horacio mientras agarraba una galleta para él—, ¿ya has encontrado tu tercer don?

Casi me atraganto con una migaja de galleta. Había estado constantemente en movimiento durante los últimos días, ocupada explorando la ciudad y el país, que intenté muy poco explorar mi magia. Extraño. Esa debería haber sido mi prioridad. Cada minuto libre. ¡Quería irme a casa! ¡Con Kayden!

—Yo… yo —balbuceé, un poco avergonzada.

—Al parecer no has tenido muchas oportunidades para buscarlo —dijo con una sonrisa pícara mientras yo asentía nerviosa. Luego se puso serio—. Jadina, no tienes por qué sentirte incómoda por esto.

Por primera vez en tu vida, estás viviendo en un entorno pacífico, segura y sin miedo a la muerte ni al peligro. Es comprensible que quieras sumergirte en esta sensación. Nadie te juzgará por ello. Disfruta de tu estancia aquí y recarga energías para lo que está por venir.

—¿Y qué hay de mi tercer regalo? —pregunté preocupada.

—Se te revelará cuando estés preparada.

Había tanta confianza y buena voluntad en su voz que supe que tenía razón. Aprovecharía al máximo mi tiempo aquí, y sabía por experiencia que no se podía forzar nada cuando se trataba de magia. Así que le di otro mordisco a esa deliciosa galleta y esperé con ilusión el próximo baile, aunque el dolor de no poder bailar con mi marido parecía desgarrarme el corazón.

CAPÍTULO 15



Aunque sé que es más sensato
no contarle a mi hija Jadina su destino,
cada día me resulta más difícil
ocultárselo.
¿No debería saber
lo que le espera?

Del diario de Xoran,
antiguo general del Ejército Eclario

Jadina

UNAS HORAS MÁS TARDE, caminé del brazo de Hakon hacia el palacio. El vestido de baile verde caía suavemente por mi cuerpo hasta deslizarse por el suelo en una pequeña cola como una alfombra de hierba, con su borde dorado brillando como diamantes a la luz de la luna.

Thalie me había prestado unos magníficos pendientes con un collar a juego y una tiara, que entretejí en mi peinado trenzado. Me sorprendió lo fácil que me resultó hacerlo, pero al parecer había prestado mucha atención mientras Eline me vestía. Cuánto la echaba

de menos. Cuánto los echaba de menos a todos. A los jinetes, a los dragones y, por supuesto, a Fely y Limycu. Una sensación de frío me recorrió el cuerpo y me hizo temblar. Esperaba que estuvieran bien.

Esa noche, seguía sin sentirme como una reina, pero sí como una auténtica princesa y no como alguien a quien obligaron a desempeñar un papel. Y eso en una ciudad donde los títulos son tan valiosos como cualquier otra profesión. Pero tal vez fuera mi naturaleza la que, más que nunca, se estaba abriendo no solo a la elegancia de este vestido y las joyas, sino también a la tarea que Kayden me asignó en contra de la voluntad de Gronus.

Quizá lo que me tranquilizaba saber era que aún podía montar a caballo con este vestido y salir al campo. Nunca me había sentido tan libre como aquí, ni siquiera en mi desierto. En los últimos días, compartí mucho tiempo con Thalie y tuve la oportunidad de ver lo diferente que era su vida en comparación con la mía. A pesar de su posición como reina. Era libre y gobernaba desde un lugar de libertad. En el castillo de Dragonfall, siempre me sentí prisionera. Tanto en el castillo como en mi papel. Por supuesto, creía que eso era típico de la vida de una reina. Pero ahora sabía que no era así.

Por todas partes, las antorchas iluminaban la ciudad con su cálida luz, y las mujeres y los hombres vestían sus mejores galas. Todo el mundo se dirigía hacia el palacio, y mi emoción por la velada que se avecinaba crecía.

Hakon, a mi lado, también estaba muy guapo con su túnica azul, sus pantalones a juego y sus botas bien lustradas. Había visto el orgullo brillar en sus ojos cuando salí de la habitación con mi vestido y mis joyas antes de partir hacia el palacio. No era solo el orgullo de alguien que vio crecer a la niña que se convirtió en reina. No, también era el orgullo de alguien que podía presentar su patria y a su reina al mundo esa noche.

Así que ahora caminaba a mi lado con una sonrisa radiante, y yo sentía en él la misma alegría y emoción que bullían en mi interior.

A diferencia de los días anteriores, hoy se había abierto la enorme puerta principal del palacio y se podía oír la música de una orquesta desde fuera. Sonidos alegres que me levantaban el ánimo.

Junto con los demás residentes de la Ciudad Dorada, entramos en el vestíbulo y seguimos la música hasta el gran parque situado en la parte trasera del palacio. Thalie y yo dimos un paseo por allí y yo admiré las diversas flores exóticas que crecían en ese lugar.

Pero ahora los jardines estaban irreconocibles. Aquí también había antorchas por todas partes y se habían colgado linternas de varios colores en los árboles. Las luciérnagas flotaban sobre los invitados como un segundo cielo estrellado, proporcionando luz adicional.

A un lado del jardín se instaló un gran bufé, junto con mesas y sillas para que los invitados se relajaran. Al otro lado, una enorme orquesta, con más instrumentos de los que conocía por mi baile de compromiso o por mis libros, tocaba una alegre canción tras otra. Junto a ella, vi una pista de baile que ya se estaba utilizando con entusiasmo. Entre ellos, Isess bailaba fascinada con su marido.

Dondequiera que mirara, solo veía caras radiantes, y cuando nos cruzábamos con alguien, nos saludaban calurosos, y nadie se arrodillaba ni hacía reverencias.

—Vamos, primero busquemos a Thalie. Luego podemos bailar si quieres.

Hakon no pasó por alto mi mirada anhelante hacia la pista de baile. Los sonidos de las cuerdas me atraían y todo mi ser quería acercarse a ellos.

—Me encantaría —respondí, dedicándole una sonrisa radiante. Solo por esta noche, dejaría a un lado mi tristeza y mi añoranza por Kayden. Estaba decidida a hacerlo. La mirada de Hakon se posó en mi rostro mientras me estudiaba.

—¿Te das cuenta de lo mucho que has cambiado en los últimos días, Jadina? —preguntó, sonriendo también—. Cuando te vi en el espejo con el rey Kayden, parecías cerrada, recelosa y tensa. Es muy agradable verte sonreír y reír ahora. Irradias una calidez y una esperanza increíbles. Me recuerda mucho a la reina Adayla.

—¿Por qué me parezco tanto a ella? ¿Es solo porque ambas somos cazadoras? ¿O hay otra razón para nuestro parecido? —Esta pregunta había estado en mi mente desde que me paré frente al retrato en el Palacio Eclariano.

—No, no es solo porque ambas procedan del pueblo de los cazadores. —Bajó la mirada hacia sus zapatos y pareció estar pensando—. Jadina, hay muchas cosas que no sabes sobre tus padres, y lo siento mucho. Me pidieron que no te lo contara, pero creo que es hora de decirte más sobre ellos para que puedas comprender su misión, pero también la tuya.

Me miró con una mirada paternal y sentí una cálida sensación en mi interior. Me tomó con suavidad de la mano, como para apoyarme, mientras seguía hablando.

—Tu madre, Lianna, era prima de la reina Adayla, lo que te convierte en pariente directa de la antigua pareja real de Eclaria. Por lo tanto, tu derecho al trono es tan válido como el de Kayden. La tarea de gobernar te fue encomendada al nacer, y el hecho de que Kayden y tú también sean almas gemelas lo ha sellado de una vez por todas.

Lo miré con asombro. ¿Mi madre era pariente de la reina Adayla y yo también? ¿Por qué nunca me lo dijeron? Se me hizo un nudo en la garganta y la tristeza se apoderó de mí. ¿Cómo habría sido mi vida si la maldición nunca hubiese existido?

—¿Por qué…? —comencé a preguntar, pero no pude terminar porque las lágrimas me quemaban los ojos. ¿De verdad llegué a conocer a mis padres? ¿O solo conocí los papeles que desempeñaron para mí?

—¿Por qué tus padres nunca te lo dijeron? ¿Por qué te ocultaron tu conexión con la profecía? —terminó Hakon mi frase, con una voz suave como una caricia. Tranquilizadora y compasiva.

Asentí con ansiedad y seguí luchando por contener las lágrimas.

—Querían contártelo todo en cuanto estuvieras preparada para seguir tu propio camino. Pero aún eras muy joven cuando ellos… —La tristeza llenó sus ojos—. Cuando desaparecieron. Era importante que no supieras nada de esto por si los jinetes dragontinos te encontraban a una edad temprana. Era la única forma de evitar que alguien descubriera que en realidad eras la cazadora de la profecía, y también pariente directa de la antigua reina. Hasta que Kayden, tu alma gemela, pudiera encontrarte en el desierto. Ni siquiera bajo la

tortura más terrible habrías podido revelar esta información que desconocías.

Hakon me miró con fijeza.

—¿Entiendes ahora por qué te lo ocultaron?

—Sí, lo entiendo. —En realidad lo entendía. La niña que había dentro de mí, la hija de dos cazadores en el desierto de aquella época, aún no podía comprenderlo, pero mi yo adulto, la guerrera y la reina, lo entendía.

Respiré hondo y enderecé los hombros. Mis padres hicieron tanto por mí y se sacrificaron para tenerme bien. Ahora, aquí, en los jardines del palacio de la Ciudad Dorada, me di cuenta de que hicieron todo lo correcto y que solo así se me pudo abrir el camino.

—¡Jadina! ¡Hakon! —De repente oí la clara voz de Thalie, y poco después se abrió paso entre la multitud, saludando a cada persona con calidez. Junto a ella caminaba una joven con largo cabello rubio y un apuesto hombre de cabello negro. Se cogían de la mano y, cuando se miraban, el amor que sentían el uno por el otro parecía arder como fuego en sus ojos.

En ese momento, me di cuenta de que eso era exactamente lo que mis padres habían querido para mí y para Eclaria. Solo faltaba Kayden a mi lado. Un dolor sordo me invadió y, por un momento, pareció querer aplastarme con sus garras codiciosas. Pero entonces Thalie me abrazó y el dolor se desvaneció. Respiré hondo para tranquilizarme.

—Jadina, me alegro mucho de que estés aquí —dijo, abrazándome un poco más fuerte. Me sentí increíblemente bien. En solo unos días, se había convertido en una verdadera amiga para mí —. ¿Va todo bien? Pareces triste —me susurró al oído. Por supuesto, se dio cuenta de que algo me preocupaba, y yo sabía que solo podía ser sincera con ella.

—Echo de menos a Kayden —admití, y ella me acarició la espalda para tranquilizarme—. Lo entiendo, y pronto volverás a verlo. La próxima vez que vengas a visitarme, él estará contigo. Ya lo verás.

Me encantó su actitud positiva y disfruté de su reconfortante abrazo un momento más antes de soltarme para saludar a sus acompañantes.

—Me llamo Jadina —me presenté, omitiendo mi título.

—La reina Jadina —intervino Hakon solemne, y los dos desconocidos sonrieron.

—Aunque nunca nos hemos visto antes, ya sabemos quién eres, Jadina —dijo el hombre, asintiendo con la cabeza—. Mi madre nos ha hablado mucho de ti. Me llamo Lucian.

—Yo soy Elena —intervino la joven, abrazándome con la misma calidez que su suegra—. Estoy encantada de conocerte.

Así que ellos eran el príncipe Lucian y la princesa Elena. Si los hubiera conocido aquí, entre la multitud, sin saber quiénes eran, no habría notado que eran de sangre real. Ni siquiera llevaban tiara, y mucho menos corona, y sus ropas no eran más elegantes que las de la mayoría de los demás invitados al baile.

Solo su porte orgulloso indicaba que pertenecían a una de las casas reinantes de Brysalia.

De repente, recordé que Fely mencionó a una amiga de la familia real que era muy cercana a ella. Sin embargo, supuse que también debía de ser una Vile, y Elena no tenía alas como Fely.

Mientras Hakon conversaba con Thalie y Lucian, miré a la princesa con interés y me pregunté a qué reino pertenecía.

—¿En qué piensas? ¿Tiene algo que ver conmigo? —preguntó Elena, dedicándome una cálida sonrisa. Al parecer, se percató de que la estaba observando.

—Solo me preguntaba a qué casa real perteneces —respondí, aceptando una copa que me tendió Hakon. Contenía un líquido espumoso y, a esas alturas, todo nuestro grupo tenía una de esas bebidas.

—¡Brindemos primero! —dijo Thalie, levantando su copa en medio de nuestro grupo.

—¡Pero no sin mí! —oí de repente a Horacio reírse detrás de nosotros. El anciano, apoyado en su bastón, se coló entre Elena y Lucian, quienes le dejaron hacerlo con una sonrisa indulgente. Sostenía una copa tambaleante en su otra mano.

—Nunca te olvidaríamos, Horacio —dijo Elena, levantando también su copa hacia el centro. Lucian, Horacio y Hakon siguieron su ejemplo.

Vacilante, hice lo mismo.

—¡Por la amistad! —exclamó Thalie con una carcajada.

—¡Por el hogar! —siguió Hakon.

—¡Por el amor! —dijo Lucian, mirando a Elena por encima del hombro del anciano.

—¡Por el conocimiento! —Horacio se tambaleó un poco y Lucian lo sujetó por el brazo.

—¡Por la paz! —dijo Elena, con la mirada fija en mí. Vi tanta empatía en sus ojos. Parecía saber lo que significaba tener que luchar por la paz.

Ahora todos me miraban expectantes, y me incliné hacia delante mientras decía:

—¡Por la libertad!

Nuestras copas tintinearon tan fuerte al chocar que ahogaron el sonido de la orquesta por un breve instante, dejándome un zumbido en los oídos.

Le di un gran sorbo a la bebida espumosa y sentí cómo cada una de las burbujas se deslizaba por mi garganta.

Nuestros deseos parecían llevarlas consigo, ya que se anclaron con firmeza en mi interior. Ya no estábamos solos en nuestra isla, lejos del continente. Buscaría aliados aquí que lucharan codo a codo con nosotros cuando llegara el momento.

¡Por la amistad, el hogar, el amor, el conocimiento, la paz y… la libertad!

«Por Kayden», pensé, y mientras me bebía el resto de mi bebida, con cada gota que se extendía cálida por mi cuerpo, dejé que mi amor por él se deslizara a través del lazo del alma dormido.

CAPÍTULO 16



El vínculo del alma y su magia
siguen siendo uno de los mayores misterios de nuestro mundo.

Extracto del libro
La Conexión, de Horacio

Kayden

DEBÍ QUEDARME DORMIDO, porque cuando volví a abrir los ojos ya era tarde por la noche.

Lenn había dejado una botella llena de agua en la mesa junto a mi silla. Me volvía a doler el cuello y me froté los músculos tensos con la mano abierta. No debería volver a dormir en esta postura.

Mi mirada se posó en la cama. Jadina yacía allí tal y como la vi la última vez. Inmóvil, congelada, como muerta.

Un sollozo se me atragantó en la garganta, pero lo reprimí y, en su lugar, alcancé la botella de agua.

Bebí todo su contenido a grandes y ávidos sorbos. Pero ni siquiera eso pudo llenar el vacío que se extendía dentro de mí desde su desaparición.

Aún con la botella en las manos, corrí hacia mi alma gemela. «¿Por qué no se despierta?».

La desesperación me atravesó el corazón y me hundí en la silla junto a su cama. Extendí la mano para apartarle un mechón de pelo de la cara. A mitad del movimiento, me detuve.

«¿Dónde estás? ¿Por qué no vuelves conmigo?».

Quería gritar estas preguntas en voz alta, dejar que el viento las llevara a través del océano hasta Aranga. Pero eso no era posible. Ella no podía oírme ni sentir mi tacto.

Mi mano extendida cayó sin fuerza sobre mi regazo. ¿A quién intentaba engañar? Jadina estaba perdida, igual que yo. Igual que todos nosotros.

Me levanté lentamente de la silla para volver a mi incómodo sillón.

De repente, sentí mucho calor. Confundido, puse mi mano sobre mi pecho, donde estaba mi magia. ¿Qué era eso? Como una brisa de verano, la sensación de amor me invadió. No era mi amor, sino el de otra persona. El suyo.

¿Jadina?

Sorprendido por esta revelación, me volví hacia ella, dejé caer la botella al suelo con un estruendo y corrí hacia mi alma gemela.

Las lágrimas nublaron mi visión mientras colocaba su mano en la mía con delicadeza infinita.

—Estoy aquí, Jadina. Abre los ojos. Estás en casa. Conmigo —le susurré, con una sonrisa esperanzada en la comisura de los labios.

En ese momento, esa maravillosa sensación desapareció, dejándome aún más frío que antes.

—¡Vamos, Jadina! —grité, presionando su mano contra mi corazón, que latía desbocado dentro de mi pecho. ¡Nada! Ni un espasmo, ni un movimiento, ni vida.

Una risa histérica se escapó de mi garganta. Estaba perdiendo la cabeza poco a poco.

Resignado, coloqué la mano de Jadina sobre su estómago. Ella no volvería.

La voz de mi subconsciente tenía razón. Si no quería que el dolor me destruyera, tenía que mantenerme alejado de ella.

Así que, embriagado por el dolor, volví tambaleándome al sillón sin volverme. Agotado, me senté y cerré los ojos.

«Bien hecho», me elogió la voz, arrullándome con sus palabras hasta sumirme en un sueño inquieto.

CAPÍTULO 17



Lord Marek y sus piratas son famosos por sus incursiones.
Sin embargo, sé que son buenos hombres.
Sus valientes hazañas en la guerra nunca serán olvidadas.

Correspondencia entre el príncipe Lucian y su padre, el rey Araziel de Undgar

Jadina

—Ven, Jadina, te enseñaré los jardines —dijo Elena de repente, alejándome del grupo hacia los parterres.

—Señoritas, no olviden que ambas me prometieron un baile —nos gritó Horacio—. Y tengo que acostarme temprano si quiero ver el mañana.

Elena se volvió hacia él con una sonrisa.

—Por supuesto que me encantaría bailar con el mejor profesor de baile del mundo —prometió—. Ahora mismo volvemos.

—¿Horacio fue tu profesor de baile? —pregunté sorprendida, mirando al anciano con el bastón y las gafas de pasta.

—Sí —respondió Elena con una risita—. Te sorprenderá lo bien que baila a pesar de su edad.

Negué con la cabeza y me reí.

—No puedes hablar en serio. ¿Hace cuánto tiempo te enseñó? ¿Medio milenio?

—No. Pero debo admitir que yo era tan escéptica como tú ahora cuando Thalie me arrastró a su casa para que me enseñara a bailar. —Sonrió—. Desde entonces he descubierto que fue el profesor de baile de casi todas las criaturas del reino.

—El anciano está lleno de sorpresas —dije. Mientras tanto, habíamos dejado atrás el baile y solo las últimas notas de la música permanecían en el aire.

—¿Qué querías saber sobre mí? —preguntó Elena, con tono serio. Sorprendida por el cambio de tema, la miré y empecé a retorcerme las manos. ¿Por qué quería hablar conmigo a solas? ¿Tenía algo en mente? ¿Quizás quería pedirme que no involucrara a su suegra en mi guerra?

—Me preguntaba a qué reino perteneces.

—Ya veo —rio, pero miró al suelo frente a ella como si no hubiera recorrido ese camino tantas veces como para conocerlo demasiado bien sin tener que buscar baches—. Soy un ser a medias —dijo, enderezando los hombros. ¿Era ese su punto débil? —Mitad humana… —Me miró con curiosidad—. Mitad vil.

Eso explicaría la falta de alas.

—Lo siento —dije con simpatía, sabiendo por experiencia lo terrible que era ser el único al que le faltaba una parte de su magia. En aquel momento, yo carecía del don que necesitaba para las pruebas de los jinetes. Ella carecía de las alas sin las cuales no podía llegar por sí misma a Ellyllia, el reino flotante.

—¿Por qué lo sientes exactamente? ¿Por ser humana o por ser Vile? —preguntó, levantando las cejas con sorpresa y diversión.

—Nada de eso respondí, y luego miré su espalda—. Siento que no tengas alas.

—¡Ah, eso! —exclamó Elena con una sonrisa—. No te preocupes. La Gran Madre me ha dado alas. Pero no son las de los Viles.

De repente, su expresión se volvió pensativa y frunció el ceño.

—¿Has conocido alguna vez a un vil? —La esperanza brilló en sus iris, que me recordaron al cielo nocturno.

—Sí. Hay un Vile viviendo con nosotros en Eclaria llamada…

—¿Fely? —El nombre fue más un susurro que una palabra pronunciada.

Asentí con la cabeza y los ojos de la princesa se llenaron de lágrimas. Completamente abrumada por sus emociones, se llevó las manos a la boca, reprimió un sollozo y se dejó caer sobre la hierba al lado del camino, donde permaneció llorando. Me senté con cuidado a su lado y le rodeé los hombros con el brazo.

—Está viva —la oí decir, temblando.

—Sí, está viva y se ha unido a mi grupo: el rey de Eclaria, otros tres jinetes de dragón, Fely y yo. Partido juntos con seis dragones para luchar contra la maldición y cumplir la profecía —le expliqué, omitiendo a Dorian y Julze. No quería alarmarla innecesariamente con los peligros a los que también tenía que enfrentarse la Vile—. Fely ha salvado la vida de mis amigos y la mía más de una vez. Es muy valiente y una sanadora increíble.

—Lo sé. —Elena respiró hondo con dificultad. Vi cómo intentaba recuperar la compostura—. Es una de mis mejores amigas. Primero vivimos juntas en el mundo humano y luego nos enfrentamos al mal que amenazaba nuestros reinos en la última guerra de Brysalia.

—Fely me lo contó —dije, y ella me miró.

—Tengo que informar a su marido. Marek está muy preocupado por ella.

Elena se volvió hacia mí y me tomó las manos.

—Todos habíamos perdido la esperanza de volver a verla. Gracias por traernos esta buena noticia. —Luego se secó las lágrimas del rostro, enderezó los hombros y se volvió hacia los arbustos que teníamos detrás de nosotros.

—¡Kobe!

Sorprendida, seguí su mirada hasta que oí un crujir de hojas y, al instante siguiente, un gato negro emergió de la oscuridad con la cabeza bien alta.

—Kobe, hazme un favor y envía un mensaje a Marek para decirle que hay buenas noticias sobre el paradero de Fely.

El gato maulló irritado y la mirada de Elena se volvió severa.

—Sé que no eres solo un mensajero, sino una orgullosa criatura de Aitvaras. —Suspiró molesta, pero esbozó una sonrisa antes de continuar—. Pero también eres mi amigo, Kobe. Y los amigos hacen cosas como esta por los demás —dijo con voz aterciopelada.

Si no lo supiera, habría pensado que el gato levantó una ceja con escepticismo.

—Y te gusta tanto mi crema. Sería una pena que no hubiera más para ti, ¿no? —añadió Elena, y el leve gruñido que acompañó a esta frase la hizo sonar más como una amenaza, lo que pareció surtir el efecto deseado. Con un último siseo, el gato desapareció de nuevo en la oscuridad, y el rostro de Elena mostró una expresión triunfante.

—Es Kobe. Ha sido el compañero de Lucian durante siglos y… —Suspiró.

—¿No es un compañero fácil? —terminé su frase, y ella se rio.

—Sí, se podría decir eso. —Se levantó y me tendió la mano—. Vamos, volvamos a la fiesta. Fely no querría que nos quedáramos aquí sentadas tristes y nos la perdiéramos. Tendremos muchas conversaciones serias en los próximos días, cuando lleguen Marek y su banda de piratas.

—¿Piratas? —Solo conocía sus historias por los cuentos de hadas de mi madre.

—Exacto, pero no tienes por qué tener miedo. No son tan terribles como parecen —me tranquilizó.

Sin embargo, tuve que tragar saliva cuando le cogí la mano y ella me ayudó a levantarme.

—Seguro que Horacio ya está esperando ansioso sus bailes —se rio Elena y me cogió del brazo.

—O estará dormido debajo de una de las mesas —bromeé, contenta de que la princesa tuviera un carácter tan alegre. Tenía razón. Nuestros amigos no querrían que nos sentáramos tristes en un rincón y nos perdiéramos el baile.

En cuanto dimos unos pasos, la música se hizo más intensa. Nos dirigimos hacia Horacio y Hakon, que observaban a los invitados al baile con una nueva copa en la mano y moviendo los pies al ritmo de la música.

—¿Me concedes este baile, Horacio? —le preguntó Elena al anciano, cuyo rostro se iluminó al ver su mano extendida.

—Por supuesto, Elena —respondió él, dejando su copa en una de las mesas y apoyando su bastón en el borde. Luego siguió a la princesa a la pista de baile con un paso ágil. Parecía varios siglos más joven.

Observé con una sonrisa cómo hacía un gesto con la cabeza a la orquesta y esta comenzaba a tocar un vals. Con una elegancia asombrosa, se deslizó por la pista de baile con su pareja al ritmo de la música. Elena tenía razón, ya no se le notaba la edad.

—¿Te gustaría bailar también? —me preguntó Hakon. Sabía que, a pesar de mi promesa, no quería imponerme.

—Me encantaría, Hakon —le respondí y le sonreí—. Me encanta los valses.

—Perfecto. A mí también.

Salimos a la pista de baile uno al lado del otro y, vacilante, me tomó de la mano. Poco después, nos dejamos llevar por la música.

Era una sensación maravillosa deslizarse por la pista de baile con este magnífico vestido junto a los demás bailarines al son de esta música celestial. Hakon me sostenía en sus brazos como un padre, y no podía pasar por alto el orgullo que se reflejaba en sus ojos cada vez que me miraba. En ese momento, eché de menos a mi padre, que a menudo me levantaba en nuestro campamento y me hacía girar en círculos mientras tarareaba para sí mismo. Aun así, el recuerdo no me dolía. Me invadió como una cálida ola. Sin dolor, sin tristeza.

¿Era la música? ¿El baile? ¿O quizás los nuevos amigos que me rodeaban? No lo sabía.

Después de un baile, Elena y yo cambiamos de pareja para que yo pudiera bailar con Horacio. Entonces él se tambaleó cansado hacia su bastón y se despidió de todos luego de eso. Si no hubiese tenido una sonrisa tan feliz en los labios, me habría preocupado por él.

Isess y Thalie también se unieron a nosotros en la pista de baile y, tras la marcha de Horacio, la orquesta y su música se volvieron cada vez más exuberantes. Uno de los violinistas se levantó y

empezó a dar fuertes golpes con el pie en el suelo al compás de la música, mientras su arco volaba sobre las cuerdas.

Tomados de la mano, saltamos y giramos. Entremedio, hicimos una breve pausa y bebimos un poco más de la bebida espumosa, que, al parecer, se llamaba champán y provenía del mundo humano, solo para bailar aún más que antes.

Cuanto más avanzaba la noche, más fuertes se volvían las risas y más rápido sonaba la música.

Mis mejillas ardían y la felicidad fluía por mi cuerpo tan rápido que me sentía mareada. Nunca antes había vivido una celebración así y deseaba que Kayden y mis amigos pudieran estar aquí para sentir esta libertad, esta alegría y esta despreocupación que me abrumaba.

No sabía que se podía sentir así.

Elena y yo nos cogimos de la mano y giramos en círculos. Ella me sonrió y yo le devolví la sonrisa. Era sencillo y sin la desconfianza que solía sentir hacia los seres que no conocía.

En algún momento, el número de invitados comenzó a disminuir y, finalmente, la orquesta dejó de tocar.

Con una última botella de vino espumoso, Thalie, Elena y yo nos sentamos junto a los rosales. Me había quitado los zapatos durante la velada y el baile desenfrenado. Las briznas de hierba me hacían cosquillas en los pies descalzos y no pude evitar reírme.

Hakon se había ido a casa hacía tiempo y Lucian también se marchó en algún momento para relevar a la criada que estuvo cuidando de su hijo durante el baile.

—Gracias, Thalie. Ha sido la fiesta más bonita de mi vida —le dije a la reina de Aranga y levanté mi copa, lo que hicieron también las otras dos mujeres.

—¡Sí, las fiestas de Thalie son las mejores! —dijo Elena con una risita—. Todavía recuerdo mi primer baile aquí como si fuera ayer. Tenía tantas preocupaciones cuando llegué y, sin embargo, la velada consiguió distraerme de ellas.

—¡Yo siento lo mismo! —Por primera vez desde que llegué a Aranga, no había pensado ni una sola vez en todos aquellos a los que echaba de menos en casa.

Elena y yo miramos a Thalie, que nos sonreía. Entonces levantó su copa y la chocó contra las nuestras.

—¡Por la diversión! —dijo, con la misma solemnidad con la que brindamos al comienzo de la velada.

—¡Por el baile! —exclamó Elena, y una vez más nuestras copas tintinearon.

—¡Por la felicidad! —añadí yo.

—¡Por la felicidad! —repitieron las dos mujeres, y chocamos las copas por última vez antes de beber.

El vino bajó por mi garganta y, a pesar de mi mente un poco confusa, me pregunté una vez más por qué seguía sintiendo mi cuerpo.

Elena se tumbó en la hierba y nos tiró a las dos con ella, riendo. Después de estar allí tumbadas riéndonos durante un rato, acabamos quedándonos tan quietas como la noche que nos rodeaba.

Las estrellas brillaban con su última luz en lo alto del cielo antes de que el sol las eclipsara, y me pregunté cuán grande sería el mundo que se encontraba detrás de ellas.

CAPÍTULO 18



El rey dragón Garmaan es una criatura orgullosa.
Y antigua.
Era uno de los dragones
que entraron en nuestro mundo a través de una puerta mundial
hace miles de años.
Sabemos que su poder supera todo
lo que conocemos.
Pero los dones que realmente posee
es algo que desconocemos.

Extracto del libro de texto sobre dragones

Jadina

UN GOLPE en la puerta me despertó y gemí, cubriéndome la cabeza con la almohada. Si no respondía, Hakon se iría de nuevo en algún momento.

Pero entonces hubo otro golpe en la puerta.

—¿Jadina? —oí llamar a una voz de mujer y, al momento siguiente, oí el clic del pomo de la puerta.

¿Desde cuándo la voz de Hakon era tan femenina? Sobresaltada, me senté en la cama, abrí los ojos y, mientras entrecerraba los párpados para protegerme del sol, recordé que no estaba en casa de Hakon, sino en el palacio. Como se hizo muy tarde después del baile, Thalie me ofreció una de las habitaciones de invitados y yo no dije que no.

Me dejé caer sobre la cama como un saco de patatas y me dormí. Avergonzada, acaricié la tela arrugada de mi vestido. Ni siquiera me puse el camisón que Thalie me prestó.

—Bueno, parece que alguien ha dormido como un tronco —dijo Elena riendo, sentándose en el borde de la cama. Me tendió un vaso de agua—. ¿Cómo estás?

Mientras daba unos sorbos al agua que me ofrecía, miré dentro de mí y me di cuenta de que me sentía demasiado bien.

—Bien —respondí, dejando el vaso vacío en la mesita de noche —. ¿Y tú?

—Estaría mejor si mi hijo no nos hubiera despertado tan temprano. —Se rio y corrió hacia un armario junto a una gran ventana. Su mirada se deslizó por mi cuerpo y entonces me di cuenta de que tenía los pies sucios. Avergonzada, los escondí bajo el dobladillo de mi vestido.

—Creo que uno de mis vestidos te quedaría bien. Tenemos la misma complexión — dijo, sacando un vestido amarillo veraniego del armario—. Además, tus zapatos fueron encontrados en uno de los parterres. Los están limpiando ahora mismo. —Sonrió con picardía—. Mientras tanto, puedes usar mis botas.

—Sería muy amable, gracias —dije, un tanto contrita.

—No hay por qué avergonzarse —me tranquilizó con una risa—. No tienes ni idea de todo lo que encontramos en los parterres. —Me guiñó un ojo—. Incluso al violinista dormido.

Ahora yo también me reí, y eso me hizo sentir mucho mejor.

Elena sacó las botas del armario, se acercó a mí y dejó el vestido sobre la colcha de mi cama y las botas en el suelo, delante de él.

—¿Qué tal si te das un baño primero y, cuando te hayas vestido, vamos a desayunar? Tenemos que reponer fuerzas. Va a ser un día

ajetreado. Marek ya ha anunciado su llegada, al igual que el Rey Dragón de Aughurn.

¿El Rey Dragón? ¿Sería tan enorme e impresionante como el Señor Dragón Kargon de Eclaria? ¿O tal vez aún más aterrador?

Salté de la cama, cogí mi vestido y mis botas y corrí al cuarto de baño contiguo.

—¡Me daré prisa! —le grité a Elena antes de cerrar la puerta tras de mí.

Al igual que en la casa de Hakon, había un lavado empotrado en el suelo, alimentado por una cascada. Miré a mi alrededor con asombro. No esperaba encontrar un cuarto de baño aún más magnífico que el de Hakon, pero este superaba todo lo visto hasta entonces. Tuve que obligarme a no perderme en la magnífica pintura del techo ni quedarme demasiado tiempo en el agua perfectamente templada.

Cuando por fin entré en el dormitorio ya vestida, Elena estaba sentada en uno de los sillones junto a la ventana leyendo un libro.

Curiosa, me acerqué e intenté echar un vistazo al título.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunté.

—Es uno de mis libros favoritos del mundo humano. Se llama *Orgullo y prejuicio* y allí se considera un clásico. Te lo puedo prestar si quieres. ¿Te gusta leer?

—Sí, me encantan los libros y me encantaría leerlo. No es uno de esos libros científicos del mundo humano que Hakon tiene tantos en su biblioteca, ¿verdad?

Hace unos días, me decepcionó descubrir que su selección de libros consistía casi solo en obras históricas o científicas.

—No, no lo es. A menos que consideres el amor como una ciencia. —Ella sonrió con picardía y yo no pude evitar devolverle la sonrisa—. Te lo dejaré aquí.

—Pero aún no lo has terminado —protesté mientras lo colocaba en la mesita junto al sillón.

—Me lo sé de memoria, lo he leído tantas veces.

Se levantó y me tiró de la mano hacia la puerta. Cuando estuvimos en el pasillo, me cogió del brazo.

—Vamos, Thalie nos está esperando.

Mientras bajábamos al comedor, me habló de sus libros favoritos del mundo humano y de cómo incluso representó uno de ellos en una obra de teatro. Junto con Lucian, que en aquella época asistía a la misma escuela que ella.

Escuché sus historias con asombro y me sentí decepcionada cuando llegamos al comedor. Thalie ya estaba allí.

—Buenos días, chicas. ¿Durmieron bien? —preguntó, riendo al ver nuestras caras cansadas. Ella, por el contrario, parecía fresca y descansada. ¿Cómo lo hacía?

—Cally nos despertó demasiado temprano —dijo Elena bostezando y sirviéndose una bebida marrón que no reconocí—. Ahora mismo me vendría muy bien un café.

—¿Lucian y Cally salieron? —preguntó Thalie. Al parecer, Cally era el hijo de Elena y Lucian. El pequeño granuja de la que ya había oído hablar.

—Sí, han salido a montar a caballo. Pero Lucian ha vuelto para reunirse con Marek. Ya lo conoces —dijo la princesa, dando un sorbo a su taza. Suspiró satisfecha.

—Sí, incluso ahora que el señor está casado con Fely, sigue siendo cauteloso —respondió Thalie riendo.

—¿Marek es un señor peligroso? —quise saber. Un hombre así no le pegaba nada a Fely.

—¡No! —Elena hizo un gesto con la mano para restarle importancia—. Marek es una persona amable y simpática. E increíblemente guapo. Ese es el peligro que Lucian ve en él. —Me guiñó un ojo—. Aunque Lucian y yo somos almas gemelas, sigue estando celoso de los otros hombres de mi vida.

No pude evitar reírme, porque se parecía mucho a Kayden. ¿Sabía ella que el vínculo era el culpable de los sentimientos de Lucian?

—Incluso tu amigo que vive en el reino de los muertos —Thalie puso los ojos en blanco.

—¿Tienes un amigo en el reino de los muertos? —Casi me atraganto con mis propias palabras.

—Sí. Pero es una larga historia. ¿Quieres un poco de café? —Se volvió hacia mí y levantó la cafetera.

—¿Qué es el café? —pregunté, mirando con escepticismo el líquido oscuro de su taza.

—Es una bebida caliente estimulante del mundo humano —me informó Thalie—. Sabe amargo, pero te ayuda a despertarte por la mañana. —Se inclinó hacia mí con aire conspirador—. Es tolerable con mucho azúcar —susurró, y Elena se rio.

—No está tan mal —defendió la princesa la bebida de su tierra natal.

—Me encantaría probarlo —dije, aunque no estaba tan segura, y Thalie me acercó el azucarero de forma ostensible.

A pesar de que Elena negó con la cabeza, seguí el consejo de la reina y añadí dos cucharadas colmadas de azúcar a la bebida humeante. Luego tomé un sorbo. Incluso con el azúcar, seguía teniendo un sabor ligeramente amargo, pero no estaba nada mal.

—¿Está buena? —preguntó Elena, sonriendo triunfante a Thalie cuando dije que sí.

En ese momento, trajeron de la cocina pan, pasteles, huevos revueltos y tocino frito a nuestra mesa, y pasamos la siguiente media hora comiendo en un agradable silencio.

—¿Hakon y Horacio también estarán presentes en la reunión? —pregunté.

—Sí, por supuesto. ¿Te ha dicho Elena que el Rey Dragón ha anunciado su llegada? —Asentí con la cabeza—. Marek ha estado en estrecho contacto con él desde que desapareció su esposa y le ha hecho saber que alguien de Eclaria es huésped aquí en el palacio. Sin embargo, nos reuniremos con el rey a las afueras de la Ciudad Dorada. No quiero arriesgarme a causar pánico entre mi pueblo —explicó Thalie en voz baja.

—Como puedes ver, va a ser un día lleno de acontecimientos —añadió Elena, sonriéndome para animarme. ¿Se había dado cuenta de mi incertidumbre? Bajé la mirada hacia mis manos, que estaban apretadas sobre el mantel.

—Es la primera vez que asisto a una reunión de este tipo en mi calidad de reina de Eclaria. ¿Qué se espera de mí? —pregunté a las dos mujeres con mirada interrogativa.

—Solo sé tú misma y cree en ti —dijo Elena sin dudar—. Una reina sabia me dio ese consejo cuando tuve que asistir a mi primer consejo de guerra. Como princesa Elena, no como la chica del mundo humano. —Su mirada se desplazó hacia Thalie, que le sonrió con orgullo en los ojos.

—Tú puedes hacerlo —dijo la reina, volviéndose hacia mí y colocando su mano sobre la mía para reconfortarme. Eso me relajó un poco—. No lo olvides, eres la reina de Eclaria. Representas a tu país y eres la única que conoce la situación real sobre el terreno. Depende de ti guiarnos, ya que solo tú sabes qué opciones tenemos y dónde debemos atacar lo antes posible. —Su voz era la de una reina, y comprendí lo que intentaba decirme. Además, no se me escapó el significado de sus palabras. Ella nos ayudaría a derrotar a Attilus y, si fuera necesario, entraría en guerra contra Gronus.

Tenía que parecer fuerte en esta reunión y no dejarme persuadir por sugerencias que ya sabía que no darían fruto. Thalie tenía razón. Yo era la única en Eclaria que sabía lo de la maldición.

Temblando, respiré hondo y exhalé.

—Puedes hacerlo —dijo Elena. Las miré con gratitud. Sabían de lo que hablaban. Ambas habían estado antes en mi situación y tuvieron que imponerse. «¡Puedo hacerlo! ¡Soy una cazadora! ¡Soy una reina!», me dije a mí misma, enderezando los hombros. Una nueva energía fluyó a través de mí, y no estaba segura de si era solo el café. Pero no importaba, haría lo que pudiera para lograr lo que mi país necesitaba: sería una reina fuerte.

—Marek llegará en unas dos horas. Sugiero que empecemos por despejarnos la mente con un paseo por la ciudad y luego te busquemos algo adecuado para vestir —propuso Thalie.

Miré el hermoso vestido que me recordaba a las flores amarillas que descubrí en el jardín de Thalie.

—¿Qué tiene de malo este?

—Te queda muy bien, pero *lord* Marek necesita algo que cause impresión. —Elena se rio—. Es alguien a quien le gusta que le impresionen.

Menos de dos horas y un largo paseo después, me paré frente a un espejo de cuerpo entero y di un paso atrás con asombro.

Llevaba un vestido similar al del baile, solo que esta vez era en tonos azules. Mi cabello caía en ondas sobre mis hombros y mi espalda. Una de las criadas le entretejió cintas azules y llevaba la misma tiara de la noche anterior en la cabeza. Sin embargo, algo era diferente. Estaba en mis ojos, en mi postura y en mi sonrisa.

Ante mí no había ni una cazadora ni una chica del desierto. Ni siquiera una princesa. No, mi reflejo me mostraba a una verdadera reina.

La reina que Eclaria merecía, la reina que la tierra necesitaba.

Una reina elegante, sensata, salvaje, emocional y peligrosa. Una reina como la que Eline vio en mí la noche de mi coronación en el castillo de Dragonfall.

Era hora de que actuara como tal.

Capítulo 19



¿El destino me estaba gastando una broma?
Si era así, era una muy cruel.
Ya me habían arrebatado a mi primera esposa.
Me llevó mucho tiempo
abrirme a un nuevo amor.
¿Y ahora esto?
Tengo que creer que ella sigue viva.
Cualquier otra cosa me volverá loco.

Extracto del diario de Lord Marek

Jadina

Poco después, todos nos enfrentamos juntos al viento que se levantaba en uno de los balcones del palacio, esperando a que Lord Marek llegara con su nave voladora.

Lucian, Hakon y Horacio llegaron mientras tanto, y había traído consigo una silla para Horacio.

Thalie iba tan elegante como yo, mientras que la princesa Elena solo llevaba un vestido sencillo. La alegría de volver a verlo se reflejaba en su rostro, para gran disgusto de Lucian.

La ropa de su marido era toda negra y su mirada podía matar. Esperaba que todo transcurriera pacíficamente. Conocía muy bien los celos de un alma gemela.

Junto a Thalie se encontraba un hombre, me lo presentaron como el general Mischa, y dos guardias estaban apostados en la puerta del balcón. Ni siquiera la reina parecía tan relajada y alegre como de costumbre. ¿Acaso compartía en secreto la opinión de su hijo sobre lord Marek?

Antes de que pudiera analizar más a fondo las relaciones entre los presentes y el invitado esperado, el cielo sobre nosotros se oscureció de repente y pareció como si se acercara una poderosa tormenta.

El viento me azotó el vestido y el cabello con ferocidad. Pero justo cuando estaba a punto de preguntarle a Elena si debíamos esperar dentro, una enorme sombra emergió de la niebla y apareció directamente frente a la barandilla del balcón. Un barco volador.

Contemplé con asombro la sirena en la proa y las letras doradas *The Golden Mermaid* en el costado.

Con un ruido sordo, se extendió una pasarela sobre la balaustrada hasta nosotros, en el balcón. Al final de la misma apareció un hombre de cabello negro y ojos que brillaban como el turquesa del océano que había visto en uno de mis paseos de los últimos días.

Y sí, Elena y Thalie no habían exagerado. Era extraordinariamente guapo.

—¡Marek! —exclamó Elena, feliz y corrió hacia él por la pasarela. Él se acercó a ella con pasos elegantes y mesurados. Su sonrisa iba dirigida solo a ella, y me pregunté cuánto tiempo llevaban conociéndose.

—¡Me alegro de verte, Elena! —la saludó y la abrazó con cariño. Lucian, que también se acercó, gruñó de forma inconfundible, pero al señor no le importó.

Imperturbable, se acercó a nosotros con un brazo alrededor de la cintura de Elena. Solo de cerca se podían ver las ojeras bajo sus ojos brillantes y las arrugas de preocupación en su frente.

Primero saludó a Thalie, que le tendió la mano con rigidez.

—*Lord* Marek. Qué alegría volver a verle —dijo ella, y yo intuí que la relación entre ambos era difícil.

El señor sonrió, pero le besó la mano con galantería e hizo una ligera reverencia.

—*Reina* Thalie, el placer es todo mío —murmuró con encanto.

—Oh, ustedes dos. Después de todo este tiempo, deberían dejar ya esas tonterías —reprendió Elena a la reina y al señor, pero Lucian se interpuso entre su esposa y el invitado con tal vehemencia que casi se rompió el brazo.

—Hola, Marek. ¿Cómo estás? Desde la última Asamblea de Undgarian, ¿has cumplido con la nueva normativa y has hecho que tu isla de Clythos sea accesible para los marineros en peligro? —preguntó el príncipe con dureza, con los ojos aún más negros de lo habitual.

—Hola, Lucian. Como siempre, es un placer verte —dijo el hombre, sin responder a la pregunta—. ¿No podrías haberlo dejado en casa? —preguntó a Elena, quien se rio y le dio un golpecito juguetón en el brazo a Lucian.

—Sé amable —le reprendió a su marido—. Puedes discutir sobre el nuevo decreto en la próxima asamblea. Hoy estamos aquí por otra cosa. Marek, ¿puedo presentarte a la reina Jadina? —Elena cambió de tema y yo di un paso hacia ella, asegurándome de mantener la barbilla alta y los hombros rectos. Estaba allí por mi país. Por Eclaria.

La mirada del lord Marek se posó en mí y, en sus ojos, que parecían atravesarme con su intensidad, vi un destello de esperanza.

—La reina Jadina. Encantada. —Al igual que hizo Thalie, le tendí la mano y el señor la besó, inclinándose sobre una rodilla. Thalie, detrás de mí, resopló con desdén ante esta muestra de respeto. Pero el señor permaneció imperturbable—. He oído que traes noticias de mi esposa.

—Lord Marek, también me complace conocerlo. Es cierto. Conozco a su esposa y sé que sigue viva. —Al menos ese era el caso cuando dejé Eclaria. ¿Cómo estaban mis amigos? ¿Cómo estaba Kayden? Esperaba que el mensaje de Kargon le hubiese llegado.

Tragué mis preocupaciones y le pedí al señor que se levantara.

—Entremos y continuemos nuestra conversación con una taza de té y un poco de pastel recién horneado —intervino Horacio, levantándose de su silla y admirando la nave voladora como un niño pequeño con los ojos brillantes.

—¡Horacio! —exclamó el pirata con alegría—. Qué alegría volver a verte. Y no he olvidado mi promesa. Esta vez puedes subir a bordo.

El anciano sonrió de oreja a oreja y probablemente habría irrumpido en la nave en ese mismo instante. Sin embargo, no olvidó sus modales y empujó a Hakon hacia delante.

—¿Puedo presentarle a un viejo amigo mío?

—Soy Hakon y también soy de Eclaria —se presentó el mago al señor, quien asintió respetuoso.

Un suave silbido rompió el silencio, y Marek se rio mientras enlazaba su brazo con el de Elena.

—¿Qué sería del grupo sin Kobe, el demonio negro? —dijo, lo que provocó otro silbido, esta vez más fuerte.

Hakon me tomó del brazo y juntos caminamos hacia la puerta del balcón. Le estaba infinitamente agradecida por ese gesto. Tenía las piernas tan débiles por la emoción que no sabía si podría llegar sola a la sala de reuniones.

—¡Capitán! —gritó de repente un hombre mayor detrás de nosotros, corriendo por la pasarela. A diferencia del señor, que vestía una túnica azul oscuro limpia, este miembro de la tripulación parecía más un pirata. Tenía los pantalones rotos y la camisa sucia. Su rostro estaba curtido por el sol.

—¡Kundo! —Elena se separó de Marek y saludó al hombre, que claramente pertenecía a la tripulación del barco.

—Princesa Elena. Está tan hermosa como siempre —dijo y estaba a punto de inclinarse ante ella, pero ella lo abrazó.

—Kundo, ¿qué quieres? —preguntó el señor entre dientes, y se notaba que estaba un poco molesto, mientras Lucian sonreía burlón a su lado. Me costó mucho contener la risa al ver esta escena. Me hubiera encantado saber qué había pasado entre ellos durante los años que se conocían.

—Capitán, ¿preparamos todo en cubierta para zarpar temprano? —preguntó Kundo.

La mirada del señor Marek se posó de nuevo en mí y pareció pensativo.

—No, por ahora no. Deja que la tripulación descanse.

—¡Sí, capitán!

—Haré que traigan té y pasteles para la tripulación del barco —prometió Elena, y Thalie condujo a lord Marek al interior del castillo.

—General —saludó al general Mischa, que estaba junto a los guardias en la puerta del balcón y solo logró articular un «Señor».

Esta reunión y la posible colaboración podrían resultar difíciles si no se caían bien de verdad. La incertidumbre me invadió y sentí que mi esperanza se desvanecía. Jugueteé nerviosa con mi falda.

De repente, Elena se acercó a mí y me acarició la espalda.

—No te preocupes. En cuanto las cosas se ponen serias, todos se unen —intentó tranquilizarme—. Es más una burla que un resentimiento real.

Con cierta vehemencia, nos empujó a Hakon y a mí a través de la puerta de vuelta al palacio y luego me cogió del brazo.

—Vamos, si no, los hombres se habrán devorado el pastel antes de que hayamos visto ni una miga. —Se rio, y su positividad era contagiosa. Sonreí de vuelta también.

—A Horacio, en particular, le gusta comer más de un trozo —añadí, y Elena me guiñó el ojo cómplice.

—Pero una vez que hayan comido pastel, su humor mejorará —dijo, deteniéndose frente a la sala de reuniones que Thalie me enseñó antes. Hakon se separó de mí y corrió hacia adelante.

—Por favor, lleva té y pastel al barco del señor, Lauris —le dijo a uno de los guardias que flanqueaban la puerta.

—Será un placer, Elena —respondió él, dedicándole una sonrisa radiante.

—Gracias. —Luego me empujó hacia el interior de la sala, donde los caballeros ya habían tomado asiento alrededor de la larga mesa, con Lucian a un lado y lord Marek al otro. Horacio y Hakon eligieron sillas en el centro y no dejaban de mirar de derecha a izquierda. Por sus expresiones, era evidente que se sentían incómodos con la

situación. Mischa se quedó junto a la puerta y parecía reacio a involucrarse en esta disputa.

Elena sacudió la cabeza con reproche y miró con desaprobación a su suegra mientras esta se sentaba en la silla junto a su hijo.

—De verdad esperaba más de ti, Thalie —le reprendió, sentándose elegante junto a Marek y asignándome el asiento junto a ella.

Suspirando, Thalie se unió a nosotras, y en ese momento dos criadas entraron en la habitación llevando bandejas. Una bandeja contenía un juego de té, con vapor saliendo de la tetera. La otra contenía pasteles. Confundidas, miraron la larga mesa y lo que yo consideraba una extraña disposición de los asientos.

Al final, decidieron colocar el pastel y la tetera junto a su reina y su invitado, y luego salieron corriendo de nuevo.

Horacio, que no podía apartar los ojos del magnífico pastel de chocolate, se levantó de inmediato y se sentó a nuestro lado de la mesa. Hakon hizo lo mismo.

—Lucian —dijo Elena con severidad, y con un suspiro, él también cedió y se acercó—. Mischa, por favor, siéntate —le pidió al general, lo que hizo que las mejillas perladas del hombre se sonrojaran. Él accedió a su petición y se unió al príncipe.

Thalie sirvió té para todos y Lucian repartió el pastel en los platos. Entonces se produjo un silencio complacido mientras todos probaban los pasteles.

Aunque parecía delicioso, sentía el estómago como un nudo. Con dificultad, me llevé un trocito a la boca y apenas percibí el delicioso sabor a chocolate. Una mirada a Marek me indicó que él sentía lo mismo. Se limitaba a pinchar su trozo de pastel y se movía impaciente en su asiento. Al final, dejó caer el tenedor y suspiró.

—Lo siento, pero no puedo esperar más —dijo, mirándome con imploración— ¿Cómo está mi esposa?

El orgulloso pirata que había llegado a esta mesa con su encanto y sus bromas desapareció. Ante nosotros se sentaba un hombre destrozado que llevaba un siglo echando de menos a su gran amor. Las profundas ojeras bajo sus ojos eran ahora más visibles que antes, y Elena le puso la mano en la suya para tranquilizarlo.

—Fely está viva. Se ha instalado en una cabaña al pie de la montaña en la que se encuentra el castillo de Dragonfall, la sede del poder de los jinetes de dragón. —Yo también dejé el tenedor—. Es una de las sanadoras del palacio y la conocí cuando salvó a mi amiga de la muerte —dije—. Poco a poco nos hicimos amigas y, finalmente, huyó del castillo con mi marido, nuestros amigos y yo para derrotar la maldición y cumplir la profecía.

Marek se pasó las manos temblorosas por el pelo negro y suspiró.

—Eso suena muy propio de Fely. Siempre ha sido una luchadora que no puede quedarse de brazos cruzados.

Sonreí, porque así fue como conocí a Vile.

—Te echa mucho de menos y, antes de conocerla, llevaba una vida solitaria y aislada.

La preocupación nubló sus iris y Elena dio un grito ahogado de alarma.

—Pobre Fely —susurró con lágrimas en los ojos—. ¿Qué podemos hacer para ayudar? —preguntó con decisión, y ahora todos los ojos se posaron en mí.

Era hora de trazar un plan.

CAPÍTULO 20



La Caza Sagrada era un festival
que se celebraba tradicionalmente
tan pronto como aparecían las primeras flores en los prados.
Sin embargo, cantar, bailar y celebrar un banquete eran solo una parte de la celebración.
La caza era el momento clave de esta tradición.
Los hombres de una tribu o aldea perseguían a las mujeres hasta que encontraban a una de ellas.
Entonces, al hombre se le permitía fecundar a la mujer que había cazado.
Esta fiesta fue abolida hace siglos.

Extracto de *La Gran Madre y sus festivales sagrados*
de Horacio

Jadina

ASÍ QUE REUNÍ todo mi valor y expliqué la situación actual de Eclaria al grupo con el mayor detalle posible. Me aseguré de que mi relato se basara únicamente en hechos y omití todas las experiencias personales en la medida de lo posible. Nunca antes había hablado

delante de tanta gente, y mucho menos de nobles, ni siquiera había celebrado un consejo de guerra.

Pero intenté mencionar todos los acontecimientos que me parecían importantes y también les hablé de la muerte de la sacerdotisa Rosalia, nuestra huida del castillo de Dragonfall y el misterio de la sirena maldita. Cuando les conté lo del hermano de Hakon y su intento de asesinarme, el mago se encogió en su silla.

Horacio le puso una mano en el hombro.

—No eres responsable de las acciones de tu hermano, amigo mío. No te atormentes con una culpa que no te corresponde.

Cuando terminé, el general Mischa se levantó, se dirigió a una de las grandes estanterías de la pared y regresó con un pergamino.

—Muéstranos exactamente dónde se encuentra el castillo de los jinetes y todos los demás lugares que has visto —me pidió mientras él y Lucian recogían el juego de té y desplegaban un mapa de Eclaria frente a nosotros.

Con los ojos muy abiertos, contemplé la isla pintada frente a mí, en la que se marcaban prados verdes, pueblos y puertos grandes y pequeños. En ninguna parte había rastro del desierto ni de las montañas infranqueables que en la actualidad dominaban el paisaje de Eclaria. Este era mi hogar antes de la terrible maldición.

Con admiración, pasé el dedo por los distintos lugares, cuyos nombres estaban escritos con letra clara, y descubrí el Palacio de Eclaria en el centro. Por un momento, el mapa se difuminó ante mis ojos. Allí era donde dejé a Kayden y a mis amigos. Cerré los ojos para recomponerme. Entonces volví a ver en mi mente aquel mapa que vi en el castillo de Dragonfall. Abrí los ojos de golpe.

Esta vez, mi dedo no vagó para explorar el pasado que yacía ante mí, sino para dibujar una imagen del presente.

—Aquí es donde está el castillo de Dragonfall —dije con una certeza que me sorprendió incluso a mí, señalando una extensión de tierra cerca del gran lago que aún existía. El general Mischa marcó el lugar en el mapa.

Luego dirigí mi atención al norte de este lado del país, que estaba poblado por jinetes de dragón, y señalé los lugares donde,

según el mapa de mi memoria, había otras torres de vigilancia pertenecientes a los jinetes. El general también los marcó.

A continuación, mi dedo se deslizó hacia el oeste, hasta el Palacio Eclaria, situado justo en el centro de la isla.

—El palacio sigue en pie, pero el suelo y el agua que lo rodean son negros. Como si la maldición siguiera atrapada en su interior. —Me desplacé hacia el sur a lo largo del río—. Aquí es más o menos donde nos encontramos con la sirena. —El general también anotó esta información.

Con el corazón encogido, dirigí mi atención al otro lado del mapa. La parte que ahora no era más que un desierto. Recordé haber visto algunas aldeas desérticas marcadas en el mapa de Gronus y señalé estas ubicaciones a los presentes.

—Según un mapa del castillo de Dragonfall, mi campamento estaba aquí, pero Hakon ya lo sabe. —Mi mirada se desplazó hacia el mago, que asintió pensativo. Sabía por qué le reveló mi ubicación a Kayden y que fue lo correcto. Así que le dediqué una sonrisa, que él me devolvió con vacilación.

Pensativa, volví a mirar el mapa que había sobre la mesa frente a mí y me detuve en la capital de los cazadores, Ascradia.

—Ascradia también se mencionaba en el documento de los jinetes de dragón —recordé—. Pero no sé si los cazadores siguen viviendo allí o si la ciudad ha sido destruida.

—Tus observaciones nos dan una imagen muy precisa de la situación —dijo el general Mischa, inclinándose sobre el mapa—. ¿Cuál es la postura de los cazadores respecto a la maldición y una posible paz? —preguntó, mirándome primero a mí y luego a Hakon.

—Es difícil de decir —respondió Hakon pensativo—. Por sus acciones, tengo la sensación de que los cazadores están muy divididos sobre este tema.

—En cualquier caso, hay un grupo que quiere impedir que se cumpla la profecía y, por lo tanto, ha entrenado a cazadoras para que participen en las pruebas de los jinetes con el fin de eliminar a la cazadora mencionada en la profecía. Solo que…

¿Y si los cazadores también conocieran solo la profecía mal traducida?

—¿Sí? Continúa, Jadina —me animó Horacio.

—¿Y si los propios cazadores creen que son enemigos de los jinetes, quienes, según la profecía, deben destruirlos?

—Esa posibilidad es muy alta —dijo Hakon, pasándose la mano por la nuca—. Después de todo, Tanil y Vulas acababan de anunciar la traducción cuando la maldición cayó sobre nosotros.

—Eso significaría que los cazadores actúan por miedo porque no conocen la verdad —resumió Elena—. Alguien tiene que decírselo.

—¿Pero cómo? —preguntó Lucian—. Después de todo, ninguno de nosotros puede entrar en el país, y no escucharán a Jadina una vez que sepan quién es en realidad. Ella encarna lo que ellos temen, al igual que sus amigos, los jinetes de dragón.

—¡Fely! —exclamó Elena de repente, mirándome—. Fely podría ir con tu gente y contarles la verdadera traducción. Al fin y al cabo, ella es una Vile, ni jinete ni cazadora. Quizá le crean.

—Es una buena idea —asintió lord Marek—. Aunque no me gusta la idea de enviar a mi esposa a una situación tan peligrosa.

—Lo entiendo —dije con simpatía. A mí tampoco me gustaría que Kayden se expusiera a tal riesgo sin mí—. Puedo prometerle que no la dejaremos sola en esta misión. Por supuesto, nos mantendremos cerca para poder intervenir si es necesario.

—Gracias, eso significa mucho para mí —respondió el lord, pero la preocupación seguía reflejada en su rostro.

—Jadina, tan pronto como regreses a Eclaria, debes ir al desierto y convencer a los cazadores de que la profecía debe cumplirse. Sin su apoyo, una vez derrotada la maldición, estaríamos en guerra con toda Eclaria —instó Hakon.

—Pero también tenemos que averiguar dónde encontrar las rosas que necesitamos para detener la maldición en primer lugar.

—Nuestros barcos estarán listos para volar a Eclaria en cualquier momento —Lord Marek se levantó y se dirigió a otro mapa colgado en la pared, que mostraba toda Brysalia con sus islas—. Podemos llegar allí más rápido desde Aranga que desde Undgar. Si no le parece mal, reina Thalie, ordenaría que el resto de mi flota se reuniera aquí y esperaría en su reino hasta que la cúpula mágica

cayera sobre Eclaria. Por supuesto, nos ofreceríamos a llevar a su pueblo con nosotros.

Sonaba muy honorable, pero ¿quién podía asegurar que no liberaría a Fely y luego nos abandonaría? No lo conocía y, aunque confiaba en ella, no sabía si podía decir lo mismo del señor Marek.

—¿Cómo sé que realmente nos ayudarás? —le pregunté, cruzando los brazos de forma protectora frente a mi pecho. ¿Era buena idea cuestionar las intenciones del señor?

Me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué quieres decir con eso? —respondió con brusquedad. Su boca se torció en una línea delgada. Se había ofendido. Sin embargo, tenía que averiguar sus verdaderas intenciones. Al fin y al cabo, no solo era un lord, sino también un pirata. Y si las historias de mi madre eran ciertas, los piratas eran volubles.

—¿Quién me garantiza que no liberará a Fely y luego se marchará?

Por el rabillo del ojo, vi a los demás moverse inquietos en sus sillas. Nadie dijo nada. Me dejaron sola para librar esta batalla.

—¿Quiere garantías, *reina* Jadina? —El señor se inclinó sobre la mesa y se acercó a mí. Sus ojos brillaron y el azul de ellos parecía el mar embravecido—. ¿Qué le parece esto? Mi esposa me arrancaría la cabeza si hiciera eso.

¿De verdad creía que podía convencerme, así como así? Empujé mi barbilla hacia adelante desafiante.

—Sé que Fely haría eso, pero esa afirmación no es suficiente para que confíe en usted. No se trata de ella y sus intenciones, sino de las suyas.

Indignado, el pirata siseó entre dientes y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿De verdad crees que correría el riesgo de que este mago loco decidiera algún día extender la maldición y sus consecuencias al continente de Brysalia? Nuestros imperios apenas se han recuperado de una cruel tiranía y de la guerra que esta provocó. Ninguno de nosotros quiere que algo así vuelva a suceder en un futuro próximo. —Me miró con determinación y pude sentir que sus palabras eran sinceras—. Por eso puedo asegurarte que no abandonaremos Eclaria

hasta que la maldición se haya roto por completo y se haya ganado la guerra contra el mago.

Nos miramos en silencio. Este hombre no podía haberme dado una razón mejor. Era consciente de ello.

—Entonces está decidido —dije con cierta rigidez, sintiéndome orgullosa de no haber evitado esta discusión—. Mantén tus barcos aquí en Aranga listos y llévate a la gente de Thalie contigo tan pronto como la cúpula mágica caiga sobre Eclaria.

Lord Marek asintió en silencio.

—Es un buen plan —asintió Thalie, como si no hubiera oído nuestra discusión anterior—. Con tus barcos voladores, seremos más rápidos que la flota real en el agua. Sin embargo, necesitaremos más aliados para lograr la victoria en Eclaria. No sabemos lo que nos espera allí ni qué hechizos utilizará Attilus.

—El Rey Dragón también ha anunciado su llegada hoy —reflexioné—. Quizás él también nos apoye en una guerra.

—Los dragones son muy exigentes en estos asuntos, aún así podemos pedirles ayuda y ver qué conseguimos con ello —sugirió Horacio.

—Andgar también luchará a su lado —confirmó Lucian—. Puedo llevar un gran ejército de soldados a Eclaria a través de un portal.

—Ellyllia también se unirá a nosotros con sus guerreros —decidió Elena con voz firme. Confundida, miré de ella a Lucian y luego a Thalie. La madre de Lucian era la reina de Aranga, pero el propio Lucian podía tomar decisiones militares sobre Undgar, y Elena tenía la misma autoridad en Ellyllia. ¿Cuán poderosa era esta familia en Brysalia?

—Pero ¿cómo llegará tu vilen a Eclaria? Está demasiado lejos para volar —señaló lord Marek.

—¿Para qué crees que sirve ser amiga del barquero? —Le sonrió al lord, y pude ver cómo varias personas en la mesa se estremecían —. Le pediré a Caronte que lleve a mi ejército a Eclaria a través de uno de sus portales al mismo tiempo. Entonces podré persuadirlo para que nos ayude.

—¿De verdad nos llevaremos a ese dios con nosotros? —preguntó Lucian—. Sé que es un guerrero excepcional y uno de tus

muchos amigos… —Su mirada se posó en lord Marek, quien se encogió de hombros—. Pero también es muy… peculiar. —La última palabra sonó más como una pregunta. Como si en realidad quisiera decir algo completamente diferente, pero se hubiera contenido por amor a su esposa.

—Oh, qué miedosos. Caronte no les hará daño —prometió Elena con una sonrisa.

—¿Y si vuelve a exigir algo a cambio de su ayuda? ¿Algo como la reanudación de la Caza Sagrada, que *tanto* echa de menos? —señaló Lucian, y hasta a mí se me heló la sangre al oír sus palabras.

Tragué saliva. La Caza Sagrada fue una tradición cruel. Por fortuna, esa *festividad* fue abolida hacía mucho tiempo. ¿Cómo podía alguien pensar que era una buena idea revivir esa bárbara tradición? Solo un dios que se deleitaba en su verdadera inmortalidad y estaba aburrido podía tener una idea así.

—Cada vez le entusiasma más nuestra tradición navideña, que trajimos con nosotros del mundo humano. No creo que siga interesado en la Caza Sagrada —descartó ella. Leí acerca de la *Navidad* en uno de los libros de Hakon.

Pero Lucian, Marek e incluso Thalie no parecían convencidos. Al parecer, todos tenían una opinión diferente de Caronte que Elena. ¿Cómo fue que surgió esta extraordinaria amistad con el dios?

—También deberíamos informar a los otros reinos sobre la situación —sugirió Horacio—. Por un lado, así estarían preparados si necesitáramos su ayuda y, por otro, sería mejor advertirles con antelación si la magia que Eclaria tiene en sus garras se extendiera hasta nosotros.

—¿Podría suceder algo así? —le pregunté a Hakon. La idea de poner también en peligro a esos reinos me partía el corazón.

—La magia de mi hermano es más poderosa de lo que esperábamos. Además, todavía no sabemos dónde está. ¿Actúa solo o tiene aliados? Y si es así, ¿quiénes son? —suspiró Hakon—. Hay demasiadas preguntas sin respuesta como para decir nada con certeza. Todo es posible.

—Por encima de todo, tan pronto como Attilus descubra que estamos ayudando a Eclaria, es posible que busque venganza. —

Horacio miró a su alrededor con aire significativo—. Deberíamos proporcionar a las costas escudos protectores adicionales.

—Tienes razón —asintió el general Mischa—. No debemos dejar nuestro imperio desprotegido. Esperemos que los dragones acepten apoyarnos con sus jinetes también. Entonces podríamos estacionar a la mitad de los soldados en Aranga para proteger a la población aquí, si fuera necesario.

Thalie miró a Lucian y Elena.

—Deberían hacer lo mismo en Undgar y Ellyllia. No nos servirá de mucho si acabamos exponiendo nuestros propios imperios al peligro y los perdemos también a manos de Attilus.

En ese momento, llamaron a la puerta y entró un sirviente.

—Thalie, solo quería informarte de que el Rey Dragón ha llegado. Está esperando a la reina Jadina y a ti en el claro de la colina occidental, a las afueras de la ciudad.

—Gracias, Arton. Por favor, prepara los caballos para todos los presentes —respondió Thalie, poniéndose de pie—. Sugiero que acompañemos a Jadina y continuemos nuestra discusión en presencia del Rey Dragón.

Todos los demás se levantaron para ir a los establos. Solo Horacio permaneció sentado y me interceptó en cuanto pasé junto a él.

—Jadina, una palabra —dijo en voz baja, asegurándose de que nadie escuchara. Me senté a su lado. Su mano huesuda se cerró alrededor de la mía como si temiera que pudiera escapar—. Por desgracia, no podré acompañarte, ya que mis viejos huesos ya no pueden montar a caballo. —Una sonrisa de disculpa apareció en sus labios—. Pero me gustaría darte una advertencia. El Rey Dragón no tiene ningún interés en que Kargon, el Señor Dragón de Eclaria, regrese a Aughurn. Sospecho que teme que pueda surgir una rivalidad entre los dos, ahora que Kargon ha gobernado su propio clan durante tanto tiempo.

—Entonces, sin duda, no nos prometerá ninguna ayuda para liberar Eclaria —pensé, y la decepción me hizo desplomarme en mi asiento.

—Lo hará si le ofreces un trato.

Capítulo 21



Un clan de dragones abandonará Aughurn y se instalará en Eclaria.
Allí elegirán a un príncipe
que los guíe a todos con sabiduría.
A este príncipe le esperan tiempos difíciles y decisiones difíciles.
Por muy grande que sea esta carga,
los dragones atenderán la llamada del oráculo.
Eclaria los necesita.

Extracto de la profecía del Oráculo de los Dragones de Aughurn
antes de la maldición

Jadina

Mientras cabalgaba entre Elena y Thalie sobre una yegua blanca por la colina occidental, no podía quitarme de la cabeza mi conversación con Horacio.

Se suponía que debía hacer un trato con el Rey Dragón. Pero, ¿qué tipo de trato? Horacio no había podido decírmelo, porque en ese momento llegó Thalie y me instó a acompañar a los demás a los establos.

Horacio no intervino ni me susurró ningún tipo de solución, así que tuve que suponer el trato ya venía de alguna manera en su explicación, ¿pero qué? Estaba segura que tenía algo que ver con que el Rey Dragón no quería que Kargon volviera a Aughurn para mantener su posición. Pero ¿podía yo simplemente decidir por encima de los dragones de Eclaria que no se les permitía regresar a su tierra natal?

El trayecto se acabó demasiado rápido cuando llegamos al claro y vimos a un dragón que superaba todo lo que había visto hasta entonces. Era hermoso y gigantesco. Más grande que Kargon o Jarok. Sus escamas brillaban plateadas al sol y sus ojos dorados se fijaron en mí. Bajé respetuosamente la mirada, lo cual me resultó difícil porque no podía apartar los ojos de él mientras desmontaba de la silla. Este era el Rey Dragón. Sin embargo, no entendí las palabras de Horacio. Era imposible que este poderoso dragón no podía tener miedo de Kargon. ¿Era otra razón por la que no quería que el Señor Dragón regresara a su tierra natal?

Con vacilación, me uní al grupo y juntos nos acercamos al dragón. Cuanto más nos acercábamos, más tenía que inclinar la cabeza hacia atrás, tan enorme era nuestro invitado.

—Saludos, rey Garmaan —saludó Thalie al Dragón Plateado en voz lo bastante alta como para que él la oyera, inclinándose y sin mirarlo a los ojos. La admiré por no dejar que se notara en su voz ni una pizca de incertidumbre o miedo.

Con el rabillo del ojo, vi cómo el rey Garmaan apartaba la mirada de mí y miraba a la reina de Aranga, a la que también hizo una ligera reverencia.

—Reina Thalie, es un honor —respondió, con su profunda voz vibrando en mi alma—. Veo que la princesa Elena de Ellyllia, el príncipe Lucian de Undgar y el famoso y notorio señor pirata Marek también están presentes.

—Le saludamos y le damos la bienvenida —dijo Elena, inclinándose también profundamente, y Marek gruñó algo así como: «¿Nunca me libraré de esta reputación?».

—¿Puedo presentarle a la reina Jadina y al consejero real Hakon de Eclaria, así como al general del ejército de Aranga, Mischa?

—Encantado de conocerlos —oí decir a Garmaan, y sentí su mirada clavándose en mí—. Por favor, levántense.

Vacilante, me levanté de mi reverencia, preguntándome si quería decir que ahora podíamos mirarlo. Confundida, miré a mi alrededor y me di cuenta de que todos en nuestro grupo sentían lo mismo. La mayoría de ellos todavía tenían los ojos fijos en el suelo.

No podíamos mantener una conversación así. Por mi experiencia con los dragones de Eclaria, sabía que valoraban la honestidad y preferían comunicarse mentalmente.

—Rey Garmaan, hemos venido aquí para discutir con usted la situación en Eclaria —le envié en mis pensamientos—. *¿Le parecería bien si lo miráramos durante la conversación? Facilitaría la comunicación.*

Sentí un murmullo pensativo que me llenó por completo. El poder de este dragón superaba todo lo que había conocido hasta entonces. Su mera presencia en mi mente hizo que mi propio poder se retirara. Humilde e inferior a la magia de otro mundo.

—Pueden la mirada —nos ordenó el Rey Dragón en voz alta.

Sorprendidos y aliviados al mismo tiempo, levantamos la vista hacia la criatura plateada.

—Gracias, Alteza. Se lo agradecemos enormemente —dijo Lucian en nombre de todos nosotros.

—Entonces, ahora le pediría a usted, reina Jadina, que me contara sobre la situación en Eclaria. Usted estuvo allí hasta hace poco. ¿O debería decir que parte de usted todavía está en Eclaria? —El dorado de sus ojos se volvió más intenso, casi como una puesta de sol en un día frío.

—Sí, así es. Solo mi alma ha llegado a Aranga. Mi cuerpo sigue en el Palacio de Eclaria —confirmé su suposición, aunque estaba segura de que había elegido sus palabras muy despacio y no necesitaba mi confirmación en absoluto.

—Entonces háblame y explícame la situación —me instó con impaciencia, y me pregunté qué era lo que ya sabía. Sin embargo, no omití nada y le conté lo mismo que les conté a los demás. Cuando terminé, el sol ya estaba en el horizonte. El día llegaba a su fin.

El general Mischa había traído el mapa y lo desplegó para que pudiera mostrarle al Rey Dragón dónde se encontraban las distintas bases de dragones y las aldeas de cazadores. También le expliqué el malentendido con la profecía mal traducida y lo que considerábamos un paso importante tras mi regreso a Eclaria: informar a los cazadores de las verdaderas palabras de la profecía.

Después de explicar la situación, un silencio sepulcral se apoderó del claro y yo cambié el peso de un pie al otro, un tanto nerviosa. ¿Le aburrieron mis explicaciones? ¿Ya lo sabía todo? ¿No quería apoyarnos en la lucha contra la maldición o incluso contra Attilus?

Miramos expectantes al Rey Dragón, que seguía mirándome con sus ojos dorados con una intensidad inquietante. Pareció una eternidad antes de que finalmente apartara la mirada de mí y se dirigiera a todo el grupo.

—Ya es tarde. Sugiero que pospongamos la discusión hasta mañana —dijo en voz alta, pero en mi mente escuché palabras muy diferentes—: *Vuelve a verme esta noche, reina Jadina. Quiero hablar contigo. A solas.*

Me quedé allí paralizada, sin saber qué me estaba pasando, mientras mis aliados se mostraban de acuerdo con el Rey Dragón, se inclinaban y corrían hacia los caballos. Noté vagamente que Elena me ponía una mano en la espalda y me empujaba hacia mi yegua. ¿Entendí al Rey Dragón? ¿Por qué quería hablar conmigo a solas?

—No te preocupes, posponerlo hasta mañana no significa que no nos vaya a ofrecer su ayuda —me susurró la princesa al oído en tono confidencial, a lo que asentí aturdida.

En retrospectiva, no entendía cómo conseguí subirme a la yegua y, mientras me alejaba hacia la Ciudad Dorada, podía sentir la mirada penetrante del Rey Dragón en mi espalda.

En los establos, los guardias de Thalie se llevaron los caballos y la reina nos invitó a cenar al castillo. Ninguno de nosotros rechazó la invitación, sobre todo porque había sido un día muy ajetreado. Excepto por la tarta, que ninguno de nosotros, ni siquiera Horacio, comió, no habíamos tenido tiempo para otra comida.

Solo mi estómago parecía estar hecho un nudo. ¿Qué debía hacer? ¿Se podía confiar en el Rey Dragón?

Elena, que parecía haberse dado cuenta de que estaba absorta en mis pensamientos, llamó a una de las criadas, que me acompañó de vuelta al dormitorio donde pasé la noche anterior. La princesa le dio instrucciones de que me buscara un vestido cómodo y me preparara un baño antes de que me llamaran para cenar.

Como quería estar sola para poder pensar en todo con tranquilidad, hice lo que Elena me sugirió. Después de que la criada se marchara, me desvestí con manos temblorosas e intenté respirar profundo. Tenía que calmarme y mantener la cabeza fría. Cualquier otra cosa no tenía sentido y solo me llevaría a tomar decisiones equivocadas.

Poco a poco, bajé los escalones hasta la piscina y me dejé flotar en el agua cálida. Sentí cómo me relajaba y mi magia regresaba.

¿Debería contarle a alguien mi encuentro nocturno con el Rey Dragón? Si lo hacía, no me dejarían ir sola. Estaba segura de ello. Todos sabían lo importante que era yo para el éxito de la liberación de Eclaria, y todos aquí tenían razones personales para querer ver al país libre. Para la mayoría de ellos, Fely era la principal motivación.

Hakon quería volver a su tierra natal, y Thalie tenía en mente la felicidad de su nuera y, por lo tanto, también la de su hijo. A su vez, era amiga de Hakon, a quien le tenía mucho cariño.

El general Mischa seguía las órdenes de la reina y le informaría si yo actuaba por mi cuenta.

Así que solo quedaba Horacio. Después de todo, él ya me había advertido que el Rey Dragón podría proponer un trato. Con suerte, también se presentaría a la cena. Quizás podría interceptarlo allí.

En cualquier caso, iba a ser una noche larga y aún no me había recuperado del todo del baile. Así que me tumbé en un banco construido en la piscina y escuché la cascada hasta que el sonido de las salpicaduras se volvió cada vez más sordo en mis oídos y cerré los ojos.

UNA VEZ MÁS, me encontré en esa habitación blanca y vacía en medio de la nada. Miré a mi alrededor con asombro, pero ni siquiera esta vez pude ver a Kargon por ninguna parte, y mucho menos oírlo.

¿Podría llamar al Señor de los Dragones en mi sueño?

—¿Kargon? —llamé en voz baja, como si temiera que alguien más pudiera notarme. Mientras miraba a mi alrededor de nuevo, caminé un poco más hacia la nada—. ¿Kargon? —Pero, de nuevo, no vi ni oí a nadie.

¿Me atrevería a llamar más fuerte? ¿Quién más podría invadir mi sueño excepto el caminante de sueños? Se me ocurrió que no tenía ni idea de qué dones mágicos poseía el Rey Dragón de Brysalia.

Pero los caminantes de sueños eran muy raros, por lo que sería una coincidencia increíble que ambos dragones poseyeran este don.

Así que aparté con vehemencia esta preocupación y me concentré en lo que quería: hablar con Kargon. Quizás él podría ayudarme con el rey dragón.

—¡Kargon! —grité tan fuerte como pude—. ¡Kargon! —Esta vez fue más bien un rugido, y sentí que me arañaba la garganta. Seguí mirando a mi alrededor en todas direcciones, aunque no esperaba ver al dragón negro.

Después de la quinta llamada, me rendí y me senté en el suelo. Me dolía la garganta y no sabía qué hacer. Levanté las piernas hasta el pecho y las rodeé con los brazos. Luego apoyé la frente en las rodillas.

Respirando hondo, me obligué a calmarme. «Quizás Horacio sepa qué hacer».

—¿Jadina? —se oyó la voz retumbante del señor de los dragones desde lejos. Levanté la cabeza de golpe. ¿De verdad lo escuché?

—Kargon, ¿estás ahí? —pregunté en medio del silencio.

—Sí, estoy aquí y te oigo. Dime, ¿qué te preocupa?

—¿Cómo sabes que tengo algo en mente? ¿Has vuelto a leer mis pensamientos? —Me levanté y puse los puños en las caderas.

—Me has llamado. Así que supongo que quieres hablar de algo conmigo.

Sus palabras me hicieron relajarme de nuevo y me sentí un poco avergonzada por mi comportamiento infantil. Al fin y al cabo, el propio Kargon me aconsejó que aprendiera a protegerme de él.

—Tienes razón. Necesito tu consejo. Urgente. —Me pasé los dedos por el cabello mientras Kargon esperaba en silencio—. Me he

encontrado con el Rey Dragón y me ha pedido que nos veamos a solas esta noche para hablar en privado. Y ahora no sé qué hacer. ¿Es correcto reunirme con él a solas? ¿Debería llevar a alguien conmigo después de todo? ¿Qué podría querer de mí? ¿Me ofrecerá su ayuda en la lucha contra la maldición de Eclaria? —Solté todo de un tirón hasta que me quedé sin aire y tuve que respirar—. Es que no sé qué pensar ni qué hacer.

—Bueno, eso es realmente difícil. Garmaan no es el rey entre nosotros, los dragones, por nada. Es extremadamente inteligente, fuerte, poderoso y, por lo general, diplomático, pero siempre se preocupa por la ventaja de su pueblo o de sí mismo. No ofrecerá su ayuda por voluntad propia —reflexionó Kargon.

—Horacio mencionó que no estaría de acuerdo con tu regreso a Aughurn. Cree que tu rey temería la rivalidad y podría convertir tu ausencia en una condición para cerra algun trato —informé de lo que había oído al anciano.

—Es cierto que Garmaan no estaría nada contento si yo regresara, pero por razones distintas a las que teme Horacio. Mi clan y yo nos sentimos como en casa aquí, y no queremos decepcionar al Oráculo dándole la espalda después de haber salvado al país.

—Pero, ¿qué podría pedirme el Rey Dragón a cambio de su apoyo? —le pregunté, esperando una respuesta que resolviera mi duda.

—No lo sé. Lo siento, Jadina.

CAPÍTULO 22



Las almas gemelas están conectadas por una magia extraordinaria
que muchos han intentado explorar sin éxito.
Solo hay una cosa segura:
un vínculo que se ha formado no se puede romper fácilmente.
Ni siquiera con magia.

Extracto del libro
The Connected, de Horacio

Jadina

El Señor de los Dragones de Eclaria y yo pasamos algún tiempo juntos tratando de averiguar qué era exactamente lo que Garmaan podría exigir, pero fracasamos. Kargon me aconsejó que me reuniera con el Rey Dragón de todos modos. Incluso sola.

—No te hará daño —me aseguró—. Está demasiado involucrado en Brysalia como para eso. Nunca querría destruir sus relaciones con los otros cuatro imperios. Después de todo, todos ustedes representan juntos a Eclaria, Aranga, Undgar y Ellyllia.

Confié en su criterio y decidí afrontar la conversación con el Rey Dragón.

—Me gustaría saber qué me exigirá el rey Garmaan. Así podría prepararme mejor para sacar el máximo partido a este acuerdo. —Al fin y al cabo, era un dragón temible y poderoso, y quería saber de antemano en qué me estaba metiendo.

—¿Alguna vez has intentado usar tu don de la visión para esto? —preguntó Kargon con indiferencia, y yo levanté la vista sorprendida.

—¿Quieres decir que puedo activarlo yo misma para vislumbrar conscientemente el futuro? —Lo pensé por un momento. No se me había ocurrido—. Hasta ahora, este don solo se ha manifestado mientras dormía.

—En los sueños, la visión solo se muestra cuando le place. Si quieres vislumbrar algo específico del futuro, tienes que intentarlo mientras estás despierta. Luego, concéntrate por completo en la pregunta que quieres responder. Relájate y visualiza la situación en la que le entregas a Garmaan su parte del trato. Píntala con los colores más vivos y deja que esta imagen te transporte, te arrastre. Entonces verás lo que quieres saber.

—Gracias por el consejo. —El blanco que me rodeaba se disolvió lentamente y el sonido de una cascada llegó a mis oídos. «¡Oh, no! Estoy a punto de despertar».

Presa del pánico, extendí la mano hacia la nada, como si así pudiera aferrarme a ella.

—Dile a Kayden que lo extraño y que yo…

«Lo amo», susurré con los labios temblorosos mientras abría los ojos. Seguía tumbada en el banco, rodeada de agua caliente, y alguien llamaba tímidamente a la puerta del baño.

Kayden. Por un breve instante, me dejé llevar por la ilusión de que era él quien me esperaba al otro lado de la puerta. Que me abrazaría en cuanto saliera. A pesar del agua caliente que me rodeaba, de repente sentí un frío terrible y un escalofrío me sacudió.

Salí de la bañera y me envolví en un albornoz. Aún temblando, me abracé a mí misma y contuve un sollozo que quería brotar de mi garganta.

«Pronto lo volverás a ver», me dije a mí misma. Llamaron otra vez a la puerta y respiré hondo antes de abrirla. Para mi sorpresa,

no era la criada, sino Elena, que estaba allí mirándome con curiosidad.

—Hola, Elena, ¿qué te trae por aquí? —le pregunté, ocultando mis dedos temblorosos mientras me secaba las puntas del pelo mojado con una pequeña toalla.

—Estaba preocupada por ti. Estabas muy confusa y callada cuando nos fuimos del Rey Dragón. Estabas paralizada, como si hubieras recibido una noticia terrible —dijo, y me sorprendió lo bien que captó mi estado emocional. Me miró con fijeza—. Y ahora estás terriblemente triste.

—Sí, es cierto… pero… —titubeé. Ella podía describir muy bien cómo me sentía. Eso no podía ser solo una buena percepción de la vida emocional de la persona con la que estaba hablando—. ¿Puedes leer las emociones? —solté de repente. Ahora que yo también podía reconocer las emociones basándome en el aura de color que rodeaba a cada ser gracias al don de Jarok, sabía lo que era posible. Por desgracia, solo me funcionaba en Eclaria, ya que el escudo protector de mi tierra natal había roto el vínculo con mi dragón.

Las mejillas de Elena se sonrojaron y ella bajó la mirada al suelo, con aire abatido. Nunca había visto a la orgullosa princesa de Ellyllia así.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con incertidumbre.

—Porque mi dragón Jarok también me concedió un don que me permite leer las emociones. Todos los seres están rodeados por un aura y, según su color, sé cómo se siente esa persona —le revelé. —¿Y cómo funciona tu don?

Me miró sorprendida.

—No sabía que los dragones podían dar dones ni que había diferentes formas de leer las emociones. —Sonrió—. ¿Entonces no te importa que te lea?

—No, no me importa. Sin embargo, tú puedes reconocer las emociones. Yo no puedo apagar ni suprimir los colores que veo. Están ahí y no puedo cerrar los ojos ante ellos.

—De verdad puedo sentir las emociones de otras personas. Cuando son tan fuertes como las tuyas, me invaden como una ola y me resulta difícil ignorarlas.

—¿Sientes lo que sienten los demás? Me parece muy difícil. —La miré con simpatía. Qué horrible debe de ser estar expuesta a los sentimientos de todo el mundo.

—He aprendido a lidiar con ello y ahora puedo protegerme bastante bien. Elijo conscientemente qué emociones dejo entrar y cuáles no. Pero, como he dicho, de vez en cuando, cuando alguien tiene sentimientos muy intensos, me pilla por sorpresa y no puedo evitarlo a tiempo. —Me sonrió con aire de disculpa—. Como contigo hoy en el claro.

Dio un paso hacia mí y me acarició el brazo.

—Así que, si quieres contarme qué te preocupa y qué te pone tan triste, aquí me tienes.

De repente, las lágrimas me quemaron los ojos y me resultó difícil no decirle la verdad de inmediato. Esta amistad era aún tan nueva e inocente que no quería mancharla con una mentira ahora. Así que elegí la opción más fácil. La verdad, pero no toda la verdad.

—Estoy triste porque echo de menos a Kayden —le dije—. Me quedé dormida en el baño y me encontré al Señor Dragón de Eclaria en mi sueño. Él es un caminante del sueño y, justo antes de despertarme, quería pedirle que le dijera a Kayden que lo echo de menos y que yo… —Tragué saliva, sabiendo que Kargon no pudo escuchar la última parte, y eso me dolió en lo más profundo—. Que lo amo.

La primera lágrima corrió cálida por mi mejilla, aunque eso no debería haber sido posible en mi estado, y Elena me abrazó.

—Lo volverás a ver pronto —me susurró—. Son almas gemelas y, créeme, sé por experiencia propia que las almas gemelas siempre se vuelven a encontrar. Es como si fueran los polos de dos imanes. Esa atracción permanece, sin importar lo lejos que estén. Y el destino, la vida, siempre encontrará la manera de que se reencuentren.

Tenía razón. Sin embargo, sus palabras desataron las emociones que había mantenido encerradas desde mi llegada a Aranga, y comencé a sollozar.

—Todos sabemos lo fuerte que eres, Jadina. Aun así, tienes derecho a mostrar tus sentimientos y a expresarlos. La fuerza no reside en tragártelo todo y reprimirlo. La fuerza reside en aceptar

esas emociones, enfrentarse a ellas y vivirlas. ¿Y quién quiere una reina sin corazón?

Lo que decía era cierto. Ahora era consciente de ello. Tenía derecho a llorar mi pérdida, a los amigos que tanto echaba de menos y al hombre que me pertenecía, que llenaba mi alma. Así que me dejé llevar, enfrentándome a toda mi desesperación, que estaba encadenada dentro de mí. La había intentado ocultar con mis excursiones, con la alegría que reinaba en esta ciudad y con la belleza que lo rodeaba todo aquí.

Hasta que lloré mi última lágrima, Elena me abrazó y me acarició la espalda con su mano para calmarme. No me dejó sola mientras me enfrentaba a los demonios que se habían apoderado de mí.

Mis sentimientos de culpa por dejar a mis amigos en peligro en Eclaria. Mis dudas sobre si era apta para ser reina aquí, en la corte de Thalie y en nuestras reuniones. Mi conciencia culpable porque aún no había conseguido activar el tercer don que podía llevarme de vuelta a Eclaria. Mi miedo a cometer un error y, en última instancia, condenar a Eclaria en lugar de ayudarla.

Me enfrenté a todo esto sin armas ni escudo y dejé que me abrumara, luchando con mis propias manos para salir adelante. No, no era culpa mía estar aquí, en Aranga. Sí, era una buena reina para mi país y había dominado la reunión con confianza. Y un don no se podía forzar. Solo aparecería cuando fuera necesario.

Poco a poco, la tan esperada paz verdadera que mi alma necesitaba regresó. Incluso mi preocupación por Garmaan y su trato se evaporó. No podía controlar lo que él exigiría, y también me enfrentaría a eso.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Elena después de un rato, cuando dejé de llorar y sollozar. Sabía que podía verlo por sí misma, y lo cierto es que, apreciaba que no lo hiciera. Mis emociones literalmente saltaron ante ella en el claro. No había podido apartar la mirada.

—Sí. Mucho mejor. Gracias. —Me separé con cuidado de su abrazo y me sequé las últimas lágrimas de la cara con la manga de mi albornoz.

—Si alguna vez sientes la necesidad de hablar de nuevo, siempre serás bienvenida —dijo, dándose la vuelta para marcharse—. ¿Les digo a los demás que estás demasiado agotada para cenar con nosotros? ¿O te sientes lo suficiente bien como para unirte a nosotros y enfrentarte a la tensión entre Marek y el resto? —Se rio al decir las últimas palabras, pero vi una pequeña chispa de dolor brillar en sus ojos azul medianoche. Le entristecía que a su familia no le gustara el capitán tanto como a ella. ¿Qué podría haber ocurrido?

Ella no me había dejado sola en este momento. Lo menos que podía hacer era no decepcionarla tampoco.

—No, iré a cenar. —Decidida, me acerqué al armario donde colgaba el vestido que la criada había elegido para mí. Era de color turquesa, lo que me recordaba a los ojos del pirata. Azules con verde. Como el océano.

—Si esperas un momento, podemos ir juntas al comedor —le sugerí, y el rostro se le iluminó.

—Me encantaría —dijo agradecida y se sentó en uno de los sillones junto a la ventana. Ya era de noche fuera y me pregunté cómo encontraría el camino hasta el claro sola en la oscuridad.

Cogí el vestido y seleccioné la ropa interior necesaria del armario, luego me apresuré al baño. Allí me puse la ropa y me peiné. Mi cabello ya estaba seco.

Saqué un par de botas a juego del armario y estuve lista para la cena.

—Seguro que será una velada muy agradable —predijo Elena con una sonrisa—. También está invitada toda la tripulación del barco.

—¿Los piratas? —solté.

—Ja. Deberías ver tu cara —respondió la princesa, riendo a carcajadas—. Sí, los *piratas*, y créeme, saben cómo divertirse. Habrá baile, risas, juegos de cartas y mucha bebida.

En cualquier otra noche, me habría encantado una celebración así, que prometía diversión y libertad, pero hoy no. Todavía tenía una tarea que completar y para ello necesitaba mantener la cabeza fría.

CAPÍTULO 23



La luna reflejaba su luz en las torres y los tejados, y todo brillaba con un indescriptible resplandor azulado que envolvía casi todo el valle. Mientras que durante el día la ciudad irradiaba calidez y hospitalidad, ahora mostraba un rostro completamente diferente. Una peligrosa frialdad, como el acero pulido de una espada, como si como para mostrar a los intrusos y enemigos que se enfrentaban a un poder que contraatacaría. Sin piedad y sin misericordia. Frío e impredecible.

Extracto del diario de Elena Borgia

Jadina

ELENA NO HABÍA PROMETIDO DEMASIADO. La velada fue de todo menos normal. Después de cenar juntos en una larga mesa, las mesas y sillas se apartaron a los costados y unos cuantos marineros sacaron sus instrumentos.

Sonidos salvajes llenaron el salón, y no pasó mucho tiempo antes de que Elena, Thalie y yo estuviéramos girando por la improvisada pista de baile con algunos piratas.

El vino fluía en cantidades infinitas y, al final de la noche, a pesar de mi autoimpuesta prohibición, bebí dos copas de más.

Cuando nuestros pies se cansaron demasiado para bailar, nos unimos a los jugadores de cartas que habían encontrado un lugar en las mesas. A menudo había jugado con Nayda, pero las cartas eran diferentes.

Elena, que conocía a todos los piratas por su nombre, nos explicó las reglas del juego a Thalie y a mí, y una vez más me pregunté por lo que habría pasado esta princesa. Esperaba tener algún día tiempo suficiente a solas con ella para preguntárselo.

Pronto se vio que Elena no solo conocía las reglas, sino que además jugaba tan bien que ganó todas las partidas contra la tripulación del barco. Solo cuando lord Marek se unió a nuestro grupo cambió la suerte de la princesa.

Lucian, que al parecer no disfrutaba de las celebraciones tanto como su alma gemela, acabó retirándose para relevar a la criada que cuidaba de su hijo Cally. Pero no sin antes recordar una vez más a lord Marek que mantuviera las manos alejadas de su esposa.

Incluso yo podía ver que eso era completamente innecesario, porque, a pesar del ambiente festivo, la tristeza que rodeaba al señor de Undgar no desaparecía. Echaba tanto de menos a Fely que parecía consumirlo por dentro. Lo entendía y me preguntaba qué color vería en su aura si tuviera acceso al don de Jarok.

Era ya tarde por la noche cuando regresé a mi habitación, todavía eufórica por el último baile y el vino. Esa velada me sentó muy bien. No solo me dejó relajada y feliz, sino también con nuevos amigos y aliados. Ahora entendía lo que Elena encontraba tan atractivo en *los piratas*. Hombres amables y alegres que decían lo que pensaban y eran leales al mismo tiempo.

La princesa y yo fuimos de los últimos en abandonar la fiesta, y el ala del castillo donde se encontraba mi habitación ya estaba en completo silencio.

Me hubiera gustado hacer otro intento para encontrar mi tercer regalo. Quizás esta relajación inesperada me ayudaría a desencadenarlo. Pero no tenía tiempo, después de todo, todavía tenía una cita con el Rey Dragón.

Cuando esa noche buscaba mis botas en el armario, vi unos pantalones de cuero con una blusa a juego, que sin duda serían más adecuados para mi paseo nocturno que un vestido. Así que me cambié, me trencé mi larga melena negra en una coleta y me detuve por un momento, cavilando en si debía llevarme un arma o no. La elección entre un candelabro y un atizador era fácil. Pero ¿qué podía protegerme del Rey Dragón? Nada.

Mi corazón latía tan rápido como la música de los marineros mientras salía sigilosamente de la habitación y corría por los pasillos vacíos hasta los establos. El mozo de cuadra y los vigilantes nocturnos no estaban por ninguna parte. Encontré a la yegua que me había acompañado durante los últimos días. Aliviada, la ensillé y ella se alegró cuando le acaricié las fosas nasales y le hablé con dulzura.

Luego la saqué del establo. El palacio estaba situado en el centro de la Ciudad Dorada y, para llegar a la puerta de la ciudad, tenía que cruzar media ciudad. Con suerte, nadie se daría cuenta de mi presencia.

Los cascos resonaron con suavidad sobre el camino de piedra, pero no se veía luz en ninguna de las ventanas. Intenté moverme entre las sombras de las casas, ya que la luna brillaba intensa en el cielo.

«¿Dónde están los guardias nocturnos y por qué no me he encontrado con ellos todavía?». La pregunta rondaba inquieta por mi mente. Algo no estaba bien. Sin embargo, seguí corriendo por pequeñas calles laterales hacia la puerta. Seguramente habría guardias allí, y aún no sabía qué decirles sobre por qué quería salir de la ciudad en mitad de la noche. Tendría que inventarme algo.

Pero tampoco encontré guardias en la puerta de la ciudad. Sospechosa, me detuve con mi yegua detrás de la siguiente esquina y observé la única entrada y salida de la ciudad. Pero nada se movía.

Con manos temblorosas, tomé las riendas y conduje a mi yegua hacia este maldito obstáculo de toda la empresa. Me preparé para que los soldados aparecieran frente a la puerta en cualquier momento, pero sin que me detuvieran, llegué a la puerta, que

estaba empotrada en la madera y era lo bastante grande para mi montura.

—¿Adónde vas tan tarde por la noche, Jadina? —sonó de repente una voz aterciopelada desde las sombras, y el príncipe Lucian se acercó a mí con un semental negro y Kobe, el gato de Aitvaras.

—Eh… —tartamudeé, completamente desconcertada por su presencia—. ¿A tomar el aire? —respondí sin convicción, deseando poder darme una bofetada en la frente.

Pero Lucian solo sonrió, con sus ojos de ónix brillando.

—¿A tomar el aire? —repitió la excusa más tonta del mundo y miró a la yegua cuyas riendas aún sostenía con fuerza en mis manos —. ¿En mitad de la noche, en la oscuridad, en una yegua blanca que atrae a todos los monstruos que te esperan en el bosque? Por no hablar de un dragón rey gigante.

Cruzó los brazos frente al pecho y levantó una ceja con desdén. Era evidente que no me creía. *Yo* tampoco me habría creído esa historia.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con la mayor brusquedad posible, mirándole directo a los ojos. Yo era la reina y, si quería dar un paseo por la noche, tenía derecho a hacerlo. ¿No?

—Estoy aquí, en lugar de estar acostado en la cama con mi esposa, porque ella sospechaba que nos ocultabas algo. Me envió para vigilarte. Sea lo que sea.

Sus palabras me oprimieron el pecho. Estaba allí porque Elena estaba preocupada. Pero, sobre todo, no estaba allí para detenerme, solo para vigilarme. Tragué el nudo que se me había formado en la garganta y sonreí.

—Gracias —dije, dirigiéndome no solo al príncipe, sino también al gato. Por lo que había deducido de varias conversaciones, no era un compañero fácil.

—Entonces ven —respondió Lucian, apretando una palanca que no había visto antes y llevando a su semental hasta la puerta, donde abrió la puerta empotrada. Vi un puente levadizo bajando detrás de ella y quise darme una segunda palmada en la frente. Si Lucian no hubiera estado a mi lado, habría chocado contra el puente levantado sin saber cómo bajarlo.

Una vez más, agradecí en silencio a Elena su buena intuición y seguí al príncipe a través de la puerta con mi yegua. Para entonces, el puente ya estaba abajo por completo y cruzamos el escudo protector invisible, cuya magia me provocó un ligero cosquilleo en la piel. El paisaje nocturno se extendía ante nosotros, con solo la luna y las estrellas proporcionando un poco de luz. De vez en cuando, un aullido o un gemido espeluznante provenía del bosque, provocándome un escalofrío. Thalie me había hablado de los monstruos que vagaban por el campo por la noche. En busca de presas fáciles.

¿En qué estuve al salir a cabalgar sola?

—¿Adónde vamos? —preguntó Lucian, mirándome expectante.

—Al claro de la colina occidental —respondí sin dudar.

Lucian arqueó las cejas y me miró pensativo durante un momento, luego asintió y se subió a la silla de montar de su semental.

Hice lo mismo y, poco después, cruzamos al galope el puente levadizo hacia el campo que rodeaba la Ciudad Dorada. Kobe, el gato negro, corría a nuestro lado como un rayo, y me alegré de no estar sola. Los inquietantes ruidos se hacían cada vez más fuertes y, de vez en cuando, veía unos ojos amarillos que nos observaban desde los arbustos.

Lucian sabía que yo quería buscar al Rey Dragón, pero no hizo ninguna pregunta. Solo poco antes de llegar al claro redujo la velocidad y cabalgó a mi lado.

—¿Hasta dónde quieres que te acompañe? Supongo que se supone que debes aparecer sola —preguntó, y su valoración de la situación fue notable.

—Te agradecería que me acompañaras hasta el gran árbol que marca el comienzo de la penúltima hilera de árboles antes del claro.

Lucian asintió y, un momento después, se distrajo con un crujido en la maleza.

—Kobe —le dijo a su pequeño compañero, que de inmediato se arrastró en dirección al sonido. Se oyó un gruñido peligroso, seguido de un par de ojos brillantes que se asomaban entre las hojas.

Tenía que ser un animal enorme escondido allí, esperando para tenderles una emboscada. Sin duda, cuatro veces más grande que Kobe. Sin embargo, el gato siguió corriendo hacia él, siseando sin cesar. Entonces, de repente, se formaron llamas en la espalda de Kobe. Al principio solo eran pequeños destellos, pero un instante después se convirtieron en un fuego en toda regla hasta que todo su pelaje quedó envuelto en una sola bola de fuego.

Observé con asombro cómo los ojos del monstruo se agrandaban al ver a Kobe y huía con un aullido. El gato le lanzó un último siseo al fugitivo antes de que las llamas se apagaran por completo y regresara con nosotros, satisfecho consigo mismo por su hazaña.

—Bien hecho —lo elogió Lucian, seguido de unos maullidos de Kobe. Luego, el príncipe se volvió hacia mí—. ¿Te espero junto al árbol?

No quería volver sola, pero ¿no sería demasiado pedirle al príncipe que esperara allí el resto de la noche? Al fin y al cabo, pronto amanecería y los monstruos se retirarían a los agujeros de los que habían salido al llegar la luz del día.

—No, por favor, vete a dormir. Te estoy muy agradecida por haberme acompañado hasta aquí, pero creo que tardaré más y no volveré al castillo antes del amanecer.

—De acuerdo. Pero esperaré aquí unos minutos por si acaso no aparece. Entonces podré acompañarte de vuelta. —Para entonces habíamos llegado al gran árbol y Lucian desmontó de su semental.

—Eres muy amable. Gracias. —Miré hacia delante, donde ya se veía el claro entre los árboles, y sentí que la emoción que había disminuido gracias a la compañía de Lucian y a la distracción de los monstruos errantes se apoderaba de mí de nuevo. ¿Qué exigiría el Rey Dragón? Después de mi conversación con Korgan, no tuve tiempo de pensar en el futuro.

—Lucian, necesito un poco más de tiempo. ¿Podrías quedarte conmigo? —le pregunté al príncipe, que me miró con curiosidad.

—Sí, por supuesto. Tómate todo el tiempo que necesites.

Sin desmontar de mi yegua, cerré los ojos e hice lo que me aconsejó el Señor de los Dragones. Me relajé, me concentré en los latidos del corazón de mi montura e imaginé que cabalgaba a Eclaria

ante Garmaan, el Rey Dragón. Me sumergí profundamente en mi don de la visión. Al principio, solo eran imágenes vagas que se arremolinaban en mi cabeza, pero luego, de forma bastante inesperada, se solidificaron y se hicieron cada vez más claras.

Vi la sangre brotando de una de sus alas como si pudiera alargar la mano y tocarla. Me dolía la pierna y cojeaba un poco. Entonces, como si esa imagen me estuviera arrastrando a través de un túnel, sentí una atracción y, al momento siguiente, me encontraba frente a Garmaan.

Ahora, después de la batalla, parecía aún más aterrador, y esperaba que no nos abandonara incluso después de la entrega. La victoria aún no era nuestra, pero el Rey Dragón insistió en recibir mi parte del trato.

Como si mi vida dependiera de ello, apreté el libro que tenía en las manos contra mi pecho. Aún no sabía si era lo correcto dárselo, pero no tenía otra opción.

—Por fin lo has encontrado —dijo el Rey Dragón, con la mirada codiciosa fija en el pesado tomo que sostenía en mis manos.

—Sí, lo he encontrado —respondí brevemente. Acaricié la cubierta con incertidumbre y sentí las palabras que habían sido escritas en él hacía mucho tiempo en otro mundo.

—Dámelo. Lo acordaste —dijo Garmaan, con un ligero gruñido resonando en sus palabras.

—Prométeme que seguirás cumpliendo tu parte del trato —grité con todo el valor que pude reunir.

El gruñido de su garganta se convirtió en un rugido de desaprobación, y sus ojos dorados se fijaron en mí desde sus estrechas rendijas.

—Los dragones siempre cumplen su palabra. Tenemos un trato, *reina*. Nunca lo rompería. Lucharemos hasta que tu tierra sea libre.

Esa promesa tenía que bastar, y yo también tenía que cumplir mi palabra. Vacilante, corrí hacia el dragón y dejé el libro en la arena, ante sus poderosas garras.

Eché un último vistazo a la sencilla cubierta y luego me di la vuelta de golpe. Esperaba no haber creado un nuevo problema con este trato. Poco después, oí el batir de unas alas y, cuando miré a mi

alrededor, el dragón y el libro habían desaparecido. En un abrir y cerrar de ojos, de repente me encontré sentada de nuevo sobre la yegua y jadeé sorprendida. En el último momento, logré evitar perder el equilibrio y caerme de su lomo.

El futuro se me había revelado, pero no había sido capaz de responder a todas mis preguntas. ¿Qué estaba escrito en el libro que el rey dragón deseaba tanto?

CAPÍTULO 24



La magia negra está mal vista sin motivo alguno.
La razón de ello es claramente la ignorancia.
Y el miedo.

Extracto de un diario,
autor anónimo

Jadina

—¿Estás bien? —preguntó Lucian con preocupación, y volví a ser consciente de su presencia. Nerviosa, me pasé la mano por la cara para volver al aquí y ahora.

—Sí, creo que sí —respondí tras respirar hondo. Era hora de afrontar mi tarea. De enfrentarme al Rey Dragón y a su petición. Sin miedo y con un objetivo.

—Tengo que irme. —Con estas palabras, dirigí a la yegua hacia el claro sin mirar atrás a Lucian. Ahora sabía lo que tenía que hacer: averiguar qué libro era.

Me invadieron muchas emociones al pasar la última hilera de árboles y entrar en el claro. Emoción, nerviosismo y miedo, pero también una cierta determinación de no abandonar esta reunión sin

una respuesta a mi pregunta. Esto me dio nuevos ánimos y aflojé un poco las riendas. Mis pensamientos y preocupaciones, que habían estado dando vueltas en mi cabeza mientras miraba hacia el futuro, me decían que ese libro no era una novela ni una inofensiva obra científica.

Tenía que averiguar en qué me estaba metiendo con este trato. Ahora tenía claro qué papel desempeñaría el Rey Dragón. Lucharía junto a nosotros hasta que Eclaria fuera liberada. Pero, ¿a cambio de qué?

En cuanto entré en el claro, sentí que mi yegua pateaba el suelo bajo sus cascos con nerviosismo y, poco después, una fuerte ráfaga de viento y el fuerte batir de alas anunciaron la llegada del Rey Dragón.

Mientras calmaba a la yegua, desmonté y até las riendas a uno de los últimos árboles antes del claro. De esa manera, no estaba bajo el cielo abierto, sino protegida por el bosque. Al mismo tiempo, esperaba que ninguno de los monstruos se atreviera a acercarse tanto al Rey Dragón como para arrebatarme la yegua.

Por última vez, acaricié sus suaves fosas nasales, cerré los ojos y reuní mis pensamientos y mi valor. Entonces me puse delante del dragón.

Sus escamas plateadas reflejaban la luz de la luna y, al principio, me deslumbraron tanto que entrecerré los ojos.

—Has aparecido —señaló el Rey Dragón con cierta satisfacción.

—Por supuesto —respondí, colocándome de manera que la yegua que estaba detrás de mí no corriera peligro si Garmaan decidía envolverme en llamas.

La idea me hizo tragar saliva. ¿Me había sobreestimado en mi repentina determinación? «¡No! Eres la reina Eclaria. Esta es tu tarea y tu lugar».

Con renovada convicción, enderecé los hombros y miré al Rey Dragón.

Ni él ni yo perdimos tiempo con expresiones de respeto, algo que a Garmaan no parecía importarle.

—Bien. Entonces veamos juntos qué puedo hacer yo por ti y qué puedes hacer tú por *mí* —dijo el dragón sin más preámbulos,

saboreando la palabra «mí» en su lengua.

—Exijo tu compromiso de apoyarme a mí y a mi pueblo y luchar junto a nosotros hasta que Eclaria sea liberada. —No tenía otra alternativa, y ya sabía que el Rey Dragón estaría de acuerdo, tal y como me había mostrado el futuro.

Sin embargo, Garmaan negó con la cabeza, pensativo, como si fuera reacio a esta propuesta.

—Eso es pedir mucho. Estaría poniendo a mis dragones y a mí mismo en gran peligro, y me costaría sacrificios. No creo que pueda aceptar eso.

El Rey Dragón estaba jugando conmigo para conseguir lo que quería. Enfadada por este juego, apreté los puños.

—Dime cuál es tu precio por mi petición —exigí entre dientes, obligándome a mantener la calma. Si había algo que no podía soportar, eran los juegos y la deshonestidad.

—Déjame pensarlo un momento —intentó ganarme tiempo, pero yo había visto en sus ojos el mismo destello de codicia que vi en la visión del futuro.

El señor de los dragones fingió estar sumido en sus pensamientos durante unos instantes y, de repente, dio un paso hacia mí.

—Hay algo que exijo a cambio del gran riesgo que me pides que asuma. —Se acercó aún más y tuve que obligarme a no dar un paso atrás.

—Attilus, el mago que lanzó la maldición sobre tu tierra, está en posesión de un libro que yo deseo para mí —susurró, y tuve la sensación de que el claro se tragaba cada palabra que pronunciaba.

—¿Attilus? ¿Así que sabes quién es el responsable de la miseria de mi país? ¿Cómo? —¿Qué más sabía sin habérnoslo contado? Estaba segura de que no había mencionado el nombre del hermano de Hakon durante nuestra conversación anterior. No quería revelar esa información hasta que hubiéramos llegado a un acuerdo.

—Creía que estabas aquí para hablar de mi posible papel en *tu* guerra, no para lanzar acusaciones. —La indignación brilló en sus ojos y me recordé a mí misma que debía mantener la calma. Al fin y

al cabo, me enfrentaba al dragón más poderoso de Brysalia. Enfadarlo no sería una buena idea.

—Solo me sorprende que tengas esa información —dije con la mayor calma posible.

—Yo también tengo mis fuentes, que podrían serte útiles —me halagó, acercándose un poco más. Demasiado cerca. Ahora podía sentir el calor de su fuente de fuego en mi garganta, en mi piel.

Sin responder a sus palabras, continué con la negociación.

—¿Así que quieres un libro a cambio de tu ayuda? —pregunté, tratando de no delatar que ya tenía esa información. Porque yo también tenía mis fuentes. Pero rápidamente me tragué el comentario. Era mejor que él no supiera demasiado sobre mí, aunque no podía evitar la sensación de que ya era demasiado tarde para eso.

—Exactamente. Solo un libro. Nada más. —El Rey Dragón intentó restar importancia a su demanda.

—¿Y dónde encontraré ese libro? —le pregunté, aunque no era mi pregunta más urgente.

—Donde está el mago —respondió el dragón con calma, haciéndolo parecer muy sencillo—. Siempre lo lleva consigo.

—¿Sabes que necesitaremos tu ayuda antes de que puedas conseguir este libro? —insistí con nuestro trato—. Solo podremos vencer al mago y quitarle el libro si su poder se ve debilitado.

—Soy consciente de ello. Mis dragones y yo te ayudaremos, pero tan pronto como tengas el libro en tu poder, será mío. —La última palabra resonó como un gruñido en el claro y mi yegua relinchó nerviosa.

—Antes de aceptar este trato, tengo una pregunta más —dije, lanzándome a mi propuesta real y retrocediendo unos pasos.

—Pregunta lo que desees —me instó el Rey Dragón, y pude notar que ya estaba seguro de sí mismo.

—¿Qué hay escrito en el libro que deseas tanto que incluso sacrificarías a tus dragones por él?

Los ojos dorados del dragón se entrecerraron y vi cómo las llamas de su garganta se avivaban. Estaba, literalmente, jugando con fuego.

—Eso no es asunto tuyo —gruñó indignado—. Lo único que debería importarte es que es el precio que exijo por participar en tu guerra.

—No te conseguiré un libro de un mago que maldijo a mi país sin saber qué es —dije con la mayor firmeza posible, reprimiendo el temblor que delataría mi verdadero miedo. ¿Por qué no podía solo aceptar este maldito trato y ya?

¡No! No, yo quería un futuro de paz para mi pueblo, sin más maldiciones. Tampoco iba a arriesgar eso con un rey dragón.

—Como he dicho. No. Es. Asunto. Tuyo. —Con cada palabra, Garmaan se fue acercando más y más y las primeras volutas de humo salíeron de su boca.

Lo único que quería era huir, y todo mi ser se vio invadido por el instinto de escapar. Ya no podía reprimir mi temblor, pero me quedé donde estaba. Apreté los puños con tanta fuerza que podía sentir mis propias uñas.

—Sí que me importa —dije en voz alta para ocultar mi incertidumbre—. Estás exigiendo un libro que pertenece a un mago oscuro. ¿Cómo sé que no es peligroso?

El dragón se puso de pie en toda su altura y me miró con ojos oscuros y brillantes.

—No tienes derecho a cuestionar lo que exijo a cambio de mi ayuda —insistió, y a esta frase le siguió un rugido desgarrador. Me tapé los oídos con las manos, pero aún así me sacudió hasta lo más profundo y resonó dentro de mí.

Sin embargo, tenía que insistir. No podía sumir a Brysalia en un caos aún mayor solo para liberar a Eclaria. Como reina, tenía una responsabilidad no solo con mi pueblo, sino con todo el mundo mágico.

Con estos pensamientos anclados en mi mente, me puse de pie en toda mi estatura.

—Si no me lo dices, hoy no llegaremos a un acuerdo. —Me di la vuelta de forma demostrativa para marcharme. Mis piernas apenas podían sostenerme, temblaban tanto que eran tan blandas como la mantequilla. Sin embargo, caminé con determinación hacia mi caballo.

—No te atrevas a huir —oí gritar al dragón detrás de mí, y al instante siguiente, una bola de fuego impactó a mi lado.

Me quedé paralizada en el sitio. Si me atacaba ahora, ¿cómo podría confiar en que mantendría su palabra y seguiría ayudándonos a liberar a Eclaria incluso después de que le entregáramos ese maldito libro?

—Acepta nuestro trato —gruñó Garmaan, y al instante siguiente, un chorro de fuego voló por encima de mi cabeza hacia mi yegua. Golpeó el suelo delante de ella, creando un muro de fuego para impedir que llegara hasta ella.

El pobre animal relinchó presa del pánico y oí sus cascos golpeando el suelo cubierto de musgo.

La ira se apoderó de mí. Una ira sin filtros que logró suprimir parte de mi miedo. Tan ardiente como las llamas que ahora bloqueaban mi camino, me atravesó y alimentó mi coraje y mi magia.

Me giré bruscamente y, en un abrir y cerrar de ojos, sostuve una bola de luz en mi mano.

—Déjame ir ahora —exigí con los dientes apretados.

—Solo cuando me hayas prometido el libro.

—No sin la información que exijo —respondí, y un escalofrío me recorrió la espalda al oír mi propia voz. Sonaba como el acero pulido, como una reina que se mantenía firme sin importar lo que pasara.

—Entonces tendrás que luchar para volver al castillo —gruñó, con pequeñas llamas bailando en su lengua.

¿De verdad creía que iba a rehuir la lucha? Era cazadora, jinete de dragones y reina. Nunca huiría de una pelea.

Ni siquiera contra un rey dragón.

Dejé que la bola de luz en mi mano siguiera creciendo mientras formaba un escudo con la otra.

—Entonces supongo que tendré que hacerlo —respondí, y en ese momento un chorro de fuego golpeó mi escudo. Podía sentir el calor, pero no podía hacerme daño porque la luz no se derretía.

Al mismo tiempo, lancé mi bola de luz. Voló directo hacia Garmaan, y supe que le golpearía en el costado. Ni siquiera las

escamas de dragón eran resistentes a mi luz. Sonriendo, observé su trayectoria y, segura de la victoria, esperé su grito de dolor.

Pero tan pronto como mi luz golpeó sus escamas, la bola se convirtió en una bola negra, similar al alquitrán, y corrió por la piel de Garmaan sin hacerle daño.

Sorprendida, miré estupefacta el lugar y sin perder más tiempo le lancé otra bola, que tuvo el mismo efecto que la primera.

¿Cómo podía ser eso? ¿Qué tipo de hechizo era ese?

—Necesitarás un tipo de magia diferente para derrotarme —siseó el Rey Dragón, aprovechando la oportunidad para lanzarme otro chorro de fuego.

Este también rebotó en mi escudo protector. Sin embargo, me quedó lo bastante claro que nunca podría derrotar al Rey de los dragones de esta manera.

Capítulo 25



Kayden es mi pequeño rayo de sol.
Su sonrisa calienta los corazones de todos
y su empatía es inusualmente alta para un niño de su edad.
Sin duda, se convertirá en un general justo y querido en el futuro,
que se ganará la alta estima del rey
y no solo eso;
también su respeto.
Quién sabe lo que le depara el futuro.

Del diario de Elzira,
asesora de la pareja real

Kayden

Abrí los ojos de golpe. Respirando con dificultad, me aferré al reposabrazos de la silla junto a la chimenea. Todavía me perseguían las imágenes de ese extraño sueño, que había envuelto mi corazón con sus garras invisibles.

Jadeando en busca de aire, parpadeé y miré a mi alrededor. Alguien encendió el fuego en la chimenea y las llamas bailaban

alegres de arriba-abajo. Igual que las llamas que me habían perseguido en mi sueño.

Sacudí la cabeza e intenté alejar los recuerdos. No quería pensar en el horror que había amenazado no solo mi vida en mi sueño, sino también las vidas de mis amigos y… Mi mirada se dirigió a la cama al otro lado de la habitación. *Jadina.* Su nombre se deslizó suave como el terciopelo por mis pensamientos.

Quería levantarme e ir hacia ella, pero mi cuerpo estaba demasiado cansado. La batalla contra el mal que había librado en mis sueños me quitó demasiada energía. Me robó todas mis fuerzas.

Sin embargo, no podía apartar los ojos de mi alma gemela, y el deseo de que se levantara, viniera a mí y me besara se volvió insoportable.

¿Cuánto tiempo llevaba allí tumbada? ¿Cuántos días la había echado de menos? Ya no lo sabía. Las horas pasaban sin que pudiera captarlas. Incluso en los momentos en que estaba despierto, no tenía sentido del tiempo.

Había evitado la biblioteca durante demasiado tiempo para ayudar a mis amigos a buscar pistas. Después de afirmar que mi mente siempre estaba en otra parte, me echaron. Sus rostros ya estaban pálidos por la preocupación y la ansiedad.

Fely me había dado una de sus pociones curativas, pero la botella seguía escondida en mi bolsillo, sin tocar. No sabía por qué aún no tomaba la medicina.

A esas alturas, estaba demasiado cansado incluso para hablar con mi subconsciente. Llevaba en silencio lo que me pareció una eternidad y ya no respondía cuando le hacía preguntas.

¿Estaba mi estado relacionado con la ausencia de mi alma gemela? La echaba mucho de menos. Y me dolía.

Elara me dijo que Kargon se puso en contacto con Jarok para informarle de que Jadina estaba bien y buscando aliados en el continente de Brysalia que pudieran ayudarnos en la lucha contra la maldición. Incluso entre los dragones.

El orgullo se apoderó de mí al pensar en cómo mi hermosa e inteligente reina estaba conquistando y ablandando los corazones de los otros reinos.

Esperaba que regresara pronto. Que volviera conmigo.

Miré su cuerpo sin vida por última vez. Deseaba tanto tomar su mano y besarla. Pero una vez más, esa maldita fatiga me alcanzó y, a pesar de mi miedo a los sueños recurrentes, no pude mantener los ojos abiertos por más tiempo.

El sueño me invadió como una ola negra y, al momento siguiente, me enfrenté de nuevo al horror.

Capítulo 26



Una maldición es un destino
que no se puede cambiar fácilmente.
Solo hay dos posibilidades:
el que lanzó la maldición
puede deshacerla.
O puedes encontrar una magia muy poderosa y extraordinaria
que pueda vencerla.
Pero la gente lleva siglos buscando en vano un rompecursas.

Extracto del tratado *Las maldiciones y sus consecuencias*
de Tanil

Jadina

«Necesitarás un tipo diferente de magia para derrotarme», las últimas palabras de Garmaan resonaban en mi mente. ¿Un tipo diferente de magia? Todo lo que tenía era el don de la vista, que me había metido en esta situación, y la magia de la luz, que aquí era inútil salvo para protegerme de su fuego. ¿Se refería a…? ¡No! ¿Cómo podía saberlo?

Mientras tanto, el Rey Dragón me lanzaba salvas enteras de bolas de fuego, y sentía cómo tiraban de mi magia de luz. No podría resistir esto para siempre. Necesitaba un arma.

Me sumergí en mi magia de luz y recurrí a su parte más poderosa para formar bolas de luz más grandes y brillantes. Tan brillantes que incluso me cegaron, y las lancé a ciegas contra el dragón.

Cada nuevo lanzamiento me hacía creer que por fin había dañado las escamas de la bestia, pero una y otra vez me decepcionaba, y el cuerpo de Garmaan estaba ahora cubierto de varias manchas negras.

Mi mano que sostenía el escudo protector ya temblaba tanto que no sabía cuánto tiempo podría aguantar. Sin embargo, el rey dragón no interrumpió su ataque. Confiado en la victoria, descargó su fuego sobre mí, y el calor ya me quemaba la piel.

Otro tipo de magia.

Mis piernas se doblaron bajo mi peso, el agotamiento amenazaba con abrumarme y tuve que usar ambas manos para tejer el escudo protector. Si la marea no cambiaba pronto, sería mi muerte.

Mi cuerpo brillaba y podía sentir el fuego de Garmaan por todas partes. Caliente y mortal.

—¿Ya te rindes, *reina*? —preguntó el rey dragón provocativo, y apreté los dientes con tanta fuerza que amenazaban con romperse.

«¡No! ¡No le daré ese gusto!»

Con mis últimas fuerzas, me puse de pie y cerré los ojos mientras reforzaba mi escudo protector. *Otro don*.

Una vez más, profundicé en mi magia, pero esta vez no recurrí a la magia de la luz. En su lugar, seguí una sensación de tirón provocada por un pensamiento recurrente.

Sin miedo, me deslice hacia el centro de mi poder, hacia la maraña de hilos mágicos que formaban una esfera brillante en su interior. Latía como un corazón a su propio ritmo. Su visión me reconfortó y una sensación de seguridad me envolvió.

Fascinada, observé la escena durante un rato hasta que un zumbido que no reconocí me distrajo de repente.

¿Qué es eso? Una vez más, escuché el silencio, interrumpido solo por el latido del núcleo. Ahí estaba de nuevo. Un zumbido cristalino

que me atrajo.

Me dejé llevar, atraída por ese hermoso sonido.

Y entonces descubrí un hilo mágico que brillaba con un intenso color violeta. Asombrada, me acerqué a él. Mi magia era verde. Lo vi cuando se conectó con el azul de Kayden. Cuando la sacerdotisa Rosaria forjó vínculo espiritual.

¿Podría ser el don de Jarok para leer las emociones? No. Desde que dejé Eclaria perdí toda conexión con él.

La curiosidad brotó en mi interior. También lo hizo el impulso de tocar esa magia desconocida. ¿Me atrevería? Al pensarlo, el hilo brilló como si me instara a seguir mi absurdo deseo. Asombrada, extendí la mano hacia este don diferente y lo acaricié con el dedo.

Como un rayo, el contacto atravesó mi ser y, con una sacudida, fui expulsada de mi magia y devuelta a la realidad. Jadeando, abrí los ojos y me quedé paralizada cuando mi mirada se posó en mis manos. Junto al resplandor de mi magia de luz, una niebla púrpura se enroscaba alrededor de mis dedos como una serpiente.

¿Era esta la magia violeta que había descubierto dentro de mí?

En ese momento, otra de las bolas de fuego de Garmaan me golpeó, rebotando en mi escudo protector, pero aún así haciéndome retroceder un poco.

Caí con fuerza al suelo y, por un breve instante, no pude respirar. Pero antes de que pudiera levantarme y tejer un nuevo escudo, un mar de llamas me envolvió. Me quemaba la piel y me cubrí la cara con los brazos.

—¿Estás listo para aceptar nuestro trato ahora? —oí retumbar la voz del Rey Dragón.

¡Nunca!

Entonces el fuego se apagó y tomé una decisión. Salté sobre mis pies, tejiendo un escudo con mi magia de luz y formando simultáneamente una bola con la niebla púrpura, que disparé sin previo aviso.

Conteniendo la respiración, observé cómo se acercaba al dragón. El rey también lo vio y abrió mucho los ojos. Entonces le golpeó en el costado y, con un fuerte silbido, se hundió en sus escamas, dejando una herida abierta.

Incrédula, me quedé mirando la piel que ahora era visible bajo la armadura. A diferencia de los dragones que ya conocía, la piel del rey dragón parecía ser similar a la mía. Extraño.

Antes de que pudiera pensar más en ello, una carcajada retumbó en el claro y miré a Garmaan con asombro. ¿Por qué se reía?

Una calidez se había apoderado de sus ojos, que antes estaban entrecerrados, sumergiéndome en su color dorado.

—Lo has hecho bien —me elogió, y me pregunté si mi nueva magia podría tener algo que ver con este cambio de actitud. ¿Era quizás un hechizo de reversión?

El rey dragón se tumbó en el suelo delante de mí.

—Lo has hecho bien, y me alegro de haber podido sacarte tu tercer don. Era un riesgo, pero las habilidades mágicas a menudo se revelan en situaciones extremas. Al menos, esa era mi esperanza.

—¿Qué… qué…? —balbuceé torpemente, mirando mis manos, que seguían envueltas en una niebla púrpura, además de mi magia de luz.

—¿Qué tipo de magia posees? —terminó el dragón mi pregunta, que quedaba suspendida en el aire entre nosotros. Asentí en silencio.

—Es un don tan raro que muchos no creen en su existencia —dijo Garmaan con calma, y yo seguía sorprendida por su cambio de humor—. Es el rompedor de maldiciones.

¿Rompe maldiciones?

Mi mirada se deslizó hacia el lugar de su cuerpo donde le había golpeado con mi bola púrpura. Donde antes había una herida abierta, ahora las escamas volvían a cubrir la piel.

¿Por qué esta magia pudo dañarlo? «¿Podría ser?».

—¿Estás maldito? —susurré horrorizada.

La tristeza se apoderó de sus ojos y los cerró como para alejar mi pregunta de su ser. Cuando los volvió a abrir, un velo opaco los cubría.

—Sí —respondió—. Estoy maldito. La magia negra me arrebató uno de mis dones mágicos. El que traje conmigo desde el viejo mundo.

Yo también fui incapaz de acceder a mis habilidades durante mucho tiempo y podía comprender su pérdida. Sin dudarlo, di un paso hacia él.

—Lo siento. Debe de ser terrible para ti —le dije con simpatía, y el rey dragón gruñó en señal de acuerdo.

—Por eso necesito el libro del mago. Contiene el hechizo que me maldijo, y espero encontrar allí también el contrahechizo.

Levanté la vista sorprendida. ¿De verdad me acababa de contar lo que se había negado a revelar durante todo este tiempo?

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —le pregunté con un suspiro.

—Porque, de lo contrario, no habrías encontrado tu don. Sabía que mi maldición podría ponerlo en marcha y esperaba que fueras tan confiada como Horacio te describió.

—¿Horacio? ¿Él sabía esto? —exclamé sorprendida, aunque ya nada de este anciano debería sorprenderme.

—Sí, y te llevó por mal camino. Gracias a él, sabías lo del trato, y él estaba seguro de que no descansarías hasta saber exactamente qué exigiría a cambio de mis esfuerzos. —Una risita que parecía una carcajada se escapó de su garganta.

—No se equivocaba en eso —tuve que admitir, incapaz de reprimir una sonrisa. Cansada, me dejé caer sobre la hierba y mi magia se desvaneció. Este dragón no representaba ningún peligro. Ahora que lo pensaba, en realidad no me atacó desde el principio. Sus bolas de fuego siempre habían impactado a mi lado o en mi escudo.

—¿Qué te hace pensar que el hechizo está en el libro que tiene Attilus? —quise saber.

—Horacio lleva siglos intentando levantar la maldición que pesa sobre mí, pero ningún hechizo que haya encontrado en sus libros o en sus viajes ha podido ayudarme. Entonces, hace casi cien años, Eclaria fue golpeada por una maldición, y la magia negra que aún habita en mí me hormigueó bajo la piel y me llevó a tu isla. —Bajó la cabeza con tristeza—. En algún momento, Horacio y Hakon llegaron a la conclusión de que Attilus utilizó esta magia negra y era el responsable de ello. En los años previos a la maldición, Hakon había visto a menudo a su hermano con un libro sobre magia negra. Pero

cada vez que le preguntaba por él, este lo descartaba y afirmaba que solo lo utilizaba con fines de investigación. Nadie sabe dónde consiguió el libro, pero estamos seguros de que es el que contiene el hechizo que pesa sobre mí.

Entonces, el Rey Dragón solo quería para sí mismo lo que yo deseaba para mi país: una existencia sin maldición. ¿Cómo podía negarle ese deseo?

—¿Mi don no puede liberarte de ella?

Un suspiro escapó de la gigantesca criatura.

—Por desgracia, no. La maldición fue tejida con magia que no proviene de este mundo.

Me levanté con determinación.

—Acepto nuestro trato —dije en voz alta, y el dragón me miró sorprendido. —Me apoyarás en la lucha contra Attilus y la maldición hasta que Eclaria sea liberada, y a cambio recibirás el libro del mago.

«¡Por los dioses! Que no me arrepienta de esta decisión». Al fin y al cabo, era un libro muy poderoso el que este dragón me exigía.

Garmaan se levantó y me recordó una vez más lo gigantesco que era.

—Te doy las gracias y no te decepcionaré —respondió solemnemente, con palabras que sonaban sinceras—. De ninguna manera —añadió, como si intuyera mis últimas dudas.

Sus escamas plateadas estaban cubiertas de un resplandor rosado, y solo entonces me di cuenta de que ya había amanecido. El sol asomaba por el vasto horizonte y ya no se oían los aullidos y gemidos de los monstruos del bosque, lo que también podía deberse a la batalla que libramos aquí, en el claro.

—Entonces es hora de que ambos regresemos a casa —dijo de repente el rey dragón, y solo cuando habló me di cuenta de que tenía razón. Mi tercer don había despertado y, con su ayuda, podría regresar a mi cuerpo, que me esperaba en Eclaria.

Me sorprendió descubrir que no estaba tan abrumada por la alegría como esperaba. En cambio, se me formó un nudo en el pecho, que se hacía más fuerte cuanto más lo pensaba.

—Volaré a Aughurn y prepararé a mis dragones para el momento en que la cúpula caiga sobre Eclaria. Ahora que has descubierto tu

don, creo que esto sucederá pronto. —Inclinó la cabeza con curiosidad—. ¿Y tú volverás a Eclaria?

—Yo… —vacilé ante esta nueva idea—. Sí. Sí, voy a volver a Eclaria. —Mis palabras sonaron apagadas y nada como deberían. Cansada, me rodeé el torso con los brazos. Tenía ganas de ver a Kayden y a mis amigos. A los dragones y a Limycu. Sin embargo, por primera vez en mi vida, había experimentado la paz y la felicidad incondicional aquí. Anhelaba más.

—¿Sabes que Eclaria fue una vez tan impresionantemente hermosa y pacífica como Aranga? —me preguntó Garmaan, obligándome a mirarlo. La vergüenza por mis pensamientos se apoderó de mí. El Rey Dragón se inclinó en mi dirección.

«Puedes devolverle su antigua gloria, Jadina. Crea tu propia felicidad, tu propia paz en tu tierra natal. Puedes hacerlo», oí su voz aterciopelada flotar en mi cabeza.

¿Podría hacerlo de verdad? ¿O debería que vivir para siempre aquí, en la Ciudad Dorada?

CAPÍTULO 27



Deseo a mi hija Jadina un futuro en paz.
Espero que este deseo se haga realidad algún día.

Del diario de Xoran,
antiguo general del Ejército Eclario

Jadina

Mi MIRADA vagó nostálgica por el hermoso paisaje. Me encontraba en la ladera de la colina y contemplaba la Ciudad Dorada, que hacía honor a su nombre con el sol naciente. Era hora de partir.

El Rey Dragón ya se había marchado, pero yo estaba dividida entre el impulso de volver a casa con Kayden y el deseo de disfrutar un poco más de la libertad y la paz con mis nuevos amigos. En un mundo que tanto anhelaba.

Me avergonzaba esta indecisión, ya que debería haber sido obvio que mi única prioridad era volver a casa y estar con Kayden.

A pesar de mi deseo de estar con mi alma gemela, encontré aquí algo que estuve buscando por mucho tiempo, sin darme cuenta. Una vida sin preocupaciones en la que no había que luchar por sobrevivir. Siempre había tenido que luchar y estaba cansada de ello.

¿Cómo podía decir adiós a todo esto cuando ni siquiera quería dejarlo atrás?

Las lágrimas me quemaron los ojos y corrieron libremente por mis mejillas. Era hora de irse. Lo quisiera o no.

—¿Jadina? —De repente, oí a Lucian detrás de mí. Sobresaltada, me estremecí, casi como si me hubiera pillado haciendo algo. Me apresuré a secar las lágrimas de mi cara.

—Lucian, ¿qué haces todavía aquí? —le pregunté sorprendida mientras me daba la vuelta para mirarlo. Junto con su semental y Kobe, el gato, se encontraba a una distancia respetuosa de mí, con la mirada deslizándose por mis mejillas manchadas de lágrimas.

—Tenía un mal presentimiento al dejarte sola, así que esperé —explicó, inclinando la cabeza—. ¿El Rey Dragón ya ha vuelto a casa?

Era más una afirmación que una pregunta, pero asentí de todos modos.

Una ráfaga de viento nos azotó y me abracé a mí misma para protegerme.

—¿Así que llegaron un acuerdo? —preguntó, y yo lo miré sorprendida. ¿Cómo lo sabía?

—Sí. Nos apoyará en la lucha contra la maldición —le informé de todos modos. Tenía derecho a saberlo.

—Ahora que tu tercer don ha despertado, tú también tendrás que volver a casa.

—¿Cómo...? —balbuceé sorprendida.

—Kobe te vigiló para que pudiéramos intervenir si fuera necesario —explicó sin una pizca de remordimiento. Al principio quise protestar, pero luego recordé que solo estaba tratando de protegerme.

—Sí, tengo que volver a Eclaria —confirmé, molesta porque mi voz no sonaba lo bastante alegre.

La mirada de Lucian se deslizó sobre mí hacia la Ciudad Dorada.

—Es difícil decir adiós a esta belleza, a esta paz —dijo, acercándose unos pasos.

Yo también volví a mirar lo que se había convertido en mi hogar en tan poco tiempo. La idea de mi partida me oprimía el pecho y me impedía respirar. Un ligero mareo me hizo tambalearme.

—Debe hacerse, y me necesitan en mi patria —dije, lo que creía que debía decir como reina de Eclaria, y al mismo tiempo enderecé los hombros—. Solo estaba aquí por nación, y ahora que he encontrado los aliados necesarios para mi país, mi estancia ha cumplido su propósito. —Sentí lo frías y rígidas que sonaban mis palabras.

Lucian, detrás de mí, comenzó a reírse, y completamente perpleja, me volví hacia él. ¿Qué demonios tenía de gracioso lo que acababa de decir?

—Debes saber que tengo el mismo don que Elena. Puedo sentir tus emociones, así que no hace falta que sigas con esta farsa conmigo —dijo con una cálida sonrisa.

¡Mierda! Sentí cómo se me subían los colores a las mejillas. Lucian sabía que estaba mintiendo y cómo me sentía en realidad por dentro. Con un suspiro, encogí los hombros y me pasé la mano por la cara con cansancio.

—¿Entonces también sabes que, por un lado, me cuesta mucho marcharme y, por otro, el anhelo por mi alma gemela casi me está destrozando? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí, y lo sé —Lucian se sentó en la hierba y yo me senté a su lado. Juntos contemplamos la Ciudad Dorada, que despertaba lentamente de su letargo nocturno—. Aquí no solo has encontrado nuevos amigos, también paz y la libertad de hacer cualquier cosa sin tener que luchar por ello.

—Sí —suspiré de nuevo.

—¿Sabes que hubo un tiempo en el que las cosas eran diferentes para nosotros?

—Sí, he oído hablar de las guerras en las que lucharon —respondí, sin apartar la mirada de la ciudad, que ahora brillaba con un color rojo intenso a la luz del sol naciente.

—Tu Eclaria también será así. —Señaló el valle—. Pero para eso, debes ir a la batalla. Sin embargo, vale la pena. Créeme cuando te digo que no serías feliz aquí. Mira a Hakon, que ha vivido en Aranga durante tanto tiempo y aún no ha encontrado la paz completa.

—Lo sé. —Agotada, dejé caer la cabeza.

—Volverás, Jadina. Nuestra amistad contigo no morirá. Espero que lo sepas.

Sí, lo sabía. Miré la ciudad por última vez. Tenía que irme. Ahora. De lo contrario, solo sería más difícil. Lucian tenía razón. Nunca sería feliz aquí, pero sería feliz en paz en mi tierra natal con Kayden y mis amigos.

Mi corazón se llenó aún más de nostalgia por ellos y apreté los puños con determinación. Luego me levanté y Lucian hizo lo mismo.

—¿Les dirás a Elena, Thalie, Horacio, Hakon y Marek que tenemos al Rey Dragón de nuestro lado? —le pregunté, y él asintió. —¿Y que los echaré de menos?

Otra lágrima cayó y recorrió mi mejilla.

—Sí, se lo diré. —Inesperadamente, me abrazó—. Sé fuerte, Jadina. No olvides que la Gran Madre siempre está contigo.

—Gracias, Lucian. —Entonces me liberé de su abrazo y di un paso atrás.

Ahora o nunca.

—Nos vemos en el campo de batalla —dije, y una determinación sombría apareció en su rostro. No nos abandonarían.

—Lucharemos codo con codo contigo —prometió, y con esa promesa me dio el empujón final que necesitaba para volver a casa.

«Ayúdame», le pedí instintivamente a mi magia, y al instante siguiente sentí un cosquilleo bajo la piel. Un cosquilleo y un zumbido. Sonriendo, cerré los ojos y liberé mi poder violeta. Juntos buscamos mi vínculo espiritual y, tan pronto como lo encontramos, la niebla violeta se deslizó a lo largo de él, y yo con ella.

Todas las dudas se desvanecieron y ya no entendía qué era lo que me estuvo reteniendo. Cuanto más seguíamos el cordón, más viva y completa me sentía de nuevo. No era solo mi cuerpo lo que había estado echando de menos, sino también una parte de mi alma que estaba conectada por la eternidad a Kayden.

La niebla púrpura brillaba cada vez más y me arrastraba con ella.

De repente, se desató una tormenta que intentó catapultarme de vuelta al lugar de donde venía. Me aferré a la cinta con todas mis fuerzas y juré no soltarla bajo ninguna circunstancia. Apretando los

dientes, mantuve mi magia y a mí misma en su sitio, luchando contra la tormenta con una determinación inquebrantable.

La tormenta se hizo cada vez más fuerte y tenía la sensación de que, aunque avanzábamos, yo no me movía ni un centímetro. Era como una pared que intentaba derribar con mi magia, chocando contra ella una y otra vez.

Mis fuerzas se iban agotando poco a poco, y el miedo al fracaso me impulsó con nueva energía.

—¡Podemos hacerlo! —le grité a mi magia, y esta volvió a brillar —. ¡Vamos a casa!

En ese momento, la tormenta amainó de golpe y caí en las profundidades. La oscuridad me envolvió y me robó el conocimiento.

—¡Jadina!

¿Quién es?

—¡Jadina!

¿Era Kargon, el Señor de los Dragones? Esta vez su voz era clara y fuerte. Sobresaltada, abrí los ojos y me encontré en la cueva donde lo había encontrado varias veces en mis sueños. *¡Espera! ¿En una cueva y ya no en la nada?*

—Lo conseguí —murmuré, todavía un poco aturdida, y me pasé la mano por la cara. Casi como si necesitara una prueba de mi propia existencia—. He vuelto a Eclaria. —Me invadió una sensación de alivio, junto con una pizca de melancolía.

—Sí, has vuelto —dijo Kargon, entrando en el cono de luz de la abertura de la cueva, y pude percibir muchas emociones en su voz. Alegría, alivio, felicidad, pero también preocupación.

Quería correr hacia él y abrazarlo, pero sabía que eso sería inapropiado. Lo ahuyentaría con esa actitud.

—Me alegro de que hayas vuelto. ¿Has podido arreglar todo con el Rey Dragón? ¿Aceptaste un trato con él?

—Sí —dije algo nerviosa mientras intentaba reconstruir mis recuerdos de la conversación y la pelea con Garmaan. Acababa de enfrentarme a él en el claro. Sin embargo, parecía como si hubiera sucedido hacía mucho tiempo. En otro mundo. En otra vida—. Sí,

llegamos a un acuerdo, pero las negociaciones fueron… bueno… un poco salvajes.

—¿Por qué salvajes? —preguntó Kargon, inclinando la cabeza.

—Terminó en una pelea —respondí vacilante.

Una sacudida recorrió el poderoso cuerpo del dragón y sus ojos dorados brillaron con diversión.

—¿Luchaste contra el Rey Dragón? ¿Garmaan? ¿Y sobreviviste?

Un poco avergonzado, me mordí el labio inferior.

—Sobreviví porque él solo quería estimularme con la pelea para desatar mi tercer don.

Una carcajada retumbó en mi interior mientras jirones de vapor escapaban de su boca.

—A cambio de su apoyo, exige un libro que está en poder de Attilus. Sin embargo, no me ha dicho qué tipo de libro es ni por qué lo quiere para él. —Me encogí de hombros, como si discutir con un rey dragón sobre un libro de magia negra fuera algo habitual—. Al final, todo se redujo a una pelea, ya que ni él ni yo estábamos dispuestos a ceder. Al menos, eso es lo que pensé hasta que mi tercer don se despertó y él interrumpió la pelea.

—Interesante. —Entrecerró los ojos—. ¿Un libro? ¿Te dijo por qué lo quiere?

—Sí. Cree que encontrará en él el hechizo que puede romper la maldición que pesa sobre él.

Kargon reflexionó un momento. Luego asintió.

—Probablemente tenga razón. Le deseo lo mejor de todo corazón. Espero que encontremos ese libro y que contenga lo que lleva tanto tiempo buscando.

—¿Qué pasará ahora? Cuando despierte, quiero decir. —Recordé el fragmento de espejo clavado en mi pecho y toda la sangre que perdía en ese proceso. Sin querer, la odiosa cara de Dorian apareció ante mi ojo interior.

«Contigo, la profecía también muere», oí su voz zumbando en mi cabeza. En ese momento, todavía creía que era Hakon quien se inclinaba sobre mí, riéndose en mi cara. Aparté ese pensamiento.

—En cuanto te despiertes, debes quitarte el fragmento —dijo Kargon con seriedad—. Y luego debemos rezar a la Gran Madre para

que tu magia sea lo bastante fuerte como para curarte.

—¿Qué? —exclamé alarmada—. ¿No sabes si sobreviviré? ¿No habría sido mejor para mí quedarme en Aranga?

—¡No! ¡Es hora de que regreses! De lo contrario, perderemos al rey. —Una vez más, la preocupación se reflejó en su rostro.

—¿Kayden? ¿Qué le pasa? —El pánico se apoderó de mí. ¿Qué me habían estado ocultando? Mi conciencia culpable por el tiempo despreocupado que pasé en la Ciudad Dorada se convirtió en un nudo en mi garganta.

—Estamos preocupados porque se está volviendo cada vez más retraído. A menudo parece ausente. Pero con tu regreso, seguro que pronto se sentirá mejor.

Instintivamente, busqué el vínculo del alma y tiré de él. Tenía que llegar hasta mi alma gemela. Ahora.

CAPÍTULO 28



Como todas las demás habilidades, la autocuración está sujeta a las leyes de la magia.
Cuanto más fuerte es su presencia,
más fácil es curar el cuerpo.
Los seres mágicos con habilidades débiles
también pueden sucumbir a lesiones
que serían fáciles de curar para otros.

Extracto de la antología *Handbook of Healers*
de Felycitia de Ellyllia

Jadina

Con una sacudida, abrí los ojos de golpe y un dolor atroz inundó todo mi ser. Un dolor insoportable que paralizó no solo mi cuerpo, sino también mi magia.

«¡Aire! ¡Necesito aire!». Jadeé desespera en busca de aire mientras un temblor recorría mi cuerpo. Algo me desgarraba el pecho y la presión era insoportable.

—¿Jadina? —oí llamar a Lenn, pero no podía enfocar la mirada en él. Era como si mis ojos se me salieran de las órbitas, tanta era la

tensión que soportaban. Todo a mi alrededor estaba borroso y el dolor exigía todo de mí. Recorría mi cuerpo, helado. ¿Cuándo podría volver a respirar?

Sentí que me convulsionaba y temblaba tan violentamente que el mundo se desequilibró. Quería gritar, pero el grito se me atascó en la garganta.

—¡Fely! ¡Ayúdala! —La voz de Lenn rompió ese estado por un segundo.

Los bordes de mi campo de visión se volvieron negros y amenazaron con cerrarse a una velocidad aterradora. Parecían querer engullirme, arrastrarme con ellos. Hacia el reino de la muerte. Hacia el Hades.

«¡No!», grité por dentro. «¡Kayden! ¡Tengo que llegar hasta Kayden! ¡No voy a morir! ¡Hoy no!».

—¡El fragmento, Lenn! ¡Sácalo! —gritó Vile mientras dejaba caer unas gotas de líquido en mi boca.

En ese momento, una poderosa sacudida recorrió mi cuerpo y, de un solo golpe, el aire entró en mis pulmones, llenándolos, y los temblores cesaron. Sentí cómo las lágrimas corrían por mis mejillas.

¡Mi magia se regocijó, liberada y más intensa que nunca! Fluyó cálida a través de mí, disipando el frío de la muerte, acurrucándose cerca de mí y calmando mi alma. Al mismo tiempo, sentí que me curaba, cerrando mis heridas y devolviendo a mi cuerpo la fuerza que había perdido en la lucha por sobrevivir durante los últimos días.

Verde y violeta, recorrió mi cuerpo y, sí, más fuerte que antes, más poderosa que nunca, hizo que mi cuerpo brillara. Parpadeando, abrí los ojos y mi propia luz me cegó, brillando tan intensa que creí que podía iluminar toda Eclaria con ella.

Una niebla violeta bailaba sobre la superficie de mi piel y volví a respirar profundamente. *¡Estoy viva! ¡Estoy viva!*

Poco a poco, el resplandor que me rodeaba se disipó, retirándose a mi cuerpo con mi magia. Pulsando y zumbando, me envolvió como seguridad y esperanza.

—¿Jadina? —oí decir a Fely, y la Vile dio un paso hacia mí. Una sonrisa se dibujó en sus labios y las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Fely —dije con voz ronca, y antes de darme cuenta, mi amiga me tomó en sus brazos. Reía y lloraba al mismo tiempo, con el cuerpo temblando y las alas temblorosas.

—Lo conocí —le susurré al oído—. A Marek.

Se quedó paralizada en mis brazos por un momento.

—Te echa de menos, te ama, y en cuanto consigamos destruir el escudo protector, vendrá aquí con sus naves. También lo harán Elena, Lucian y Thalie. —Le acaricié la espalda con suavidad mientras los sollozos la sacudían—. Sé que has estado intentando apartar de tu mente los pensamientos sobre ellos porque te duele demasiado. Pero puedes volver a dejarlos entrar, los recuerdos y la esperanza. Están ahí. Por ti.

Se apartó de mi abrazo y se secó las lágrimas de las mejillas mientras se recomponía.

—¿Cómo están? —preguntó con voz temblorosa. Sonaba pequeña y reservada, como si aún no se atreviera a permitirse la esperanza de la que yo hablaba.

—Marek no está bien sin ti. Te necesita, está luchando por ti desde la distancia, y le está volviendo loco no poder hacer nada. Hasta ahora. Elena y Lucian te echan mucho de menos. Vinieron a la Ciudad Dorada en cuanto se enteraron de mi llegada, y no vinieron solos.

—¿No estaban solos? —Me miró, confundida.

—Tienen un hijo pequeño llamado Cally.

—¿Cally? ¿Tienen un hijo? —Vile abrió mucho los ojos y se tapó la boca con la mano, mientras se le escapaba una risa mezclada con un sollozo—. ¿Tienen un hijo?

—Sí, así es. —Sonreí y me incorporé despacio. Todo el dolor había desaparecido.

—¿Y tú estabas en la Ciudad Dorada? —preguntó asombrada, y yo asentí—. Es preciosa, ¿verdad? —continuó Fely, y la sonrisa de su rostro se hizo más intensa. Desde que nos conocimos, había deseado con todas mis fuerzas que volviera a sonreír, y ahí estaba. Por fin.

—Así es —confirmé, y al recordar los últimos días en Aranga, las comisuras de mi boca se levantaron por sí solas.

Sin embargo, un tirón en mi vínculo espiritual me hizo detenerme, y mi mirada se dirigió por encima del hombro de Fely hacia la puerta de la habitación, donde Kayden apareció en ese mismo momento con Lenn, Nayda y Dex. *¡Kayden!*

Mi corazón se aceleró y la última pieza que me faltaba pareció encajar en su sitio. Volvía a estar completa, completa de nuevo. Ya no era solo una parte de mí misma.

—Jadina —susurró mi alma gemela mientras me miraba con fijeza desde el otro lado de la habitación. Lenn, Nayda y Dex pasaron corriendo junto a él hacia mi cama, y Fely se apartó para que los tres pudieran abrazarme. Por encima de ellos, bailaban volutas de niebla amarilla y púrpura, revelando su alivio y alegría. Había vuelto.

Lloraban y reían. Pero yo no podía apartar los ojos del hombre que seguía mirándome como si fuera una aparición, un sueño que no se podía alcanzar. Por encima de él, se arremolinaban volutas de niebla de color rojo anaranjado, cuyo significado desconocía.

—Kayden —susurré. No, era más bien una súplica. Quería sentirlo, tocarlo. Abrazarlo y besarlo. Escuchar su voz y oler su aroma a aire nocturno y cuero.

Mis amigos me soltaron y se volvieron también hacia Kayden. Él seguía sin moverse. Estaba pálido y tenía ojeras. Le temblaban los labios.

—Vamos a dejarlos solos —dijo Nayda, lanzando a Lenn una mirada tan cortante que este apenas pudo ocultar su decepción. Dex y Fely la siguieron y Lenn se arrastró tras ellos, murmurando para sí mismo—: Tenía tantas preguntas.

Nayda me miró de nuevo, sonrió y me acarició la mejilla con increíble ternura.

—Te echábamos de menos —dijo con voz temblorosa. Luego también salió de la habitación.

Kayden parecía tan perdido allí de pie en la puerta. Con esa expresión incrédula en su rostro y la tristeza en sus ojos. De repente me pareció tan pequeño, apagado e impotente.

—Kayden —susurré de nuevo, y esta vez, al oír su nombre de mi boca, pareció liberarse de su parálisis.

Una sacudida recorrió su cuerpo y sus ojos se llenaron de lágrimas. Luego corrió hacia mí, llamándome una y otra vez.

—¡Jadina! ¡Jadina! ¡Jadina!

Se detuvo justo delante de mi cama y cayó de rodillas, sollozando. Desesperadamente, se cubrió la cara con las manos. Mientras tanto, aparté con cuidado la manta bajo la que había estado tumbada, ignorando la sangre que se había pegado a mi ropa, y me deslicé del colchón al suelo, justo delante de mi marido.

Como una mujer que se ahoga, rodeé su cuello con mis brazos, aferrándome a él, enterrando mi rostro en el hueco de su cuello y presionando mi cuerpo contra el suyo.

Vacilante, él me rodeó con sus brazos hasta que, de repente, me atrajo hacia él, como si nunca quisiera volver a soltarme.

—Jadina —susurró, y una vez más se estremeció con los sollozos, a los que me uní, riendo.

—Estoy aquí. ¡He vuelto! —le aseguré.

Las lágrimas de alegría corrieron libres por mi rostro y sentí su sal en mi lengua mientras besaba a Kayden en el cuello y la mejilla hasta que me detuve frente a su boca. Su aliento rozó mis labios y lo miré fijamente, hechizada.

Entonces lo besé. Primero con suavidad, con cautela, con timidez. Solo para volverme exigente, insistente y apasionada. Mi lengua pidió entrar, y él me lo permitió, y me perdí en mi amor por él.

—Jadina —susurró de nuevo, como si mi nombre fuera un mantra. Tiré de su uniforme de cuero. Quería sentirlo, su piel desnuda. Sobre mí. Dentro de mí.

Intenté quitarle la ropa hasta que él tiró de la mía con dedos temblorosos. Nos llevó un rato quitarnos los uniformes, pero tan pronto como lo hicimos, nos tumbamos en la cama y me acurruqué junto a su cuerpo desnudo.

Nuestra respiración era demasiado rápida, nuestros corazones latían a toda velocidad y, por un momento, nos quedamos allí tumbados. Sintiendo nuestros cuerpos, la piel cálida, las caricias tiernas y la tensión anhelante que flotaba en el aire. Casi como si

quisiéramos grabar ese momento en nuestros corazones para no olvidarlo nunca.

Mi corazón parecía estallar de felicidad. Estaba de vuelta con mi Kayden. Aunque no vivíamos en un mundo pacífico como Aranga, teníamos nuestro amor, y eso era todo lo que necesitaba. Me mantenía en marcha, me impedía rendirme y me daba la chispa que encendía mi ser.

Mis dedos recorrieron el hombro de Kayden, bajaron por su pecho y llegaron a su corazón. Acariciaron suavemente el lugar donde las escamas de Elara le habían salvado la vida. Una flecha mortal. ¿De un cazador?

Un gemido escapó de su garganta y sentí su excitación contra mi cadera. Con avidez, continué mi recorrido. Acaricié sus abdominales hasta que sostuve su dureza entre mis manos.

Kayden siseó mientras aspiraba aire entre los dientes.

—Te deseo —le susurré al oído, sintiendo el efecto que mis palabras tenían en él—. Ahora.

Antes de que pudiera pestañear, Kayden me había dado la vuelta, poniéndome debajo de él. Su mirada era penetrante y el deseo parecía haber despertado un nuevo fuego en él.

Sus dedos temblaban mientras recorrían mi cuerpo, y pensé que ya no podía respirar. Con los ojos cerrados, arqueé la espalda y presioné mi pelvis de forma seductora contra su cuerpo.

Un gemido ronco escapó de mi garganta cuando siguió el mismo camino con su lengua. Se deslizó sobre mi piel hasta llegar a mi punto más sensible. Rodeó juguetonamente la perla y sentí que el mundo a mi alrededor se derretía en una variedad de colores. Cada fibra de mi ser se tensó hasta que, por un instante, todo se detuvo, solo para luego atravesar mi cuerpo en una explosión ardiente. Mi cuerpo se arqueó y el grito que se me escapó terminó en su nombre.

En ese momento, Kayden se empujó dentro de mí y pensé que el éxtasis me destruiría. Tanto deseo, tanta lujuria inundó mi cuerpo.

Abrí los ojos y vi el hermoso rostro de mi alma gemela. Mi otra mitad. Tenía los párpados cerrados y había una desesperación en sus rasgos que quería borrar con un beso.

Pero entonces la siguiente explosión me arrancó, lanzándome a través del tiempo y el espacio, y lo único que oí fue mi nombre, que salió de su garganta como un grito de ayuda mientras me seguía por el abismo.

CAPÍTULO 29



Los cazadores que sobrevivieron a la llegada de la maldición
se trasladaron al desierto para alejarse de los jinetes.
Allí fundaron cuatro comunidades:
Ansgrund, Bergens, Nasgardia y Tortomy.

De las Crónicas de Vulas

Jadina

CUANDO DESPERTÉ MÁS TARDE, estaba tumbada junto a Kayden, acurrucada en sus brazos. Se había quedado dormido justo después de hacer el amor. Pero mientras dormía, me atrajo hacia él y me rodeó el torso con el brazo como si fuera un tornillo de banco.

Casi como si temiera que me volvieran a separar de él.

Con cuidado, sin despertarlo, me deslicé fuera de su abrazo, besé su rostro relajado y me levanté.

Vi una palangana en una mesita junto a la cama. Me lavé y me puse el uniforme, que alguien debió de haber lavado y remendado mientras dormía. Ahora había una costura grande pero limpia entre mis pechos. Allí, donde Attilus casi acabó con mi vida con el fragmento de espejo.

Me peiné el cabello con los dedos y luego me hice una trenza. Era increíble lo vital que se sentía mi cuerpo, a pesar de haber estado tumbada en la cama durante días, desangrándome.

Luego busqué a Kayden de nuevo antes de coger una antorcha y salir al oscuro pasillo. Me llevó un rato encontrar la biblioteca, ya que solo había ido allí una vez, la noche en que Attilus me llevó allí disfrazada de la reina Adayla.

Lenn, Dex, Nayda y Fely estaban sentados en la larga mesa entre las estanterías. Todos estaban absortos en su lectura y solo levantaron la vista cuando yo también me senté.

—¡Jadina! —exclamó Fely—. ¿No deberías descansar un poco más?

—¿Descansar? —preguntó Nayda, riendo—. Todos pudimos escuchar lo animada que está Jadina. —Me guiñó un ojo y yo intenté reprimir el calor que se me subió a las mejillas.

—¡Ay, Nayda! —Lenn se tapó los oídos con las manos desespero —. ¿Puedes dejar de hacer eso?

Dex, a su lado, se rio entre dientes mientras hundía la nariz en la siguiente página de su libro.

—Los eché mucho de menos —dije, mirando a mis amigos.

—Nosotros también te echamos de menos —respondió Nayda con una sonrisa. Pero entonces su expresión se volvió seria de repente—. Nos alegramos de que hayas vuelto. Kayden casi se vuelve loco.

—Sí, estábamos muy preocupados por él —coincidió Fely con la jinete de dragón.

—Llegó un momento en que no hacía más que dormir. Era como si quisiera aislarse del mundo —intervino Dex. Qué raro. Eso no era propio de Kayden. Él era de los que se levantaban y hacían planes en una situación así. ¿Sería por nuestro vínculo?

—Pero ahora has vuelto y seguro que pronto volverá a ser el de siempre —dijo Lenn con indiferencia, sacándome de mis pensamientos. Tenía razón.

—Déjanos contarte las nuevas ideas que hemos obtenido durante tu ausencia —dijo Dex, y pude notar la expectación en su voz. Estaba ansioso por compartir todos los datos que había leído.

—No hasta que Jadina haya comido y bebido algo —interrumpió Nayda con severidad—. Maldita sea, su cuerpo lleva días sin comer ni beber.

Dex retrocedió avergonzado y me sonrió con contrición.

—Nayda tiene razón.

—Soy perfectamente capaz de comer, beber y escuchar al mismo tiempo —respondí, sintiendo cómo mi estómago rugía al oír hablar de comida.

Nayda me acercó un cuenco con carne curada y col cocida y una cantimplora de agua. Al parecer, habían estado cazando en las montañas.

Más hambrienta de lo que pensaba, me lancé a comer. Dex parecía haber decidido que necesitaba toda mi atención, porque solo después de que me terminara el cuenco y el agua empezó a hablar. Pacientemente, me contó todo lo que descubrió en los libros durante los días anteriores.

Ahora sabían que el corazón de la reina Adayla estaba ligado a su tierra natal, Ascradia, la capital de los cazadores, y que la echaba mucho de menos, al igual que un lago al este de Eclaria donde solía pasar los veranos cuando era niña.

Limycu interrumpió sus explicaciones cuando de repente se despertó y me vio. Voló hacia mí, piando a todo pulmón, frotó su cabeza contra mi mejilla y tuve que consolarlo por un rato. Seguía siendo tan pequeño y no había cambiado nada.

Más tarde, se sentó en mi regazo, donde le acaricié la cabeza con el dedo mientras escuchaba las historias de Dex.

La decepción de no haber averiguado nada más sobre la maldición claramente le estaba carcomiendo. Así que le conté que había sido el hermano gemelo de Hakon quien lanzó la maldición sobre Eclaria y también todo lo que Horacio descubrió. No tardé mucho en contarle sobre la Ciudad Dorada, sus habitantes, el baile y el encuentro con el Rey Dragón. Mis amigos escuchaban atentos cada una de mis palabras, y vi el anhelo por ese mundo pacífico brillando en los ojos de Fely y los demás. Fue ese anhelo lo que me hizo olvidar a Eclaria por un breve instante.

—Le prometí a la reina Thalie, a la princesa Elena y a lord Marek, el marido de Fely, que contactaríamos con los cazadores para informarles del verdadero significado de la profecía y del verdadero enemigo. Tenemos que ponerlos de nuestro lado y convertirlos en nuestros aliados —informé.

—Pero, ¿cómo vamos a hacerlo? Nunca confiarán en nosotros, y tú, Jadina, eres la cazadora de la profecía. A sus ojos, eres tan enemiga como nosotros —señaló Nayda. Mi mirada se posó en Fely y ella, como si ya supiera lo que iba a pedirle, levantó la barbilla.

—Yo lo haré —dijo con una determinación que nunca antes había visto en ella—. Como Vile, no soy ni su enemiga ni su aliada. Soy neutral.

Todos la miraron con los ojos muy abiertos. Al parecer, los demás no tenían ni idea de la mujer fuerte que se escondía detrás de la sanadora.

—Eso también te lo habría pedido yo. Pero siempre estaremos cerca de ti. Se lo juré a lord Marek —le expliqué, y ella asintió.

—Así que tenemos una misión —dijo Lenn con alegría. Probablemente ya estaba cansado de la biblioteca.

Dex se levantó y regresó con un mapa de Eclaria, desenrollándolo sobre la mesa.

—La comunidad rural de Nasgardia sería la más cercana —dijo, deslizando el dedo por el mapa—. Después, podríamos dirigirnos a Bergens y Ansgrund.

Yo también me incliné sobre el documento desenrollado y miré los nombres que había escritos en él. Al parecer, Dex anotó las ciudades actuales en un mapa de la antigua Eclaria. Pero no fueron las comunidades de cazadores las que me llamaron la atención, sino su capital, Ascradia, que me atrajo mágicamente.

La reina Adayla creció allí; era el lugar que siempre echó de menos durante su reinado.

—Horacio cree que las tres rosas de la belleza, la elegancia y el peligro pueden representar lugares —pensé en voz alta—. Las rosas del acertijo y el mobiliario de este palacio reflejan a la reina Adayla. ¿Y si estos lugares también lo hacen? —La emoción se apoderó de mí. ¿Estaba por fin tras la pista de la solución a todo el misterio?

—¿Quieres decir que las rosas podrían estar escondidas en lugares que tienen algo que ver con la reina anterior? —preguntó Nayda, mirando ahora también el mapa.

—Dijeron que echaba mucho de menos Ascradia. ¿Qué era lo que echaba de menos? —pregunté a mis amigos.

—Su belleza —exclamó Dex, con los ojos brillantes de entusiasmo—. ¡Eres fantástica, Jadina! ¡Eso es! —Su voz estaba llena de emoción.

—¿Y qué hay de ese lago del que escribía? —quiso saber Fely—. Parecía tener algún significado, ya que lo mencionaba tan a menudo.

—Sí, era el lugar de vacaciones donde solía pasar los meses de verano con su familia —recapituló Dex—. Sin embargo, esos recuerdos no eran positivos. Odiaba tener que ir allí. En su diario dice que le daba miedo el lago porque no sabía nadar. Por las noches, solía soñar que se ahogaba en sus profundidades.

—¡Peligro! —exclamé—. ¡Esa es la rosa que representa el peligro!

—Puede que tengas razón. Solo falta elegancia. ¿Qué significa eso? —preguntó Nayda, y el silencio se extendió entre nuestro grupo.

—En ninguna parte de sus entradas menciona nada que pueda sugerir eso —reflexionó Dex.

—Deberíamos ir primero a ambos lugares para ver si nuestra teoría es correcta —sugerí, inclinándome de nuevo sobre el mapa que había sobre la mesa frente a mí—. ¿Qué tal si volamos primero a la comunidad rural de Nasgardia, ya que de todos modos está de camino, y luego nos dirigimos a la capital de los cazadores desde allí? —Mi dedo se deslizó por la parte que ahora era desierto, hasta la palabra Ascradia.

—Eso es música para mis oídos —suspiró Lenn—. Por fin, otra vez una tarea de verdad. —Miró a Dex con aire de disculpa—. Quiero decir…

Pero su amigo le dio una palmada en el hombro con indulgencia.

—Sé lo que quieres decir. No pasa nada. Yo también estoy contento de volver a la acción.

—Deberíamos llevarnos los diarios más importantes de la reina para poder volver a leer qué lugares de Ascradia eran especialmente

importantes para ella —sugirió Nayda.

—Buena idea. ¿Hay quizá algún mapa antiguo de la ciudad por aquí para orientarnos? —quise saber.

—He encontrado una estantería con muchos mapas —dijo Fely, y juntos nos pusimos a buscar un mapa de la ciudad.

Parecía como si todos hubieran vuelto a la vida. Habían esperado aquí, en el palacio, todo este tiempo, esperando a que yo regresara con ellos. Sentí que el impulso de hacer algo, de continuar nuestra misión, había despertado en ellos un fuego vivo.

Menos de una hora después, encontramos un mapa de toda Eclaria, un mapa de la ciudad de Ascradia y una pila de diarios de la reina Adayla.

—Deberíamos repartirlo entre todo el equipaje —sugirió Nayda—. Así, ninguno de nosotros tendrá que cargar con demasiado peso.

—Yo me llevaré algunos libros con mucho gusto. Todavía tengo espacio en mi bolsa —dijo Fely, colocando su bolsa abierta sobre la mesa.

—No, tú tienes que volar. Nosotros vamos a montar en los dragones. No deberías llevar ningún equipaje extra. Tus suministros médicos son suficientes —señaló Lenn, y no pude evitar sonreír. Siempre era tan cariñoso. Le había echado mucho de menos, a él y a los demás.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Dex, mirando alrededor de la biblioteca como si quisiera disfrutar de la vista por última vez.

—Sugiero que repongamos nuestras provisiones y luego volemos a Nasgardia por la tarde. No está tan lejos y podríamos llegar al atardecer. Montaremos el campamento y, cuando el maldito sol vuelva a salir sobre el desierto, Fely podrá llevar a cabo su misión de conversión —dijo Nayda con una sonrisa.

—Por la noche hace bastante frío en el desierto —advertí a los demás—. Deberíamos llevar suficientes mantas.

—¿No podemos simplemente encender una hoguera? —quiso saber Lenn.

—Si quieres ser la cena de medianoche de algún Fogghoul, entonces sí. De lo contrario, debemos llamar la menor atención

posible. Las mantas que encontremos aquí tendrán que bastar. Troas puede llevarlas. Ya no tiene ningún jinete que lo acompañe.

Los demás parecían inquietos y nadie se atrevió a mirarme.

—Jadina —dijo Fely—. Troas no está muy bien.

El miedo inundó mis sentidos.

—¿Qué? —balbuceé y tuve que agarrarme al borde de la mesa.

—Nos atacó un grupo de jinetes y Troas resultó herido —explicó Nayda.

Mi corazón pareció detenerse y el mareo me hizo tambalearme. Entonces eché a correr.

CAPÍTULO 30



Un don recién despertado es débil al principio.
Debe entrenarse, ponerse a prueba y vincularse a su portador
para que pueda alcanzar su máximo potencial.

Extracto de la antología
Los seres mágicos de Brysalia, de Horacio

Jadina

Ya no oía los gritos de los demás detrás de mí. Tenía que llegar hasta él. Con una antorcha en la mano, deambulé por los malditos pasillos, todos iguales, y maldiciendo, logré encontrar el gran vestíbulo de entrada y la puerta que daba al exterior.

—*¡Jarok! ¡Elara!* —grité en mi mente e inmediatamente sentí la presencia de estos poderosos seres dentro de mí—. *¿Cómo está Troas?*

—*¡Jadina!* —oí gritar primero a Elara—. *Está mejor. No te preocupes.*

—*Nos alegra que hayas encontrado el camino de vuelta* — refunfuñó Jarok con buen humor.

Sin embargo, no me pasó desapercibido el temblor en la voz de Elara, y aceleré el paso con preocupación.

Salí por la puerta y vi a los dragones, todos tumbados sobre el suelo negro. Dudé un instante, pero luego di mi primer paso sobre la superficie oscura.

Inmediatamente sentí la confusión y el dolor dentro de mí. Esta vez era aún más poderoso que antes. Mi magia se rebeló y vi la niebla púrpura envolviendo mi cuerpo.

Temblando, intenté luchar contra esos sentimientos, pero parecían envolverme. La luz dentro de mí amenazaba con partirme en dos desde dentro.

¿Por qué mi magia estaba tan fuera de control? ¿Era la tierra maldita?

Alguien me agarró del hombro y me tiró hacia atrás. Jadeando, caí al suelo. Sentí el mármol fresco y relajante bajo mis manos mientras me preparaba.

—¿Jadina? —Oí la voz agitada de Lenn—. ¿Estás bien?

—No lo sé. —Confundida, me acaricié la frente. La niebla púrpura que me había envuelto momentos antes había desaparecido.

—Es la maldición que ha hundido sus garras en la tierra. Tu magia recién despertada explota cuando entras en contacto con ella —explicó Jarok con calma, y yo asentí con la cabeza.

—Tienes razón. Mi nuevo don es romper maldiciones, así que, por supuesto, reacciona ante la tierra negra. —Pero, ¿cómo podía suprimirlo?

Aún un poco inestable, me puse de pie y Lenn me miró con los ojos entrecerrados.

—Hay algo diferente en ti —dijo, examinando mi rostro con atención—. Tenías una extraña niebla púrpura adherida a ti cuando te encontré.

En ese momento, Nayda, Dex y Fely salieron corriendo por la puerta.

—¡No podías correr un poco más despacio, Lenn! Has ido a un ritmo de mierda —le regañó la jinete.

Pero Lenn seguía demasiado ocupado mirándome.

—¿Qué te pasó en la Ciudad Dorada? —preguntó.

—Desarrollé un tercer don —admití con sinceridad, mirando al suelo. No quería que depositaran demasiadas esperanzas en mí.

—¿Un tercer don? —exclamó Dex estupefacto, mirándome con los ojos muy abiertos—. ¿Qué es? —añadió en voz baja.

—Es un hechizo llamado Rompe maldiciones. Me permitió superar la barrera y regresar aquí —expliqué, sin dejar de mirar mis zapatos. Sabía que dos dones ya eran una excepción y solo se concedían a unos pocos seres, pero ¿tres?

De repente, unos fuertes brazos me rodearon el torso.

—Me alegro mucho por ti, Jadina —dijo Lenn, y al momento siguiente Nayda, Dex y Fely también se acercaron para felicitarme. Por fin levanté la vista y no vi ni disgusto ni envidia en sus ojos. El amarillo flotaba en pequeñas nubes sobre sus cabezas. Estaban felices por mí.

De repente, Lenn se detuvo.

—¿Por eso no podías pisar el suelo negro? —preguntó, mirando la transición donde el mármol se separaba del suelo oscuro. Asentí con la cabeza.

—¡La maldición! ¡Por supuesto! —exclamó Dex, que lo había descubierto.

—¡Pero tengo que llegar a Troas! —dije desesperada—. ¿Cómo voy a llegar hasta él si solo puedo caminar sobre mármol?

—Yo te llevaré hasta él —oí de repente una voz desde el interior del palacio, y Kayden salió. Tenía las manos relajadas en los bolsillos y una determinación verde azulada flotaba sobre su cabeza.

—¿Cómo? —quiso saber Dex, pero Kayden ni siquiera se fijó en él. Su mirada estaba fija solo en mí. Ardiente.

—Con mi magia aérea. Te haré flotar.

Así es, había hecho lo mismo con Eline cuando tuvo que ser transportada desde la dragona Sunny, de Dex, hasta la cabaña de Fely.

Su intensa mirada me hizo estremecer y aparté furtivamente un mechón de pelo de mi cara.

—Me alegro de que te encuentres mejor, Kayden —dijo Nayda, interponiéndose entre nosotros—. Pero quizá deberías comer algo antes de hacer flotar a nuestra reina con tu magia. —Cruzó los

brazos de forma ostensible frente al pecho y se plantó delante de mí como una roca.

¿Qué había pasado aquí mientras yo no estaba?

—No es necesario, Nayda —respondió Kayden, y vi una sonrisa torcida por encima del hombro de Nayda—. Tengo energía más que suficiente. Si no me crees, pregúntale a Jadina. Después de todo, ella *se benefició* de ello hace solo unas horas.

Sentí cómo se me subían los colores a las mejillas y tragué saliva con dificultad. Aunque la voz de Kayden sonaba tranquila, parecía irritado por el tema que sacó la jinete de dragón. De lo contrario, no habría mencionado nuestro momento íntimo delante de todos.

Aparté a Nayda y traté de salvar lo que aún se podía salvar.

—No pasa nada. Confío en Kayden.

Tendría que averiguar más tarde qué estaba pasando allí. Primero, tenía que ver cómo estaba Troas. Aunque Elara intentó tranquilizarme, no tenía un buen presentimiento.

Al momento siguiente, sentí una ráfaga de viento arremolinándose a mi alrededor y mis pies se separaron del suelo. Al principio, pensé que estaba cayendo hacia adelante, pero el aire que me levantó envolvió todo mi cuerpo y lo mantuvo en una posición vertical estable.

Mi mirada se dirigió a Kayden, que seguía de pie en la puerta con las manos en los bolsillos. Ni siquiera había tenido que mover un dedo para hacerme flotar. Al parecer, el poder de mi nuevo don también se estaba contagiando a él. ¿Era así como funcionaba con las almas gemelas? Tal vez.

Él me miró, relajado, y se limitó a sonreír.

—¿Vamos a Troas? —preguntó, inclinando la cabeza mientras me miraba.

—Iremos contigo —decidió Nayda, y vi cómo se tensaban los músculos de la mandíbula de Kayden, pero él se limitó a asentir con la cabeza y, al momento siguiente, me encontré moviéndome sin ningún esfuerzo por mi parte. Era fascinante flotar con la ayuda de esta magia del aire, pero al mismo tiempo daba un poco de miedo. Me sentía un poco atrapada en el soporte invisible que Kayden había formado a mi alrededor para que no perdiera el equilibrio.

Sin embargo, mis pensamientos ya estaban distraídos por la visión de los seis seres grandes y el más pequeño en el centro. ¡Los dragones!

—Es bueno que sus poderes estén en equilibrio —oí decir a Jarok en mi cabeza. Sus ojos dorados se posaron en mí, y quise correr hacia él y abrazarlo, tal y como hice con su padre en mi sueño.

—Me alegro mucho de haber vuelto —respondí, incapaz de reprimir el pequeño sollozo que se me escapó al verlos.

—Nosotros también te echábamos de menos —confirmó Elara con voz cálida y suave.

Entonces Troas levantó la cabeza y miró en mi dirección.

—Pensé que nunca volverías —refunfuñó con cierto tono desafiante, pero yo sabía que no lo decía en serio.

—¿Cómo estás? —le pregunté, fijando la mirada en la enorme herida de su estómago, que ya se había cerrado, pero que claramente le causaba dolor, ya que se estremecía con cada movimiento.

—Estoy mejor que el otro —respondió con orgullo, como si hubiera cazado al dragón que le había hecho eso. A juzgar por su herida, eso no fue posible para él. Sin embargo, no dije nada y solo le sonreí con admiración.

—Siempre supe lo valiente que eres en el fondo, Troas.

Se incorporó un poco y vi cómo se le hinchaba el pecho. El cumplido le sentó bien.

—¿No podrías curar a Troas con tu magia curativa? —le pregunté a Elara. Al fin y al cabo, ella había curado mi fractura con solo una escama.

—No, mi magia no funciona con otros dragones. Solo con seres de tu mundo.

—¿Cuándo podrá volver a volar? Ahora sabemos cuál será nuestra próxima tarea para romper la maldición de Attilus y queremos partir hoy mismo.

Elara suspiró y miró a su hijo.

—Me temo que no antes de una semana.

Apreté los puños con fuerza. Nunca dejaríamos al pequeño aquí. Necesitábamos otra solución.

Desesperada, miré a mis amigos.

—Troas no podrá volver a volar hasta dentro de una semana.

Vi en los ojos de los demás la misma decisión que yo ya había tomado.

—¿Alguien tiene alguna idea de cómo podemos llevarlo con nosotros de todos modos?

—¿Y si Kayden lo lleva con su magia aérea? —sugirió Nayda, mirando desafiante a mi alma gemela.

Miré a ambos con asombro. Un dragón pesaba mucho más que yo. Kayden nunca podría llevarlo con su magia.

—No hay problema —dijo, mirando fríamente a la jinete.

—¿Estás seguro? —le pregunté. ¿No era demasiado ambicioso?

—Sí —respondió con firmeza, para luego sonreírme con cariño—. Confía en mí. Puedo hacerlo. No dejaremos atrás a Troas bajo ninguna circunstancia.

Eso era típico de Kayden. Iba a superar los límites de sus habilidades mágicas por el bien de este recién llegado. Esperaba que no fuera un error.

Si se agotaba, acabaríamos atrapados en algún lugar del desierto, esperando a que tanto Troas como Kayden recuperaran sus fuerzas.

Pero bueno, tal vez teníamos que correr ese riesgo. Después de todo, no teníamos otra opción. El tiempo se agotaba y había más que salvar que solo a Julze, la jinete de dragón a la que la sirena mantenía como rehén.

—Confío en ti —dije, dedicándole a Kayden una sonrisa cariñosa. Nayda, al otro lado del grupo, resopló.

¿Discutieron estos dos?

—Ahora que hemos aclarado eso —Dex interrumpió mis pensamientos—, sugiero que recojamos y partamos por la tarde, tal y como acordamos. Lenn, ¿puedes recoger todas las mantas que encuentres en el palacio?

—¿Cuál es exactamente el plan? Me gustaría participar también —dijo Kayden, cruzando los brazos de forma ostensible sobre el pecho.

—Primero, volaremos a la comunidad rural de Nasgardia para que Fely pueda explicar el verdadero significado de la profecía a los cazadores de allí y, con suerte, podamos ganárnoslos como aliados. —Eché un vistazo a mi alrededor y vi que los demás tenían sonrisas de expectación en los labios, reflejando el emocionante cosquilleo que sentía en mi interior—. ¡Luego continuaremos hacia Ascradia, la capital de los cazadores, para encontrar la primera rosa!

CAPÍTULO 31



Los fogghouls son monstruos del desierto.
Creadas por la maldición, estas criaturas son crueles y desalmadas.
Cazan en manadas y prefieren atacar por la noche.
Cualquiera que no esté familiarizado con el desierto
es indefenso ante ellos.

Del diario del anciano del pueblo
de los cazadores occidentales de Bergens

Jadina

Empaquetamos todo, repartimos los suministros, las mantas y los diarios de la reina Adayla entre nuestras mochilas y ensillamos a los dragones. Limycu se había acurrucado en mi cuello. La emoción de la mañana lo dejó bastante cansado. Elara intentó convencerlo de que volara al menos parte del camino, pero el pequeño se mantuvo obstinadamente sentado en su escondite.

Disfruté del calor de su suave cuerpo contra mi piel y de su cercanía. Habíamos tenido que estar separados durante tanto tiempo que me permití este momento de cariño. Satisfizo el anhelo que aún latía dentro de mí.

Justo a la hora prevista por la tarde, Kayden me dejó flotar sobre la espalda de Jarok. Mientras los demás ya habían hecho las maletas, le conté a mi alma gemela todo lo que vivó y aprendí en la Ciudad Dorada.

Luego despegamos, y Kayden también levantó a Troas. Observé este espectáculo con los ojos muy abiertos y me maravillé de lo relajado que parecía mi alma gemela, a pesar de la extenuante magia que estaba realizando.

Las alas de Jarok removieron la tierra al despegar y sentí un ligero cosquilleo en el estómago. Con cada poderoso aleteo, mi pecho se llenaba de una sensación de libertad infinita. Una sonrisa se dibujó en mis labios y, por un momento, cerré los ojos, respiré el aire del cielo y extendí los brazos a los lados.

Quería gritar de alegría por haber vuelto por fin a montar en un dragón. Pero, en lugar de eso, le di a ese momento un lugar especial en mi corazón. Allí llevaría conmigo para siempre el recuerdo de la belleza de volar.

Nos dirigimos hacia el oeste y, hasta donde alcanzaba la vista, se extendía ante nosotros el desierto que tan bien conocía. Un escalofrío me recorrió la espalda al verlo y me costaba creer que ese hubiese sido mi hogar durante tanto tiempo.

—*¿Estás feliz de volver a tu tierra natal?* —preguntó Jarok de repente.

—*Feliz no es la palabra adecuada* —reflexioné—. *Sí, este es mi hogar, pero entretanto he encontrado uno nuevo.* —Mi mirada se posó en Kayden, que volaba a mi lado con la mandíbula apretada.

—*Nos alegra que hayas vuelto. Elara estaba muy preocupada por el rey Kayden* —dijo mi dragón.

Quizás él podría responder a mi pregunta sobre por qué las cosas estaban tan tensas entre Kayden y Nayda. No había tenido tiempo de preguntárselo a ninguno de los dos.

—*¿Qué era exactamente lo que le preocupaba?* —pregunté.

—*Después de que la oleada inicial de dolor por tu pérdida remitiera gracias al mensaje de mi padre de que estabas en Aranga, él se distanció cada vez más del grupo.*

—Tal vez solo quería estar conmigo, para estar cerca por si despertaba. Yo habría hecho lo mismo si hubiese sido al revés —dije, defendiendo la reacción de Kayden.

—Tienes razón. Todos lo habríamos entendido, pero entonces dejó de sentarse junto a tu cama y se sentó en un sillón al otro lado de la habitación. Siempre se quedaba dormido allí, y cuando estaba despierto, deambulaba por el palacio en lugar de ayudar a los demás en la biblioteca.

Era extraño, y sin embargo nada extraño. Probablemente esa era su forma de llorar su pérdida en ese momento.

—¿Y por qué Nayda lo está desafiando con sus poderes? —insistí, desviando la mirada hacia Troas, que flotaba junto a Elara. Era asombroso que Kayden fuera tan fuerte. El orgullo por mi alma gemela ardía en mi interior y no pude reprimir una sonrisa.

—Kayden acabó matándolos a todos con su magia del aire en la batalla contra los jinetes dragontinos que nos atacaron, quienes también hirieron gravemente a Troas. Tanto a los jinetes como a los dragones.

Mi sonrisa se desvaneció y tragué saliva con dificultad. ¿Los mató? ¿Con su magia? ¿Cómo? ¿Y por qué? Eso no parecía propio de él en absoluto.

Insegura, volví a mirar a mi alma gemela y sentí nuestro vínculo espiritual. Latía con fuerza y tiraba de mi alma.

¿Por qué lo hizo? Kayden era impulsivo, pero nunca brutal.

—¿Fue antes o después de que Troas resultara herido?

—Después —respondió Jarok.

—Entonces debió reaccionar así porque temió perder a sus amigos en la batalla —dije, excusando el comportamiento de mi esposo.

—Yo también lo creo, al igual que todos los demás —dijo mi dragón—. *Esa no es la razón de nuestra preocupación y de la reacción de Lady Nayda hacia el rey.*

—¿Entonces?

—La repentina fuerza y naturaleza de su magia. Era poderosa. Demasiado poderosa.

¿Demasiado poderosa? ¿Qué significaba eso? Me moví inquieta en mi silla.

—¿No podría ser que simplemente hubiera ganado más poder en ese momento, debido a la situación y a su deseo de salvar a todos? —intenté encontrar una explicación plausible.

—Quizá, pero entonces, ¿por qué de repente es capaz de hacer flotar a mi hijo, un dragón, cuando antes le costó un esfuerzo increíble llevar a Eline con su magia aérea? —cuestionó Jarok mi razonamiento.

¿Podría tener razón? ¿Podrían tener razón todos? ¿Debería preocuparme por él también?

—¿Y si sus poderes se han vuelto más fuertes con mi regreso porque he descubierto mi tercer don? Nuestra magia está conectada. Ahora él también lleva dentro el poder de romper maldiciones, ¿no? Eso tal vez influye en el resto de sus habilidades.

—Para ser sincero, no lo sé, porque este poder no es uno de los dones habituales. Creo que se puede considerar más un regalo de los dioses que un talento mágico convencional —explicó Jarok.

—¿Un don de los dioses? —susurré sorprendida. ¿Por qué iba a recibir yo un don así? ¿Solo por ser la cazadora de la profecía?

—Sí, como he dicho, es un don muy extraordinario.

En silencio, contemplé el paisaje que se extendía bajo nosotros. Las dunas de arena, moldeadas por el viento como pequeñas montañas, ondulaban como olas. Aquí y allá, divisé una manada de fogghouls. Cada vez que volábamos sobre ellos, se detenían y volvían el hocico hacia el cielo. ¿Podían oler nuestra presencia desde tanta distancia?

Los recuerdos de mis encuentros anteriores con estas bestias hicieron que mi mano se lanzara al arco que llevaba a la espalda. Solo entonces me di cuenta de que ahora tenía más armas a mi disposición que entonces, y que un solo rayo de mi magia de luz podría derribarlos.

El alivio inundó mis sentidos y, algo nerviosa, aparté la mano del arco y agarré una de las correas. Ya no era la cazadora indefensa del desierto que carecía de magia. Ahora era una reina con tres dones.

Sentí el corazón ligero en el pecho e inconscientemente levanté la barbilla. Me había convertido en una formidable oponente en la batalla. El orgullo brotó dentro de mí y, en ese momento, comprendí lo que significaba que un poder conllevara cierta responsabilidad. Una responsabilidad hacia aquellos que no eran tan fuertes y poderosos.

Esto pesaba mucho sobre mis hombros, pero sabía que aún podía soportarlo. Tenía la fuerza necesaria para ello, al igual que mis amigos que estaban a mi lado. No estaba sola ni era ignorante.

—*La comunidad del pueblo ya no está lejos* —informó Jarok, interrumpiendo mis pensamientos—. *Dex los vio con sus ojos de águila e informó a todos a través de Sunny. Aterrizaremos pronto para que no nos vean.*

El sol ya se estaba poniendo en el horizonte frente a nosotros, bañando el desierto en un mar de fuego. Mi instinto de supervivencia se activó de inmediato y mi mente se ocupó de asegurar el territorio y montando el campamento para que nadie se congelara cuando Jarok aterrizara en la arena.

Rápidamente desabroché todas las correas y me deslicé por la pata delantera de Jarok hasta sentir la suave arena bajo mis botas. Tan familiar y, al mismo tiempo, tan extraña.

No tardaría mucho en desaparecer por completo el sol y las noches aquí, cuando la luna no proporcionaba suficiente luz, eran muy oscuras.

Miré al cielo y vi una estrecha luna creciente que pronto sustituiría al brillante y cálido sol.

—Tenemos que montar el campamento. Antes de que se ponga el sol, porque si no tendremos que hacerlo en la oscuridad, y eso no será nada divertido —advertí a mis amigos, que también se habían bajado de sus dragones mientras tanto.

Nayda miró a su alrededor con los labios fruncidos.

—Odio el desierto y esta maldita arena —maldijo en voz alta, y luego me miró con aire de disculpa.

—Lo sé. Aun así, tendremos que apañarnos aquí. ¿Alguno de ustedes ha pasado alguna vez la noche en el desierto? —Miré a mi alrededor con expectación, pero solo vi cabezas negativas y ojos

muy abiertos. Al parecer, yo era la única con experiencia en este ámbito.

Kayden se colocó a mi lado y también miró a su alrededor con expresión escéptica.

—¿De verdad es buena idea? —preguntó, y no pude evitar darle un codazo en el costado.

—No seas tan infantil. Puedes aguantar una noche en la arena. —Decidí no mencionar que probablemente serían muchas noches si nos poníamos a buscar las tres rosas. Alrededor de la antigua capital de los cazadores, Ascradia, no había nada más que desierto y arena, y ningún castillo con colchones mullidos y una piscina con jabones perfumados.

—Fely y Dex, por favor, desempaqueten las provisiones para esta noche y entierren el resto en un lugar marcado en la arena para que los Fogghoul no puedan olerlo. —Dex levantó una ceja y Fely sonrió y me hizo un gesto con la cabeza. Luego me volví hacia los demás.

—Kayden y Lenn, saquen todas las mantas de las bolsas y colóquenlas juntas en círculo alrededor de las provisiones para esta noche. Nayda y yo aseguraremos la zona y buscaremos señales de Fogghouls.

Kayden empezó a vaciar su bolsa, y Lenn cogió las que Dex y Fely ya habían registrado en busca de comida y agua.

—Jarok, por favor, diles a los dragones que se tumben alrededor de nuestro círculo de mantas. Elara y tú deben llevar a Troas entre ustedes —le indiqué a mi dragón—. *En cuanto uno de ustedes huela o vea a un fogghoul, den la alarma, por favor.*

—Lo haremos —me aseguró mi dragón.

—Ven, Nayda. Coge todas las armas que tengas. Es muy posible que nuestra llegada ya haya sido descubierta.

Mi amiga cogió varios cuchillos, una espada y su propio arco y flechas. Asentí con la cabeza para animarla. Era inusual que un jinete de dragón fuera hábil con el arco y las flechas.

Juntas nos pusimos en marcha. Nuestras botas se hundían en la arena blanda. Al parecer, hacía poco había habido una tormenta que removió la arena.

Tensa, miré a mi alrededor en todas direcciones con la flecha colocada en el arco.

—¿De verdad crees que esos malditos Fogghouls nos atacarían a pesar de la presencia de varios dragones? —preguntó ella, haciendo lo mismo. Seguimos caminando una al lado de la otra, girando en círculos espalda con espalda para no perder nada de vista. Estos monstruos eran silenciosos y, a menudo, no los veías hasta que ya estaban sobre ti, hundiendo sus colmillos en tu carne.

—Nunca se sabe con los monstruos. No es frecuente encontrar comida en el desierto. Eso también se aplica a estas bestias.

El aire brillaba por el calor que aún permanecía en la arena, y todo lo que se veía en la distancia aparecía en ondas borrosas.

De repente, una sola silueta apareció entre dos dunas no muy lejos de nosotros. No era un fogghoul, sino un cazador.

—¡Nayda! —susurré, tirando de mi amiga hacia mí para que se tumbara en la arena. Con suerte, quien se acercaba aún no nos había visto—. Hay alguien ahí.

Asomamos con cautela por encima de la duna más cercana para mirar a lo lejos. La persona siguió caminando hacia nosotras, sin inmutarse. No llevaba armas visibles y vestía con ropa escasa, de un color similar al de la arena. Cuanto más se acercaba, más claro se veía que era una mujer. Una mujer de piel dorada y cabello negro.

Se detuvo a unos veinte pasos de distancia y levantó las manos.

—¡He venido a hablar con la cazadora de la profecía! —gritó con voz firme y sin miedo, y sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. ¿Cómo sabía que estaba aquí?

Capítulo 32



En tiempos difíciles, la Gran Madre
otorga el don de la vista a muchos seres.
Esto se manifiesta a sus portadores
de diferentes maneras.
Pero en las últimas décadas,
han sido principalmente mujeres fuertes
las que han podido vislumbrar el futuro.
La Gran Madre nos lo envía.

Del diario de la suma sacerdotisa Rosaria

Jadina

Me levanté lentamente de la arena, pero no bajé el arco. Cuando la cazadora me vio, sonrió.

—Hola, Jadina —dijo, dando unos pasos hacia mí—. Me alegro mucho de conocerte al fin.

—¿Cómo sabes mi nombre? —le pregunté, tensando el arco a modo de advertencia, pero ni siquiera eso impidió que la mujer siguiera caminando hacia mí.

—¡Detente, maldita sea! —gritó Nayda, también con una flecha en la cuerda.

—La Gran Madre me dijo que vendrías —continuó imperturbable, sin perder la sonrisa. ¿Por qué, en nombre de los dioses, no se detenía?

—¡Te he dicho que te detengas! —le advertí y, al mismo tiempo, disparé una flecha, que se clavó en la arena justo delante de sus pies.

—Estoy aquí para advertirte. —Ahora inquieta por mi flecha, no dio otro paso hacia nosotros—. No vengas a nuestras aldeas. Te matarán, digas lo que digas.

Fruncí el ceño y volví a mirar a la cazadora. Era joven, probablemente de mi edad. De cerca, ahora podía ver que su ropa estaba rota y sucia. Estaba tan demacrada que se le marcaban los huesos. Su cuerpo temblaba por el esfuerzo, al igual que sus labios agrietados.

Cilia siempre había hablado de las maravillosas celebraciones, y cuando imitaba a su abuelo, siempre era en la mesa, mientras comían. Así que di por sentado que mi pueblo vivía bien.

Pero esta joven que tenía delante representaba todo lo contrario de lo que creía hasta ahora

—¿Sabías que nunca aprendimos a usar el arco? —oí la voz de Fenja diciendo esas palabras en mi memoria, las que me confió en la plataforma. Si era el miedo lo que había hablado por ella, todavía no lo sabía.

La cazadora que tenía delante no llevaba armas.

—¿Has aprendido a usar el arco y las flechas? —le pregunté, colocando una nueva flecha en la cuerda sin tensarla.

Un poco confundida por el cambio de tema, ella negó con la cabeza.

—Ninguno de los nacidos después de la maldición ha aprendido. Solo los ancianos que aún provienen de la Eclaria unida saben cómo usar esa arma.

—Nos los quitaron. A nuestros padres. A todos nosotros. Hace mucho tiempo. —Más palabras de Fenja me inundaron a través de

mis recuerdos—. No fueron los jinetes de dragones quienes nos los quitaron. Fueron otros monstruos. Odian a las chicas como nosotras.

¿Acaso lo que dijo no fue producto del estrés que estaba viviendo? ¿Por su miedo?

Bajé el arco.

—¿Qué estás haciendo? —me espetó Nayda—. Es la estúpida enemiga.

—No, no lo es —dije y suspiré, porque por fin lo entendí—. Su propio pueblo es *su* enemigo. Mírala, Nayda. Apenas puede mantenerse en pie. No está aquí para matarnos. Todo lo contrario. ¿Cómo te llamas? —le pregunté a la cazadora, que seguía de pie justo detrás de la flecha que disparé momentos antes.

—Me llamo Kelyna. Y, por favor, no te dirijas a mí de forma tan formal. No estoy acostumbrada. Aquí solo usamos un lenguaje sencillo.

—Kelyna, ven con nosotros y podrás contarnos todo con más tranquilidad —la invité, bajando el arco de Nayda con la mano—. No te haremos daño.

Nayda gruñó molesta, pero luego cedió, y yo corrí hacia Kelyna. Cuando llegué a ella, saqué la flecha de la arena y la guardé en mi carcaj.

Como si una barrera invisible hubiera desaparecido con el proyectil, dio unos pasos temblorosos. Me horrorizó ver que sus pies descalzos estaban cubiertos de ampollas.

—Tenemos un sanador con nosotros que puede curar tus heridas.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—La Gran Madre me dijo que eres bondadoso. —Asintiendo con la cabeza, me miró fijamente—. Ella me envió para advertirte.

—Vamos a nuestro campamento antes de que oscurezca —sugerí —. Allí podrás contarnos más. —Nayda se había unido a nosotras. Llevaba su arco a la espalda, pero vi un cuchillo en su mano, que brillaba con un tono rojizo bajo los últimos rayos del sol.

Sabía que no conseguiría que guardara el arma, así que lo dejé estar. En su lugar, me adelanté para volver con nuestro grupo, con Kelyna siguiéndome. Nayda caminaba justo detrás de la cazadora, observando cada uno de sus movimientos con mirada aguda.

—Nos hemos encontrado con una cazadora y la estamos llevando de vuelta al campamento —le informé a Jarok—. *Por favor, dile a los demás que no representa ningún peligro.*

—¿Una cazadora? —preguntó mi dragón sorprendido—. *¿Tan lejos de su aldea y completamente sola?*

—Afirma que la Gran Madre la envió para advertirnos.

Pareció pensar por un momento. De repente, refunfuñó como si se le hubiera ocurrido algo.

—Lo más probable es que tiene el don de la visión, como tú, y cree que lo que vio fue enviado por la Gran Madre.

Eso tenía sentido. ¿Se les había informado a los cazadores sobre sus habilidades? Fenja y Ari, que, a diferencia de Cilia, no fueron entrenadas y adiestradas para eliminar al cazador de la profecía durante las pruebas de los jinetes de dragones, conocían sus dones y también habían sido capaces de utilizarlos.

En ese momento, el campamento apareció a la vista detrás de una duna. Kelyna soltó un grito de miedo y solo entonces me di cuenta de que le tenían miedo a los dragones. Cayó al suelo y miró con los ojos muy abiertos a Jarok, Elara y los demás. Ver tantas criaturas gigantescas tan de cerca debió de aterrorizarla. Después de todo, creció con las historias más terribles sobre ellos.

—Kelyna —le dije, agachándome a su lado—. Los dragones no te harán daño.

Pero mis palabras parecían no surtir efecto en ella. Seguía mirando a los dragones, gimiendo.

Luché con mi decisión por un momento, pero sabía que ella podía proporcionarnos información importante que necesitábamos.

—Jarok, ustedes, dragones, deben irse. Ella les tiene mucho miedo. Esperen detrás de la siguiente duna hasta que los llamemos. Por favor, pide a Elara que le diga a Kayden que deje flotar también a Troas.

—¿Estás segura? ¿Y qué pasa con los Fogghouls? —preguntó mi dragón con preocupación.

—Los llamaremos si hay algún peligro —le prometí, y al momento siguiente vi a todos los dragones levantar el vuelo y desaparecer tras una duna.

—Ya se han ido, ¿ves? Vamos, continuemos hacia el campamento. Tú puedes —

animé a la joven cazadora, que ahora respiraba como si hubiera estado conteniendo la respiración.

Ella asintió y se puso en pie, temblando, solo para arrastrarse hasta nuestro campamento. Los demás ya nos estaban esperando, y Lenn sonrió mientras le entregaba a Kelyna una botella de agua, que ella aceptó agradecida y ya completamente libre de miedo.

Vació la botella a grandes tragos y, cuando Lenn también le ofreció carne seca, se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Cuánto tiempo llevaba sin comer nada?

—Ven, siéntate —le dije, señalando una de las mantas extendidas en el suelo—. Así Fely podrá mirarte los pies.

La joven sonrió.

—No es necesario. Estoy acostumbrada a tener ampollas todo el tiempo. No malgastes tu medicina en mí.

Sin embargo, se sentó y yo me senté a su lado. Nayda, que todavía sostenía el cuchillo, se sentó al otro lado.

El resto del grupo también se unió a nosotros, excepto Kayden, que se quedó un poco apartado y vigilaba los alrededores. Al parecer, asumió en silencio la primera guardia. Hubiera preferido tenerlo a mi lado, pero estábamos en medio del desierto. Desprotegidos. Era bueno que él asumiera esa responsabilidad.

—Esta es Nayda —dije, señalando a la jinete que empuñaba su arma con expresión severa. Sin embargo, Kelyna le sonrió. —Estos son Lenn y Dex —presenté a los dos hombres a mi derecha. Luego señalé a Fely, que se había sentado junto a Nayda—. Fely es la sanadora de la que te hablé. Si cambias de opinión, no dudes en hablar con ella. —Luego señalé a Kayden—. Y allí está Kayden.

—Tu alma gemela —añadió la cazadora, provocándome un escalofrío. ¿Qué más sabía?

—Así es —dije vacilante, mirando a Kelyna, que a su vez examinaba a Kayden con mente alerta y expresión seria—. ¿Qué te trae por aquí? —Intenté distraerla de mi marido. No me gustaba nada la mirada que le dirigía. Era demasiado aguda y crítica.

Me miró y volvió a sonreír.

—Como he dicho, me envía la Gran Madre.

—¿Quieres decir que tienes el don de la visión? —quiso saber Dex, que parecía haberlo comprendido tan rápido como Jarok.

Kelyna asintió.

—Sí, veo el futuro. En esos momentos veo muchas cosas insignificantes, pero de vez en cuando, como en este caso, la Gran Madre me envía en una misión. —Su mirada se dirigió al cielo, como si pudiera ver a su visión entre las nubes rosadas—. Me mostró en qué dirección debía correr para encontrarlos y entregarles su mensaje.

—¿Así que solo empezaste a correr? ¿Sin agua ni provisiones? —preguntó Lenn con asombro.

—Era urgente, así que no tuve tiempo de preocuparme por esas nimiedades —respondió, levantando la barbilla.

—¿Y si no hubiéramos aparecido aquí o hubieras corrido en la dirección equivocada? —preguntó Fely, acercándose un poco más y mirándola con curiosidad.

—Confío en la Gran Madre. Ella nunca me llevaría en la dirección equivocada.

—¿Cuál es exactamente el mensaje que se supone que debes entregarnos? —Interrumpí esta discusión sobre una situación que, de todos modos, ya no se podía cambiar.

—El mensaje es que no deben acercarse a las aldeas de los cazadores.

Miró a su alrededor con expectación y su mirada se posó en mí.

—¿Por qué no? —quise saber, frotándome las palmas sudorosas en los pantalones.

La cazadora se inclinó hacia mí, como si fuera a susurrarme un secreto al oído.

—Porque sería demasiado peligroso.

—Pero solo queremos…

—Lo sé —me interrumpió con cierta impaciencia—. Solo quieren enviar a la Vile ante los ancianos para que les diga que la profecía se malinterpretó y que tú, la cazadora de la profecía, no has venido a destruirlos, sino a salvar a toda Eclaria, y por lo tanto también a ellos, de la maldición.

Atónito, exhalé el aire de mis pulmones y me di cuenta de que todos los demás también miraban a la joven con incredulidad. Incluso Nayda bajó brevemente el cuchillo, solo para apretarlo aún más después.

—¿Cómo lo sabes? —susurré.

—Me lo dijo la Gran Madre.

Capítulo 33



El código de honor es una ley irrevocable, incluso sagrada, entre los dragones.
Una ley irrevocable, sagrada.
Ningún dragón lo infringiría jamás.
Ni siquiera ante la muerte.

Libro de texto para el tercer año de la Rider Academy

Jadina

¿Por qué se lo pregunté? Podría haber averiguado la respuesta por mí misma.

—Pero al menos tenemos que intentar convencer a los cazadores de que la profecía tal y como ellos la conocen no es cierta —protestó Fely, para mi sorpresa.

—Estoy de acuerdo —dijo Dex—. Necesitamos a los cazadores como aliados.

—¿De qué te sirven los aliados si estás muerto? —preguntó Kelyna, mirándonos desafiante.

—Quizás podamos convencerlos después de todo —insistí, pero la cazadora solo negó con la cabeza de forma enérgica.

—Nunca podrás *convencer* a los ancianos, porque ellos ya conocen la verdad.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Conocen la verdadera traducción y aun así intentaron asesinarme? —La ira recorrió mis venas, ardiente y destructiva. Sabiendo esto, no solo intentaron quitarme la vida, sino que también habían enviado deliberadamente a muchas cazadoras a la muerte en las Pruebas de los Jinetes Dragontinos.

—Los ancianos no quieren que se cumpla la profecía. Quieren que Eclaria quede en manos de los cazadores, sin los jinetes de dragón. —La mirada de disculpa de Kelyna se posó en mis amigos.

—Eso me suena —murmuró Dex mientras suspiraba y se pasaba los dedos por el cabello, pensando, como el resto de nosotros, en Gronus, que quería lo mismo para los jinetes.

—¿Así que los cazadores quieren destruir a los jinetes de dragón y los jinetes de dragón quieren destruir a los cazadores? —preguntó Lenn incrédulo—. ¿Por qué?

—Es por el maldito odio —resumió Nayda—. Durante el último siglo, se ha acumulado tanto en ambos bandos que la razón ha perdido finalmente el control. Cada pueblo culpa al otro de sus muertes, de su situación, de todos los malditos problemas.

—Lo mismo ocurre con los ancianos de los cazadores —confirmó Kelyna la afirmación de Nayda—. Para imponer esta visión entre el pueblo, cruzan todos los límites. —Bajó la cabeza con tristeza—. Los hombres y mujeres que creen en la verdadera profecía son ejecutados. Los niños con dones poderosos son separados de sus padres, y las niñas que creían que podían ser las cazadoras de la profecía también son asesinadas. Han destruido pueblos enteros y lo han presentado como un ataque de los jinetes

Le puse con suavidad la mano encima.

—¿Cómo sabes todo esto?

Me devolvió una sonrisa dolorida mientras me miraba. Sus ojos estaban llenos de lágrimas contenidas.

—Mi madre también tenía el don de la visión. Me lo contó todo antes de presentarse ante el Consejo de Ancianos para interpretar la verdadera traducción de la profecía que recibió de la Gran Madre. La escucharon, solo para quemarla en la hoguera delante de todos en

el centro del pueblo. Justificaron su muerte diciendo que había traicionado a nuestro pueblo ante los jinetes.

Al pronunciar las últimas palabras, su voz se volvió muy suave, casi como si no se atreviera a revivir el pasado en sus recuerdos.

—¿Estabas allí? —preguntó Lenn con delicadeza.

—Solo tenía doce años. Mi padre también había sido ejecutado dos años antes. Pero tenía una tarea que completar en nuestro pueblo. Mi madre lo sabía y no dejaba de decirme que, pasara lo que pasara, tenía que quedarme allí hasta que la terminara. Hasta que ocupara mi lugar en la historia.

Un escalofrío me recorrió la espalda, ya que esa instrucción era muy similar a la promesa que yo tuve que hacer a mis padres cuando era niña.

«Yo, Jadina, prometo que pase lo que pase, nunca perderé la esperanza y seguiré viva para ocupar mi lugar en esta historia», las palabras que había dicho hacía tanto tiempo pasaron por mi mente, palabras a las que todavía me sentía atada hoy en día.

Tragué los recuerdos que afloraron en mi mente con esas palabras. No era el momento de pensar en mis padres.

—Así que me quedé e hice lo que tenía que hacer. Mostré a todos los que quisieron escucharme el camino que debían seguir. —Las lágrimas desaparecieron y el orgullo volvió a su voz.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, frunciendo el ceño. Habló de forma tan confusa que no podía estar segura de que estuviera en su sano juicio.

—Les mostré el camino hacia los rebeldes —respondió Kelyna con los ojos brillantes.

—¿Los rebeldes? —preguntó Nayda, cuestionando su elección de palabras.

—Sí, esos cazadores que no comparten las opiniones de los ancianos y están esperando a que la cazadora de la profecía se una a ellos.

—¿Así que hay cazadores que quieren luchar de nuestro lado? ¿Por una Eclaria unida? —quise saber. ¿Cuántos habría? ¿Quizás treinta o cincuenta?

—¿Cuántos rebeldes hay? —preguntó Dex, que, por supuesto, no dejaba nada al azar.

—Debe de haber unos dos mil a estas alturas —respondió la cazadora, sonriendo—. La noticia se ha extendido por las distintas comunidades de las aldeas. Algunos cazadores se han propuesto reclutar a otros. Y ahora que la cazadora de la profecía está realmente entre nosotros, el flujo de recién llegados crece cada día. La gente ansía la libertad, y no la tiene bajo la opresión de los ancianos de las aldeas. Quieren recuperar a su reina y a su rey.

Con sus palabras, la presión sobre mis hombros se sintió de repente mucho más pesada y mis manos temblaron. ¿Y si no podía estar a la altura de sus expectativas? Estos cazadores estaban arriesgando sus vidas, creyendo en un futuro mejor gracias a mí.

—Eres una reina, Jadina —gruñó Jarok de repente en mi mente —. *No solo los demás deben creer en ti, sino que tú también debes hacerlo.*

Tenía razón. Se merecían que compartiera su fe, porque de lo contrario se perdería toda esperanza.

—¿Dónde encontraremos a estos rebeldes cuando llegue el momento de que luchen junto a nosotros? —pregunté, con los dedos ya sin temblar.

—Se te revelarán, igual que los rebeldes de los jinetes de dragón —respondió la cazadora con confianza.

—¡No hay rebeldes entre los jinetes de dragón! —exclamó Dex, y Lenn y Nayda también la miraron con escepticismo—. ¿De qué estás hablando?

—Sí, los hay —respondió Kelyna con firmeza. Parecía muy segura de sí misma—. La Gran Madre me mostró su asentamiento. En un valle cerca de un enorme lago.

Las imágenes pasaron ante mis ojos y volví a verlas, las casas y las luces en un valle sobre el que había volado solo con Elara durante mi primera lección de vuelo. Recordé haberle preguntado a la dama dragón si los jinetes no vivían todos en lo alto de las montañas.

—¿Elara? —le pregunté ahora en el silencio de nuestros pensamientos—. *En el valle sobre el que volamos entonces, ¿quién*

vive realmente allí?

—Los rebeldes, por supuesto —respondió con una risita—. *Volé por una ruta que ningún otro dragón volaría para que tú, y solo tú, pudieras verlos. Los asentamientos que se suponía que nadie en el castillo debía conocer. Ni siquiera mi jinete.*

—Pero ¿cómo sabías tú de su existencia?

—Todos los dragones conocen el valle de los rebeldes y todos los dragones vuelan a su alrededor. Incluso aquellos que quieren sustituir al Señor de los Dragones lo respetan. Es por nuestro código de honor —explicó.

—Kelyna dice la verdad —dije, interrumpiendo una acalorada discusión sobre la existencia de los jinetes rebeldes que se había desatado durante mi conversación con Elara—. Vi su asentamiento junto al lago.

De repente, todo quedó en silencio. Sentí la mirada de Kayden sobre mí, que se había acercado un poco más a nuestro campamento. Al parecer, para averiguar de qué se trataba la discusión. Más tarde, tendría que explicarle que cuando los vi, no sabía que allí vivían rebeldes.

—¿Cuántos son? —preguntó Lenn con los ojos muy abiertos.

—A juzgar por el asentamiento, es probable que haya unos dos mil —consideré.

—¿Cómo es posible que no lo hayamos visto? —cuestionó ahora Dex.

—He sobrevolado este maldito lago tantas veces y nunca me he fijado en ningún asentamiento. —Nayda me miró con curiosidad.

—Los dragones nunca vuelan sobre él de forma deliberada —respondí contrita.

—¿Los dragones lo saben? ¿Sunny lo sabe? —Dex bajó la mirada, dolido, y el dolor se reflejó también en los rostros de los demás jinetes.

—¿Y tú lo sabes porque…? —preguntó Kayden con brusquedad, acercándose a mí.

—Porque Elara sobrevoló el asentamiento conmigo —respondí con sinceridad, y su mirada se dirigió con ira hacia la duna detrás de la cual los dragones nos esperaban. Sabía que ahora estaba

discutiendo con Elara. Tenía las mandíbulas apretadas y rechinaba los dientes. La tensión y la ira eran evidentes en toda su postura. Incluso había apretado los puños y sentí que la arena a nuestro alrededor se agitaba. Mi propia magia del aire, que recibí de Kayden cuando se fortaleció nuestro vínculo, se agitó dentro de mí. Inmediatamente reprimí su rebelión.

—Kayden —dije con suavidad para llamar su atención. Al mismo tiempo, dejé que mi magia fluyera dócil hacia él a través de nuestro vínculo espiritual. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, él cerró los ojos y tantas emociones se reflejaron en su rostro que ni siquiera pude captarlas todas. Sus puños se relajaron y se balanceó de forma ligera.

—¡Me estoy calmando! —me gritó angustiado. Sin duda, no le resultaba fácil apaciguar sus emociones y su magia. Pero poco después, abrió los párpados, respiró hondo y su mirada volvió a ser clara—. Tenemos que encontrarlos —dijo—. Para que se unan a nosotros. —La determinación se reflejó en su rostro.

—No encontrarás a los rebeldes de los cazadores hasta que ellos se revelen ante ti —respondió Kelyna.

—Y ahora sabemos dónde está nuestra gente —suspiró Dex—. Eso significa que podemos continuar con nuestra misión y centrarnos primero en encontrar las rosas.

—Es más prudente formar un ejército primero, y para eso necesitamos a los rebeldes —discrepó Kayden—. Necesitamos aliados.

—Pero Kelyna dice que no encontraremos a los cazadores de todos modos. —Lenn miró alternativamente a sus dos amigos—. ¿No tiene más sentido aprovechar el tiempo para buscar las rosas?

—Creo que Lenn y Dex tienen razón —intervine—. Una vez que encontremos las rosas, podremos reclutar a los rebeldes y los cazadores nos encontrarán. Confío en Kelyna y en su opinión.

No miré a Kayden mientras pronunciaba estas palabras. Hasta ahora, siempre habíamos estado de acuerdo, y no sabía muy bien cómo lidiar con esta diferencia de opinión. Ya estaba dolido porque Elara le ocultara la existencia de la aldea de los rebeldes. Esperaba no estar ahora hiriendo aún más esa herida.

—Yo también estoy a favor de buscar las malditas rosas —interrumpió Nayda mi línea de pensamiento.

—Yo también —añadió Fely.

—Entonces está decidido —dijo Kayden con cierta frialdad—. Buscaremos las rosas primero. —Su mirada se posó en la mía y un escalofrío me recorrió la espalda. Me miraba con una frialdad desconocida y yo quería levantarme de un salto, abrazarlo, decirle cuánto lo amaba y besarlo. Pero en ese momento, vi un par de ojos brillantes detrás de Kayden.

¡Mierda! ¡Los fogghouls nos habían encontrado!

CAPÍTULO 34



Los guardias de las comunidades de la aldea
están entre los mejores arqueros de los cazadores.
¿De qué otra manera puedes protegerte de monstruos
que ninguna forma de magia puede matar?

Entrada del diario de un anciano de las aldeas orientales
de Nasgardia

Jadina

Me puse en pie de un salto con mi arco y una flecha colocada.

—¡Tomen sus armas! ¡Ya! —grité a los demás mientras disparaba la primera flecha justo por encima de la cabeza de Kayden, alcanzando el par de ojos brillantes que tenía detrás. El monstruo cayó al suelo con un aullido y se quedó allí retorciéndose.

Kayden siguió la trayectoria de mi proyectil, que ahora sobresalía del ojo del Fogghoul. Su respiración era más rápida que antes. ¿Pensaba que iba a dispararle?

Antes de que pudiera pensar más en ello, oí un suave gruñido detrás de mí. Miré a mi alrededor con urgencia. Para mi horror, me di cuenta de que unos ojos brillantes emergían de la penumbra en

todas direcciones. Estábamos rodeados. Por toda una manada de estos monstruos. Debía de haber más de una docena.

Nayda también se colocó a mi lado con el arco tensado.

—¿Cuántas flechas tienes en tu carcaj? —preguntó con calma, y la admiré por su compostura frente al enemigo, que nos superaba en número.

—Solo cinco —respondí, sabiendo ya que no serían suficientes—. ¿Y tú?

—Por desgracia, tampoco tengo muchas.

En ese momento, el águila bebé se movió en el cuello de mi uniforme.

—Limycu, quédate en tu escondite. No es seguro para ti estar aquí fuera.

Inmediatamente sentí cómo se retiraba al interior del traje de cuero, donde se acurrucó contra mi piel, con el corazón latiendo a la carrera.

Lenn y Dex habían desenvainado sus espadas y yo disparé la siguiente flecha a uno de los monstruos, alcanzándole en el cuello. Al mismo tiempo, oí que Nayda, a mi lado, apuntó a un fogghoul. Teníamos que acabar con tantos como fuera posible lo más rápido posible, porque el sol ya se había puesto y el crepúsculo pronto daría paso a la oscuridad total.

—¡Jarok! —llamé a mi dragón, y estaba segura de que los demás también se estaban comunicando con los suyos—. *¡Estamos rodeados por una manada de fogghouls!*

—¡Ya vamos! —le oí responder en mi mente. Al momento siguiente, vi las siluetas de los dragones de Jarok, Sunny, Trihar, Molgar y Julze elevándose hacia el cielo en la distancia. Al parecer, Elara se había quedado atrás con Troas, detrás de las dunas.

—¡Elara! —la llamé también—*. Quédate con Troas. Sería demasiado peligroso.*

—Lo haré —confirmó.

—Pero yo también quiero luchar contra esos demonios gigantes —oí decir a Troas con tono desafiante—. *Es injusto que tenga que quedarme aquí.*

Acallé su voz en mi cabeza y disparé otra flecha a los monstruos. Ahora que los dragones se acercaban, se habían acercado mucho más. Avanzaban tanto hacia nuestro campamento que Jarok y los demás ya no podían usar su fuego contra ellos sin ponernos en peligro.

Y ahora que estaban tan cerca, podía calcular mejor su número. Nunca había visto una manada tan grande. No eran solo una docena, sino dos docenas de estos monstruos.

La saliva goteaba de sus bocas y las púas afiladas como cuchillas de sus espaldas huesudas se erizaban amenazándonos. Podían oler el miedo, y sabía que incluso al guerrero más experimentado le resultaría difícil reprimir su miedo ante la visión que se nos presentaba allí.

En ese momento, todos estábamos de pie en círculo con nuestras armas desenvainadas, con Nayda y yo a cada lado. Kelyna estaba sentada dentro del círculo, con la mirada fija en los monstruos. Para mi sorpresa, no pude detectar ningún pánico en sus ojos. ¿Acaso ya había previsto que los monstruos nos sorprenderían?

Me hubiera gustado preguntárselo, pero el peligro se acercaba cada vez más. Así que volví a mirar hacia delante. Solo me quedaban dos flechas y al menos diez pares de ojos me miraban con avidez mientras se acercaban. Sabía que tenía que decidir a cuál derribar con mis flechas restantes. Así que elegí al más grande de ellos y le clavé la flecha en el ojo. Penetró con un golpe seco. La bestia se quedó inmóvil hasta que se derrumbó en la arena con un último aullido.

Pero no tuve tiempo de regodearme en mi victoria. Rápida y deliberadamente elegí a mi siguiente víctima, seleccionando al fogghoul con el físico más poderoso. Con dedos temblorosos, saqué la última flecha de mi carcaj y apunté al monstruo.

—Esta es mi última flecha —le dije a Nayda, que estaba detrás de mí y acababa de disparar una.

—Yo tampoco tengo más —dijo resignada y desenvainó su espada con un movimiento fluido.

Mi última flecha silbó en el aire y se clavó hasta el fondo en la garganta de su víctima. Sin embargo, no pude ver si el disparo fue

mortal porque, en ese momento, los primeros monstruos comenzaron a saltar.

En lugar de quedarme paralizada por el terror, sentí cómo mi magia afloraba a la superficie y se acumulaba en mis manos en forma de bolas de luz. Al mismo tiempo, sentí la magia del aire de Kayden agitándose dentro de mí. Me envolvió como si intentara persuadirme para que también la liberara. Su maestro ya lo había hecho, porque sentí el viento tirándome del cabello y la arena arremolinándose a mi alrededor.

Kayden creó un muro de arena y, al mismo tiempo, oí aullidos procedentes de detrás de él en algunos lugares. ¿Qué estaba pasando allí?

Confusa, lo miré. Mi alma gemela estaba un poco apartado de nuestro círculo, con las manos en los bolsillos, mirando la pared de arena como un espectador ajeno. Su rostro mostraba una dureza que nunca había visto antes y, al mismo tiempo, una sonrisa de satisfacción se dibujaba en sus labios.

En ese momento, tres monstruos atravesaron la cortina que nos separaba de ellos y aterrizaron justo delante de nosotros. Sus ojos estaban desorbitados, sus poderosas garras se hundían en la arena y la saliva colgaba en hilos de sus largos colmillos.

—¡Mierda! —oí gritar a Nayda detrás de mí, lo que me indicó que varios fogghouls también habían llegado hasta ellos.

Uno de los monstruos me miró directamente. Una de mis flechas estaba clavada en su garganta. ¡Mi última flecha!

¡Maldición! No lo rematé y ahora viene a vengarse.

Gruñendo, se abalanzó hacia delante. Ahora solo nos separaban unos cinco pasos. Podía oler su aliento apestoso.

Sin pensarlo dos veces, le lancé mi magia de luz. La bola se disparó hacia él como un rayo y le dio justo en el hocico, justo debajo del ojo. Pero en lugar de estallar en llamas como era de esperar, solo gritó un momento, se frotó la enorme garra sobre el lugar donde le golpeé y, al momento siguiente, se acercó aún más, gruñendo.

Paralizada, me quedé mirando el pelaje debajo de su ojo, que mostraba una ligera quemadura, pero nada más.

¿Cómo era posible? Le lancé la siguiente bola, pero solo conseguí enfurecerlo más de lo normal. ¿Por qué mi magia de luz no funcionaba con ellos?

El sudor me corría por la espalda y, con las palmas húmedas, saqué con resignación dos cuchillos de mi cinturón de armas.

Se desató el caos detrás de mí, y los sonidos del acero sobre la carne se mezclaron con los gritos de mis amigos.

Como en trance, lancé el primer cuchillo a mi atacante. Esta vez le di en el ojo, pero el fogghoul ni siquiera cayó al suelo cuando vi a otro miembro de la manada saltando hacia mí por el rabillo del ojo.

¿Cómo pude estar tan segura de que mi magia me haría invencible? ¿Fue la arrogancia lo que ahora podría costarme la vida? ¿Habría tomado decisiones diferentes y más acertadas sin ella? ¿Cómo habría actuado entonces, cuando aún era un auténtico niño del desierto?

Clavé mi segundo cuchillo en el ojo del otro Fogghoul. Tal y como me habían enseñado mis padres, tal y como había defendido y salvado mi vida en el pasado.

Por fin liberada de mi parálisis, corrí hacia el cuerpo desplomado, saqué el cuchillo de la herida, solo para caer de rodillas y deslizarme bajo el siguiente fogghoul a través de la arena. Había doblado la espalda hacia atrás mientras sostenía mi arma con firmeza con ambas manos y corté al monstruo de adelante hacia atrás por completo.

La sangre caliente goteaba por mis dedos y salpicaba mi cara. La arena a mis pies crujía de forma familiar mientras me ponía de pie detrás del fogghoul tambaleante y blandía el cuchillo con suficiente impulso hacia mi siguiente víctima.

Su gruñido se convirtió en un gorgoteo cuando mi arma se clavó en su garganta. Todo mi cuerpo pareció crepitar con energía, como si pequeños rayos lo atravesaran.

Volví a correr, sacando el cuchillo de la garganta de mi víctima, solo para girarme hacia mi siguiente atacante con un movimiento fluido que había practicado cientos de veces en la sala de simulación del castillo de Dragonfall, y cortarle la garganta con mi cuchillo.

Mi respiración era rápida, pero mi corazón latía a un ritmo constante y tranquilo. Esta era mi verdadera arena, no plataformas suspendidas por cuerdas y tiradas a través de las cimas de las montañas. Aquí era donde pertenecía.

El crepúsculo dio paso a la oscuridad de la noche, pero mis sentidos hacían que todo pareciera tan brillante como el día. Aproveché cada sonido, cada crujido en la arena, cada acercamiento del aliento fétido de uno de los monstruos y cada destello de ojos brillantes. Los fogghouls se convirtieron en blancos fáciles, a merced de mis nuevas habilidades combinadas con mis años de experiencia luchando contra ellos.

Así que me abrí paso entre la manada con mi cuchillo, que, a pesar de mis esfuerzos, no parecía disminuir. ¿Cómo podía ser?

—¿Sabes por qué no disminuye el número de fogghouls? —le pregunté a Jarok, a quien no podía ver en el cielo nocturno.

—Es porque siguen llegando más desde todas las direcciones. Te atraen como las moscas a la mierda —respondió—. *Estamos haciendo todo lo posible por eliminarlos antes de que lleguen a ti, pero siempre hay alguno que se cuela entre nuestras defensas.*

«¡Por los dioses!». Desvié mis sentidos hacia la batalla que se libraba a mi alrededor, y las noticias no eran mejores. Podía oír que mis amigos estaban perdiendo fuerzas. Sus golpes con las armas eran menos rápidos y potentes que antes, sus movimientos más lentos. No podrían resistir mucho más este ataque.

De repente, sentí una mano en mi hombro. Me giré por reflejo y puse la hoja de mi cuchillo en la garganta de la persona, solo para darme cuenta un momento después de que era Kelyna.

—Es hora de que te vayas —dijo con calma—. Tienes una tarea importante que completar.

—Lo sé, pero cada vez se unen más Fogghouls a la lucha. Es inútil.

—No, no lo es. Siempre hay una manera. No lo olvides, Jadina. —Retiró la mano de mi hombro y dio unos pasos por la arena. ¿Qué quería decir con eso? Confundida, encendí una bola de luz en la palma de mi mano para poder verlo mejor. Entonces se volvió hacia mí por última vez.

—Estás en peligro, Cazadora de la Profecía. Cuídate mucho. Mi tarea por fin ha terminado. —Una sonrisa se dibujó en su rostro. Era tan feliz y relajada que me encontré sonriéndole también.

Al momento siguiente, sacó una flauta de madera del bolsillo de su ropa. Con una última sonrisa en mi dirección, se dio la vuelta, se alejó unos pasos de nuestro campamento y tocó la primera nota.

Los fogghouls que nos rodeaban se detuvieron en seco mientras Kelyna seguía tocando. Entonces, los monstruos se abalanzaron sobre ella tan rápido que el grito se me atragantó en la garganta.

Capítulo 35



Esta guerra será
como todas las anteriores,
se cobrará muchas víctimas.
Algunas serán olvidadas,
pero otras perdurarán en la memoria.

De las Crónicas de Tulas

Jadina

—¡No! —susurré, ahogándome, y estaba a punto de correr hacia Kelyna para salvarla de los monstruos, que ahora estaban todos concentrados en ella. Pero entonces un brazo me rodeó la cintura y me sujetó con tanta fuerza que no pude moverme.

—Ya no puedes salvarla —oí la voz de Kayden justo al lado de mi oído—. Ella tomó esta decisión para que podamos escapar. Déjala hacerlo con dignidad.

Un temblor recorrió mi cuerpo y mi visión se nubló. Lágrimas calientes corriron por mi rostro sucio y manchado de sangre, y tenían un sabor amargo en mi lengua.

—No —respondí, sollozando. No podía soportar ver morir a otra alma inocente—. Tengo que salvarla.

En ese momento, su flauta se calló y los fogghouls que la rodeaban ya no dudaron. De un salto, se abalanzaron sobre ella, y su grito atravesó la noche como un rayo atraviesa las nubes. La magia de luz que aún sostenía en mi mano se extinguió, sumiendo la escena ante mí en la oscuridad.

A pesar del brazo de Kayden, que permanecía firme, incluso despiadadamente, alrededor de mi cintura, mis piernas cedieron y me desplomé en el suelo.

—No debería haberse sacrificado —sollocé, escondiendo mi rostro entre las manos por un momento, hasta que oí el batir de unas poderosas alas detrás de mí.

—Vamos, Jadina, no dejes que su sacrificio sea en vano —dijo Kayden con firmeza, levantándome del suelo—. Tenemos que irnos ahora. —Los gritos de Kelyna penetraron profundamente en mi alma, y supe que me perseguirían en mis sueños.

Con estas palabras, me empujó sin piedad hacia nuestros dragones. Elara y Troas estaban entre ellos. ¿Kayden, al impedirme correr tras Kelyna, también había traído al chiquillo hasta aquí?

—Jadina era una mujer valiente —oí la voz de Jarok en mi mente —. *Vivirá en nuestros recuerdos.*

—Gracias, Jarok —respondí, y luego hice una pausa. Pude haber hecho algo por ella. Me separé de Kayden, encendí una pequeña luz en mi mano y dejé que mi mirada vagara sobre los fogghouls muertos.

—Tenemos que irnos ya —insistió—. Ya no puedes salvarla.

Entonces vi lo que estaba buscando. Una flecha. Corrí por la arena, que parecía tragarse mis botas con cada paso, hacia el monstruo y le saqué la flecha del ojo, donde yo mismo la había clavado hacía un momento.

Con el proyectil en la mano, volví corriendo hacia Jarok y trepé por su pata delantera hasta la silla de montar.

—¡Vamos, Jarok! ¡Deprisa! —grité mientras me deslizaba por las correas y las abrochaba. Mi dragón se elevó del suelo y, poco después, estábamos sobrevolando el lugar donde los fogghouls

seguían desgarrando el cuerpo de Kelyna. Sus gritos se habían convertido en gemidos y, mientras colocaba la flecha en el arco, susurré la oración por los muertos.

«Gran Madre, que nos creaste a nosotros y al mundo.

Gran Madre, que despertaste la vida y abrazaste la muerte.

Gran Madre, que compartiste y transmitiste el amor.

Gran Madre, llévame a tu jardín eterno de la vida.

Gran Madre, déjame velar por mis seres queridos desde allí y hazles saber que estoy donde no hay dolor, ni pena, ni odio.

Gran Madre, aquí termina mi río de vida y me sumerjo en tu tierra de miel y vino, para que el ciclo se complete».

Lancé una luz mágica directamente sobre la multitud de cuerpos negros, y allí la vi. Con los ojos muy abiertos por el terror, me miraba con fijeza. Sus gritos ahora eran solo susurros en sus labios temblorosos. Mi visión se nubló por un momento y el mundo se inclinó hacia un lado.

Mi disparo fue rápido y certero. Kelyna murió al instante, y Jarok voló hacia el oeste en ese mismo momento.

—Gracias, Kelyna —susurré, esperando que aún pudiera oírme en su camino hacia el reino de los muertos.

—Hiciste lo correcto —dijo Jarok—. *Le ahorraste mucho sufrimiento. Se merecía una muerte rápida después de mostrar tanto valor.*

—Sí, es cierto —respondí por lo bajo—. *Volemos a Ascradia y encontremos una de esas malditas rosas para que esta matanza pueda llegar a su fin.*

Mis palabras sonaban amargas incluso para mis propios oídos. Pero había visto lo pacífico que podía ser un reino. No quería nada menos para Eclaria que lo que experimenté en la Ciudad Dorada.

—Dile a los otros dragones que volaremos a la antigua capital de los cazadores. Y, por favor, comprueba que todos estén bien» —le pedí a Jarok.

Cuando encendí mi luz mágica, vi a Fely por un momento, que había ascendido al cielo. Parecía ilesa. Kayden tampoco mostraba signos de heridas graves. Pero en algún momento durante la batalla contra los monstruos había perdido de vista a los demás.

—*Excepto por algunas heridas leves, todos están bien* —me informó Jarok poco después. El alivio recorrió mi cuerpo, cálido, disipando el frío que la muerte de Kelyna dejó dentro de mí.

—*Menos mal. ¿Podrán los dragones volar durante la noche?*

—*Eso no es ningún problema para nosotros, los dragones. Pero los Viles no podrán volar tan lejos.*

Eso era cierto. Fely debía de estar agotada tras la batalla contra los fogghouls y el viaje desde el castillo hasta el campamento en el desierto.

—*¿Podríamos llevarla con nosotros?* —le pregunté a Jarok con cautela, consciente de lo reacios que eran los dragones a aceptar a alguien que no fuera su jinete en su lomo. Elara me había dejado volar con ella, pero ahora sabía que lo hizo porque yo era el alma gemela de su jinete.

—*Como excepción* —gruñó, tan profundo que la sola palabra me hizo vibrar el estómago, dejándome claro su descontento con mi sugerencia.

—*Gracias, eres el mejor dragón que…* —Sí, ¿qué era yo ahora? ¿Una cazadora? ¿Un jinete? ¿Ambas cosas?

—*Una reina podría desear* —terminé la frase, eligiendo algo de lo que estaba segura—. *¿Podrías volar más cerca de ella?* —le pregunté, y él se desvió un poco hacia la derecha, donde Fely volaba con sus hermosas alas. En efecto, parecía muy agotada. Cuando estuvimos lo bastante cerca de ella, me giré hacia ella en la silla de montar.

—¡Fely! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Fely!

Fue solo la segunda vez que la Vile reaccionó, y vi que también le corrían lágrimas por la cara. Un poco avergonzada, se las secó con las manos.

—¿Sí? —respondió con voz entrecortada.

—¡Vamos, puedes volar con nosotros! ¡Todavía nos queda un largo camino por recorrer y debes descansar!

Abrió mucho los ojos y me miró a mí y luego a Jarok con la boca abierta. Su mirada recorrió todo su cuerpo y la vi tragar saliva.

—¡Ya estás demasiado agotada! —intenté razonar con ella—. ¡No puedes volar toda la noche!

En ese momento, fue como si mis palabras hubieran hecho que sus últimas fuerzas se desvanecieran en un instante. El agotamiento se reflejaba en su rostro y se tambaleó con una pequeña ráfaga de viento.

Finalmente, asintió con la cabeza, con los ojos aún escaneando a mi dragón con renuencia.

—¡No tienes por qué tenerle miedo! —le dije mientras acariciaba el cuello de Jarok—. Es inofensivo.

Jarok gruñó como para enfatizar que no estaba de acuerdo con mi descripción de su *inofensividad*. Entonces oí su voz en mi cabeza.

—No me hagas parecer un gatito. Al fin y al cabo, soy un dragón.

No pude evitar reírme, pero intenté reprimir la risa.

—No te preocupes, mi alado portador de la muerte. En el futuro me abstendré de hacer descripciones tan gentiles de ti.

La muerte con alas. Así solía llamar a los dragones. Cuando aún creía que habían arrasado las aldeas de mi pueblo.

Las palabras de Kelyna sobre los ancianos de los cazadores se clavaron en mis pensamientos. «Destruyeron aldeas enteras y lo hicieron parecer un ataque de los jinetes de dragones».

En ese momento, Fely se dejó caer detrás de mí sobre el lomo de Jarok y se aferró a mi cintura, temblando.

—¿Estás segura de que a tu dragón no le importa que vuele contigo? —preguntó, y pude oír el miedo en su voz.

—No te preocupes. Él ha dado su consentimiento. Relájate y descansa. Cuando lleguemos a Ascradia, seguro que no tendremos tiempo para eso.

Hábilmente aflojé algunas de las correas y las enrollé alrededor de las dos antes de volver a engancharlas al resto del arnés. De esa manera, no nos deslizaríamos de la espalda de Jarok mientras dormíamos.

—Lo intentaré —dijo con voz temblorosa—. Pero los gritos de Kelyna aún resuenan en mis oídos.

—En los míos también —respondí, y la tristeza por el sacrificio de la cazadora me oprimió la garganta.

—Gracias por poner fin a su sufrimiento.

Quería decirle que era natural que hubiera hecho eso por cualquiera, pero las palabras habrían sido palabras vacías. Mis acciones hablaban por sí solas. Así que solo asentí con la cabeza.

—Intentemos dormir un poco. Puedes apoyarte en mí —le dije por encima del hombro.

Fely me abrazó con más fuerza y, poco después, sentí el peso de su cabeza contra mi espalda.

—Tú también puedes dormir —me dijo Jarok, y su preocupación me conmovió.

—No sé si podré. Tengo la cabeza llena de todo lo que ha pasado. De todo lo que dijo Kelyna.

—Seguirá en tu cabeza cuando te despiertes. ¡Duerme! —La última palabra fue más un gruñido que una petición.

Tenía razón; después de todo, yo misma le acababa de decir lo mismo a Fely. Pero no solo nosotros dos necesitábamos descansar. Todos estaban agotados.

—¿Puedes decirles a los otros dragones que comuniquen a sus jinetes que necesitan descansar?

—Ya está hecho —respondió mi dragón, y pude percibir una sonrisa en su voz—. *Por una vez, puedes dejar de preocuparte por los demás, reina Jadina.*

—Siento ser demasiado protectora, pero me preocupo por todos ellos —dije con un tono un poco brusco, y me arrepentí en cuanto lo dije*—. No era mi intención. Es solo que estoy muy cansada.*

—Lo sé. Ahora duérmete.

Sabía que su siguiente petición sería más severa, así que hice lo que me pidió. En el desierto, a menudo había tenido que dormir sentada. En situaciones en las que sabía que tenía que estar preparada para coger mi arma. Así que ahora no me costaba nada relajarme en posición vertical y cerrar los ojos.

Los ojos muy abiertos de Kelyna me miraron desde la oscuridad. Un escalofrío me recorrió la espalda y tragué las lágrimas que se me acumularon en los ojos.

Esperaba que ahora estuviera reunida con su madre y su padre. Con Hades en el reino de los muertos.

Este pensamiento me dio esperanza, y sus gritos se desvanecieron lentamente en mi cabeza hasta que lo único que pude oír fue el batir constante de las alas de Jarok.

CAPÍTULO 36



Supe de inmediato
que la profecía eligió a la chica adecuada para este propósito.
No solo su poderosa magia fue decisiva en esto,
sino también su corazón.

De los registros de Hakon

Jadina

El aleteo fue lo primero que noté cuando desperté unas horas más tarde. El peso de Fely seguía sobre mi espalda y podía sentir su respiración constante. Estaba dormida.

Parpadeando, abrí los ojos y, de inmediato, noté el resplandor rojizo del sol naciente en el horizonte a nuestra izquierda.

Los dragones habían puesto rumbo al sur y, a lo lejos, divisé el océano. Ascradia no podía estar muy lejos.

—*Buenos días* —me saludó Jarok. Su voz aterciopelada acarició mis pensamientos como la seda.

—*Buenos días* —respondí y bostecé. Me hubiera gustado estirarme y relajar mis músculos cansados, pero eso habría despertado a Fely.

—¿A qué distancia está?

—Una hora de vuelo hasta la costa. Ascradia está justo más allá, pero un poco más hacia el interior. Por suerte, porque de lo contrario no podríamos llegar a la zona. La maldición nos impide volar cerca de la costa.

Entrecerré los ojos para mirar el horizonte, que se unía con el océano muy lejos de mí. No veía por ninguna parte la cúpula mágica que rodeaba nuestra isla y nos impedía salir de ella y que nadie de fuera entrara en ella.

Para que mis amigos de Aranga y los dragones de Aughurn pudieran unirse a nosotros, tenía que desactivarla. Con suerte, lo conseguiría. Junto con Kayden.

Mi atención se desvió hacia mi alma gemela, que estaba sentado erguido en la silla de montar, con los ojos también fijos en mí.

La intensidad de su mirada me sonrojó las mejillas y me hizo sonreír sin siquiera evitarlo.

Pero Kayden no me la devolvió. En cambio, siguió mirándome, con una mirada que me traspasaba, sujetándome con todas sus fuerzas, cautivándome. Casi como si temiera que pudiera volver a escapar de él. Nunca pensé que mi ausencia lo afectaría tanto. Él, el alto y temido jinete de dragón con su poderosa magia. El rey de los jinetes de dragón. Sabía que le costaba controlar sus emociones y, con ellas, su magia, que estaba vinculada a ellas. Sin embargo, siempre creí que nada podía perturbarlo. Que en lugar de perderse en esos sentimientos, se levantaría y lucharía. ¡Qué equivocada estaba!

Quería gritarle que no tenía por qué preocuparse, que no volvería a desaparecer, pero eso habría despertado a Fely y a los demás.

«¿Por qué, en nombre de los dioses, no podíamos comunicarnos mentalmente? ¿Como otras almas gemelas?».

Molesta, busqué nuestro vínculo espiritual e intenté transmitirle mi mensaje a Kayden a través de él, pero mis palabras parecían rebotar en el hilo. Sabía que tenía que funcionar. Lo sentía.

Con toda mi magia, lancé las palabras hacia nuestra conexión una vez más. Ella las gritó en mi mente, pero solo fue su eco lo que volvió a mi cabeza.

Cuanto más fracasaba, más me enfadaba, y sentía cómo la ira recorría mis venas. Kayden ladeó la cabeza y me miró con fijeza. Entrecerró los ojos y me sostuvo la mirada como hipnotizado.

De repente, sentí a Limycu retorciéndose para salir de mi uniforme y asomando su cabecita por mi cuello.

En cuanto aparté la mirada de Kayden y miré a la pequeña águila que me miraba con sus grandes ojos redondos, mi ira se evaporó.

«Algún día lograremos comunicarnos mentalmente», me dije a mí misma, acariciando nuestra conexión con cariño por última vez y luego centrándome en la pequeña bola de pelusa que ahora se había deslizado fuera de mi cuello.

Sus plumas me hacían cosquillas en el cuello y no pude reprimir una risita.

—Limycu, eso hace cosquillas —susurré, tratando de contener la risa para no despertar a Fely.

Pero el pequeño se frotó aún más contra mi cuello y, al final, me eché a reír.

—Buenos días —dijo Fely, bostezando detrás de mí y quitando la cabeza de mi espalda—. ¿Has dormido bien?

—Buenos días, Fely —respondí, todavía riéndome—. Sí, yo también he dormido un poco. Siento haberte despertado, pero Limycu estaba haciéndome cosquillas. Pequeño granuja —le dije al diminuto águila—, te dije que no me hicieras cosquillas. —Sin embargo, mis palabras no se correspondían con la reprimenda que quería darle, ya que seguía sonriendo de lado a lado.

—No pasa nada —dijo Fely, estirando los brazos hacia los lados para que pudiera verla con el rabillo del ojo—. Me siento bastante descansada.

Limycu saltó de mi hombro al de la Vile, que pronto también empezó a reírse. ¿Acaso el pequeño había percibido nuestra preocupación por lo sucedido la noche anterior? ¿El sacrificio que Kelyna hizo para salvarnos?

Alejé de mi mente las imágenes de sus últimos suspiros, pero no pude reprimir el escalofrío que me recorrió la espalda.

—¿Tú tampoco puedes sacarla de tu mente? —preguntó Fely.

—No —admití, frotándome la cara, casi como si pudiera borrar también el recuerdo—. Ya había pasado por tantas cosas en su vida y había sacrificado tanto. No es justo que tuviera que dar su vida. —La idea me enfureció tanto que apreté los puños y en el instante siguiente, sentí que la magia de Kayden intentaba surgir.

¡No! No podía perder la compostura y provocar una tormenta. Eso solo nos pondría en peligro.

Así que la acaricié con suavidad, le hablé con dulzura y, unos momentos después, se calmó, al igual que yo.

—¿Crees que de verdad encontraremos a los rebeldes de los que hablaba? —preguntó Fely, y yo ya había tenido ese pensamiento. ¿Y si no se nos mostraban, como dijo Kelyna?

—No lo sé —respondí con sinceridad—. Solo podemos esperar que todo lo que vio se haga realidad. En cualquier caso, podemos encontrar a los rebeldes de los jinetes. Ya había visto sus aldeas.

¿Serían capaces los otros jinetes de perdonar a sus dragones por el secreto que les ocultaron?

—Los rebeldes, unidos a los ejércitos de Brysalia continental y a los piratas de tu marido, deberían ser suficientes para derrotar a los cazadores y jinetes que se volverán contra nosotros. Pero ¿serán también capaces de plantarle cara a Attilus? No lo sabemos —señalé. Al fin y al cabo, no teníamos ni idea de si tenía aliados o si estaba reuniendo un ejército en secreto en algún lugar.

—¿Cómo está Marek? —preguntó Fely, y aunque sus palabras fueron solo un susurro, pude percibir el dolor en su voz.

—Está bien, pero se nota lo mucho que te echa de menos. Iría al infierno para salvarte si fuera necesario.

—No quiero que se ponga en peligro por mi culpa.

No pude evitar sonreír.

—Lo sé, y él también lo sabe, pero nada ni nadie podrá impedir que luche por ti.

Aunque la separación de su amada esposa lo estaba destruyendo, nunca había dejado de luchar por ella. Una vez más, mi mirada se posó en Kayden. ¿Por qué mi alma gemela renunció a sí mismo de esa manera? A pesar de que sabía que yo seguía viva.

Información que Marek solo recibió después de casi cien años. Que yo le transmití.

Con el ceño fruncido, miré al hombre al que amaba más que a mi propia vida.

—Por desgracia —dijo Fely con resignación a mis espaldas, devolviéndome al presente. Me giré para mirar a mi amiga. Sus alas colgaban flácidas a los lados y Limycu estaba sentado en su regazo, a quien acariciaba de tanto en tanto.

—Es fuerte, tiene una tripulación leal y no está solo. Elena, Lucian y Thalie lo acompañarán con sus ejércitos. No te preocupes. —Le acaricié el brazo.

—Tienes razón. Aun así, no puedo dejar de preocuparme. No solo por él, sino también por mis amigos. Por supuesto, me alegro de que no me hayan olvidado, pero sé por experiencia los sacrificios que exige la guerra y no quiero que pongan sus vidas en peligro por mí.

Lo entendía a la perfección. Me habría gustado mantener a mis amigos al margen e ir sola en busca de las rosas y a la guerra contra Attilus. Pero sabía que nunca podría impedir que me acompañaran. Para eso estaban los amigos. Yo también querría luchar junto a ellos si fueran elegidos para derrotar la maldición y salvar la tierra.

—Tenemos suerte de tener amigos tan fantásticos que permanecen a nuestro lado incluso cuando las cosas van mal y tenemos que ir a la batalla —dije, preguntándome cómo había sobrevivido sin ellos antes de llegar al castillo de Dragonfall. No quería volver a perderlos nunca más. Sonreí a Fely—. Así que, gracias por tu amistad.

Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras me miraba sorprendida. Pero luego me devolvió la sonrisa.

—Gracias por tu amistad también.

Me rodeó con sus brazos y se apretó contra mi espalda. Limycu, que ahora estaba sentado entre nosotras, chilló con fuerza. Era evidente que no le gustaba que lo apretaran tanto. Sin embargo, me incliné hacia su abrazo y le puse las manos sobre los brazos.

En mi mente, le di las gracias a la Gran Madre por aquel día en el desierto en el que creí que sería un buen día para morir.

En aquel entonces, entre los cadáveres de los Fogghouls, y más tarde, cuando me arrastré medio muerta por la arena caliente, no podía imaginar lo diferente que sería mi vida.

Mis amigos, los odiaba por haberme arrancado de mi amado desierto y haberme llevado a su castillo. Solo para enviarme a la muerte en las pruebas de los jinetes de dragón

Nunca hubiera imaginado que todo esto sería lo mejor que me podría haber pasado. Cada paso que había dado en este viaje desde entonces ahora me parecía acertado en retrospectiva y me había convertido en un nuevo ser. Una verdadera guerrera, una jinete de dragón, una amiga, una amante, una esposa, un alma gemela y una reina.

Si pudiera volver atrás en el tiempo, querría hacer todo exactamente igual otra vez. No importa cuánto dolor tuviera que soportar en el camino. Todo valió la pena.

Cada acontecimiento de las últimas semanas me llevó a encontrarme a mí misma, a descubrir mi magia y a transformarme de una cazadora solitaria en una amiga querida. En alguien digno de esta profecía y su propósito.

Capítulo 37



Especialmente al principio, emociones como
los celos y la posesividad
pueden dificultar la conexión del alma.
Es entonces cuando queda claro
lo fuerte que es en verdad la conexión.

Extracto del libro
The Connected, de Horacio

Kayden

Una vez más, mi mirada se posó en Jadina. La malvada Felycitia rodeaba con sus brazos a mi esposa y abrazaba con ternura a mi alma gemela.

La ira, los celos y la nostalgia ardían en mi interior. Se disparaban como flechas en llamas a través de mis venas, directamente hacia lo que quedaba de mi corazón. Hasta que cada una de esas flechas se empapó de odio. Mi magia se arremolinaba dentro de mí y luché por no liberarla de las cadenas en las que había estado atrapada durante varios días.

Solo liberé una pequeña parte. Se acurrucó gimiendo contra su contraparte encarcelada, mientras al mismo tiempo hacía sin esfuerzo lo que le pedía: hacer flotar a Troas, el dragón. Esta pequeña *hazaña* me parecía ridícula, a decir verdad. Me costaba poco esfuerzo. A diferencia de reprimir los pensamientos que seguían surgiendo y tratando de atormentarme. Pensamientos que tan a menudo parecían devorarme. Envolviéndome como una niebla espesa e impenetrable.

Jadina ha vuelto, me decía a mí mismo en esos momentos. Sin embargo, eso no me ayudaba en mi lucha por aclarar mi mente.

Incluso ahora, tiraba de mi conciencia, tratando de arrastrarme a una oscuridad infinita que me recordaba los tiempos en que mi mundo estaba saturado de esa negrura. En aquel entonces, cuando la maldición se abatió sobre nosotros y alimentó el odio entre los jinetes y los cazadores. Mi vida antes de ese momento y de la flecha que me atravesó se perdieron en mis recuerdos.

Solo la oscuridad en la que me sumí, mientras mi cuerpo luchaba contra ella, nunca pude olvidarla. Hasta hoy.

Parecía darme la bienvenida como una vieja amiga, y sin embargo no quería enfrentarme a ella. No quería rendirme ante ella. No estaría allí donde la oscuridad me llevara, y sin *ella*, ya no podía imaginar la vida.

Jadina puso ahora sus manos sobre los brazos de Felycitia y se apoyó en ella.

«Ya la perdiste», resurgieron esos pensamientos indeseados. «¿Por qué si no tardó tanto en volver de Aranga?».

Esta pregunta me atormentaba una y otra vez, y entonces vi el brillo revelador en sus ojos cuando hablaba de su estancia en el continente de Brysalia. Sobre esos hombres llamados Lucian y Marek, que le prometieron su apoyo incondicional. ¿A qué precio?

«¿Acaso pensó en ti durante ese tiempo? ¿O pasó las noches en los brazos de otro?».

«¡No! ¡Eso es mentira!», grité a esa voz una y otra vez. Hasta que me quedé completamente ronco y sin aliento. Mi ser temblaba tras este acto de rebelión contra mi propio torturador interno. Sin

embargo, mis dedos permanecían relajados alrededor de las correas de mi silla de montar y mi respiración era anormalmente tranquila.

Al igual que mi magia, que solo gemía mientras intentaba liberarse de sus cadenas. Cadenas forjadas con una fría oscuridad que no era de este mundo.

CAPÍTULO 38



Ascradia es la ciudad más hermosa de Eclaria.
Ya sea por su colorido mercado,
los numerosos visitantes o la alegría de vivir,
no lo sé.
Pero a veces me pregunto
por qué el Palacio de Eclaria no se construyó aquí.

Según los registros de Hakon,
consejero del rey Ryland

Jadina

El desierto se extendía bajo nosotros como una alfombra brillante. El azul del océano se acercaba cada vez más, y poco a poco empecé a preguntarme si de verdad estábamos donde se suponía que se encontraba la enorme capital de los cazadores. Una ciudad que había sido más grande que la Ciudad Dorada de Aranga, pero igual de colorida.

En los libros de la biblioteca, leí sobre su mercado. Puestos con techos coloridos donde se podían comprar especias de toda Brysalia, llenando toda la plaza con aromas exóticos. Jabones, telas, comida y

baratijas innecesarias se exhibían en sus mesas, invitando a regatear.

La ciudad también contaba con una completa biblioteca donde se podían encontrar todas las obras de los científicos y autores de Brysalia.

Hasta ahora, no había señales de su antigua gloria. Aquí y allá, los restos de casas de piedra emergían de la arena. Como fragmentos de cristal, se alzaban, recordando tiempos mejores.

—¿Hay alguna pista sobre cuál era el lugar que más le gustaba a la reina Adayla en Ascradia? —le pregunté a Fely.

—Había exactamente tres lugares —me informó la Vile—. El mercado, el puerto y un prado de flores al borde de un bosque cerca de la finca de su familia.

Tres lugares que teníamos que buscar, si es que podíamos encontrarlos bajo la arena. La arena había dejado su huella durante el último siglo, devorando lenta pero implacablemente los edificios que no fueron arrasados cuando cayó la maldición.

La esperanza de encontrar algo parecido a una delicada rosa aquí se desvaneció al ver el desierto mortal. No pude reprimir un suspiro de frustración mientras me pasaba las manos por la cara. Como si, por arte de magia, la arena se despejaría y el lugar que buscábamos aparecería.

—¿Cuál de los tres lugares menciona más en sus diarios? —quise saber, volviéndome hacia mi amiga.

—Sin duda, el mercado. Solía ir allí a comprar nuevos libros de poesía del continente. Le encantaba la poesía —explicó Fely, y su sonrisa nostálgica me indicó que ella también era una apasionada de la poesía.

—Jarok, por favor, localiza el mercado en el mapa de la ciudad. Ese es el primer lugar al que nos dirigiremos en Ascradia.

—Ya estamos de camino. Sunny se lo ha comunicado a todos los dragones hace media hora.

Dex no sería Dex si no hubiera pensado en eso antes que yo. No pude evitar sonreír. Todos mis amigos tenían sus talentos, y no solo eran buenos en ellos, sino que eran los mejores.

—Dex ya ha guiado a los dragones al mercado —le dije a Fely, que ahora estaba jugando con la correa que enrollé alrededor de los dos.

—Genial. Entonces me pondré en marcha con Limycu. Sus alas necesitan algo de ejercicio, igual que las mías. ¿Me ayudas con la correa?

La abrí con destreza y liberé a la Vile del lío que causó al tirar de ella.

Poco después, se subió a la espalda de mi dragón, solo para impulsarse y ascender con rápidos aleteos. Limycu me miró con nostalgia.

—¡Adelante, pequeño! —le animé—. Llevas mucho tiempo sentado en mi cuello. Fely tiene razón, tú también necesitas volar un poco.

Le acaricié debajo de la barbilla con el dedo y luego le di un pequeño empujón. Al instante siguiente, desplegó las alas y dejó que el viento lo llevara. En menos de cinco aleteos, estaba planeando por el cielo junto a Fely.

Los observé a los dos con admiración. Ser capaz de volar era algo especial. Envidaba un poco a Fely por sus magníficas alas.

—Tú también puedes volar —refunfuñó Jarok, tras leer mis pensamientos—. *Conmigo.*

No pude evitar sonreír. ¿Estaba enfadado?

—Pero eso no es lo mismo que tener tus propias alas —le tomé el pelo, riéndome—. *Además, así no tendrás a un dragón gruñón en tu oído todo el tiempo.*

—¿Quién no estaría gruñón si tuviera que llevar a una maldita principiante en la espalda? —replicó, vengándose de mí por intentar burlarme de él.

—¿Qué? No soy tan novata —defendí mi honor con vehemencia.

Una risita se apoderó de mis pensamientos y me di cuenta de que Jarok se estaba burlando de mí tanto como yo a él. *¡Ese dragón y su sentido del humor!*

No pude evitar unirme a sus risitas. La alegría de ese momento me sentó tan bien y me distrajo de lo que sucedió, así como de lo que aún podía estar por venir.

Nos llevó bastante tiempo volver a ponernos serios, e incluso entonces, una sonrisa seguía dibujándose en mis labios.

Las ruinas debajo de nosotros aumentaron en número. Se alzaban densamente desde la arena como monumentos conmemorativos.

«¡Increíble! La maldición arrasó toda una ciudad de un solo golpe», pensé, atónita, mientras mi mirada recorría los restos de la antigua elegancia de este lugar.

—*Ya llegamos* —interrumpió Jarok mi línea de pensamiento y se dirigió a una zona despejada en la arena que estaba rodeada de ruinas, pero que, salvo por una estatua en el centro, no tenía ninguna. Era la plaza de mercado.

Sin levantar demasiada arena, mi dragón se preparó para aterrizar. Mientras tanto, el sol había salido y me quemaba la piel a través del cuero de mi uniforme. Tomé mi botella de agua e intenté contrarrestar un poco el calor con cada sorbo.

Era tan inútil como una gota en el océano. Tendríamos que buscar un pozo aquí, en la ciudad. Con suerte, antes de la maldición, los excavaron lo bastante profundos como para que pudiéramos encontrar agua subterránea.

Jarok se hundió en la arena cuando aterrizó, y las garras de los otros dragones también desaparecieron en ella.

Miré a mi alrededor con atención. No había visto manadas de fogghouls ni la presencia de otras criaturas por ninguna parte. Los cazadores que una vez vivieron aquí y sobrevivieron al primer ataque de la maldición habían emigrado a la comunidad más cercana.

El silencio que reinaba en este lugar desierto solo se rompía con el viento, que dibujaba sus imágenes en la arena.

Mis botas hacían un ruido sordo al golpear el suelo, y hasta ese sonido parecía ser absorbido por él.

Se me puso la piel de gallina por todo el cuerpo. Sentía algo diferente en este lugar. Lo sentía en lo más profundo de mi magia.

Mis amigos también desmontaron de sus dragones, y Fely aterrizó justo a mi lado con Limycu en ese mismo instante. El pequeño se sentó en mi hombro y frotó su pico contra mi mejilla.

—Estoy orgulloso de ti. Has volado muy bien —le elogié, acariciándole el ala con el dedo.

Mi mirada recorrió nuestro grupo. Todos parecían conmocionados por la batalla. Salpicaduras de sangre cubrían sus rostros y el cansancio se reflejaba en sus rasgos. Sin embargo, estaban envueltos en una niebla verde azulada de determinación.

Se acercaron a mí con determinación. Kayden volvía a tener esa mirada alerta y tenía la mano en la empuñadura de su espada. Listo para entrar en combate en cualquier momento.

—Qué lugar más horrible —se quejó Nayda, secándose el sudor de la frente con la manga. Tenía razón. Era un lugar *horrible* y no íbamos vestidos para esas condiciones. Pensé con nostalgia en los escasos retazos de tela que impidieron que el viento acariciara mi piel y el calor del sol me abrasara durante un breve momento mientras estuve en el desierto.

Con el uniforme de cuero que llevaba ahora, no sentía ni la más mínima brisa, y cada rayo de sol se acumulaba sin piedad debajo de él.

Alejé esas preocupaciones. No tenía sentido darle vueltas al asunto. No cambiaría nada. Así que enderecé los hombros y bloqueé los pensamientos sobre el calor implacable.

—Esto es un mercado. Ahora la única pregunta es: si hay una rosa escondida en algún lugar aquí, ¿dónde la buscamos? —dije, mirando expectante a Dex, que sostenía el mapa de la ciudad en sus manos.

—Encuéntrenlas todas, pero tengan cuidado, porque el mundo doble las protege —recitó el jinete las palabras de la sirena—. Dijiste que el mundo doble significa un reflejo para el pueblo del mar. Así que tenemos que buscar un espejo o una superficie de agua reflectante.

—De todos modos, necesitamos agua si queremos sobrevivir aquí —se quejó Lenn—. ¿Dónde podemos encontrarla aquí en el desierto, Jadina? —Lenn me miró con curiosidad. Ya tenía los labios agrietados. Le puse mi botella de agua en la mano, que al principio no quiso coger.

—Lenn tiene razón. Tenemos que buscar un pozo lo bastante profundo como para alcanzar el agua subterránea. Esa debe ser nuestra prioridad. No servimos de nada a nadie mientras estemos deshidratados, más cerca de la muerte que de la vida, tambaleándonos por el desierto.

—Alguien habla por experiencia —oí de repente la voz de Kayden detrás de mí. Sus palabras me hicieron estremecer. Lentamente, me volví hacia él. Su expresión parecía divertida, y supe a qué situación se refería. A aquel momento en que me encontró en el desierto.

Desde que regresé de Aranga, solo había podido encontrar dolor, tristeza o ira en sus rasgos. Aunque no sabía qué pensar de que utilizara ese momento en particular para burlarse de mí, me sentí aliviada al ver cierta luminosidad en sus ojos.

Así que le dediqué una sonrisa dulce y melosa mientras me acercaba a él. Como un lobo acechando a su presa.

—Después de todo, a pesar de mi deshidratación, aún tenía las fuerzas suficientes para sorprenderte con un puñetazo y derribarte con una patada en tu mejor parte —le dije con voz melosa, al ver un destello de deseo ardiente en sus iris. Un deseo oscuro que envolvía las llamas como una niebla negra sin sofocarlas. Al contrario, parecía avivarlas.

—Ay —dijo, haciendo una mueca como si aún sintiera el golpe por debajo del cinturón—. En ese momento me di cuenta de que me enfrentaba a un gato salvaje, no a una cazadora.

Sabía que odiaba ese apodo, y la sonrisa que me dedicó fue agridulce.

—¿Gato salvaje? —pregunté riendo—. Es que no se te ocurrió nada mejor en ese momento.

No sabía qué extraña danza estábamos interpretando, qué agudo intercambio de palabras, pero era la primera vez que descubría en él una vida que no se basaba en su poder, que creció a grandes magnitudes desde mi desaparición. Aún no encontraba una explicación plausible para ello.

Ahora estábamos tan cerca el uno del otro que su cálido aliento rozaba mis mejillas, ya enrojecidas por el calor.

Su aliento sabía dulce en mi lengua y ahora despertaba en mí necesidades y deseos a los que no podíamos ceder. Sin embargo, no podía apartar los ojos de él. Al igual que él no podía apartar los suyos de mí.

Nos miramos en silencio. Mi corazón latía con fuerza, mi respiración era demasiado rápida y mi deseo palpitaba exigente entre mis piernas.

—Ejem —Nayda carraspeó detrás de nosotros, haciéndome sobresaltar. La atención de Kayden se dirigió hacia ella, con aspecto de estar a punto de abalanzarse sobre ella con su espada en cualquier momento—. Lamento mucho interrumpir su coqueteo, pero Lenn ha descubierto algo que todos deberíamos ver.

Capítulo 39



Ni siquiera los seres inmortales sobreviven mucho tiempo en el desierto
si no encuentran agua.
Esa es nuestra única ventaja sobre los jinetes.

Del diario del anciano del pueblo
de los cazadores occidentales de Bergens

Jadina

Los demás miembros de nuestro grupo se quedaron junto a los restos de la estatua, que, al parecer, en otro tiempo se alzó imponente sobre la plaza y cuya cabeza yacía ahora en la arena, a poca distancia del torso, como si la hubiesen abandonado descuidadamente.

Le faltaba un brazo que antes se alzó hacia el cielo en una pose victoriosa, y al verlo se me hizo un nudo en la garganta. Hace menos de un siglo, hubo vida en este lugar maldito por los dioses. Cazadores risueños paseaban por el mercado, deleitándose con la belleza de su ciudad.

—¡Miren! —nos llamó Lenn—. Creo que estas podrían ser las ruinas de una fuente.

Miré con escepticismo el montón de piedras, que no se parecía en nada a las fuentes que vi en los libros de mi padre.

—Puede que tengas razón —intervino Dex, poniendo el mapa de la ciudad delante de mi cara—. Hay una marcada junto a la estatua. Además, sé por las ciudades que visité antes de la maldición que no era raro construir una fuente en la plaza del mercado.

Sus palabras parecían lógicas, y mi boca, que estaba demasiado seca, alimentó mi esperanza de que encontráramos agua.

—Entonces, manos a la obra —dijo Kayden mientras levantaba la primera piedra grande y la lanzaba un poco más lejos, a la arena—. Lo haremos por turnos, de dos en dos. Cinco minutos cada vez. Luego le tocará al siguiente grupo. Así evitaremos que nuestros niveles de agua bajen demasiado rápido debido al esfuerzo.

—Te ayudaré. —Lenn se inclinó hacia delante y también cogió una de las piedras.

El sol estaba ya tan alto que el calor se estaba volviendo insoportable. Nuestros dragones habían buscado lugares con sombra entre las ruinas. Mi mirada vagó por los alrededores, buscando un lugar similar para nosotros, y se detuvo en la estatua decapitada. No proporcionaba mucha sombra, pero tendría que bastarnos.

—Deberíamos quedarnos a la sombra hasta que sea nuestro turno —sugerí. Nos sentamos juntos en la estrecha franja de arena no tan caliente. Luego esperamos. Limycu se posó en mi hombro. Él también parecía estar luchando contra el calor.

Kayden y Lenn acarrearon innumerables piedras en el tiempo acordado hasta que Dex y Nayda los relevaron. A los que trabajaban al sol se les dio el agua restante. Pero era insuficiente para saciar su sed o compensar el sudor que habían perdido.

No tardó mucho en llegar el turno de Fely y el mío. Le entregué el águila bebé a Nayda y comencé a limpiar los escombros. La mayoría de las piedras ya habían sido retiradas. Los grupos que nos precedieron hicieron un buen trabajo.

Solía hacer todo tipo de trabajos duros bajo un calor abrasador. Sí, era agotador, pero mi cuerpo se acostumbró a eso. El tiempo que

pasé en el frío de las altas montañas parecía haberle hecho olvidar por completo las condiciones de su tierra natal. Como nunca antes, sentía cada rayo en mi piel, como si me estuviera cortando, desollándome viva.

El sudor me corría por la espalda, la cara e incluso los dedos, lo que hacía doloroso agarrar las piedras. Se me resbalaban constantemente y tenía que tener cuidado de que no me cayeran en los pies.

Después de solo unas pocas piedras, mis manos comenzaron a temblar y, por el rabillo del ojo, vi que Fely no estaba mejor. Había perdido completamente la noción del tiempo y los mareos hacían que el mundo girara ante mis ojos.

Sin embargo, seguí adelante. Se convirtió más en una secuencia ensayada que en una tarea ejecutada con conciencia, por lo que me di cuenta demasiado tarde de que no había otra piedra debajo de la última que levanté.

Con un estruendo siniestro, la pila de piedras cedió bajo mis pies y sentí como si la tierra se abriera para tragarme.

Instintivamente, solté la piedra, doblé las rodillas e intenté mantener el equilibrio remando con los brazos. Esperaba que el suelo no se moviera más, que no se abriera ningún agujero que pudiera sumergirme en una profundidad infinita. Pero no fue así.

Con una sacudida, todo se desprendió bajo mis pies, y el grito agudo que intentó salir a la superficie se me atragantó en la garganta cuando alguien me agarró del brazo justo a tiempo y me apartó. Poco después, estaba de pie en la arena, a poca distancia de la pila de piedras.

El aire frío de la noche y el cuero me envolvieron, y cuando él me atrajo hacia sí, no pude evitar cerrar los ojos por un momento y rendirme a la sensación de comodidad y seguridad.

—Gracias —susurré, volviéndome hacia él y rodeándolo con mis brazos. La conmoción se desvaneció como una hoja al viento y mi corazón se calmó. Su ritmo se ralentizó y ya no se asemejaba a truenos en medio del silencio absoluto.

—De nada, pequeña gata salvaje —dijo, y sentí que me besaba el cabello, temblando. Desde mi regreso, solo habíamos compartido

ese único momento en la alcoba de la reina Adayla. Después de eso, me pareció que mantenía las distancias conmigo. Sabía que tenía que darle tiempo. Sin duda, no fue fácil para él. Al fin y al cabo, al principio creyó que estaba muerta.

Sin embargo, en ese preciso momento, ya no quise contenerme y me acurruqué aún más cerca de él. Entonces levanté la vista para poder mirar sus hermosos ojos. El color caramelo estaba rodeado por una niebla oscura, y encontré tristeza y cierta desesperanza. Le acaricié la mejilla con los dedos y él cerró los ojos mientras se inclinaba hacia mi caricia.

¿Por qué no podía ver que había vuelto, que estaba bien?

¿O acaso esas emociones no tenían nada que ver conmigo y mi ausencia? Pero entonces, ¿qué era lo que le pesaba tanto?

Mi mirada se deslizó por su rostro y bajó hasta su cabello. El aire brillaba con el calor y la niebla de colores que se arremolinaba sobre su cabeza era difícil de identificar. ¿Era un púrpura claro o un gris claro? El alivio y la ira estaban muy lejos el uno del otro.

Estaba a punto de preguntarle al respecto cuando abrió los ojos y toda emoción pareció haber desaparecido de ellos.

—Ten más cuidado la próxima vez. No siempre podré estar ahí para salvarte, gato salvaje —dijo, dedicándome una sonrisa que no llegaba a sus ojos. Me estremecí como si me hubiera golpeado.

—¡Miren! —gritó Lenn en ese momento, y sin decir nada más, Kayden me dejó allí plantada y corrió hacia su amigo.

Confusa y decepcionada, me quedé atrás. Mi mano aún extendida para acariciar su mejilla. La bajé despacio, casi como si no quisiera dejar ir nuestro momento juntos.

El frío se deslizó desde mis dedos, que acababan de acariciar su piel, hasta mi corazón y clavó sus garras en él.

Solo entonces me fijé en Limycu, que envolvió sus garras alrededor de mi brazo, aleteando con frenesí. ¿También acudió en mi ayuda cuando el suelo se abrió bajo mis pies?

—Gracias por tu ayuda, pequeño —le dije, extendiendo mi mano fría, en la que se sentó, agotado—. Estoy bien.

Una vez más, mi mirada se posó en Kayden, que me había dado la espalda para examinar el agujero con los demás. Tenía que hablar

con él. A solas.

Suspirando, puse a Limycu sobre mi hombro y caminé con dificultad unos pasos por la arena hasta los restos del montón de piedras.

En efecto, se formó un agujero profundo y negro en medio, parecido a un pozo.

—Voy a bajar —dijo Nayda en ese momento con voz decidida.

—¿Y si todo se derrumba una vez que estés ahí abajo y te quedas enterrada bajo la arena? —preguntó Lenn, mirándola con los ojos entrecerrados.

Nayda cruzó los brazos frente al pecho y lo miró con la misma severidad.

—Si ninguno de nosotros baja a buscar agua, moriremos todos. De deshidratación.

Tenía razón, pero yo entendía la preocupación de Lenn. Volvió a mirar hacia el oscuro agujero.

—¿Y si hay algo más esperándote ahí abajo además del agua? Un fogghoul o quién sabe qué otros monstruos terribles. Ni siquiera podrías verlos antes de que atacaran.

—Me temo que tengo que estar de acuerdo con Lenn, Nayda. Gracias por querer sacrificarte por nosotros, pero todos sabemos que esta tarea me corresponde a mí —intervino Dex de repente, lo que provocó miradas de sorpresa por parte de los otros dos jinetes —. Después de todo, mi magia de cambio de forma me permite ver en la oscuridad, y si caigo, puedo transformarme en un animal que vive bajo tierra —explicó, transformando de forma demostrativa su mano derecha en una pata negra con forma de pala y largas garras.

—Pero… —intentó interrumpir Nayda, pero en ese momento, Dex cambió su apariencia hasta que un búho saltaba arriba y abajo en la arena caliente en su lugar.

—¡Dex! —gritó Lenn, que no quería dejar que su amigo se adentrara en lo desconocido a pesar de su demostración mágica, y corrió hacia él cuando el búho se elevó en el aire y se dirigió hacia el agujero. Pero Kayden lo detuvo.

—Dex tiene razón. Tiene que completar esta tarea —le dijo a su compañero, que ahora apretaba los dientes con fuerza y luchaba

consigo mismo para desobedecer la orden de su líder de escuadrón y detener a Dex de todos modos.

—Tengo un mal presentimiento sobre este pozo. O lo que sea —gruñó en su lugar, deteniéndose en seco.

Frunciendo el ceño, miré al búho que estaba desapareciendo en la abertura. ¿Deberíamos hacer caso al presentimiento de Lenn?

Mi mirada se posó en Nayda, que también miraba alternativamente los restos del montón de piedras y a Lenn. Vi en su expresión la misma incertidumbre que me atormentaba a mí.

¿Acaso Lenn poseía sin saberlo un don similar al de Elena y al mío? A menudo percibía cosas o incluso emociones que permanecían ocultas para la mayoría de los demás. Era muy empático. Durante mi primera semana en el palacio, él fue quien me acogió. Después de pasar algún tiempo con él, me sentía menos prisionera, a pesar de mi desconfianza. También fue capaz de sentir las vibraciones en el salón de baile incluso antes de entrar, y me dio el apoyo que necesitaba para dar el primer paso.

¿Deberíamos haberle hecho caso y haber retenido a Dex? Presa del pánico, corrí hacia el borde de la abertura en la arena y miré con horror hacia la oscuridad.

—¡Dex! —grité, pero no obtuve respuesta. La oscuridad parecía tragarse mis palabras, provocándome un escalofrío. ¿Por qué no intervine a tiempo y utilicé mi propio don para preguntar si era seguro bajar allí?

Demasiado tarde, recurrí a mi magia e imaginé la situación dentro del pozo mientras le gritaba mi pregunta: «¿Morirá Dex ahí abajo?».

Un instante después, mi imagen tejida se arremolinó a través de mi mirada hacia la oscuridad, formando una nueva verdad ante mis ojos. Tambaleándome, caí de rodillas.

Una niebla negra, una tormenta, alas en llamas y, finalmente, un dolor que amenazaba con desgarrar mi corazón en mil pedazos pasó por mi mente.

—Jadina —oí de repente la voz de Nayda, sacándome del torbellino del futuro. Jadeando, luché por recuperar el aliento, que parecía haber contenido durante mi visión.

—¿Jadina? —preguntó mi amiga, colocando una mano en mi brazo, lo que me hizo estremecer—. ¿Estás bien?

Temblando, me obligué a sonreír.

—Sí, solo es el calor. No te preocupes. —Ella me miró con recelo, pero no dijo nada más, porque en ese momento la voz de Dex resonó desde la oscuridad que nos cubría. El alivio fluyó por mis venas y levantó el peso invisible de mis hombros.

—¡Chicos! ¡Esto es increíble! —exclamó, con entusiasmo en sus palabras—. ¡No es un pozo, es la entrada a un sistema de túneles subterráneos!

Todos a mi alrededor hablaban con entusiasmo, pero yo permanecí en silencio, perdida en la visión que acababa de recibir.

¿Qué era lo que mi magia quiso mostrarme? Perdida en mis pensamientos, mis dedos arañaban la tela de mi uniforme. En el lugar donde se escondía mi corazón. El corazón que aún dolía tras el recuerdo.

CAPÍTULO 40



Eclaria también es el hogar de muchas criaturas crueles.
En ningún lugar del mundo mágico hay un lugar
que no tenga sus propios horrores.

De los escritos de Tanil

Jadina

—Todos bajaremos —declaró Kayden en un tono que cortaba de raíz cualquier contradicción, poniendo así fin a una acalorada discusión entre Nayda y Lenn que yo no había podido seguir.

Esta visión del futuro me atormentó. Las secuencias de imágenes fueron demasiado breves y no pude reconocer a nadie.

—¿Jarok?

—Sí, ya lo he oído. Bajarás al pozo —respondió.

—Eh, sí, es cierto. —Un poco confundida, volví a mirar el agujero por el que Lenn acababa de desaparecer—. *Pero hay algo más.*

—¿En qué puedo ayudarte?

—He tenido una visión y no consigo interpretarla. ¿Puedo enviarte las imágenes? Quizá se me haya pasado algo por alto.

—Por supuesto que puedes. Gracias por tu confianza —dijo mi dragón con calma. Al momento siguiente, le envié la visión que acababa de tener. La niebla negra, la tormenta y las alas en llamas. Solo me guardé el dolor para mí.

—Hmm —reflexionó Jarok después de que le enviara la breve secuencia—. *Yo tampoco le encuentro mucho sentido al caos. Solo esas alas en llamas. Las he visto antes.*

—¿Dónde? ¿Y a quién pertenecen? —quise saber.

—Pertenecían a un fénix que conocí hace mucho tiempo. —¿Un fénix? Pensaba que eran leyendas—. *Pero eso es imposible, porque no ha estado vivo durante más de quinientos años. Los fénix son extremadamente raros y no se ha visto ninguno desde entonces.*

—¿Y estás seguro de que no es el ala de un dragón? —pregunté, aunque sabía que no podía ser así. Vi claramente las plumas que adornaban a la criatura.

—No, esas alas no pertenecen a un dragón —respondió Jarok, casi ofendido porque dudaba de su teoría.

Mi mirada volvió a la abertura en el suelo. Nayda también estaba bajando por una cuerda.

—Ten cuidado ahí abajo —las amables palabras de Jarok pasaron por mi mente.

—Lo haré —prometí, aunque sospechaba que no sería mi precaución lo que fallaría, sino más bien una cadena de acontecimientos que ya no se podían detener.

—¡Jadina! —gritó Kayden en ese momento, interrumpiendo mi conversación con el dragón. Respiré hondo antes de ir hacia él—. Es tu turno —dijo. Solo entonces me di cuenta de que todos los demás ya estaban abajo, en los pasadizos subterráneos. Solo él y yo seguíamos aquí. Quizás ahora podría hablar con él.

Vacilante, di un paso hacia él. Pero antes de que pudiera decir nada, me puso una cuerda en la mano.

—Puedes usar esto para descender en rappel. Pero ten cuidado, algunas de las rocas de las paredes son muy afiladas —dijo y se dio la vuelta para recoger su bolsa y las armas que dejó para trabajar.

—¿Kayden?

—¿Sí? —No se volvió hacia mí, sino que, distraído, sujetó sus armas a las correas que llevaba colgadas al cuerpo.

—¿Puedo preguntarte algo? —me atreví a decir. Pero ni siquiera entonces respondió. Insegura, apreté la cuerda entre mis manos. —¿Por qué…?

—¿Vienen o qué? —oí la voz de Nayda acercándose a nosotros—. ¡Ahora no es momento de perder el tiempo!

Avergonzada y con las mejillas enrojecidas, me quedé allí parada y no pude decir ni una palabra más. ¿Por qué no podía hablar con él sobre eso? ¿Por qué me costaba tanto sacarlo a colación? El comentario de Nayda solo empeoró las cosas. En el pasado, algo así no me habría impedido continuar. Pero ahora me inhibía, y finalmente me di la vuelta y corrí hacia la abertura.

—Ten cuidado ahí abajo —oí de repente decir a Kayden detrás de mí. Me hubiera gustado volverme hacia él, esperando encontrar su mirada amorosa. Pero no lo hice. No podría soportar que me mirara de nuevo con tanta indiferencia.

—Tú también —pedí en su lugar, con la voz áspera como el papel de lija, y agarré la cuerda como una mujer que se ahoga. Luego caminé en silencio hasta el borde y, sin mirarlo, descendí en rappel hacia la oscuridad. Un segundo después, me envolvió una temperatura más agradable que la de la superficie terrestre. Respiré aliviada e intenté ignorar el dolor ardiente en las palmas de las manos. La cuerda me cortaba la piel mientras apoyaba los pies contra la pared.

«No pienses en la profundidad que hay debajo de ti», me dije a mí misma. Después de todo, no sabía cuántos metros caería si me estrellaba. Cuanto más descendía, más fresco se ponía. Pero el aire, que al principio me pareció tan agradable, se volvió rancio después de solo unos metros.

De repente, algo suave y esponjoso se acurrucó contra mi cuello y di un respingo, casi dejando escapar la cuerda de mis manos. ¿Qué hacía aquí la pequeña águila?

—Limycu —dije sorprendida, deteniéndome en seco—. Este no es el lugar adecuado para ti. No tienes nada que hacer bajo tierra. Vuela hasta Elara y quédate con ella hasta que regresemos.

Su única respuesta fue un graznido enfadado, y no se movió del sitio. Era un pajarito muy leal.

—Pero Limycu —intenté razonar con él de nuevo, pero cortó mis objeciones con otra ráfaga de ruidos animales enfadados. No pude evitar reírme.

—Está bien, está bien —respondí, agradecida por su lealtad—. Vendrás conmigo. Acaricié su cabecita con mi mejilla y sus graznidos se convirtieron en una especie de arrullo de satisfacción.

Con energía renovada, bajé el último tramo hasta reunirme con el resto del grupo. Fely había creado una pequeña bola de luz en su mano. La miré con asombro.

—¿Cómo lo haces sin magia de luz?

—¿Este pequeño resplandor? —se rio—. No tiene nada que ver con la magia de la luz. Muchos vilen y otros seres en Brysalia pueden crear un resplandor como este.

Miré a Nayda con los ojos muy abiertos.

—No me mires así. No puedo hacerlo más que Dex y Lenn —resopló, y pude ver que le molestaba. Así que decidí no crear una luz por mí mismo por el momento.

—¿Qué hace Limycu aquí? —preguntó Fely, acariciando el pecho emplumado del pájaro—. Este no es lugar para un águila.

—Se lo dije, pero no me hizo caso —expliqué, y como para reiterar su argumento, Limycu se lanzó a otra diatriba parloteando.

—Ya veo —respondió Fely, riéndose—. Sabe cómo salirse con la suya.

—Sí, se podría decir así.

El resplandor de Fely no producía mucha luz, pero era suficiente para ver que Dex tenía razón. No era solo el fondo de un pozo sin agua. Era el comienzo de un sistema de túneles subterráneos. Desde lo que se suponía que era el pozo, un pasadizo conducía a la oscuridad. También estaba hecho de roca. Un escalofrío me recorrió la espalda y supe que no se debía al frío repentino.

Con un ruido sordo, Kayden fue el último en llegar al fondo y pasó corriendo a mi lado sin decir nada más a Lenn y Dex.

Me dolió lo poco que me prestó atención. Pero tal vez yo estaba siendo demasiado sensible.

«Debe de ser eso», me dije a mí misma, pero no se me escapó la mirada de lástima de Fely. ¿Los demás también lo notaron?

Enderecé los hombros y le dediqué a mi amiga una sonrisa que no llegaba a mis ojos.

—Vamos con los hombres —sugerí a las dos mujeres—. Así podremos discutir cómo proceder.

—¿Quizás uno de nosotros debería entrar primero en el pasadizo, sujeto a una cuerda, y explorarlo? Así no nos expondremos todos a un posible peligro —oí sugerir a Dex en ese momento.

—No. Iremos todos juntos —respondió Kayden, descartando las preocupaciones de su amigo.

—¿Y si nos perdemos aquí abajo? —preguntó Lenn, con un tono no menos preocupado que el de su amigo.

—Marcaremos el camino para poder encontrar el camino de vuelta. —Kayden no parecía dispuesto a discutir estos puntos. En cambio, cogió su cuchillo y talló una muesca en la piedra de una de las paredes—. ¿Ven? No hay problema.

A medida que se acercaban, la bola de luz de Fely iluminó los rostros de los tres hombres, y sus expresiones dejaban claro lo contradictorias que eran sus ideas sobre la exploración de los pasadizos subterráneos. Lenn y Dex miraron con escepticismo la muesca que Kayden talló en la piedra con su cuchillo.

—Decidamos lo que decidamos —interrumpió Nayda con irritación—, debemos hacerlo ya. Desde luego, no quiero pasar la noche aquí. Quién sabe qué otras cosas peores que una manada de fogghouls viven aquí abajo.

—Estoy de acuerdo con Nayda —dijo Kayden, tallando una flecha en la roca que apuntaba hacia el fondo del pozo—. No tenemos todo el tiempo del mundo. Vamos ya.

Entonces, sin esperarnos, corrió hacia el túnel y pronto lo tragó la oscuridad.

El resto nos miramos entre nosotros con impotencia, pero lo seguimos.

Encendí una luz en mi mano y mi magia bailó alegre arriba y abajo en ella. Yo, por otro lado, no estaba de humor para bailar. No

podía sacudirme la inquietante sensación que me invadió desde que vi esos fragmentos de imágenes.

Me sobresaltaba con cada pequeño ruido, y cuando Lenn puso su mano sobre mi hombro, mi corazón casi se detuvo.

—No te preocupes —me dijo con su tono tranquilizador—, no nos pasará nada.

Pero su propia incertidumbre era evidente en sus palabras. Suspirando, me pasé la mano libre por el cabello y asentí en silencio.

Cada pocos metros, Kayden tallaba una flecha en la piedra, apuntando en la dirección de la que veníamos. Cuanto más avanzábamos, más enrarecido y, al mismo tiempo, más mohoso se volvía el aire. Respirar se hacía cada vez más difícil y poco a poco empecé a preguntarme cuántos años tendría ese túnel.

¿Era de a antes de la maldición? ¿O lo construyó Attilus hacía unos cien años para esconder algo aquí? Pero ¿por qué lo habría construido? ¿Qué quería esconder aquí abajo? ¿Quizás una de las rosas?

CAPÍTULO 41



Se podría pensar que el pozo de la plaza del mercado
se utilizaba para sacar agua.
Pero, en realidad, el pozo esconde un terrible secreto
que solo conocen los habitantes de Ascradia.
Para los visitantes de la ciudad, el pozo está seco y prohibido.

Extracto del diario de Lady Adayla

Jadina

La posibilidad de encontrar una rosa aquí me hizo correr más rápido. Pronto me puse en cabeza, centrando toda mi atención en este único pensamiento para bloquear la sensación de náuseas en mi estómago. Solo el sonido de Kayden tallando otra flecha en la roca con su cuchillo me recordaba que no estaba sola.

Mi luz ya no flotaba en mi mano, sino que brillaba a poca distancia delante de mí con intensidad. Colgaba en el aire como una estrella en el horizonte, avanzando al mismo ritmo que yo.

La magia me susurró emocionada lo mucho que disfrutaba poder moverse libremente, y no pude evitar sonreír ante su alegría casi infantil.

Limycu apretó su pequeño cuerpo contra el mío. Había dejado de parlotear y supe que la realidad también lo había alcanzado. Este túnel no era una excursión divertida, sino que podía significar nuestro camino directo hacia la muerte.

«Este vacío que me rodea es tan hermoso», exclamó mi magia en ese momento, y el resplandor se hizo más intenso durante una fracción de segundo, casi como si quisiera expandirse en todas direcciones.

Entonces la vi y me detuve de golpe, conteniendo la respiración. Había leído mucho sobre ella en los libros, pero nunca la había visto.

Kayden, que caminaba justo detrás de mí, estaba a punto de adelantarme, pero le agarré del brazo a tiempo y le obligué a detenerse.

—Ni un paso más —susurré tan bajo que ella no pudo oírme, y las palabras casi se llevaron consigo la poca comida que tenía en el estómago, tan mal me sentí al ver lo que teníamos ante nosotros.

Alarmado, su mirada se dirigió primero hacia mí y luego hacia la oscuridad que llenaba el resto del túnel. Sin embargo, se zafó de mi agarre, pero permaneció de pie a mi lado.

—¿Por qué? —me susurró, mirándome expectante.

Un clic en la oscuridad nos hizo saltar a los dos. ¿Nos escuchó?

Nuestros amigos ya se agolpaban detrás de nosotros y, justo cuando Lenn estaba a punto de hablar, me llevé el dedo a los labios, indicándoles que guardaran silencio.

Luego dejé que mi luz se adentrara un poco más en la oscuridad. Grande y amenazante, se alzaba en el túnel delante de nosotros. La Arachna.

Un cuerpo redondo, de color arena, ocho patas largas y huesudas, y una boca llena de dientes afilados. Me volví hacia Dex y pude ver cómo se le iba el color de la cara al verla. Él también la conocía por sus libros y sabía que era una muerte segura sobre ocho patas.

Nuestra única ventaja era su ceguera. No tenía ojos. Sin embargo, sus otros sentidos, que percibía a través de los finos pelos de sus patas, estaban muy desarrollados. Además, gracias a un

extraordinario recubrimiento, su cuerpo podía resistir cualquier ataque mágico.

Probablemente ya nos había detectado, sintiendo nuestros pasos a través de las vibraciones en el aire. Así que solo estaba esperando a que diéramos el siguiente paso en su dirección.

¿Con qué frecuencia se adentraban criaturas en estos túneles? Quizás algún fogghoul de vez en cuando, pero una comida compuesta por seis de nosotros y un pequeño pájaro era sin duda como el tesoro al final del arcoíris para este monstruo.

Nunca nos dejaría escapar.

¿Y *ahora qué*? Le pregunté a Dex en silencio con la mirada. Había leído sobre los Arachna, pero no recordaba nada en el texto que pudiera ayudarnos en esta situación.

El pensativo jinete de dragón frunció el ceño y se le notaba que estaba buscando en su conocimiento sobre esta rara criatura. Sopesaba cada palabra que había leído para encontrar la información que pudiera ayudarnos.

—*¿Jarok?* —llamé a mi dragón en mi mente. ¿Estábamos demasiado lejos bajo tierra? ¿O había algo que bloqueaba la conexión?

Mi mirada se dirigió a la hambrienta criatura, que se había acercado un poco más sin que nadie se diera cuenta.

—*¿Quién es Jarok, muchacha?* —oí una voz femenina anciana en mi cabeza en ese momento. Era áspera y aguda al mismo tiempo, como uñas arrastrándose por una pizarra. Se me puso la piel de gallina por todo el cuerpo—. *¿Es él una comida más sabrosa que tú?*

Sus palabras me hicieron sentir aún más enferma que antes, y se me formó un nudo en la garganta. ¿Debía responderle? Y si era así, ¿qué debía decir?

«¡La verdad! Dile la verdad», me aconsejó una voz interior. ¿Mi magia?

—*Jarok es mi dragón* —respondí, observando cómo la criatura ladeaba la cabeza como si estuviera reflexionando sobre mis palabras.

—*¿Un dragón*, *dices?* —preguntó, sin esperar una respuesta—. *Creíamos que solo eran leyendas. Ha pasado demasiado tiempo*

desde que abandonamos nuestros túneles.

¿Hablaba de sí misma en plural? Me puse tensa sin querer y, a pesar del aire más fresco que había allí abajo, se me formó una capa de sudor en la frente. ¿Había más como ella? Discretamente, iluminé un poco más el túnel que teníamos delante, pero me sentí aliviada al ver que estaba sola.

—No son leyendas. Además, son crueles y su fuego es mortal. Si nos haces daño, vendrán y te matarán.

Sabía que esa amenaza era tan vacía como una pompa de jabón, pero la anciana dejó escapar que nunca había visto un dragón. No podía saber que no cabían por los túneles.

Una risita espeluznante, de una frecuencia tan alta que me pareció oír cómo se rompían los frascos de cristal de la bolsa de Fely, atravesó mis pensamientos.

—Eso suena como el tipo de diversión que hemos estado echando de menos durante un siglo. Primero te comeremos y luego iremos a cazar a tus dragones.

Mi corazón se detuvo y contuve la respiración. Mi mirada se posó en los largos y afilados dientes que adornaban su boca. Tenía muchísimos.

Fue Dex quien ahora puso una mano en mi brazo y me miró con curiosidad. ¿Se dio cuenta de que esta vez era yo quien se puso un poco más pálida?

Usé mis manos para indicarle que necesitaba un momento. Confundido, miró de mí al arácnido y, de repente, abrió mucho los ojos. Con su mente aguda, comprendió lo que estaba pasando.

Volví a centrarme en el antiguo monstruo que tenía delante. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía evitar que nos comiera?

—¿Qué pasó hace un siglo? —le pregunté, fingiendo ignorancia. Mientras ella hablara, no podría comernos. De esta manera, ganaría un tiempo valioso para pensar.

—¡Sabes muy bien lo que pasó hace un siglo! —espetó de repente mi homóloga—. *¡No te hagas la tonta, rompe hechizos!*

¿Rompe hechizos? ¿Cómo sabía que llevaba esa magia dentro de mí? ¿Y cómo podía apaciguar su ira?

—Me refería a lo que ocurrió aquí, en los túneles, hace cien años —intenté salvarme, aunque ni siquiera yo podía ocultar el temblor de mi voz.

—Ah, ya *veo* —ronroneó la anciana como un gato—. *Quieres saber si ella está aquí, ¿verdad?*

¿Ella? ¿A quién se refería? ¿A la magia negra? ¿A Adayla, la anterior reina? ¿A quién podía referirse?

—Sí, eso es —dije, esperando que me dijera a quién se refería.

Un silencio absoluto invadió mis pensamientos y, por un momento, pensé que no me iba a responder, cuando un suspiro triste me invadió.

—Sabemos que está aquí. Él la trajo. Hace un siglo. Cuando comenzó nuestra hambre. Antes de eso, siempre habíamos estado saciados. Los habitantes de Ascradia eran seres generosos y compartían su ganado con nosotros. Pero, entonces, todos desaparecieron. Junto con su ganado.

Habló del día en que la maldición cayó sobre la tierra, y no la interrumpí para preguntarle si había sido Attilus quien *la trajo* —quienquiera que fuera *ella*— a este sistema de túneles.

—Es raro que uno de esos apestosos fogghouls se adentre en nuestro hogar. Sería una pena dejarlos escapar. Seguro que nos sabrán muy bien.

La baba goteaba ahora de sus largos y afilados dientes al suelo, y sentí que mis amigos se retiraban instintivamente detrás de mí.

Me costó un esfuerzo increíble no dar un paso atrás.

¡Mierda! Si no se nos ocurría algo pronto, estábamos perdidos. Huir no tenía sentido. Por un lado, ella era demasiado rápida y, por otro, escupía una secreción venenosa que paralizaba el cuerpo al entrar en contacto con él.

Una risa cruel recorrió mis sentidos.

—Es una pena, pequeña rompedora de maldiciones, pero nuestra hambre se ha vuelto demasiado grande en las últimas décadas. —La arácnida dio un paso hacia nosotros. Sabía dónde estábamos, incluso sin sus ojos. Todo mi cuerpo se tensó como la cuerda de un arco.

—¡Espera! —grité desesperada. *¡*Tenía que hacer algo*!*

—¿No quieres que todo vuelva a ser como antes? ¿Cuando los habitantes de Ascradia compartían su ganado contigo y nunca pasabas hambre?

El monstruo se detuvo y, una vez más, oí ese chasquido que producía al golpear el suelo con una de sus patas. ¿Estaba pensando? ¿O era esa una de sus formas de determinar dónde estábamos cada uno de nosotros sin sus ojos?

—¡Ah! —exclamó de repente con alegría—. *Vemos que tu alma gemela también está entre los otros cinco.* —Me volví hacia Kayden. Él miraba al arácnido con fijeza, inclinando la cabeza. ¿También le estaba hablando a él? Rápidamente volví a mirar a la criatura de muchos dientes. ¿Cómo podía saber ella lo de nuestro vínculo? ¿Y cómo percibió mi magia para romper maldiciones?

—¿Cómo sabes todo esto? —solté sin poder evitarlo. ¿A qué juego estaba jugando con nosotros?

—¡Deja de jugar con nosotros!

—¿Jugar? —su voz se volvió de repente muy emocionada—. *¡No hemos jugado en mucho tiempo!*

Una vez más, se oyó el chasquido, pero esta vez ella estaba golpeando el suelo con otra de sus piernas. Estaba preparándose para atacar.

—Si te gusta tanto jugar, entonces juguemos a un juego. ¡El ganador se queda con vida! —¿De verdad estaba sugiriendo eso? Pero, ¿qué otra opción tenía? Si era necesario, lucharíamos por nuestras vidas, sin importar lo que pasara. Juntos, tendríamos una oportunidad.

La arácnida dejó de chasquear en suelo.

—¿Un juego a vida o muerte? —Su cruel risita atravesó mis pensamientos como una espada y, si hubiera podido, me habría tapado los oídos.

—¡Sí, así es! Tú decides a qué jugamos. —Esperaba que no eligiera algo que no conociéramos.

—¡Que así sea! —dijo con determinación, y al momento siguiente me quedé sola ante ella.

Miré a mi alrededor presa del pánico. ¿Dónde se metieron los demás? En ese momento, una gota grande y viscosa cayó a mis pies

y se extendió formando un charco. Conteniendo la respiración, miré hacia el techo y mi corazón se detuvo cuando vi lo que había allí. Todos mis amigos colgaban congelados en la secreción de Arachna como orugas en sus capullos del techo abovedado. Había sucedido tan rápido que ninguno de nosotros pudo reaccionar.

—¡Juguemos, pequeña rompedora de maldiciones!

CAPÍTULO 42



Siempre me han gustado los rompecabezas.
Me alegro de poder inspirar a mi hija con ellos.
Estoy segura de que
lo necesitará en algún momento de su vida.

Del diario de Xoran,
antiguo general del Ejército Eclario

Jadina

¿SOLA? ¿Se suponía que debía enfrentarme a la Arachna sola? Cuando sugerí un juego, supuse que jugaría contra ella con mis amigos.

—Tú contra nosotros. ¿Qué tal un acertijo?

¿Un acertijo? Este ser ancestral incluso sabía que yo llevaba dentro la magia para romper maldiciones y que Kayden era mi alma gemela. ¿Cómo iba a ganar un juego de adivinanzas contra ella? Pensé febril. ¿Cómo podía salir de esta sin poner en peligro la vida de mis amigos?

Tú contra nosotros, sus palabras resonaban en mi mente. ¡Eso era!

—Cuando sugerí un juego, estaba convencida de que encontraría en ti una oponente justa. Pero ahora veo que no es así —dije, cruzando los brazos sobre el pecho para ocultar mis manos temblorosas. Sabía que era peligroso provocar a esta criatura, y mi acusación sin duda lo haría.

—¿No se supone que somos oponentes justos? ¿Qué te hace pensar eso? —Estaba ofendida, lo que me demostró que la justicia era un aspecto importante de este juego para ella.

—¡Bueno, si ustedes son varios y yo estoy sola! Pueden consultarlo entre ustedes. —Siempre hablaba de sí misma en plural, pero no sabía si se veía a sí misma como varios seres. Esperaba que esta objeción de verdad me salvara.

Hubo un breve silencio en mi mente. Ella lo estaba pensando.

—¡Tienes razón, pequeña rompedora de hechizos! —dijo de repente, y el alivio fluyó por mis venas. Sin embargo, esta sensación no duró mucho, porque entonces Lenn cayó del techo justo a mi lado.

¡Mierda! Quería a Lenn, pero si hubiera podido elegir, cualquier otra persona habría sido un compañero de juegos más adecuado para mí. Gimiendo, el jinete de dragón intentó liberarse de la secreción que ya no parecía paralizarlo.

—¿Qué pasó? —quiso saber—. ¿Derrotamos a la Arachna?

—No —respondí mientras lo ayudaba a levantarse—. Todavía no. —Puse toda mi esperanza en esas dos palabras. Quizás eso ayudaría a Lenn a mantener su optimismo.

Al menos uno de nosotros tenía que enfrentarse a nuestro oponente con confianza.

—¿Qué? ¿Por qué? —Confundido, miró a su alrededor y, cuando su mirada se posó en la Arachna, automáticamente dio un paso atrás.

—Se supone que los dos debemos competir contra ella en un juego a vida o muerte —expliqué, tratando de reprimir el suspiro que se me escapó por la garganta.

—¿Un juego? —preguntó Lenn con entusiasmo, y supe que estaba pensando en sus juegos de cartas, en los que solía ganar.

—Un rompecabezas —informé con seriedad, y su entusiasmo fue sustituido por un horror evidente. Su mirada se dirigió en seguida a Dex, en el techo, y supe que estaba pensando lo mismo que yo.

—Podemos hacerlo —intenté animarnos a ambos, aunque tenía pocas esperanzas.

—Bueno, entonces podemos empezar —interrumpió Arachna mi conversación con Lenn—. *Ahora que ya no tienes que enfrentarte a nosotros sola.*

¿Me concedería otro jugador si le preguntaba cuántos seres había unido dentro de sí misma? ¿O estaría tentando al destino? Quizás.

—Estas son las reglas: nos turnamos para contarnos dos acertijos. Quien adivine menos, pierde. —Si éramos los perdedores, eso significaría nuestra muerte—. *Si hay un empate después de la primera ronda, continuaremos adivinando hasta que haya un ganador. ¿De acuerdo?*

—De acuerdo.

Un sudor frío me recorrió la espalda. No se me daba mal adivinar acertijos; al fin y al cabo, mi padre solía jugar a eso conmigo y yo lo disfrutaba. Sin embargo, una cosa era resolver un acertijo con tu padre alrededor de una hoguera y otra muy distinta hacerlo en un túnel subterráneo donde, si no acertabas, te convertirías en la comida de un arácnido.

Lenn, a mi lado, también estaba visiblemente nervioso. No dejaba de pasarse las manos por los pantalones y mirar a Dex con imploración, como si esperara que él pudiera ayudarle con la tarea.

Pero ninguno de los demás podía ayudarnos. Estábamos solos y no tenía sentido enfadarse por ello.

—Aquí viene el primer acertijo —anunció el antiguo monstruo, y vi a Lenn estremecerse ante sus palabras. La miró con los ojos muy abiertos. Al parecer, ella también le había hablado—. *¿Qué puede llenar una habitación sin ocupar espacio?*

—¿Cuántos intentos tenemos? —pregunté, sin saber si podría adivinarlo a la primera.

—Como son dos, pueden intentar dos veces —dijo generosamente el arácnido.

Dos posibles respuestas para escapar de la muerte. No era mucho.

—¡Silencio! —gritó Lenn en ese momento, y yo me estremecí ante sus palabras. Me volví hacia él enfadado, justo cuando el arácnido decía—: *¡Eso es incorrecto!*

Ahora fue Lenn quien se estremeció como si le hubiesen golpeado.

—¡Lenn! La próxima vez, discute tu respuesta conmigo antes de decirla en voz alta —le dije con la mayor calma posible. Después de todo, ya se sentía lo bastante culpable. Se quedó allí con la cabeza gacha.

—Lo haré. Lo siento.

Suspiré y me llevé el índice y el pulgar al puente de la nariz. «¿Qué puede llenar una habitación sin ocupar espacio?». El silencio no era una respuesta incorrecta, pero tampoco era la correcta. Entonces, ¿qué podía ser? En mi mente, imaginé mi habitación en el castillo de Dragonfall. En mi imaginación, quité todos los muebles y miré lo que quedaba. Una habitación vacía con luz entrando por las altas ventanas.

¡Eso es! ¡Debe de ser eso! Pero ¿y si me equivocaba? Miré a mi alrededor. Aquí, en los túneles, siempre estaba oscuro. ¿Podía la Arachna percibir la luz? ¿Podía echar de menos la luz?

—¡Tic, tac, tic, tac! —dijo la anciana con impaciencia—. *No tienes todo el tiempo del mundo para resolver mi acertijo.*

—La luz. La solución es la luz —respondí con voz firme, temblando por dentro. Lenn me miró sorprendido, y solo entonces me di cuenta de que había hecho lo mismo que él. Sin consultarle, solté una posible solución.

—Lo siento —le dije mientras una palabra cruzaba mi mente—: *¡Correcto!*

Lenn suspiró aliviado y me abrazó.

—No pasa nada, Jadina.

No sabía si esas palabras se referían a mi disculpa o al hecho de que dimos el primer paso hacia la supervivencia.

—Ahora te toca a ti proponernos un acertijo —dijo la Arachna, y por su voz quedó claro que no compartía nuestro alivio por nuestra

primera victoria.

Lenn me miró con curiosidad y rompió nuestro abrazo.

—No conozco ningún acertijo. ¿Tú sabes alguno?

Recordé dos acertijos que me enseñó mi padre. Así que enderecé los hombros, asentí a Lenn y formulé mi pregunta.

—¿Qué solo puede vivir donde hay luz, pero desaparece en cuanto la luz lo ilumina?

Dado que los Arachna vivían en completa oscuridad, esperaba que ella no estuviera familiarizada con este fenómeno.

Lenn, a mi lado, me miró pensativo. Al parecer, él también estaba tratando de resolver el acertijo. Por si acaso, me llevé el dedo índice a los labios. Si él descubría la solución, no debía decirla en voz alta.

Clac, clac, clac, sonó una de las largas patas al golpear el suelo de piedra.

—*Son las* sombras —respondió Arachna con confianza y demasiada rapidez.

La decepción inundó mi ser. Tenía tantas esperanzas de que no pudiera resolver este acertijo.

—Correcto —respondí contrita, y la anciana bailó feliz en el sitio, con la baba goteando de su enorme boca. ¿Ya nos estaba comiendo en su mente?

—*Aquí va el segundo acertijo* —oí su voz, llena de expectación, en mi cabeza—. *¿Qué es grande cuando es joven y pequeño cuando es viejo?*

Lenn palideció. Parecía haber tenido una idea inmediata para el primer acertijo, pero no para el segundo.

Intenté no distraerme y me concentré en las palabras de Arachna.

No dijo *quién*, sino *qué.* Así que tenía que ser un objeto.

Es grande al principio y se va haciendo cada vez más pequeño hacia el final. Pensé intensamente. La respuesta estaba en la punta de mi lengua.

—¡Una vela! —exclamé, y por un instante, Arachna se quedó paralizada.

—*Otra vez acertaste* —dijo, y sus palabras transmitían sorpresa y conmoción.

—Bien. Entonces, aquí va mi segundo acertijo —respondí, esforzándome por parecer impasible—. Cuanto más hay, menos se ve. ¿Qué es?

Mientras pronunciaba el acertijo, ya sabía que no era lo bastante difícil. No para Arachna, que era tan sabia como anciana. Pero era el único que conocía. Si lo adivinaba, tendríamos un problema en la siguiente ronda.

—*¿De verdad le estás haciendo esta pregunta a un ser que no sabe nada más?* —preguntó con desdén—. *La respuesta es: la oscuridad.*

Toda esperanza se desvaneció y miré con aire de disculpa a Lenn, que tenía la mandíbula apretada. Sin embargo, me acarició la espalda con cariño.

—Podemos hacerlo. *Tú* puedes hacerlo —me animó, y a pesar de su miedo, podía oír la fe que tenía en mí.

—*Entonces acabemos con el juego de adivinanzas* —dijo Arachna con una risita en mi cabeza, y yo bajé la mía. Demasiado dependía de su acertijo—. *¿Qué está siempre delante de ti, pero no puedes verlo?*

Levanté la vista sorprendida. Mi padre me hizo esa pregunta cuando era pequeña. La respuesta se aplicaba a la mayoría de los seres, pero no a mí. ¿Era por eso que nunca pude olvidar la solución?

—El futuro —dije, con más confianza que con cualquier otra pregunta.

—*Correcto otra vez* —dijo Arachna, con un tono de impaciencia y frustración en su respuesta. Al parecer, no esperaba que adivinara tantos de sus acertijos. Agradecí en silencio a mi padre por las tardes que pasó jugando este juego conmigo.

Pero ahora estaba llegando poco a poco a mis límites. Lo que se estaba convirtiendo en un reto no era responder a las preguntas, sino formularlas. Preferiblemente una cuya respuesta Arachna no supiera.

—*Haz tu pregunta* —siseó la anciana, dando un amenazador paso hacia mí.

Pensé mucho, pero no se me ocurrió ningún acertijo. Los otros acertijos de mi padre solían ser muy largos. Recordé que me había dado uno con un rey, un verdugo y un ladrón, pero no pude reconstruirlo por completo, ni siquiera con la mejor voluntad del mundo.

—¿No me digas que no se te ocurre ningún acertijo? —se burló Arachna, y casi pude oír su cruel risa, que intentaba ocultar—. *Sería una pena, porque significaría que ganamos y los comeremos.*

—Lenn, ¿sabes otro acertijo? —le pregunté a mi amigo con la mayor calma posible.

—¿Un acertijo? —preguntó, abriendo los ojos con pánico—. ¡Por favor, no me digas que de verdad no sabes ninguno más!

Las risitas de la anciana me helaban la sangre. Estaba disfrutando muchísimo y probablemente ya estaba pensando en cuál de nosotros se comería primero.

¡No! No podía permitir que eso sucediera. No habíamos llegado tan lejos para rendirnos ahora. Kelyna se sacrificó por nosotros. Y no para que nos convirtiéramos en comida de una araña.

¡Piensa, Jadina! Me ordené a mí misma y me tranquilicé. Recapitulé analizando los últimos acertijos. La Arachna era muy sabia e incluso podía responder preguntas que estaban fuera de su hábitat. Sabía sobre velas y luz, cosas que nunca había visto porque carecía de ojos para hacerlo. Conocía bien nuestro mundo, a pesar de que vivía aquí abajo, en los túneles.

¡Conocía *nuestro* mundo! Esa era la clave. La emoción recorrió mis miembros, pero no podía dejar que ella lo notara. Debía seguir creyendo que ya había ganado.

—¿Cómo se llama la fiesta en la que la gente decora un árbol? —pregunté en voz alta, incapaz de reprimir una sonrisa.

CAPÍTULO 43



Especialmente las criaturas
que viven en el desierto
están marcadas por el hambre y la sed.
Los jinetes, por otro lado, se deleitan en el lujo.

De las Crónicas de Vulas

Jadina

DURANTE MI ESTANCIA EN ARANGA, hojeé los libros de la biblioteca de Hakon y Thalie. Libros que procedían del mundo humano. Uno trataba sobre sus costumbres y festivales. Este festival se me había quedado grabado en la memoria porque me pareció muy especial. La Navidad.

Puede que los Arachna estuvieran familiarizados con nuestro mundo, pero dudaba que esto también fuera cierto para los humanos.

En cuanto hice la pregunta, la anciana se quedó paralizada, para luego empezar a caminar nerviosa de un lado a otro. Sus largas piernas se contraían, su boca se torcía en una expresión sombría y

temblaba. De rabia. Temblaba como si fuera a *explotar* en cualquier momento.

Si nuestra situación no hubiera sido tan grave, quizá me habría reído al ver a Arachna darse cuenta de que había perdido. Pero era una criatura peligrosa y ahora veríamos si se podía confiar en ella. ¿Cumpliría su palabra y nos dejaría marchar?

—*Grr* —gruñó amenazadoramente en mi cabeza—. *No lo sabemos. Sin embargo, nos preguntamos cómo podemos confiar en que de verdad sabes la respuesta.*

—La respuesta es Navidad —dije con determinación—. Es una fiesta que los humanos celebran en invierno. Si no me crees, pregúntale a la Vile, que está entre nuestro grupo. Ella ha vivido entre los humanos durante mucho tiempo.

—¿Ganamos? —susurró Lenn con incertidumbre y me agarró la mano. Asentí en silencio y su mirada se fijó con recelo en Arachna. Parecía tener las mismas dudas que yo sobre la palabra de esta criatura ciega.

—*¡Ah!* —gritó con un tono tan agudo que pensé que nunca volvería a poder oír nada más que ese sonido estridente. Me habría gustado taparme los oídos, pero como su voz solo se oía en mi mente, no habría servido de mucho—. *¡Nos has engañado!*

—¡No, no lo hicimos! —dije con la mayor seguridad posible—. ¡El hecho de que haya cosas que no sabes o no entiendas no significa que los hayamos engañado!

No sé de dónde saqué el valor, pero no me moví cuando el gran monstruo se abalanzó sobre mí y se detuvo justo antes de alcanzarme.

—Nos diste tu palabra, ahora cúmplela. Es una cuestión de honor —le exigí en mis pensamientos. Elegí este método de comunicación por respeto a mi oponente. Quería darle la oportunidad de hacer lo correcto sin perder prestigio en su ira y amargura.

Un bufido despectivo recorrió mi cabeza.

—¿Una cuestión de honor? Perdimos nuestro sentido del honor cuando llegó la primera hambre —siseó, pero no se acercó. Sabía a qué se refería y lo que el hambre, pero sobre todo la sed, podía llevar a una persona a hacer.

—Lo sé. Yo también conozco muy bien ese sentimiento y no se lo deseo a nadie. Sin embargo, te pido que actúes con buena conciencia esta vez. Podríamos poner fin a la maldición y crear tiempos mejores también para ti.

Un suspiro triste rozó mis sentidos.

—Ojalá aún tuviéramos fuerzas para hacerlo. —Al momento siguiente, otras cuatro figuras cayeron del techo. Gimiendo, se liberaron de la secreción que antes las había paralizado. Lenn acudió en su ayuda, pero yo no aparté la mirada de la araña. ¿Cuál era su plan? ¿De verdad nos iba a comer? Enfadada, apreté los puños y quise abalanzarme sobre ella.

Pero, para mi sorpresa, la anciana dio un paso hacia un lado, dejando espacio suficiente para que pudiéramos pasar a su lado.

—¡Corran! ¡Pero rápido! No sabemos cuánto tiempo podamos aguantar.

Nos dejó ir, pero con la advertencia de que podría ser solo por un breve periodo de tiempo.

—¡Corran! —grité sin dudarlo y eché a correr, empujando a los demás delante de mí. Por fortuna, reaccionaron en el instante. Fely encendió una pequeña luz en su mano y yo también envié mi resplandor por delante para que pudiéramos ver adónde nos llevaba el túnel.

—¡Corran tan rápido como puedan! —oí decir a la araña en mi cabeza—. *De todos modos, nosotros somos más rápidos.*

—¡Apúrense! —insté al grupo, sin saber si la anciana había vuelto a hablar solo conmigo o si los demás también la podía escuchar.

Aceleramos el paso y corrimos por el túnel, jadeando. El aire enrarecido lo hacía difícil, y sentía que me dolían las piernas tras recorrer solo una corta distancia. Pero no podíamos reducir la velocidad. La advertencia de la araña fue clara. Nos dio ventaja y teníamos que aprovecharla.

Lenn, que corría al frente de nuestro grupo, se detuvo de golpe y señaló mi bola de luz, que también parpadeaba en el aire.

—¿Adónde? ¿Qué túnel debemos tomar? —preguntó, con la respiración entrecortada. Si él, que poseía la magia de la velocidad, ya estaba sufriendo tanto en las condiciones de los pasadizos

subterráneos, no era de extrañar que yo sintiera que estaba a punto de desplomarme en cualquier momento.

Miré hacia delante con horror. Tres ramificaciones aparecieron ante nosotros.

¡Mierda! ¿Cuál debíamos tomar? No tenía ni idea.

—¡Se acabó el tiempo! Se nos ha agotado la paciencia. ¡Vamos a por ustedes! —La voz de Arachna se burlaba aún más de nuestro dilema.

—Ya viene —susurré, y el horror de mis propias palabras me puso la piel de gallina.

Kayden, a mi lado, me miró con los ojos muy abiertos. Una niebla naranja rojiza flotaba sobre las cabezas de todos y, por un momento, se hizo tanto silencio a nuestro alrededor que pensé que todos estábamos conteniendo la respiración. El miedo se apoderó de todos nosotros.

—Nos separaremos. —La voz de Kayden sonaba segura y reconfortante al mismo tiempo—. Lenn irá con Felycitia y su resplandor. Nayda acompañará a Dex, cuyos ojos pueden ver en la oscuridad. Yo me quedaré con Jadina y su luz. —Miró a todos por turno, y había algo en su mirada que no admitía contradicción—. ¡Vamos!

Dex tomó a Nayda de la mano y se apresuró a entrar con ella en el primer túnel. No tardó mucho en envolverlos por completo la oscuridad. Fely y Lenn atravesaron la entrada del segundo túnel mientras Kayden me empujaba hacia el último.

No me gustaba la idea de separar al grupo, pero al menos aumentaba las posibilidades de supervivencia de algunos de nosotros, ya que los Arachna solo podían elegir un túnel para seguir. Al mismo tiempo, eso significaba que encontraríamos el agua más rápido. Aunque no podía quitarme de la cabeza la sensación de que había algo mucho más importante que encontrar en este sistema subterráneo. Después de todo, la anciana mencionó que Attilus trajo a alguien aquí y lo estaba escondiendo en algún lugar de los túneles. Pero ¿a quién? Y lo más importante, ¿en dónde?

Tropezando, seguí a Kayden y mi luz. Este túnel también estaba construido con la misma piedra que el pozo y se adentraba en la

oscuridad.

El sudor corría por mi cara y mi espalda. Mis piernas estaban pesadas y cada paso era una tortura. Estaba al límite de mis fuerzas y todo mi cuerpo ansiaba agua.

—No puedo seguir —sollocé y caí de rodillas y manos. La dura piedra con la que estaba construido el túnel se clavó en mi carne y me desgarró la piel.

Pero no sentía el dolor. Solo la sangre caliente que brotaba de la herida y bajaba por mi pierna. Sentí náuseas y ya podía saborear la bilis que me subía por la garganta.

—¡Vamos, tenemos que seguir! —Kayden me tiró del brazo hasta que me puse en pie tambaleándome. Su mirada era implacable y despiadada—. No vas a rendirte ahora. ¿Me oyes? ¡Un cazador no se rinde!

Sus palabras se grabaron en mi ser como un hierro candente. Tenía razón. ¡Yo era una maldita cazadora! No iba a rendirme.

Decidida, tragué la bilis que me subía por la garganta y di un paso. Pero la fuerza de voluntad ya no bastaba para mantenerme en pie. Mis piernas se doblaron y, si dos fuertes brazos no me hubieran sujetado, habría vuelto a caer.

Suspirando, Kayden me rodeó el torso con un brazo y deslizó el otro bajo mis rodillas. Luego apretó mi cuerpo contra el suyo y empezó a correr de nuevo.

—¡No puedes llevarme todo el camino! —protesté, golpeándole el pecho con la mano y pataleando. Pero mi resistencia era demasiado débil para cambiar nada.

—Si tengo que hacerlo, puedo —gruñó Kayden—. Por suerte, tengo mi magia para ayudarme. Pesas poco más que una pluma.

—¿En serio? —pregunté, sintiendo cómo mi conciencia culpable desaparecía de inmediato. ¿Tan ligera como una pluma? ¿Cómo podía ser su magia tan poderosa en esas circunstancias y a pesar de su agotamiento físico?

—Sí, de verdad —respondió, dedicándome la sonrisa torcida que tanto había echado de menos. Quizás, después de todo, todo estaba bien y yo solo imaginaba su rechazo.

Aliviada, me acurruqué contra su pecho firme y cálido y respiré su aroma como si necesitara memorizarlo. El aire frío de la noche del desierto y el cuero. Lo reconocería en cualquier lugar.

Cerré los ojos con placer y me rendí al cansancio. Solo por un instante.

UNA TORMENTA RUGÍA y azotaba la arena en la oscuridad, iluminada solo por mi pequeña luz. Me tiraba sin piedad del cabello y del uniforme, e incluso mi propia magia del aire era impotente contra ella.

—Qué fácil nos lo pusiste. Un rastro de sangre. Nos abre el apetito —oí la voz de Arachna en mi cabeza. Pero ahora no podía concentrarme en ella.

—¡Kayden! —grité con fuerza, esperando que pudiera oírme por encima del silbido del viento.

—¡No puedo hacerlo! —Su voz estaba tan llena de tristeza, agotamiento y resignación que se me llenaron los ojos de lágrimas.

En ese momento, un temblor sacudió el suelo e hizo que todo mi mundo se tambaleara. El estruendo se sentía a través de mis botas y la arena caía del techo sobre nosotros.

Miré hacia arriba horrorizada. Otro estruendo sacudió la cueva en ese mismo instante y caí de rodillas.

—¡Kayden! —grité, mirando a mi alrededor. ¿Dónde estaba? Ya no podía verlo a través de la arena que se arremolinaba y la oscuridad que lo envolvía todo. ¿De dónde venía este terremoto?

Una vez más, la tierra retumbó debajo de mí y un estruendo ensordecedor no presagiaba nada bueno. Entonces descubrí la enorme grieta que había partido en dos la roca frente a mí. Se abría cada vez más, como una herida sangrante.

¡No! ¡No! ¡No! Retrocedí gateando, presa del pánico. Todo mi cuerpo temblaba, me ardían los ojos y mi magia se llenó de tristeza. ¿Qué estaba pasando?

—*¡JADINA!* —La voz de Kayden resonó en mis pensamientos. ¿O era un sueño? Abrí los ojos y lo miré parpadeando—. ¡Agua, Jadina!

¡Hemos encontrado agua!

Sus ojos brillaban mientras miraba algo que se extendía ante nosotros. Hacía mucho tiempo que no veía sus rasgos tan relajados, y había una alegría genuina en su voz. Era diferente de la tristeza, incluso de la resignación, que había reflejado en mi sueño anterior.

Me puso con suavidad los pies en el suelo y me llevó de la mano. Aún somnolienta, miré a mi alrededor. Estábamos en una cueva y, a la luz de mi magia, se extendía ante nosotros un lago.

¡Salvados! ¡Estábamos salvados! Pero ¿por qué tenía la molesta sensación de que las apariencias engañaban y de que acabábamos de entrar en un desastre? ¿Qué soñé en realidad?

CAPÍTULO 44



Solo puedo imaginar
cuál es el verdadero poder que se esconde dentro de mi hijo.
Espero que nunca lo descubramos.

Del diario de Gronus,
Rey de los Jinetes Dragontinos

Jadina

Sin pensarlo dos veces, corrí hacia el agua. Mi sed se había vuelto tan insoportable que todo lo demás pasó a un segundo plano. Tenía la boca seca, los labios agrietados y ya podía saborear la sangre. Me ocuparía más tarde del sueño y su significado.

Cuando llegué a la orilla, me desplomé sobre la arena. Kayden cayó de rodillas a mi lado, sin soltar mi mano.

—Ahora entiendo cómo te sentías cuando te recogimos en el desierto. Cómo te consumía la sed y por qué me arrebataste de esa manera la cantimplora de las manos. —Había una disculpa en sus ojos, y yo solo asentí en silencio, incapaz de responder. Él no sabía nada mejor en aquel entonces, y ya no era el mismo hombre que fue en aquel momento. Yo tampoco.

Sonriendo, sumergió su mano libre en el lago, que yacía completamente en calma ante nosotros. Como un espejo que reflejaba mi bola de luz.

¿Un espejo? Este pensamiento me trajo un recuerdo, un dato. Pero no pude captarlo. En cambio, también saqué agua del lago con la mano y la olí primero para asegurarme de que no oliera a pozo negro debido a la falta de movimiento.

Para mi sorpresa, olía muy fresca y no a humedad. Cuando sumergí la punta de la lengua en ella, no noté un alto contenido en sal ni ningún sabor terroso, como el que tenía el agua de mi pozo en el desierto. Sin embargo, sentí un cosquilleo en la lengua tras el primer sorbo. ¿Quizás era por algún mineral del agua? No podía imaginar que fuera perjudicial.

Kayden me observaba expectante.

—Es bebible —anuncié, y Kayden no necesitó que se lo repitiera. Soltándome, sacó agua del lago con ambas manos para beberla a grandes tragos.

Sin su calor, mi mano volvió a sentir frío, casi vacía, y una sensación de decepción me invadió. Era una sensación que me había embargado a menudo desde mi regreso. Una vez más, se apoderó de mí, clavando sus afiladas garras en mi corazón. ¿Por qué tenía la sensación de que me mantenía a distancia?

Sin embargo, intenté no demostrarlo y bebí también, momento en el que una extraña sensación de hormigueo se extendió por todo mi cuerpo. De repente, un dolor familiar clavó sus garras en mi cuerpo y me doblé por la mitad. Presa del pánico, me detuve y miré mis manos, brazos y piernas. Una niebla púrpura se extendía por ellos.

¿Mi magia? Se enroscó alrededor de mi cuerpo como zarcillos y latía profundamente dentro de mí. ¿Qué significaba eso? ¿Por qué había aparecido ahora?

Confusa, dejé que mi mirada se desviara del agua en mi mano hacia el lago. Yacía tranquilo e inmóvil ante nosotros. Una vez más, pensé que se parecía a un espejo.

Kayden, a mi lado, seguía saciando su sed. Sobresaltada, dejé que el pequeño charco de mi mano se deslizara de nuevo al lago, y

de inmediato el dolor se volvió más soportable.

—¡Kayden! —grité, tirando de él por el hombro. El agua le goteaba por la barbilla mientras me miraba sorprendido—. No bebas más. Algo va mal. —Señalé con la barbilla la niebla púrpura que me envolvía y sus ojos se abrieron como platos.

El miedo, incluso el pánico, los inundó, y él también arrojó el agua que le quedaba en la mano al lago como si le hubiera quemado.

—¿Qué significa esto? —susurró mi alma gemela, colocando la mano sobre su espada y mirando alrededor de la cueva. Mi mirada, sin embargo, seguía fija en la superficie del agua. Había algo allí. Podía sentirlo.

—*Sabemos que está aquí. Él la trajo. Hace un siglo* —oí las palabras de Arachna en mi mente. ¿Y si no se refería a una persona, sino a algo totalmente diferente?

La pista de Horacio sobre el misterio de la sirena también me vino a la mente: «Los reflejos suelen ser considerados como el mundo doble por su pueblo. Así que podría referirse a un espejo real o quizás a un reflejo en el agua».

¿Y si Attilus trajo una de las rosas aquí?

Inundada de nueva energía, salté y corrí por la orilla, con la mirada fija en el centro del lago. Estaba demasiado tranquilo ante nosotros.

—¡Creo que hemos encontrado algo más que agua! —le grité a Kayden, que me había seguido—. Si no me equivoco, hemos descubierto una de las rosas.

—¿Una de las rosas? —preguntó Kayden, deteniéndose y fijando también su mirada en la superficie del agua—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Hay varias pistas. Los tritones se refieren al reflejo en el agua como el mundo doble. El agua en sí está maldita. —Señalé de forma demostrativa la niebla púrpura que aún se arremolinaba a mi alrededor—. Y la araña me dijo que él *la* trajo aquí hace un siglo. ¿Y si se refería a Attilus y a la rosa?

Kayden entrecerró los ojos y volvió a mirar al lago.

—¿Cómo podemos averiguarlo? —preguntó, y vi que volvía a agarrar la empuñadura de su espada con tanta fuerza que sus nudillos ya se estaban poniendo blancos.

—Buceando —sugerí, quitándome el arco, el carcaj y la bolsa de los hombros.

Kayden se giró para mirarme.

—¿Bucear? ¿En esas aguas malditas? ¿Estás loca? —Sorprendida por su violenta reacción, di un paso atrás. Respirando sofocante, se presionó el puente de la nariz con el pulgar y el índice—. Lo siento, no quería gritarte. —Su voz temblaba y el temblor de su cuerpo demostraba que estaba luchando por controlar sus emociones. Pero, ¿qué sentía con exactitud? ¿Era la ira lo que los llevó a ese arrebato, o incluso el miedo?

Fuera lo que fuera, me necesitaba. Así que di unos pasos hacia él. Pero justo cuando estaba a punto de poner mi mano en su brazo, él retrocedió y me miró con los ojos muy abiertos.

Mis dedos se encontraron con el aire y flotaron sin rumbo fijo durante un momento, como la flecha de Cupido que nunca difundiría el calor del amor.

El horror en sus ojos dio paso a una mirada conflictiva, como si no estuviera seguro de si empujarme o atraerme hacia sus brazos.

El dolor golpeó mi corazón y se retorció bajo el peso de esta revelación. Tenía razón. Me estaba evitando.

Desesperada, busqué nuestro vínculo espiritual.

—Necesitamos otro plan —interrumpió mi torbellino de pensamientos, y yo tragué el dolor. Tenía un sabor amargo y agudo, pero sabía que mi alma gemela tenía razón. Necesitábamos un plan para liberar la rosa del lago. Tendría que lidiar con nuestros problemas más tarde.

Así que volví a soltar nuestro vínculo y me concentré en el lago en lugar de en el hombre que tenía delante.

—¿Cómo se supone que vamos a llegar hasta ella si no podemos entrar en el agua? —pregunté en el silencio que se instaló. En mi opinión, no teníamos más remedio que bucear.

—Empujando el agua con mi magia de aire y tú cogiendo la rosa —dijo, para mi sorpresa. Lo miré con asombro.

—¿Qué? ¿Y cómo evitarás que tu viento se lleve la flor?

—No lo hará. Confía en mí —respondió, y había tal certeza en su voz que me pregunté de dónde la sacaba. Pero también sabía que tenía que confiar en él. Si no lo hacía, estaríamos realmente perdidos.

—De acuerdo. Confío en ti —dije, y dejé mis pocas pertenencias a poca distancia de la orilla.

—Gracias —respondió, mirándome con tanta intensidad que se me puso la piel de gallina por todo el cuerpo. Mis palabras significaban más para él de lo que yo imaginaba. ¿También estaba luchando con las incertidumbres que mi comportamiento le provocaba? Necesitábamos hablar cuanto antes una vez superáramos este obstáculo.

—Quizás también deberías alejar a Limycu del alcance de mi magia aérea —dijo con suavidad, y el caramelo de sus ojos me recordó que seguía estando frente al hombre que me amaba.

—Tienes razón. Casi me olvido del pequeño.

Busqué con cuidado en mi cuello la bola de lana, cuyos ronquidos ahora podía oír en mi oído derecho.

—Limycu, despierta —dije con suavidad, y pronto lo sentí moverse entre la tela de mi uniforme. ¿Cómo podía seguir siendo tan pequeño?

El águila bebé apareció, piando, y frotó su cabeza contra mi mejilla.

—Tienes que cuidar mi equipo mientras voy al lago. ¿Puedes hacerlo? —le pregunté, sabiendo ya que esta tarea le obligaría a hacer lo que le pedía.

A continuación, se produjo una charla casi ofendida, en la que me explicó que podía hacer cualquier cosa que le pidiera. Luego voló hasta mi bolsa y se sentó sobre ella, demostrando estar alerta. Al hacerlo, estiró el cuerpo para parecer más grande de lo que en realidad era. No pude evitar reírme al verlo y oí que Kayden, a mi lado, tampoco podía contener la risa.

De repente, fue como antes de nuestra huida del castillo de Dragonfall, y una sensación de calidez inundó mi corazón. Lo miré y

él me dedicó una sonrisa familiar que le llegó hasta los ojos. Me sentí tan aliviada que quería abrazarlo.

De repente, su mirada se volvió penetrante y apretó los puños. Su sonrisa desapareció.

—Prepárate —ladró como si fuera una orden, y yo reprimí mi tristeza ante este repentino cambio de emoción. «No debes dejar que vea lo mucho que te afecta», me dije a mí misma mientras me colocaba con las piernas separadas y me preparaba para la tormenta que Kayden estaba a punto de desatar.

Llegó más rápido y con más violencia que nunca. De un segundo a otro, me vi rodeada por vientos huracanados que me despeinaban. Aunque Kayden dirigió la tormenta hacia el agua, tuve la sensación de que me arrastraría si no tenía cuidado. Sin embargo, la magia aérea de Kayden nunca había podido hacerme daño antes.

La niebla púrpura se arremolinó salvaje alrededor de mis brazos y piernas mientras daba mi primer paso hacia la orilla. Allí, un torbellino ya estaba apartando el agua, revelando la arena bajo la superficie. Arena negra.

Como una telaraña mortal, se extendía desde el centro del lago hasta la orilla. Sorprendida, me detuve. ¿Cómo podría pisarla? Mi magia se volvería loca y me desmayaría antes incluso de llegar a la mitad.

Pero en ese mismo instante, mis pies se separaron del suelo y el aire me envolvió como un puño de hierro. Apenas me dejaba espacio para respirar.

Atrapada, me sentí como una prisionera de la magia aérea de Kayden. Sin embargo, reprimí este sentimiento y me concentré en mi tarea.

Con suerte, me equivocaba y se trataba de la flor maldita a la que se refería Arachna.

Miré a mi alrededor desesperada. No la veía por ninguna parte y ya estaba muy cerca del centro del lago. Bajo mis pies, la tormenta en la que estaba atrapada seguía dividiendo el agua. Se alzaba como un muro a mi derecha y a mi izquierda. Ni siquiera podía pensar en lo que pasaría si la magia de Kayden se rompía y esos muros se derrumbaran sobre mí, sepultándome bajo ellos.

El sudor perlaba mi frente al pensarlo. Estas masas me aplastarían por completo.

La escoria negra debajo de mí burbujeaba peligrosa, y me preguntaba cómo habría podido atravesarla. Incluso sin la extraña reacción de mi magia a la tierra oscura. Probablemente me habría hundido hasta la cintura y me habría quedado atascada.

Asombrada, el torbellino se extendió en todas direcciones, aumentando el diámetro de la zona libre de agua. Al principio, me sorprendió el enorme poder que fluía a través de la magia aérea de Kayden. Lo sentí en mi piel. Una sensación de hormigueo similar a la que sentí al principio cada vez que nos tocábamos.

Pero entonces me distrajo un resplandor azul que me llamó la atención.

La primera rosa azul, me impactó. La encontramos.

CAPÍTULO 45



Ella amaba esas rosas.
Lo sabía.
Así que no pude resistirme
a hacerlas mis cómplices.

De los escritos de Attilus

Jadina

QUERÍA GRITAR DE FELICIDAD, pero la magia de Kayden me atenazaba el cuerpo con tanta fuerza que poco a poco fui perdiendo el aliento para hablar.

Así que centré toda mi atención en mi objetivo. La flor, ahora liberada del agua, emergió del barro negro. Kayden tenía razón. Su magia no la había dañado. ¿Cómo lo supo? Tendría que preguntárselo más tarde. Y tantas otras cosas que tenía en mente.

Aparté esos pensamientos con vehemencia. «Tienes que concentrarte en tu tarea», me dije a mí misma. A esas alturas, estaba tan cerca de la rosa que podía ver el brillo de sus pétalos azules. Hasta entonces, solo la había visto en los dibujos y pinturas que descubrimos en Palacio Eclariano. Nunca imaginé que estas

rosas fueran aún más hermosas en la realidad que en las ilustraciones.

Ahora entendía el amor de la reina Adayla por este tipo de rosas. Su brillo era irresistible.

Poco a poco, me acerqué más y más a ella, pensando intensamente en cómo podría recogerla del suelo sin tocar el barro negro. ¿Quizás con mi magia?

Podía usar mi luz para atar una cuerda y envolverla alrededor de las personas, como hice con Dorian después de la ceremonia de unión. ¿Sería posible usar esa cuerda de luz para sacar la rosa del suelo?

Sin pensarlo más veces, busqué mi magia de luz, que no bailaba en mi piel como la magia para romper maldiciones. Al fin, la encontré escondida en mi núcleo mágico. Permanecía allí, quieta y silenciosa.

—*Ayúdame* —le supliqué—. *No puedo hacerlo sin ti. Te necesito.*

Ronroneando como un gato, se acurrucó contra mi espíritu. Podía sentir su vacilación.

—*No tienes por qué temer. Estoy contigo* —seguí intentándolo. ¿Qué le pasaba? ¿Tenía miedo de la maldición y del dolor que la recorría cuando tocaba la tierra negra?

—*La magia de Kayden nos impedirá acercarnos demasiado a la tierra maldita* —le prometí, con la esperanza de poder cumplir esa promesa.

Aún podía sentir sus dudas, aunque ya habían disminuido.

—*Por favor* —le supliqué—. *Solo juntas podemos hacerlo. No me falles.*

Una sacudida recorrió mi magia de luz al pronunciar mis últimas palabras y ella se levantó. Crepitando, se acostó junto a la magia que rompía la maldición en mi piel. Lista para apoyarme.

—Gracias —le susurré, y una vez más se acurrucó junto a mí. Nunca esperé tener una relación tan familiar con mi magia. Y eso a pesar de su supresión durante más de una década y de las dificultades iniciales que tuve para usarla.

Nos habíamos reencontrado y estaba convencida de que nuestro vínculo nunca fue tan fuerte como hoy. Estaba tan agradecida por

ello, porque sin ella, mi misión estaría condenada al fracaso. Al igual que lo estaría sin la magia de Kayden.

Nunca habría llegado a la rosa si él no hubiese estado allí para apartar el agua y mantenerme alejada de la tierra maldita.

«Ya no estoy solo», me di cuenta, y una vez más, esta revelación me reconfortó el alma. Juntos, podíamos hacer cualquier cosa. Incluso destruir la maldición y detener a Attilus.

Y recoger esta rosa era solo el principio.

En ese momento, la tormenta se extendió aún más por el lago. El diámetro del tornado se extendía ahora de una orilla a otra. El agua empujada hacia atrás se acumulaba hasta el techo de la cueva, donde las olas ya lamían la piedra.

El miedo se apoderó de mí al verlo.

«Confía en mí», volví a oír la súplica de Kayden. Él sabía lo que hacía. Tenía su magia bajo control. Nunca me pondría en peligro.

La calma fluyó a través de mí y atrajo mi atención hacia la rosa sobre la que ahora flotaba.

El suelo alrededor de sus raíces era completamente negro. Tan oscuro que pensé que podría tragármelo.

Ahora entendía la sensación de hormigueo que sentí en la lengua al probar el agua del mar y el dolor que me invadió.

Todo aquí estaba contaminado por la maldición. ¿Era la rosa la causante de esto? ¿O era la tierra negra?

—*Ahora es tu momento* —animé a mi magia de luz. Como un relámpago, se lanzó valiente hacia la flor y se envolvió con fuerza alrededor de su tallo. Se oyó un fuerte silbido. El dolor se extendió por su cuerpo hacia mí, sus garras golpeando brutalmente mi ser más íntimo. Se me cortó la respiración y los bordes de mi campo de visión se oscurecieron.

—¡Jadina! —gritó Kayden presa del pánico, y el viento llevó su voz directo a mis oídos.

De inmediato, mi magia se apartó de la flor, la soltó y volvió a posarse sobre mi piel. Allí, gimió mientras lamía sus heridas.

El dolor desapareció y yo me derrumbé, jadeando en busca de aire, en la jaula de aire que se suponía que debía mantenerme erguida.

¿Cómo podía ser? ¿Qué ocurrió?

Parpadeando, miré la rosa azul. Su tallo era verde, no negro. Sin embargo, tocarla me afectó de la misma manera que tocar la arena maldita.

¿Era la causa de todo el mal que se extendía por el fondo del lago y que, al parecer, extendió su red aún más allá de lo que podía imaginar? ¿Estaba propagando la maldición que cayó sobre nuestra tierra?

¿Por qué si no íbamos a encontrar estas rosas? «Cuando las encuentren, átenlas a la tierra. Con su poder combinado, desaten su magia. Así se destruirá la maldición», me vinieron a la mente las palabras de la sirena. A través de estas tres flores, la maldición iba a ser destruida. Eran el catalizador del poder y la magia de Attilus.

La emoción se apoderó de mí al darme cuenta de esto, y quise contárselo a Kayden de inmediato. Pero no quería perturbar su concentración. Después de todo, en ese momento estaba luchando contra un tornado gigantesco, resistiendo la fuerza de toda el agua de un lago y sosteniéndome en el aire al mismo tiempo.

Poco a poco, todo empezó a cobrar sentido y las misteriosas palabras de la sirena se hicieron más claras. Las rosas tenían que estar unidas a la tierra y destruidas allí para poder sanar la tierra. Pero primero, tenía que recogerlas. ¿Pero cómo?

Si mi magia de luz no podía tocarlas porque estaban malditas, entonces solo mi magia para romper maldiciones podía encargarse de eso. Pero, ¿cómo podía la niebla sacar algo del suelo fangoso?

«*Con* el poder *combinado*», las palabras de la sirena se clavaron en mis pensamientos. ¿Juntos? ¡Juntos! Esa era la solución al problema. Mi magia de luz tenía que unirse a mi magia para romper maldiciones para poder recoger la rosa.

—*Sé que te estoy pidiendo mucho* —le dije a mi luz de nuevo—. *Pero no podemos rendirnos ahora. Depende demasiado de nuestro éxito.*

Mi magia se agitó inquieta ante mis palabras. Sin duda, no le gustaba que no estuviera dispuesta a rendirme, así como así.

—*Es comprensible que prefieras no volver a intentar recoger la rosa.* —Se acurrucó como si así pudiera evitar mis palabras—. *Pero*

esta vez no estarás sola. —La luz se detuvo en su movimiento y me escuchó—. *Unirás fuerzas con la rompedora de maldiciones y juntas sacarán la rosa del barro.*

La magia del rompe maldiciones se hizo notar con un zumbido. La niebla que rodeaba mi cuerpo se expandió por un breve instante, como si quisiera hincharse para demostrar su poder.

Parecía entusiasmada con esta idea, mientras que la luz seguía reaccionando con vacilación. Era curioso lo diferentes que parecían mis poderes en sus personalidades, si es que se podía llamar de esa manera a la magia.

—Puedes hacerlo —seguí hablando a la luz—. *Juntas, pueden hacerlo.*

Como para mostrar su buena voluntad, la niebla púrpura del rompecursas se envolvió protectora alrededor de la luz. Brilló por un momento.

—Entonces probémoslo ahora mismo —le dije con entusiasmo a mi magia antes de que la luz pudiera cambiar de opinión de nuevo.

Sin más vacilaciones, la luz se disparó hacia adelante junto con la niebla protectora y buscó con cautela el tallo de la rosa. Durante una fracción de segundo, mi magia tocó el verde y luego se retiró de nuevo en un instante. Pero no volvió a mí. No, permaneció en el aire, como si esperara el inevitable dolor que seguiría.

Pero no hubo nada. Ni dolor, ni rebelión de mi magia, ni mareo inminente. Parpadeando, me quedé mirando la rosa. Se erguía como antes en su inconfundible esplendor en medio del barro negro, con sus pétalos brillando bajo el resplandor de mi bola de luz.

No necesité decir nada para que mi magia se expandiera de nuevo, envolviendo la rosa y arrancándola del suelo con un poderoso tirón.

Poco después, sostenía esta hermosa flor en mis manos, protegida por mi magia rompe hechizos. Todo sucedió tan rápido que solo podía mirarla con sorpresa.

—Gracias a los dos. Hicieron un gran trabajo —elogié a mi luz y al rompecursas. La primera se acurrucó contra mí. El segundo se hinchó de nuevo, como si quisiera decir que no era gran cosa.

Negué con la cabeza y me eché a reír. Pero en ese mismo instante, una voz aguda interrumpió mis pensamientos.

—*¡Sangre! ¡Tu sangre!* —¡La Arachna! ¡Maldita sea!

—*Nos estás facilitando demasiado seguir tu rastro.*

Teníamos que salir de allí ¡ya! La Arachna no nos perdonaría una segunda vez.

—¡Kayden! —grité tan fuerte como pude por encima de la tormenta—. ¡Puedes llevarme a la orilla!

Pero permanecí donde estaba, con la jaula de aire que me retenía clavándose profundamente en mi carne.

—¡Kayden! —volví a intentar, girando la cabeza hasta poder verlo.

Estaba de pie en la orilla. Tenía la cabeza gacha y el torso un poco inclinado hacia delante. Los brazos le colgaban a los lados y las manos apretadas en puños. Temblaba tanto que podía verlo desde la distancia.

¿Qué le pasa? Algo no estaba bien.

—¡Kayden! —le grité de nuevo. Nada. No hubo respuesta. Ni siquiera un movimiento que indicara que escuchó o reconoció mi voz. ¿Estaba atrapado en su magia? Si era así, tenía que llegar hasta él. Costara lo que costara. Tenía que tocarlo, como hice en mi dormitorio, para ayudarlo a salir de allí.

Pero, ¿cómo podía liberarme de su control? ¿Con mi propia magia del aire?

Tan pronto como se me ocurrió la idea, cobró vida y se arremolinó a mi alrededor. Pero ni siquiera eso pudo romper la magia de Kayden, que me envolvía con fuerza.

Jadeando, tiré y tiré de las cadenas invisibles yo misma. ¡Tenía que llegar hasta mi alma gemela!

—*Ayúdame* —le supliqué a mi magia, y juntos, el aire, la luz y el rompecursas se prepararon para enfrentarse al enorme poder que emanaba de Kayden. ¿Cuándo se volvió tan poderoso? Imágenes de él haciendo flotar a Troas kilómetros a través del desierto y levantándome sobre la espalda de Jarok con su magia del aire sin ningún esfuerzo pasaron por mi mente.

¿Se había vuelto tan fuerte en mi ausencia? No lo entendía.

En ese momento, el agarre se aflojó y caí al barro con un grito.

CAPÍTULO 46



No quiero volver a ver
que Kayden vuelva a perder el control de su magia.
Su arrebato de hoy en el dormitorio de Jadina,
cuando vio
lo que su padre le hice a Eline,
fue solo una muestra de
de lo que realmente es capaz.

De las notas de Lady Nayda,
jinete de dragón de la primera temporada

Kayden

Me resistía a liberar mi magia de su cadena. Pero, ¿de qué otra forma podríamos haber alcanzado la rosa? Estaba seguro de que podía controlarla, pero ahora sabía que fue la arrogancia la que me hizo pensar eso. No, hacía tiempo que renuncié al control y di a mi magia demasiado espacio para desplegarse.

Me empujaba sin descanso a por más. Esa voz que me había perseguido desde el ataque de los jinetes al Palacio de Eclaria.

Ni siquiera cuando Jadina regresó. Estaba claro que sospechaba algo. ¿Podría sentirlo? Si hubiera examinado más de cerca nuestro vínculo espiritual, no habría podido pasar desapercibido para ella. Pero hasta ahora no había tenido tiempo. Por fortuna. Porque no quería perderla. No ahora que por fin la tenía de vuelta.

Su mirada era tan exigente y anhelante. Con mucho gusto le daría lo que quería. Lo que yo quería. Pero ya no podía hacerlo. Solo la pondría en peligro. Odiaba a mi alma gemela. Y me controlaba.

Incluso ahora, mientras estaba aquí, en esta cueva. Jadina flotaba sobre el fondo del lago y el agua se acumulaba en la orilla. Me costó toda mi concentración, el último ápice de control que aún me quedaba, evitar que mi magia se volviera contra ella.

La tormenta se hacía cada vez más fuerte y el agarre alrededor del cuerpo de Jadina cada vez más fuerte. Luché contra mi propia magia, que seguía empujando para conseguir más. Sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que me consumiera. Pero cuando eso sucediera, Jadina tenía que estar lo más lejos posible. A salvo.

Hasta entonces, tenía que luchar. Por ella y por mí.

De repente, un dolor abrasador me atravesó y levanté la cabeza con un grito ahogado, solo para ver que Jadina se había liberado de mi magia del aire. ¿Cómo lo hizo?

A cámara lenta, la vi caer en el barro negro sobre el que no podía caminar. Era el fin para ella. Su don aún no estaba lo bastante maduro como para combatir tanta magia de la maldición.

—¡No!» —grité con todas mis fuerzas y, antes de que pudiera detenerme, mi mano ya se había lanzado para atraparla con mi magia.

El temblor que recorrió mi cuerpo en ese momento fue como una risita, y sentí un frío glacial. Había estado esperando este error. Estaba perdido. Estábamos perdidos.

CAPÍTULO 47



Él la ama y ella lo ama.
Son almas gemelas.
Su poder es igual.
Esperemos que sea suficiente.

De los escritos de Hakon

Jadina

SOBRESALTADA, apreté los párpados y me preparé para sumergirme en el barro en cualquier momento. Para sentir la maldición que me abrumaría y me llevaría a la inconsciencia.

Pero ese momento no llegó. En su lugar, me envolvió una cálida brisa. Aireada, ligera y suave. Kayden.

Asombrada, abrí los ojos. Debajo de mí, el suelo negro siseaba como quejándose de que no hubiera caído víctima de su maldición.

Conteniendo la respiración, me quedé suspendida a pocos centímetros del barro.

¡La rosa! Pasó por mi mente y la busqué a mi alrededor con pánico. Ya no estaba en mi mano. Debía de haberla soltado al caer.

Con la esperanza de encontrarla en algún lugar del barro, busqué en el suelo. Nada. ¿Dónde estaba? Esperaba no estar encima de ella. Supuse que estaría intacta si la atábamos de nuevo a la tierra, como decía el acertijo de la sirena.

El pánico se apoderó de mí. No podía haberla perdido. Pero en ese momento, sentí una pulsación que era más como un tirón. ¿Mi magia para romper maldiciones?

Miré a la izquierda, de donde provenía el impulso, y me sorprendió ver la rosa flotando allí, envuelta en una niebla púrpura.

Con cuidado, saqué la mano de debajo de mi cuerpo y la alcancé. La apreté protectora contra mi pecho y respiré aliviada.

Pero mi relajación duró solo un momento, porque lo siguiente que supe es que estaba volviendo a la orilla a través del lecho del lago a una velocidad vertiginosa. En pocos segundos, lo había alcanzado y Kayden me bajó con su magia aérea junto a mi bolsa, mi carcaj y mi arco. Caí de culo con fuerza mientras Limycu me saludaba con entusiasmo, piando desenfrenado.

—No pasa nada. No me pasó nada —lo tranquilicé—. Has cuidado muy bien de mis pertenencias. Gracias, Limycu.

Con el pecho hinchado, se sentó justo al lado de mi oído y siguió parloteando. Probablemente estaba contando todo lo que vio desde su posición privilegiada. Guardé con cuidado la rosa en mi bolsa, que me colgué al hombro. Luego me até el carcaj y el arco a la espalda. Tenía que llegar hasta Kayden.

—*Pequeña rompe maldiciones* —ronroneó la voz de Arachna en mi mente—. *Ya podemos olerte.*

¡Teníamos que salir de allí lo antes posible! Con suerte, los demás habían logrado escapar de Arachna. ¿Encontrarían una salida? Por los dioses, no podían estar muertos.

Miré a mi alrededor con asombro. La tormenta seguía arreciando y el agua continuaba acumulándose a metros de altura en la orilla. ¿Por qué Kayden no había recuperado su magia hacía tiempo?

Sorprendida, miré a mi marido, que seguía de pie en la orilla. Pero ahora su mirada estaba fija en mí. Tenía la mandíbula apretada y los ojos entrecerrados. Su cuerpo estaba tenso como la cuerda de un arco a punto de romperse en cualquier momento. Algo iba mal.

Corriendo, me acerqué hacia él.

—¡Kayden! ¡Viene la Arachna! —le advertí—. Deberías usar tu magia…

Pero no pude seguir adelante, porque entonces vi con horror lo que estaba sucediendo a sus pies. Me detuve tambaleándome y me cubrí la boca con la mano, horrorizada.

La oscuridad de la maldición que pesaba sobre este suelo se acumuló donde estaba Kayden. Como tentáculos negros, se extendió hacia mi alma gemela, lamió sus pies y amenazó con devorarlo.

—¡No! —grité desesperada y corrí hacia él, pero una pared invisible me detuvo.

—Vete, Jadina. Ponte a salvo. Para mí ya es demasiado tarde —susurró.

¡No! ¡Nunca me iría sin él! Golpeé la barrera con los puños hasta que me dolieron.

—¡Olvídalo! Tú vienes conmigo. No te voy a dejar aquí.

La tristeza se apoderó de su hermoso rostro. Una tristeza que había visto tan a menudo en los últimos días.

—Te amo.

Sus palabras, que antes me habían reconfortado como una cálida manta, ahora me parecían múltiples puñaladas. Cuchillas afiladas que me obligaban a arrodillarme. Agotada, caí al suelo. A través de un velo de lágrimas, lo miré. Sus ojos, que cambiaron su color caramelo por un negro impenetrable, seguían mirándome. Le costaba mucho esfuerzo, lo notaba por los temblores que sacudían su cuerpo.

Estaba luchando. Bien.

—Puedes vencerlo —le grité—. Juntos podemos hacerlo.

Resignado, negó con la cabeza.

—Es demasiado fuerte.

Reconocí el momento en que simplemente se rindió. Se dio por vencido. La pared que me separaba de él se acercó y, al mismo tiempo, el torbellino sobre el lago siguió expandiéndose.

La arena se arremolinó y lo envolvió todo en una nueva oscuridad, iluminada solo por mi pequeña luz. El viento tiraba sin

piedad de mi cabello y mi uniforme, y yo luchaba por aferrarme al suelo para no ser arrastrada.

Presa del pánico, recurrí a mi propia magia del aire y la llevé a la superficie, rogándole que detuviera todo esto. Pero ni siquiera ella pudo ayudar.

—Qué fácil nos lo pones. Un rastro de sangre. Nos abre el apetito —oí la voz de Arachna en mi cabeza. Pero ahora no podía concentrarme en ella.

—¡Kayden! —grité tan fuerte como pude, esperando que pudiera oírme por encima del silbido del viento. Tambaleándome, me senté y me apoyé contra la pared de aire que aún me impedía llegar hasta él.

—¡No puedo hacerlo! —Su voz era débil y transmitía tanta tristeza, agotamiento y resignación que se me llenaron los ojos de lágrimas.

En ese momento, un temblor sacudió el suelo e hizo que todo mi mundo se tambaleara. El estruendo se sentía a través de mis botas y la arena caía del techo sobre nosotros.

Miré hacia arriba horrorizada. Otro estruendo sacudió la cueva en ese mismo instante y perdí el equilibrio. Caí de rodillas con fuerza. Jadeando, intenté levantarme. Ya había vivido esta situación en alguna parte. ¡En mi sueño! ¿Vi el futuro mientras Kayden me traía aquí?

¡Mierda! Eso no era bueno. Porque, hasta ahora, mis sueños siempre se habían hecho realidad. ¿Cómo terminó este? No lo recordaba. Pero lo que sí sabía era que lucharía. Nunca renunciaría a Kayden sin luchar.

—¡Kayden! —grité, mirando a mi alrededor. ¿Dónde estaba? Ya no podía verlo a través de la arena que se arremolinaba y la oscuridad que lo envolvía todo. El pánico me inundó como lava ardiente y se aferró a mi corazón. ¿De dónde venía este terremoto?

Una vez más, la tierra retumbó directamente debajo de mí, y un estruendo ensordecedor no presagiaba nada bueno. Entonces vi cómo se formaba una enorme grieta que partía en dos el suelo frente a mí. Seguía ensanchándose.

¡No! ¡No! ¡No! Impulsada por el miedo, retrocedí gateando. Todo mi cuerpo temblaba, me ardían los ojos y mi magia se llenó de tristeza.

¿Por qué no hacía nada? ¿Por qué se retiraba en su dolor?

«Porque no puede hacer nada», dijo una pequeña voz dentro de mí, y supe que era la verdad.

Otro estruendo me sacó de mis pensamientos. Esperaba que nuestros amigos estuvieran a salvo y ya no estuvieran aquí, en algún lugar de los pasadizos subterráneos.

Justo a mi lado, un gran trozo de roca cayó del techo de la cueva al suelo. Teníamos que salir de allí o nos enterraría vivos. De lo contrario, perdería demasiado.

Mi amor, mi alma gemela, mi alma misma.

EPÍLOGO



El fénix es una criatura mágica
que se ha convertido en un mito.
Casi nadie lo ha visto nunca,
y mucho menos ha podido dar testimonio de ello.
Se dice que el fénix posee un gran poder.
Desafortunadamente, no sabemos
si esto es cierto.
Ni siquiera yo he visto nunca un fénix en toda mi larga vida.

De las notas de Horacio

Kayden

Mi pequeño gato salvaje. Una y otra vez golpeaba con los puños mi barrera de aire. Gritaba, se enfurecía. Hasta que su voz no fue más que un graznido. Pero no se rindió. Por mucho que los temblores de la tierra la obligaran a ponerse de rodillas. Cada vez se levantaba y trataba de alcanzarme.

No esperaba menos de ella, y la amaba por eso. Era una luchadora, y rendirse no estaba en su naturaleza. Simplemente aún no sabía que ya había perdido. Que habíamos perdido.

Desde el momento en que nos vimos por primera vez, esta lucha fue inútil.

Sí, ella descubrió su magia y era fuerte. Pero era más fuerte, y mi poder se había agotado.

Luché por contener mi magia, para evitar que se descontrolara y redujera este lugar a escombros y cenizas. Para enterrarla bajo ellos.

Luché contra ello con los dientes apretados. El dolor me robó poco a poco la cordura y, cuando miré a mi amada Jadina, mi visión se oscureció por un momento. Pero sabía que primero tenía que ponerla a salvo.

Sin embargo, mis últimas fuerzas se estaban desvaneciendo y era solo cuestión de segundos antes de que ya no pudiera contenerla. La bestia que había intentado apaciguar durante tanto tiempo. Que tuve que mantener en una jaula y encadenada.

—¡Corre! ¡Por favor! —grité, incapaz de ocultar el temblor de mi voz, con la esperanza de que ella al fin lo entendiera. Una vez más, la tierra retumbó bajo nuestros pies y, sin verlo, supe que mi magia estaba desgarrando el suelo como un cazador desgarra a su presa.

Mi magia de la tierra, de la que ni siquiera Jadina sabía nada. Ella también la llevaba dentro. Pero como yo la había mantenido reprimida, no se percató de ella hasta ahora.

Era tan fuerte. Mi alma gemela. Su magia aún estaba en pañales. Quizás de verdad pudiera liberar nuestra tierra de la maldición. Con un poco de suerte, a mí también. Tenía que creerlo. Era la esperanza lo que me impulsó a buscarla durante todos estos años.

Ahora la tenía a mi lado. A ella y mucho más. Amor, un alma gemela, un poco de suerte en la vida. Jadina era una mujer que podía armarse contra mi magia. Después de todo, era mi igual.

Una vez más, respiré con dificultad y luché contra el dolor que amenazaba con sumirme en la inconsciencia. Luego reuní las últimas fuerzas que me quedaban para resistir mi propia magia.

—Vete. Ya —susurré, esperando que hiciera lo único que le pedía. Esas dos palabras me costaron mi última gota de energía y el dolor me abrumó.

Entonces me dejé llevar.

De inmediato, el viento azotó aún más fuerte y rápido la cueva, y el siguiente estruendo de la tierra sonó como un trueno en las nubes. Enormes trozos de roca llovieron desde el techo.

Y Jadina seguía sentada en medio de todo aquello. Su mirada fija y decidida en mí.

—¡Sal de aquí! —gruñí, con la esperanza de ahuyentarla. La dureza de mis palabras provocó un breve destello de dolor en sus ojos, pero luego apretó los puños y se puso en pie tambaleándose.

¡No! Eso la mataría. ¿Por qué no lo entendía? No quedaba nada que salvar aquí, excepto su propia vida.

Desesperado, miré a mi alrededor en busca de algo que pudiera convencerla de que se diera la vuelta. Mi mirada se posó en Limycu, que estaba sentado en su hombro, acurrucada junto a ella.

—¡Limycu! ¡Sácala de aquí! —No tenía ni idea de cómo iba a conseguirlo ese pajarito, pero era lo único que se me ocurrió en mi angustia.

El águila bebé levantó la cabeza y me miró. Su mirada era tan intensa y llena de comprensión que casi me estremecí.

En ese momento, un terrible estruendo sacudió toda la cueva. Mi atención se dirigió hacia arriba y observé con horror cómo un enorme trozo de roca se desprendía del techo, dejando que los primeros rayos de sol brillaran a través de las grietas. Esta cueva estaba a punto de ser arrasada en cualquier momento.

—¡Ahora! —le grité a Limycu. Él también miró hacia arriba. Nervioso, saltó arriba y abajo sobre el hombro de Jadina. Sabía lo que pasaría en cuanto cayera ese trozo.

Otro estruendo atravesó mis sentidos como la guadaña de la muerte y, en ese momento, la luz inundó la cueva.

El techo se derrumbó y cayó directamente sobre Jadina.

Paralizado, tuve que ver cómo ella también miraba hacia arriba. Enfrentándose a su muerte.

Quería correr hacia ella para protegerla con mi cuerpo, pero mi magia me mantenía inmovilizado con un agarre de hierro. Me obligaba a quedarme quieto y ver cómo me arrebataban lo más importante de mi vida.

Las lágrimas ardían en mis ojos y corrían sin control por mis mejillas. ¿Podría haberlo evitado? ¡Sí! Debería haberle dicho la verdad en lugar de intentar ocultársela. Entonces quizá habría podido salvarla. Pero ahora era demasiado tarde.

En ese momento, otra luz me cegó. Como un relámpago, cayó justo al lado de Jadina. Las llamas se elevaron en el aire y, al instante siguiente, una gran parte del techo se derrumbó justo donde ella estaba. El impacto sacudió no solo la cueva, sino todo mi ser.

Un fuerte sollozo escapó de mi garganta, un grito que llevaba todo mi dolor, mi ira y mi soledad.

—¡No! —oí gritar a una voz desesperada, cuyo eco rebotaba en las paredes. Pero no era la mía.

Conteniendo la respiración, miré hacia arriba.

Allí, un fénix gigante brillaba en todo su esplendor. Con las alas en llamas, se elevó más y más. Y en sus garras, la descubrí. Jadina.

¡Estaba viva!

Más piedras cayeron del techo, pero ya no me di cuenta. Respiré aliviado y observé cómo el fénix llevaba a mi alma gemela a un lugar seguro.

Con los ojos muy abiertos por el terror, me miró y sus labios formaron dos palabras.

Te amo.

Entonces todo se sumió en la oscuridad.

Fin del volumen 3

¿QUIERES SABER
CÓMO CONTINÚA LA HISTORIA DE
JADINA Y KAYDEN?

¿QUIERES SEGUIR LEYENDO <u>DIRECTAMENTE</u>?

AQUÍ ENCONTRARÁS LA MUESTRA DE LECTURA XL DEL VOLUMEN 4:

https://dl.bookfunnel.com/9vz3l8cdjc

Y SIGUE LEYENDO EN EL ÚLTIMO VOLUMEN DE UN TRONO DE ROSAS Y ESPINAS:

Tronos y Corazones

MUESTRA DE LECTURA DEL VOLUMEN 4

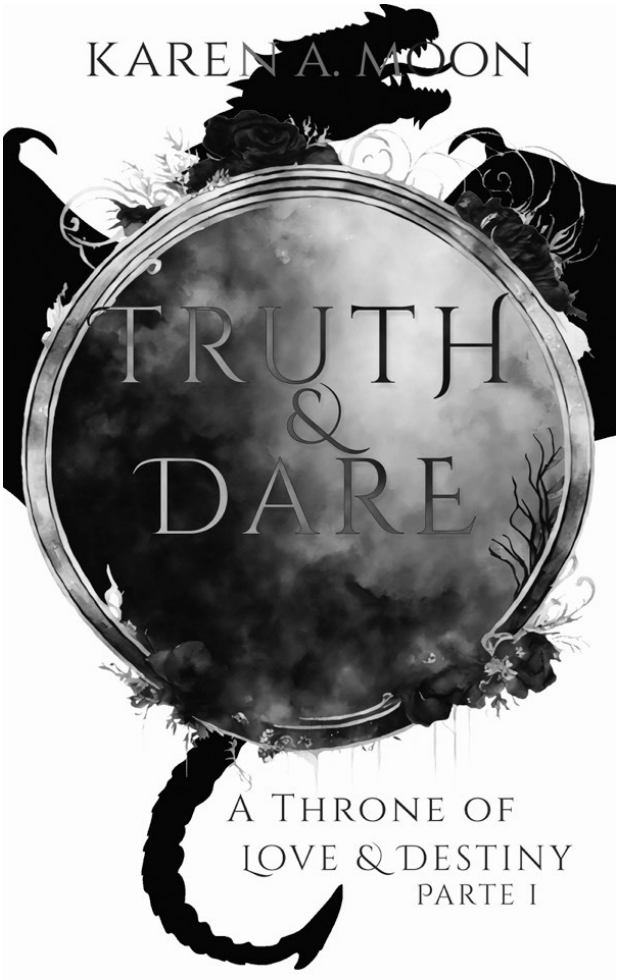
**¿QUIERES SABER
CÓMO CONTINÚA LA HISTORIA DE
JADINA Y KAYDEN?**

¿QUIERES SEGUIR LEYENDO DIRECTAMENTE?

AQUÍ ENCONTRARÁS LA MUESTRA DE LECTURA XL DEL VOLUMEN 4:

https://dl.bookfunnel.com/9vz3l8cdjc

PRECUELA GRATUITA



ANTES DE QUE LA MALDICIÓN CAYERA SOBRE ECLARIA, UN REY Y UNA REINA GOBERNABAN EL IMPERIO UNIDO.

DÉJATE HECHIZAR POR SU HISTORIA DE AMOR Y DESCUBRE PIEZA A PIEZA EL SECRETO QUE SE ESCONDE TRAS LA MALDICIÓN.

Puedes empezar aquí...

https://dl.bookfunnel.com/t8mj51rmbt

AQUÍ ME ENCONTRARÁS:

www.karenamoon.com
Facebook: Karen A. Moon
Instagram: karenamoon.author
TikTok: karenamoon.author
Suscríbete a mi MoonlightPost a través de
www.karenamoon.com y
recibe un CAPÍTULO BONIFICADO gratis con mis libros.